

CLARETIE

PRINCIPI

ZILAH

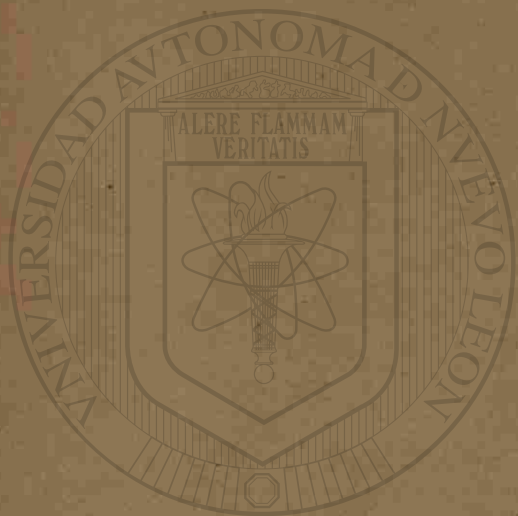
PQ2207

.C6

P78



1020026188



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





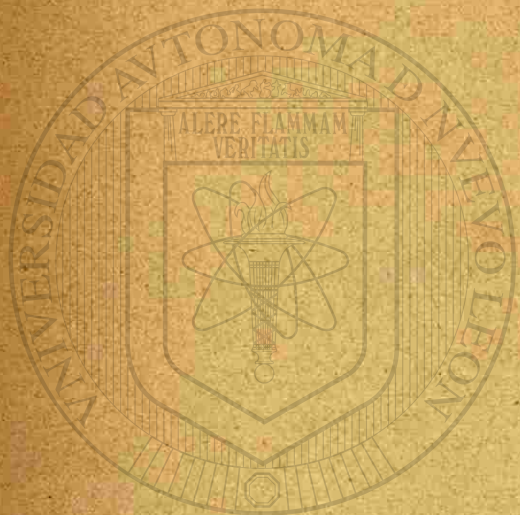
EL PRÍNCIPE ZILAH.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor C 5913
Núm. Adq. 24843
Procedencia _____
Precio - 8 -
Fecha _____
Clasificó 209
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«EL COSMOS EDITORIAL»

EL PRÍNCIPE ZILAH

NOVELA ORIGINAL

DE

JULIO CLARETIE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

versión castellana

[DE

UN REDACTOR DE «EL COSMOS»



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, 4. bajo.

1889

098356

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Eda. 1625 MONTERREY, MEXICO

29843

PQ 2207

.CS

P7 8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

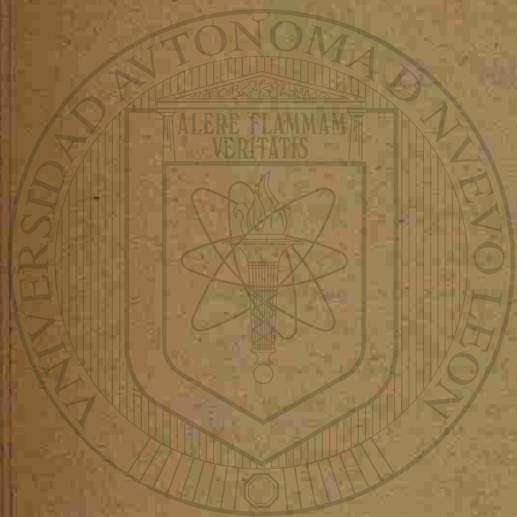
MADRID, 1889.—Est. tip. de «LA CORRESPONDENCIA.»
Calle del Factor: núm. 6.

PREFACIO.

Todos los hechos referidos en esta narración son exactos. No se trata, pues, de invenciones rebuscadas en las crónicas, sino más bien de hechos que constituyen una parte de la Historia.

¡Y entretanto se clama contra lo novelesco! De cuanto existe en el mundo, lo más novelesco es la vida.

C.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

EL PRINCIPE ZILAH.

I.

—Perdonad, caballero, si os molesto. ¿Quereis decirme qué pasa en ese barco?

Esto preguntaba un curioso, dirigiéndose a un hombre de baja estatura, moreno, que con una cartera en la mano y apoyado sobre el parapeto del muelle de las Tullerías, hacia correr por el papel de un cuaderno un porta-lapicero de oro, grueso como una mazorca, que formaba parte de un estuche, compuesto además de un cortaplumas, una pluma, lapiceros de plomo y un cortapapeles de marfil; todos los útiles propios del *reporter* dedicado a las expediciones del periodismo ambulante.

Cuando con su letra cursiva había llenado una hoja, la arrancaba rápidamente y se la alargaba a un lacayo de librea azul oscuro, en cuyos botones de plata ostentaba las iniciales del periódico *La Actualidad*.

El *reporter* no suspendió su tarea ni siquiera para responder:

—El príncipe Andras Zilah da una fiesta á bordo de ese barco de *La Compañía*—dijo.

—¡Una fiesta! ¡Y con qué motivo!

—Porque se casa.

—¡El príncipe Andras!... ¡Ah!—dijo el parisien-
se, como si el nombre del príncipe Andras le fue-
se familiar—el príncipe Andras se casa!... ¡Y
quién es ese príncipe Andras Zil...

—Zilah... ¡Es húngaro!

Pero, á lo que parecía, el noticiero no tenía
tiempo que perder.

Alargando otra hoja al *groom*, le dijo:

—Esperame aquí un momento. Voy á bordo y
desde allí te enviaré por un marinero el final de
la lista de los convidados. Con lo que llevas se
puede preparar el artículo é ir componiendo por
adelantado. Esta noche llevaré yo mismo á la
impresión la terminación.

—¡Está bien, señor Jacquemin!

—Ten cuidado de no perder ninguna cuartilla...

—¡Oh! señor Jacquemin, yo nunca pierdo nada.

—Quizá no entiendan bien los nombres... Todos
son exóticos... Pero yo los corregiré cuando cor-
rija las pruebas.

—¿De modo, caballero—insistió el transeunte,
que parecía empeñado en saberlo todo—que casi
todos son extranjeros y extranjeras los que se
dirigen al barco?

—Sí señor, sí señor, sí señor,—respondió
Jacquemin, visiblemente excitado.—En París
hay muchos extranjeros... muchos... y son pre-
feribles á los provincianos de París:

El otro no se dió por aludido; sonrió, dió las

gracias y se alejó del parapeto, diciendo á cuan-
tos encontraba:

—¡Es una fiesta... ¡El príncipe Andras... un
húngaro que se casa!... ¡El príncipe Andras Zi-
lah! ¡Una fiesta á bordo! ¡Es gracioso... una boda
en un barco!

Otros curiosos, de codos como Jacquemin so-
bre el muelle de las Tullerías, contemplaban el
steamer, cuya bandera tricolor, á popa y rojos
gallardetes en lo alto de los palos, sacudía ale-
gremente el viento fresco de la mañana.

Aquel barco, que se encontraba allí pronto á
partir, estaba engalanado y ostentaba colgadu-
ras y tapices que le transformaban en un precio-
so salón, á la vez que profusión de flores le da-
ban el aspecto de un verdadero jardín dentro de
un barco.

Para los transeuntes que se detenían mirando
el Sena, había en aquello un poderoso atractivo,
algo así como un enigma, en aquel vapor medio
empavesado que enviaba con arrogancia á la
orilla sus blancas humaredas y en el que hasta
los pitos de señales parecían alegres como los
trinos de los pájaros.

Una música, cuyos individuos vestían panta-
lón encarnado, casaca negra galoneada y som-
brero de fieltro redondo, ejecutaba aires raros,
mientras las señoras, casi todas hermosas, con
trajes de verano, y llevando en su rostro retra-
tada la alegría, saltaban ágilmente, descendien-
do de sus berlinas ó de sus carretelas frente al
punto de embarque.

Se detenían, se saludaban: «¡Hola, buenos días,

querida!» Cambiaban alguna otra palabra y luego, alegres, ligeras, elegantes, bajaban por la rampa que conducía al río y penetraban en el puentecillo que facilitaba el paso al *steamer*, con movimientos de coquetería y levantando sus faldas cuidadosamente para dejar ver sus lindos *piececitos*.

Aquel desfile de *toilettes* brillantes, de caballeros dando la mano á las señoras, de parisenses risueñas y atrevidas, mientras la orquesta de á bordo lanzaba al aire los apasionados acentos de sus *czardas* húngaras, se parecía á una vision de un pintor de fiestas galantes, á algun embarque para Citera soñado en el siglo XVIII y realizado allí, en pleno París actual, por la fantasía de algun artista, de algun poeta ó de algun poderoso señor, en las inmediaciones de aquel puente del Sena, en el cual imperaban como una viva antítesis, el realismo de los carruajes, el trote de los ómnibus llenos de gente y de los transeúntes sofocados.

El príncipe Andras Zilah había invitado á sus amigos á un almuerzo al aire libre, de un día de julio, y ante el panorama en movimiento, encantador, lleno de sorpresas, que ofrecen las orillas del Sena.

Muy metido en la sociedad parisiense, en la que se había lanzado desatinadamente con el marcado propósito de aturdirse, como quien quiere olvidar, el antiguo defensor de la independencia húngara, el hijo del anciano príncipe Zilah Sandor, que en 1849 había sido el defensor más decidido del rasgado pendon de su pa-

tria, lanzó profusamente las invitaciones, llamando á su lado á sus amigos más queridos, á aquellos que lo eran en sus momentos de soledad y de intensa confianza, y también al sinnúmero de esas amistades que la casualidad crea en la vida social de París. Relaciones variadas, simpatías de un momento, ligeras, superficiales y que, tan fácilmente como se crean, desaparecen en medio del torbellino de la vida arrastradas por una ráfaga de viento.

El conde Yanski Varhely, el amigo más antiguo y también el más íntimo y verdadero de cuantos rodeaban al príncipe, sabía por lo demás perfectamente á qué se debía aquel capricho de Andras.

A los cuarenta y cuatro años, el príncipe se despedía de su vida de soltero, lo cual no era una locura. Yanski veía con gran satisfacción que aquella antigua raza de los Zilah, entusiastas defensores de la patria y del derecho, no desaparecería con el príncipe Andras.

La Hungría, cuyos destinos adquirían de nuevo importancia, necesitaba para el porvenir el auxilio de los Zilah como lo había tenido en el pasado.

—Solo se me ocurre una observación—decía Varhely—acerca de este casamiento, y es, que podía haberse realizado mucho antes.

Nadie es dueño de hacer que su corazón se consagre al amor en una hora fija. De joven, Andras Zilah solo había amado á su patria, y lejos de ella, en la pesadumbre del destierro, cansado pronto de los amores vulgares, se había entre-

gado de nuevo á la pasión que llenó su juventud, constituyendo su vida en París los recuerdos de su Hungría.

Había dejado trascurrir los años unos tras otros, sin pensar en crearse un hogar, un nido de felicidad seguro y tranquilo. Con el corazón joven todavía, la inteligencia clara y poderosa y el cuerpo fortalecido más bien que gastado en las luchas de la vida, aunque algo tarde, el príncipe Andras entregaba por completo alma y nombre, dos cosas en él á cual más grande.

Se casaba con una mujer adorable (que eligió por sí mismo), novelescamente amada, y se proponía rodear aquel adiós al pasado y aquel saludo al porvenir, del encanto de la poesía y del placer.

En otro tiempo, sus antepasados se habían hecho célebres por su fastuosa originalidad, casi oriental. Con frecuencia se citaban las escen-tricidades generosas del abuelo del príncipe Andras, el viejo magyar Zilah, que respondía á su intendente, cuando, con los números á la vista, le probaba que arrendando á una compañía cualquiera, inglesa ó alemana, la recolección de sus granos y forrajes, podía obtener unos seiscientos mil francos anuales.

—¡Pero esos seiscientos mil francos que sacaría libres sería á costa del pan de nuestros labradores! No, no haré tal cosa; privar de ese dinero á los pobres diablos sería como recoger las semillas perdidas de que se sostienen los pajarillos.

Tal era el abuelo de Andras, el príncipe Zilah

Ferency que, como perdiese en una partida de juego el importe á que ascendían los jornales de un año entero de doscientos albañiles, empleaba aquellos hombres en edificar castillos, para, al terminar el año, prenderlos fuego, con objeto de proporcionarse el placer de contemplar las pintorescas ruinas del incendio, además de mantener á los albañiles.

Por entonces la fortuna de los Zilah podía equipararse á las riquezas casi fabulosas, incalculables de los Ezterhazy y de los Batthyanyi.

El príncipe Pablo Ezterhazy era dueño de trescientas cincuenta leguas cuadradas de territorio en Hungría.

Los Zichy, los Karolyi, los Szchenyi, menos poderosos, sólo poseían doscientas. El príncipe Lichstentein sostenía al emperador de Austria, á su Estado mayor y á su ejército durante ocho días cuando maniobraba en sus dominios.

El anciano Ferency Zilah podía hacer otro tanto, si no hubiera estado poseído de un odio profundo, indomable, eterno, hácia Austria. Jamás la familia del magnate se sometería á la nación, que había resultado ser la dominadora, como tampoco en otra época se había inclinado ante el victorioso turco.

Conservaba, pues, de sus antepasados el príncipe Andras la generosidad majestuosa en medio de una fortuna muy menguada, no sólo por haber sido confiscada en sus tres cuartas partes el año 1849, si no por toda clase de pérdidas y contratiempos: ya consistían éstos en negativas de algunos encargados á quienes se había hecho

pasar por dueños de los restos de su fortuna para que Austria no se apoderase por completo de ellos, ya en grandes sumas invertidas en la causa nacional, en socorro de emigrados, ó para auxilio de los compañeros proscritos. Zilah podía considerarse todavía rico, y en París, donde despues de viajar mucho se habia establecido, era un personaje importante.

Aquella fiesta que daba á bordo de un buque, á unos cuantos amigos, era una bagatela para un descendiente de aquellos soberbios magyares. Pero no obstante, la tal fiesta tenia una seductora originalidad, y el príncipe se sentia lleno de placer al ver reunirse en la cubierta del barco, embalsamado como un jardín por el aroma de las flores, toda aquella sociedad amable, alegre, frívola, elegante, que era la suya, pero á la que superaba, por su claro talento, la conciencia de sus actos y por sus arraigadas convicciones.

Sociedad rara y heterogénea, confusion de opuestas nacionalidades, conjunto de personalidades exóticas como solo se encuentra en París en ciertos centros, donde la *high life* se roza con la bohemia y el noble con el aventurero.

Sociedad ruidosa que, acudiendo á aspirar el aroma y á absorber el veneno de París, que uniendo sus vicios á nuestras locuras constituye entre la aglomeracion inmensa de la ciudad del Sena un sindicato particular, al que se atribuye la representacion de París (cuando solo representa sus excentricidades), que arrastra una vida desenfrenada, llenando las crónicas de los periódicos

con la descripción de sus locuras y extravagancias, y que se encuentra en todas partes por donde el París mundano se desparrama: en Dieppe, en Trouville, en Vichy, en Cauterets, en las playas de Etretat, bajo los naranjos de Niza, al rededor de las mesas de juego de Mónaco, según la estacion y la moda.

Una parte de esta sociedad, ansiosa de placer y de aturdirse, se veia en aquel barco fletado por el Príncipe.

Allá en lo alto, con su cartera en la mano, el hombrecillo moreno, de rizado cabello, negra barba terminada en punta, fino y retorcido bigote y mirada inteligente, el *reporter* Jacquemin, continuaba haciendo la lista de los asistentes á medida que iban desfilando, y en ella se veian nombres que diariamente figuraban en las revistas de salones, apellidos eslavos, latinos ó sajones, italianos, españoles, húngaros y americanos; representando todos una fortuna, una gloria, un poder y alguna vez un escándalo; si, un escándalo de esos que, importados, se divulgan pronto por todo París.

Y el *reporter* anotaba y seguia anotando en las hojas de su cartera, que arrancaba pasándolas precipitadamente á manos del marinero que las llevaba al *groom* de *La Actualidad*, el sinnúmero de personajes, entre los cuales figuraban generales, yankees de la guerra de sucesion, princesas italianas, ladies que, rivales del príncipe Zilah en riqueza, poseian condados enteros en un punto cualquiera de Inglaterra; grandes señores cubanos comprometidos en las últimas

insurrecciones y condenados á muerte en España; hombres de Estado del Perú, publicistas y jefes del ejército á la vez, que manejan la pluma y el revólver á un tiempo; una multitud variada y original, en la que se veía hasta un japonés joven y elegante, vestido á la moda, que cubría su negra y lisa cabellera con el sombrero de sociedad que á cada momento se quitaba y ponía bajo su brazo izquierdo, como un *claque*, para saludar más desembarazadamente á la francesa juntando los dos piés, talon con talon, doblándose por el estómago, bajando la cabeza hasta medio cuerpo y sacando la espalda con bruscas inclinaciones hácia adelante.

Todo aquel exótico tropel que distraía y llamaba la atención de los curiosos estacionados en el muelle, atravesaba el puentecillo que conducía al buque, y una vez en él se desparrahaba por su cubierta; dirigía sus gemelos á las orillas del río ó á las casas más distantes, en tanto que la música, situada á popa, ejecutaba las *czardas*, interpretadas valientemente, como una feroz amenaza, por los artistas húngaros, bajo la bandera tricolor francesa, entrelazada con los colores nacionales de su país.

Así saludaban los tziganos á los concurrentes á aquella fiesta, que un brillante cielo azul parecía proteger, excitando locas explosiones de risa.

II.

De pie, á la entrada, donde se apoyaba el puentecillo que daba acceso al buque, el príncipe Zilah recibía á sus invitados con amabilidad y distinción.

En sus labios había una frase oportuna para cada uno de aquellos huéspedes de un día que acudían á su ruego, alegres como cabritillos escapados, y gozando con aquella aventura de un almuerzo á bordo de un barco, placer desconocido que hacía olvidar á aquellos insaciables e indiscretos los gabinetes de los *restaurants* de moda y las exigencias de las recepciones mundanas de todos los días.

—¡Ah! Habéis tenido una idea excelente, príncipe, muy inesperada y muy parisiense!... ¡Paramente parisiense!

Parecidas palabras le dirigían todos al darle las gracias.

El sonreía, y repitiendo una frase de las crónicas de Jacquemin, replicaba:

—¡No hay parisienses más verdaderos que los extranjeros!

En su rostro de rasgos casi severos sentaba muy bien la sonrisa con que procuraba animarlo. Aquella fisonomía algún tanto altiva y triste;

aquella frente espaciosa, más propia de un hombre de estudio, de un filósofo, que de un soldado; el pelo echado hacia atrás, ojos azules y penetrantes, que se fijaban con insistencia en los hombres y en las cosas, nariz regularmente dibujada sobre una barba rubia que encanecía en algunos puntos, lo cual casi la hacía aparecer más rubia; aquella figura, llena de energía, de vigor resignado, encendida por el ardor contenido; aquel ser agradaba tanto más, cuanto que, imponiendo respeto, atraía de un modo irresistible por las más vivas simpatías: la de la fuerza, que seduce, y la de la robustez sin alarde.

Si el nombre del príncipe Andras Zilah — ó, como dicen en Hungría, Zilah Andras — no estuviera ya grabado con rasgos de sangre en la historia de su país, fácilmente se adivinaria en él al héroe.

En la anchura de sus hombros, en su fiero talante, desafiando la vida como había desafiado las balas, en el brillo, en la extraña llama de su mirada, lo mismo que en la suave inflexión de su voz, acostumbrada al mando, en los cariñosos movimientos de su mano ejercitada en el manejo de la espada, se descubría al hombre bueno y afectuoso unido al hombre intrépido, y bajo su aspecto indómito se veía palpitar la ternura más arraigada.

Después de haber estrechado la mano del anfitrión, los invitados iban á saludar á una jóven que medio tendida en una mecedora de rejilla, se hallaba en la parte, de proa rodeada de pro-

fusión de flores, como si fuera un parterre. A ella, á aquella preciosa criatura, pálida, morena, de grandes y melancólicos ojos y dulce sonrisa, se dirigian los homenajes de los recién llegados, que se inclinaban ante la novia cuando se separaban del príncipe.

Un hombre grueso, tipo ruso, con los bigotes ásperos, rojo-grises, y el cuello corto, se hallaba de pie al lado de aquella belleza, metido en su abrochada levita como en un uniforme militar.

Alguna vez, inclinándose y casi rozando la blanca oreja de la joven con los pelos de su bigote, le preguntaba:

—¿Estás contenta, Marsa?

—*Marsa!* El nombre húngaro de Marta: *Martsa.*

Y Marsa, confundiendo la sonrisa con un suspiro y contemplando vagamente el infinito, respondía:

—Sí, tío mio... muy contenta.

Al lado de Marsa, una mujer bajita, todavía bastante hermosa á pesar de ser ya algo entrada en años, morena, con la nariz muy fina, la boca pequeña y sensual, roja como los colorados y carnosos lóbulos de sus orejas, la cabellera negra y abundante, y cuyas manos, pequeñas y gorditas, sostenían ante sus ojos miopes unos gemelos engarzados en oro, decía, dirigiéndose á un hombre de cabellos encrespados y de aspecto algo feroz, frente voluntariosa, erizada de pelo blanco como la lana de un borrego, y nariz de dilatadas ventanas, que aparecían ca-

si aplastadas, abriéndose sobre un poblado bigote:

— ¡Mi querido Varhely, estoy entusiasmada con la idea del príncipe!... ¡Me divierte mucho!... ¡Quiero divertirme mucho!... ¡Sabeis que es muy soberbia la ocurrencia de este almuerzo sobre el agua?... ¡No os lo parece así? ¡Vamos, animaos un poco, Varhely!

— ¡Acaso mi aspecto es triste, baronesa?— dijo.

Yanski Varhely, el amigo del príncipe Andrés, estaba muy contento, no obstante su aire un tanto taciturno. De fisonomía eslava, cabeza varonil sostenida por un cuello de toro, algo entrado en años, pero fuerte como un roble, vestido regularmente con cierto abandono, pero con distinción, miraba alternativamente a la mujercita que le dirigía la palabra y a Marsa tan diferentes una de otra: la prometida de Andrés, delicada y esbelta como un lirio; la pequeña baronesa Dinati, rechoncha y abultada como una fruta madura.

Decididamente, aquella Marsa Laazlo, contra la cual de una manera instintiva había manifestado cierta prevención la primera vez que Zilah le habló de casarse con ella, le era simpática. Hacer de un tzigana— porque Marsa era medio tzigana— una princesa Zilah, le parecía al conde Varhely algún tanto atrevido.

Por otra parte, aquel soldado, fiel retrato del heroísmo, nunca había comprendido los arrebatos de la pasión, y en esta como en todas las cosas, le parecía que Andrés era algo novelesco.

Mas el príncipe era dueño de sus acciones, y cuanto hace un Zilah está bien hecho.

Además, reflexionando un poco, el casamiento de Zilah venia á ser un motivo de satisfacción para Varhely. Así acababa de manifestarlo al tío de la futura esposa, al general Vogótzine.

Se equivocaba, pues, completamente la baronesa Dinati, al suponer que al viejo Yanski Varhely le dominaba algún pesar.

¡Cómo no había de estar contento Varhely, viendo á Zilah radiante, loco de alegría!

En la entrada del buque se destacaba el flexible y vigoroso cuerpo del príncipe Andrés, á quien Varhely contemplaba mientras que aquél recibía á sus últimos invitados.

Pronto se iba á levar anclas y á descender por el río costearlo los muelles.

Pablo Jacquemin, despues de entregar las últimas cuartillas al marinero para que se las entregase al *groom* de *La Actualidad*, atravesó alegremente el puentecillo. Zilah no hizo caso del *reporter*, porque tras de éste vió á un joven á quien no esperaba y cuya presencia hizo que lanzara un verdadero grito de alegría.

— ¡Meuko! ¡Mi buen Miguel!— dijo Andrés tendiendo los brazos al recién venido, que avanzaba muy pálido.— ¡A qué debo tanta dicha, mi querido hijo!

— He sabido en Londres que dabais esta fiesta... Los periódicos de aquella ciudad anunciaron nuestro matrimonio... No he querido esperar más tiempo... Yo...

Al hablar así, parecía vacilar un poco, como

turbado y violento. Un momento antes—Zilah no lo había notado—se hubiera podido observar en él un movimiento brusco, como quien se decide á volver al muelle y á alejarse del vapor sin poner en él los pies.

Sin embargo, Mignel Menko no tenía aspecto de tímido.

Flaco, delgado, de una elegancia distinguida, Mignel dejaba notar fácilmente en su rostro, que por lo transparente de su piel debía encenderse fácilmente y que ahora aparecía descolorido, contraído y alterado, cierta inquietud ó cierta tristeza. Hombre de mundo, revelando en su apostura al diplomático militar, parecía instintivamente buscar á alguien entre los convidados del príncipe, y su mirada escudriñaba la cubierta del buque con una especie de sorda cólera.

El príncipe solo veía una cosa en la inesperada aparición de Menko; que el joven, á quien estimaba con todo su corazón y del cual era algo pariente, el único en el mundo que tenía el joven—cuando su abuela era condesa Meuko—que su querido Miguel asistiría al casamiento. Esto era una sorpresa agradable. Creía á Menko enfermo en Londres, y Menko estaba á su lado. Resultante aquel día iba á ser feliz.

—¡Ah! qué alegría me proporcionais, mi querido amigo, — le decía con tono afectuoso, casi paternal.

Cada una de aquellas demostraciones de amistad parecía que aumentaban la inquietud de que estaba poseído el joven conde. Bajo la irreprochable corrección del hombre de sociedad se vis-

lumbraba un temperamento dominante, refrenado en aquel momento, en la mirada, en el gesto más insignificante de aquel hombre de veintisiete á veintiocho años. Sus ojos azules parecían tristes cuando estaban inmóviles, pero al animarse despedían un fuego amenazador.

Este brillo agresivo se había manifestado en la mirada del joven al descubrir en el extremo de proa á la bella Marsa, sentada y medio oculta entre las flores; repentinamente, una expresión singular de dolor ó de angustia sustituyó á aquel fuego; en el fondo de sus ojos grises desapareció aquella llama, apagada cuando apenas había brillado, con la rapidez de una estrella fugaz.

Nadie hubiese podido ver en Menko más que la actitud y la expresión correcta de un *gentleman*, cuando el príncipe Zilah le dijo:

—¡Mi querido Miguel, vamos á saludar á mi futura!... Varhely está allí también.

Zilah cogió de la mano á Menko, que estaba muy pálido, y llevándole hasta donde se hallaba Marsa, dijo á la joven:

—¡También está aquí Menko, mi alegría es completa!

Ella, mientras Miguel Meuko la saludaba respetuosamente, se inclinó con frialdad, y con sus grandes ojos parecía buscar, sin poder encontrarlas, las azules pupilas del joven.

Ante Marsa, que apenas se había movido, blanca como el mármol, estaba Andras, que había unido á Varhely y Miguel, apoyando cada una de sus manos en el hombro de aque-

llos dos amigos que para él reasumían toda su vida: Varhely, el pasado; Miguel Meuko, el porvenir.

—¡Ah!—exclamaba con una alegría infantil —si no existiera la cándida superstición de creer que no se debe proclamar en alta voz la felicidad, ¿cómo proclamaría yo que soy dichoso!...

Y añadió:

—¡Muy dichoso! Si, el más dichoso de los hombres.

Al oírlo, la baronesa Dinati, la agraciada morena á quien momentos antes le había parecido que Varhely estaba algo triste, decía orgullosamente á Pablo Jacquemin, el *reporter officiel* de sus salones:

—Esa dicha que estais oyendo proclamar es obra mia... Sin mí, esos dos salvajes tan encantadores, tan apropósito el uno para el otro, Marsa y Andras Zilah, no se hubiesen encontrado nunca. ¿A qué, pues, se debe su felicidad?

—A un billete de invitación grabado por Stern—dijo Jacquemin riendo.—Pero de esto me habeis hablado demasiado poco, baronesa. Es preciso que me lo conteis todo... todo... ¡Pensad que puede escribirse una crónica interesante! ¡Una boda concertada en casa de la baronesa! ¡Vamos á ver, la novela... pronto, la novela!... ¡La novela ó la muerte!

—No sabeis hasta qué punto decís bien, mi querido Jacquemin; realmente es una novela. Y le que es más: una novela fantástica. Una nove-

la que no se parece á... (la frase es vuestra) á esas novelas *brutalistas* de que tan partidario sois...

—Muy partidario, baronesa... ¡Como de los embutidos, cuando son muy picantes!

—¡Bien! La novela del conde Andras no es del todo picante. Es... ¿cómo diré?... Es épica, heroica, romántica... lo que queráis. Pero es verdadera, como el Evangelio. Os la voy á referir.

—¡Magnífico, para hacer una tirada de cincuenta mil ejemplares!—dijo alegremente Jacquemin, que se disponía á oír y tomaba notas... de memoria.

III

El príncipe Andras Zilah — comenzó la baronesa — es digno descendiente de aquellos húngaros que escribieron el proverbio: «El húngaro ha nacido á caballo.» A los quince años ya estaba sobre la silla de su corcel y asistía á verdaderas excursiones guerreras acompañando á su padre. En su juventud se le había hecho conocer las hazañas de sus abuelos y se le había alimentado con el recuerdo de las antiguas guerras.

Para los abuelos del príncipe Andras la fuerza era la razón suprema y el derecho estaba en la punta de su espada. Solo el príncipe Sandor, el padre de Andras, separándose de la senda que encontrara trazada fué educado por un preceptor francés y esta transformación, á que no estaban acostumbrados sus súbditos, sometidos al despótico orgullo de los magyares, le valió una popularidad á que nadie había conseguido llegar.

De entre aquellos imperecederos recuerdos, el príncipe Andras, á través de los años transcurridos, conservaba uno que, por ser más personal y más indeleble; por lo trágico y por lo especialmente lúgubre, ni un momento se borró de su mente.

Se remontaba á los primeros días del mes de

junio de 1849, fecha en que se dió sepultura á su padre, Sandor Zilah, muerto de un balazo en la frente en un encuentro habido con los croatas.

El príncipe había podido murmurar todavía algunas palabras antes de morir, apretar la animosa mano de su hijo y repetir á aquel héroe de diez y seis años:

«—¡Acuérdatel... Ama y defiende á la patria!»

Después, como los austriacos estaban próximos, fué preciso enterrar al príncipe en el fondo de una fosa hecha en la nieve, al pie de los pinos.

Los *honveds* de Hungría y los husares de Varhely rodeaban aquel negro agujero alumbrándole con teas encendidas, que el viento movía como penachos rojos. De pie, cerca de la fosa, con sus crispados dedos hundidos entre los de Yansky Varhely, que le tenía cogidas las manos, el joven príncipe Andras contemplaba en el fondo de aquel lecho de tierra, tendido con su uniforme de húsar, al príncipe Sandor, lívido, con sus grandes bigotes rubios caídos, rodeando su cerrada boca, sus manos exangües, cruzadas sobre la oscura casaca á la brandeburgo, la derecha aún entre la correa de la empuñadura de su sable, y en la frente, como una estrella, la señal circular del pedazo de plomo que le causara la muerte.

Bajo la vacilante luz de las antorchas, agitada por el eierzo, el héroe muerto parecía tener movimiento todavía, y á Andras le daban tentaciones locas de precipitarse en la hoya y arrancar de allí el cadáver.

Habiendo muerto su madre, siendo él todavía

muy joven, se encontraba huérfano y solo, solo en este mundo, con la inquebrantable amistad de Varhely y el deber de la patria.

—Yo te vengaré, padre mio—dijo con firmeza al patriota, que ya no le oía.

Los húsares y los *honveds* avanzaban para rendir el último tributo al malogrado príncipe, cuando de pronto, abriéndose paso por entre las filas de soldados, con un movimiento arrogante y ejecutando la marcha heroica de *Rakozzy*, los *tziganes* lanzaron á los aires en medio de la noche la *marsellesa* húngara, dando á aquella escena de duelo, algo de aspecto misterioso y rodeando de varonil poesía los funerales que se celebraban.

Un estremecimiento general recorrió al punto las filas de aquellos soldados dispuestos á ser los vengadores.

Aquel himno de la nación sonaba como el canto de gloria sobre la tumba del vencido. En los ecos de aquella música trágica parecía que el espíritu del muerto recordaba á sus guerreros fatigados los días de angustia de la patria, las antiguas luchas contra el turco, las cargas épicas de caballería á través de la libre *puszta*, la vasta llanura húngara.

Contemplando á su padre muerto, el joven príncipe recordaba cuántas veces aquellos labios, ahora inanimados, habían acariciado su frente y le habían referido en otro tiempo la leyenda de la *csarda*, aquella leyenda que era como la historia de los hechos culminantes de Hungría, y en la que se reasumían los tristes recuer-

dos de la conquista, cuando las hermosas doncellas de tez morena, hijas de la Transilvania, derramaban lágrimas abrasadoras, bajo el látigo de los *esmanlíes*.

Y la *csarda* húngara, simbolizando la danza de aquellas mártires, conservaba todavía y guardaba siempre el carácter de sus contorsiones bajo los golpes del látigo. Lenta y lánguida al principio, fogosa, agitada y como trágicamente histórica luego, se trocaba nuevamente en aordes melancólicos, notas lúgubres y acentos lastimeros cual si brotaran al compás de los ecos, gotas de sangre de una herida, de la mortal herida del príncipe Sandor, tendido allí con su uniforme de batalla.

Aquellos músicos que frenéticamente lanzaban á los vientos los aires nacionales, prisioneros el día anterior de los croatas, habían sido rescatados por el príncipe Sandor al frente de sus húsares, é interpretando los ecos nacionales parecía que pagaban una deuda sagrada al héroe fenecido.

Cuando el viento llevó las últimas notas de aquel canto de guerra, avanzaron los soldados y sonó la última descarga en honor de su caudillo. Se cubrió de tierra y nieve el cuerpo de Sandor Zilah, y despues de haber señalado con una cruz el lugar donde reposaban los restos de su padre, el príncipe Andras se alejó de aquel sitio.

Apenas había dado algunos pasos cuando vió entre los músicos *tziganes* á una joven, la única mujer que iba en la tribu, que lloraba lanzando lúgubres gemidos semejantes á los ecos de los

desiertos de Oriente. Al ver a aquella niña, iluminada tan extrañamente por la llama de las resinas, quiso saber la causa de sus sollozos, cuando él, el hijo, no derramaba una sola lágrima.

—El príncipe Zilah Sandor era el más valiente de todos los valientes, y ha muerto—dijo—por no querer llevar el talisman que yo le ofrecí.

Andras miró a la joven.

—¿Qué talisman?

—Piedrecitas de los lagos del Tatra, encerradas en una bolsita de cuero.

Andras sabía lo arraigada que estaba la superstición en la gente del pueblo en Hungría, de que en los profundos lagos del Tatra, en *aquellos ojos del mar*, se encierra la más bella mujer del mundo, que si se la descubriese brillaría como el sol, y existen además sapos cuyos ojos son diamantes y que entre sus patas retienen pepitas de oro puro.

Más que admirado se sentía enternecido de aquella superstición de la tzigana y del singular ofrecimiento que el día anterior había rehusado riendo el príncipe Sandor.

—Dame eso que quisiste entregar a mi padre—dijo.—Yo lo guardaré como recuerdo suyo.

Una llama de alegría brilló en los ojos de la tzigana, que entregó al joven príncipe la bolsita en la que sonaban guijarros redondos del tamaño de granos de maíz.

—¡Por lo menos—dijo la doncella, cual si suspirara libremente—habrá un Zilah a quien las

balas de los croatas respetarán para bien de nuestra Hungría!

Andras se quitó lentamente el broche que cerraba su pelliza, y dándoselo a la bohemia, que miraba estupefacta cómo brillaba a la luz de la roja llama, le dijo:

—¡Escucha! El día en que mi padre haya sido vengado y que nuestra Hungría sea libre, preséntame esta alhaja, y tú y los tuyos venid al castillo de los Zilah. Yo os proporcionaré una vida pacífica en memoria de esta noche de duelo.

Lejos, hacia las avanzadas, se oían ya algunos cañonazos y tiros de fusil.

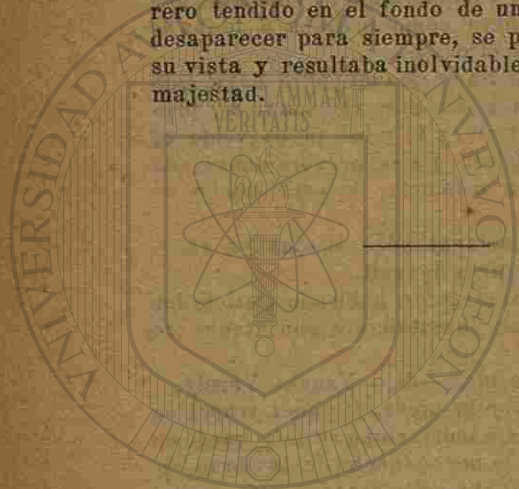
Sin duda, los austriacos, habiendo visto la luz de las antorchas, intentaban algún ataque de noche.

—Apagad esas luces—dijo Yanski Varely.

Las teas rozaron la nieve, y aquel tropel de hombres, prontos a morir como su jefe, quedó en la oscuridad de la noche, noche de invierno siniestra en la cual el viento, azotando las ramas de los árboles, hacía más imponente. Los tziganos se internaron en el bosque y solo se oía ya el ruido de las baquetas de los fusiles que a toda prisa cargaban.

Aquella noche de enero quedó grabada de un modo indeleble en la imaginación de Andras como un recuerdo casi fantástico. En el sitio mismo donde se dió sepultura al conde Sandor, hizo levantar su hijo más tarde un mausoleo de mármol ante el cual se arrodilló y rezó por él. Pero de todas las escenas de aquella guerra nove-

lesca, la más terrible é imponente y que más grabada quedó en su imaginacion, fué la del entierro de su padre. Aquel cuadro en que el guerrero tendido en el fondo de una zanja, iba á desaparecer para siempre, se presentaba ante su vista y resultaba inolvidable en su fúnebre majestad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

IV

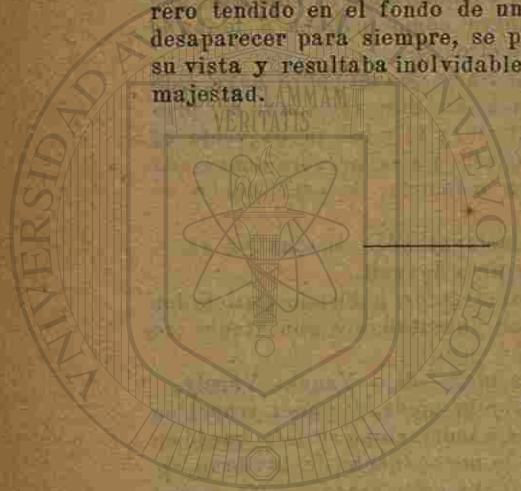
Después de este suceso, el príncipe, cuando casi no había salido aún de la adolescencia, viajó mucho tiempo, dominado por su eterna melancolía, por Europa que, sin preocuparse de los mártires, había presenciado impasible el degüello de los vencidos.

Fue preciso que pasaran muchos años para que Zilah se acostumbrara á la idea de que ya no tenía patria. Por lo demás, confiaba en el porvenir. El destino no puede cebarse implacable siempre sobre una nación. Así se lo decía muchas veces á Yanski Varhely, su constante compañero, al antiguo húsar, hoy gentil hombre arruinado, que se dedicaba á dar lecciones de latin y de matemáticas en Paris, del producto de cuyas lecciones, unido á la pequeña parte de sus bienes que había podido rescatar, vivía.

—La Hungría renacera, Yanski; la Hungría es inmortal—repetía Andras.

—Si—respondia bruscamente Varhely—pero sabed que si ha sucumbido, es porque ha cometido faltas. Todas las derrotas tienen sus causas. ¡Ante el enemigo no éramos uno! ¡Demasiadas discusiones, pocas obras! ¡Esto es fatal!

lesca, la más terrible é imponente y que más grabada quedó en su imaginacion, fué la del entierro de su padre. Aquel cuadro en que el guerrero tendido en el fondo de una zanja, iba á desaparecer para siempre, se presentaba ante su vista y resultaba inolvidable en su fúnebre majestad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

IV

Después de este suceso, el príncipe, cuando casi no había salido aún de la adolescencia, viajó mucho tiempo, dominado por su eterna melancolía, por Europa que, sin preocuparse de los mártires, había presenciado impasible el degüello de los vencidos.

Fue preciso que pasaran muchos años para que Zilah se acostumbrara á la idea de que ya no tenía patria. Por lo demás, confiaba en el porvenir. El destino no puede cebarse implacable siempre sobre una nación. Así se lo decía muchas veces á Yanski Varhely, su constante compañero, al antiguo húsar, hoy gentil hombre arruinado, que se dedicaba á dar lecciones de latin y de matemáticas en Paris, del producto de cuyas lecciones, unido á la pequeña parte de sus bienes que había podido rescatar, vivía.

—La Hungría renacera, Yanski; la Hungría es inmortal—repetía Andras.

—Si—respondia bruscamente Varhely—pero sabed que si ha sucumbido, es porque ha cometido faltas. Todas las derrotas tienen sus causas. ¡Ante el enemigo no éramos uno! ¡Demasiadas discusiones, pocas obras! ¡Esto es fatal!

Efectivamente, los años trajeron cambios satisfactorios para la Hungría. Se hizo libre al fin; con su energía conquistó la autonomía propia al lado del Austria. El genio de Deak, por medio de Andrassy, tomaba posesión del poder. Pero ni Andras ni Varhely volvieron á su país. El príncipe se había hecho, como el decía riendo, «un magyar de París.» Se había acostumbrado á aquella vida intelectual refinada, que algunas veces le consolaba de la ausencia de su tierra nativa.

—Se aficiona uno insensiblemente á la vida de París—decía como escusándose.

No podía contemplar los grandes paisajes de límites infinitos en los cuales se encerraban los recuerdos de su juventud, pero aquel París, con sus seducciones nuevas todos los días, su actividad artística y científica, aquella continua renovación de ideas y de impresiones, había concluido por ser como una necesidad, como una segunda existencia tan preciada y tan estimada como la primera.

El soldado se había hecho un hombre ilustrado, recogiendo de cuanto veía y leía las observaciones que le parecían dignas de conservarse, y aceptando sólo el lado serio de la vida de París. Alternando en todas las sociedades, conociéndolas todas, pero apreciando sólo la de las gentes honradas, dejando pasar así los años, sin tener presente que desaparecen, y que el mejor día despertaría casi viejo, preguntándose qué se había hecho todo aquel tiempo de destierro que á pesar de los sufrimientos mora-

les, le parecía haber durado tan pocos meses.

—Nos parecemos—decía á Varhely—á esos emigrados que ni siquiera deshacen sus equipajes, seguros de que pronto han de volver á su casa. Esperan. Y el menos pensado al mirarse en un espejo, se quedan estupefactos de verse el pelo blanco y la cara llena de arrugas.

No pudiendo tener casa ni hogar en su patria, jamás se le ocurrió al príncipe crearse ni una ni otro en el extranjero. Tomó en alquiler el suntuoso palacio que habitaba en los Campos Eliseos, cuando las casas se veían todavía aisladas en aquel sitio. La moda y el ensanche que París tomó por aquella parte, hácia el Arco del Triunfo, le cogieron en aquel sitio. En su morada abundaban los buenos cuadros y los libros escogidos, y en ella recibía de tiempo en tiempo á algunos amigos, compañeros suyos de los tiempos de infortunio, como era Varhely.

Generalmente se le motejaba de algo insoportable, á pesar de ser amante de la sociedad y de que durante el invierno se le veía en todas partes donde su nombre y su rango lo exigían, pero sin ocultar cierta melancolía y seriedad, que contrastaba con lo frívolo de la conversación y la vida superficial de los salones.

Generalmente, el verano lo pasaba en algun puerto de mar, en Sainte Andresse, donde frecuentemente se le unía Varhely, y juntos los dos amigos, contemplando desde la azotea la puesta del sol, reanudaban sus conversaciones de siempre.

Andras no había pensado en casarse. Se sen-

tía como destinado á morir pronto, cuando llegara el momento, que estaba acechando, de renovar la lucha con el Austria y de montar á caballo. Por entonces creía que su porvenir era el de su padre; una bala en la frente y una fosa. Además, sin pensar en ello, había llegado y pasado de los cuarenta.

—Ahora es ya demasiado tarde—decía de buen humor.—El momento psicológico pasó ha tiempo! Los dos acabaremos, mi buen Varhely, de solterones machuchos, jugando mano á mano al *jacquet*, que es la guerra pacífica de los viejos.

—Sí, á mi me está permitido. Yo no llevo un nombre famoso que hacer imperecedero. Pero los Zilah no deben desaparecer como vos pretendéis. Necesito un húsar chiquitín á quien enseñe á montar á caballo y que me llame también su viejo Yanski.

Entonces el Príncipe se echaba á reír, hablaba de otra cosa, y otra vez, poniéndose grave, casi triste:

—Temo—decía—no poder amar dos cosas á la vez; el corazon no es elástico, creedlo. Yo tome por esposa á nuestra pobre Hungría, y vedme que casi he quedado vido.

En medio de su vida severa y completamente preocupado por la patria, Andras conservaba, no obstante, una especie de savia juvenil. Hombres hay de treinta años que no tienen la flexibilidad y gracia corporal que en él se unía á un alma candorosa y á una sencillez que, sobreviviendo á la misma juventud, aumentaban su atractivo. Pertenece á esos seres que mueren

como han vivido siempre, siendo niños. Ni aún las contrariedades de ruda existencia pueden arrebatárles ese ingenuo candor que constituye su cualidad más apreciable. Engañados, abatidos, destrozados cruelmente por los rigores de la vida, su fondo encierra intacta la bondad de siempre. Las traiciones y los desengaños no les corrigen. Ante el peligro son unos héroes, pero en cambio son fácilmente dominados por la débil mano de una mujer ó por el atolondrado niño.

Andras Zilah no había amado aun profundamente, y como hombre debía amar. Los amores pasajeros no podían apagar la sed de verdadera pasión que había en el fondo de su alma. Mas este amor él no lo buscaba. Lo había encontrado. Adoraba á su Hungría, como hubiera adorado á una mujer, y constantemente guardaba, con el recuerdo amargo de la derrota, la impresión de un amor malogrado ó de una sangrienta traición.

Yanski comprendía que era inútil empeñarse en demostrar, matemática ó filosóficamente, que necesitaba, como él decía, un *discipulo húsar*. No es posible obligar á nadie á que se case contra su gusto, y, despues de todo, el príncipe era muy dueño de dejar que terminara en él la rama de los Zilah.

—Verdad es,—murmuraba maldiciendo el viejo Varhely,—que para lo que la vida vale, quizá no nos lo nos lo agradecerán esos pequeños seres que no piden venir á este mundo.

Luego, dejando á un lado su pesimismo, creía

ver, como en otro tiempo veía al príncipe Andras, un Zilah, joven, hermoso, pasando á caballo por delante de sus húsares, y entonces el antiguo soldado, haciendo sonar la lengua contra el paladar, decía:

—¡Ah! ¡Andras! ¡Verdaderamente es una lástima!

Muchas veces las decisiones de los hombres son más bien hijas de la casualidad, que de sus deseos. Un día, el príncipe Andras fué invitado á comer por la baronesa Dinati, á quien él apreciaba mucho, y cuyo marido, el patriota Orse Dinati, había sido íntimo amigo suyo.

La casa de la baronesa era una de las más curiosas; el *reporter* Jacquemin, que no faltaba nunca para juzgar de los vinos y relatar los *menús*, hubiera añadido: «Y de las más raras.» La baronesa acogía una parte de las distintas sociedades. Le gustaban las excentricidades y no le desagradaban los excéntricos.

Muy honrada, muy buena y muy lista, daba reuniones en las cuales se representaban algunas veces óperas, de las cuales los revisteros, que acudían á devorar helados y ponche á la romana, se burlaban en los *Écos* cuando todavía no habían hecho la digestión de la cena que se les había servido.

El Príncipe quería extraordinariamente á la baronesa, la quería como á una hermana mayor. En gracia de sus buenas cualidades, le perdonaba sus niñerías y hasta sus pequeñas ridiculeces.

—Querido Príncipe—le decía un día.—¿Sabeis que por vos me arrojaría al fuego?

—No lo dudo; pero en vos no sería un gran mérito.

—¿Y por qué? ¿quereis decírmelo?

—Porque no correis el riesgo de quemaros. Así debe ser, puesto que recibiendo, como lo haceis, muchas gentes sospechosas en vuestra casa, nadie ha sospechado de vos nunca. Sois una salamandrita, la más linda salamandra que he visto en mi vida. Vivís en el fuego y ni en vuestro rostro ni en vuestra reputacion existe la más ligera quemadura.

—Segun eso, ¿creeis que mis convidados son...

—Encantadores. Solamente que entre ellos, lo hay para mí de dos clases: unos á quienes aprecio y que no me divierten... frecuentemente, y otros que me divierten y que no me son queridos.

—¿De modo que no pensais ir ya á la calle de Murillo?

—¡Sí por ciertol... ¡Por vos!

En efecto, el príncipe concurría hasta con gusto á casa de la baronesa Dinati, donde su melancólico carácter se encontraba entre tantas locuras, tantas necesidades sociales y tantas extravagancias exóticas.

La baronesa parecía poseer un secreto para reunir en su casa una sociedad incomparable; hombres políticos del Perú convertidos en comisionistas de comercio; emigrados cubanos amenazados de ser pasados por las armas; croatas desterrados por los turcos; personajes de Constantinopla que, habiendo escapado de la justicia del sultan, paseaban su rojo fez por Paris.

29843

donde la ópera les permitía continuar sus costumbres polígamas; americanos poseedores de minas de oro y de pozos de petróleo; políticos en boga; reformadores en disponibilidad; poetas inéditos; compositores ignorados; pintores del porvenir; en una palabra, la mayor parte de los invitados por el príncipe al almuerzo dado en el barco, para los cuales la baronesa había solicitado billete de convite.

El príncipe Andras recordaba haber estado sentado entre el jefe de estado mayor del ejército de Garibaldi y el Nuncio apostólico en una comida celebrada en aquel lindo hotel de la calle de Murillo, el mejor de cuantos había en el parque Monceau.

Una tarde la baronesa insistió en que el príncipe aceptase su invitación.

—Os preparo una sorpresa,—le dijo.—Tengo á comer á...

—¿A quién? ¿Al Mikado? ¿Al shah de Persia?

—Más que todo esto. A una encantadora joven que os admira profundamente porque sabe de memoria vuestras proezas en la guerra del 49. Ella ha leído á Georgei, Klapka, y es tan húngara de corazón, de alma y de raza, que por todos es conocida con el sobrenombre de la *Tzigana*.

—¿La Tzigana?

Esta sencilla palabra, que resonaba en los oídos del príncipe como el ruido de unos platillos, encerraba para él todo un mundo de recuerdos.

—¡Ahl verdaderamente—replicó;—esa será para mí una sorpresa agradabilísima, querida

vacina. No os pregunto si vuestra Tzigana es bonita. ¡Las tziganas de mi país son todas adorables!

No sabía el príncipe hasta qué punto había acertado.

Aquella Tzigana, aquella Marsa á quien la baronesa le indicó que diera el brazo para pasar al comedor; Marsa, pálida, con su traje oscuro, al que parecía aficionada, Marsa Laazlo, cuya tez mate, grandes ojos árabes y espesa cabellera, encarnaba para Andras en un tipo superior, admirable y arrogante, con más finura y elegancia, la arrebatadora belleza, nerviosa y delicada de las hijas de su país.

Extraordinariamente admirado, se sintió atraído y seducido por aquella mezcla, un tanto rara, de un extremo parisienismo y de una especie de altivez agreste que descubría en Marsa. Momentos antes había reparado cuán silenciosa, seria y casi orgullosa, permanecía en su asiento. Ahora notaba que su frío semblante se animaba, iluminado de pronto por una alegría intensa, y que sus ojos, en los que se manifestaba una llama de gozo, se fijaban en las azules pupilas de Andras.

Durante la comida todo lo que existía en el comedor desapareció para el Príncipe; solo vió á la joven. Las luces de los candelabros, los reflejos de los espejos, quedaban solo para formar una resplandiente aureola á aquella hermosa frente pálida.

—¿Sabéis Príncipe—le dijo Marsa dulcemente con su voz de contralto, que resultaba suave y

carifiosa,—sabeis que entre todos los que han combatido á favor de vuestro país, sólo vos! habeis sido la admiracion de toda mi vida?

El quiso sonreir, citándole algunos nombres más ilastres.

—No, no—respondió Marsa;—no son esos los que yo amo, es el vuestro. Voy á deciros por qué.

Y continuó refiriéndole, con una emocion que hacía vibrar su voz, todo lo que el príncipe Sador y su hijo habían intentado veinte años ántes en pró de la libertad de Hungría. Toda esta historia la tenía muy presente, como si todavía corriera la sangre. Si su edad le hubiese permitido asistir á tales batallas, seguramente no las relataría con más vehemencia.

—Sé muy bien cómo á la cabeza de vuestros husares arrebatasteis á los soldados de Fella-chich la primera bandera que los húngaros cogieron al Austria. ¿Quereis que os diga la fecha exacta?... ¿Y el día?... ¿Era un jueves!

Toda aquella historia ignorada, olvidada, perdida entre el humo de otras guerras más recientes, la conocía aquella extraña doncella día por día; y en aquel sitio, en aquel comedor de París, en medio de aquella sociedad, entre aquellas conversaciones que recaian sobre los acontecimientos del día, sobre el último escándalo, sobre la crítica de la última opereta, Andras, reconcentrando su espíritu, veía de nuevo levantarse ante él, como una mágica resurreccion, todo su pasado heroico.

—¿Pero cómo me conoceis con tanta exactitud?—preguntó el príncipe fijando á su vez en

Marsa Laazlo sus limpidos y hermosos ojos. —¿Acaso vuestro padre era alguno de mis soldados?

—Mi padre era ruso—contestó bruscamente Marsa, cuya voz se tornó de pronto seca y desagradable.

—¿Ruso?

—Si, ruso—repitió marcando la palabra con una especie de cólera. —Solo mi madre era tzigana, y su belleza fué el botin de aquellos que vuestros soldados no pudieron aniquilar.

En medio del ruido y de la confusion de las conversaciones, que á medida que la comida avanzaba iba haciéndose mayor, no podia referirle todos los sufrimientos que su vida encerrara hasta aquel momento; y sin embargo, él, adivinando un drama oculto en la existencia de aquella jóven, la rogaba, casi la suplicaba, que hablara, procurando detenerse en los límites en que la simpatia podia tomarse por indiscrecion.

—Os ruego me perdoneis—dijo al ver que ella se callaba plegando los párpados sobre sus ojos, que se habian puesto amenazadores.

—Si deseo saber vuestra vida es por lo perfectamente que conoceis la mia.

—¡Oh! ¡vuestra vida!...—replicó Marsa sonriendo tristemente;—vuestra vida pertenece á la historia; la mia es del drama, y del drama oculto... ¡Hé aqui la diferencia!

—No insisto,—dijo Andras.

—¡Oh, ya tendré la satisfaccion de contaros toda mi vida, si una existencia inútil puede in-

teresaros! Pero aquí, en medio de este barullo del final de la comida... no.

Y cambiando de tono, añadió:

—No hay para qué mezclar las lágrimas con el champagne. Luego... luego...

Y se esforzó por aparecer alegre como otras jóvenes que allí se veían, y en las cuales, á pesar de su belleza, el príncipe Andras no paraba su atención.

Pero en vano trataba de desprenderse de aquella nube de tristeza, cuyo reflejo, por otra parte, aumentaba el encanto de su severo y agraciado semblante.

El príncipe creía aun oír aquella voz que se había vuelto áspera, diciendo con tono breve, casi indignado:

—¡Si, ruso!... ¡Mi padre era ruso!

V

Insensiblemente el príncipe se sentía dominado por una dulce agitación y por una especie de calor que invadía todo su ser produciéndole el efecto de un cordial. Aquella especie de misterio que parecía rodear á Marsa, aquel relámpago de cólera que había brillado en sus ojos al hablar de aquel ruso, que era su padre, constituían nuevos atractivos para el príncipe, que experimentaba un sentimiento de deliciosa inquietud, como si el secreto de la existencia de aquella mujer formara ahora parte de su vida.

Ella á su vez no manifestaba empeño en guardar su secreto. Desde el primer momento, durante las variadas conversaciones que se suscitaron después de la comida y mientras se exhibían notabilidades musicales que siempre abundaban en casa de la baronesa, Marsa, entregándose alegremente á aquel á quien ella miraba como uno de sus héroes, confió al príncipe Andras todos los sufrimientos de su vida.

Le refirió el asalto por los soldados de Paskiewich del pueblecillo en que se hallaba suabuelo

haciendo fuego entre los soldados, despues de abandonar su instrumento músico. El combate que tuvo lugar en la única calle de la aldea, habia sido más bien una verdadera carnicería, una de las últimas carnicerías en aquella campaña. Todo lo destruyeron los rusos, quemando chozas y fusilando prisioneros. Entre éstos habia algunas mujeres que no sólo habian curado á los heridos, sino que, cogiendo los fusiles de los muertos, los habian vengado haciendo fuego con sus armas. Una de las que quedaron con vida, la más joven y bonita (una bohemía), fué recogida por un oficial ruso, quien despues de hecha la paz se la llevó á su país como si fuese una res.

Esta era Tisza Laazlo, la madre de Marsa. Aquel oficial, perteneciente á la aristocracia rusa, buen mozo y extraordinariamente rico, la amaba verdaderamente, con pasion, como un loco. Despues de que por la violencia la habia hecho su querida, la guardaba medio cautiva, pero obedeciéndola como un esclavo, implorando y esforzándose por que ella le perdonase su brutal amor impuesto por la fuerza, y á la vez ofreciéndole como expiacion, no sólo su fortuna, sino hasta su nombre, aquel titulo de príncipe del que los Tcheréteff, sus antepasados, se consideraban tan orgullosos, y que, sin embargo, un tzigana errante rechazaba con odio y desprecio.

¿Princesa? ¿Ella, la bohemía, princesa rusa? Tal titulo le habria parecido un nuevo estigma, todavía más abominable.

El suplicando y despreciando ella: así se des-

lizaba trágicamente la vida para aquellos dos seres desgraciados, en el inmenso castillo situado en las cercanías de Moscou, desde el cual Tisza podia distinguir las doradas y verdes cúpulas de la gran ciudad, en la que nunca quiso poner los pies, prefiriendo la soledad de su cuarto, donde permanecía escondida como en una cueva.

Sola en el mundo y habiendo sobrevivido á todos los de su tribu, bárbaramente destrozada, eran para ella los rusos los verdugos de sus compatriotas, los asesinos de aquellos músicos libres con quienes iba por los pueblos tocando las *czardas*.

Aquel noble, arrogante, y generoso príncipe Tcheréteff, que la amaba con delirio y que temblaba, sin embargo, en su presencia, despues de habérsela llevado como la oveja separada del rebaño, la repugnaba; la parecia verle siempre como el día que penetró en aquella aldea húngara incendiada, con la espada en la mano, enrojado el rostro por el reflejo de las llamas entre las bayonetas de sus soldados teñidas de sangre.

Para ella, aquel joven elegante, de rubios bigotes y bizarra apostura militar, realizada por brillante y ajroso uniforme, era el vencedor victorioso y el martirizador de la tzigana prisionera.

Y sin embargo, de tal hombre tenia una hija. Vencida, á pesar de su feroz resistencia y de sus gritos de tigre, hubiese querido morir en seguida, morir de hambre, ya que por estar encerrada no le era posible arrojarle al agua ó valerse

de un arma para suicidarse. Pero, bien fuese por debilidad ó por presentir que en su seno latía otro ser, se sobrepuso, se resignó con su existencia solo por su hija, á la cual consagró por completo en cuerpo y alma.

Marsa tenía todos los rasgos de la fisonomía de su madre, y—contra lo que ordinariamente ocurre de que frecuentemente las hijas se parecen al padre—ninguno de Tchéréteff, ninguno del ruso; todo lo contrario, era tzigana completamente, tzigana por el color bronceado de su cutis, tzigana por sus aterciopelados ojos y tzigana por su negra y ondulosa cabellera negra, que la madre acariciaba con voluptuosidad entre sus enflaquecidas manos.

Su altiva hermosura, que el dolor lento y constante había empañado, la veía retratada en aquella niña, hija legítima de Hungría, como lo era ella, y á la cual educaba en las leyendas, en los cantos, en los heroísmos y en los martirios de la Hungría; en todos los recuerdos que podían dar idea á la niña de la libre putsa, entre cuyos pobladores nunca se borra la palabra *honra*.

De este modo vivió Marsa en el castillo moscovita, no queriendo á nadie en el mundo más que á su madre y mirando con miedo á aquel hombre rubio que la parecía un extranjero y que algunas veces la ponía sobre sus rodillas y la contemplaba con ojos tristes. En presencia de aquel que era su padre se le figuraba estar delante de un enemigo.

Como la Tisza no salía nunca, Marsa abandonaba el castillo raras veces, y cuando iba á Mos-

cou lo hacia de prisa para volver al lado de su madre. La misma animación de esta ciudad oprimía su corazón al recordar las terribles guerras que la habían hecho conocer. ¡Quizá entre aquellos que pasaban á su lado, entre aquellos mugiks, se hallaban los miserables que habían fusilado á su abuelo, al viejo Mihal.

Así la tzigana logró, con una especie de apasionamiento, mantener vivo en la ardiente imaginación de su hija el amor á la lejana patria y el odio profundo al opresor.

Un proverbio dice que «en cuanto una valaca penetra en una casa, toda ella se transforma en Valaquia». La Tisza no pretendía que el castillo se hiciese tzigano, pero sí que, por lo menos, la criatura nacida de sus entrañas fuera tzigana hasta las uñas.

Entre la servidumbre del príncipe Tchéréteff se la seguía llamando *la Tzigana*, y el mismo nombre quiso llevar Marsa, considerándolo como honroso título.

Los años iban pasando sin que la tzigana perdonara al príncipe y sin que Marsa hubiese llamado al ruso: *mi padre*.

Un día pidió el príncipe con más insistencia á Tisza Laazlo que consintiera en ser su esposa, en nombre de su hija. Era huérfana hacia ya tiempo y dueña de sus actos.

La madre se negó.

—¿Y nuestra hija?—replicó el príncipe.

—¿Mi hija?... Llevará el nombre de su madre.

Al menos no es un nombre ruso.

No consiguiendo nada, se declaró vencido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Conforme crecía Marsa, el príncipe iba encontrando más enojosa la permanencia en Moscú. Hizo educar á su hija como si hubiera de llegar á ser czarina. Profesores de música y canto, institutriz francesa é inglesa, profesor de alemán, profesor de dibujo, nada faltó á aquella niña, que, con la prodigiosa facilidad de asimilación, propia de los de su raza, lo aprendía todo, ansiosa de saber para olvidar en algunos momentos, atraída por lo desconocido, por lo nuevo, por la historia; pero, no obstante, estaba siempre agitada y conmovida por los recuerdos de aquel país ignorado que era el país de los suyos, su mismo país, patria de su corazón y de su alma: la Hungría.

Su madre le había hecho conocer á los héroes que la dieron gloria: Klapka, Georgei, Dembiuski, Bem, el vencedor de Buda, Kossuth y los caballeros príncipes Zilah, padre é hijo, el mártir sepultado y el héroe vivo.

El príncipe Tchéréteff, muy francés por educación y por sentimiento, quiso que conociera la Francia aquella niña que, aunque no llevaba su nombre, era adorada por él con frenesí.

Además, Francia ejercería una poderosa influencia en la imaginación de Marsa, que marchó á París muy contenta, seguida de la ztigana, su madre, para quien el dejar el territorio de Rusia era un consuelo. Y ¡quién sabe! tal vez algún día volvería á su patria.

En efecto, Tisza respiraba con más libertad en Francia, no sin repetir constantemente, como un lúgubre refrán, el proverbio de su

país: «Fuera de Hungría, la vida no es vida.»

El príncipe compró, en el parque, una casa rodeada de inmenso jardín, próxima al bosque de Saint-Germain, en cuya fachada se veía incrustada, y destacándose sobre un fondo de oro, de estilo bizantino, la flaca figura de un Cristo crucificado.

Y, como acontecía en Moscú, la Tisza y el príncipe Tchéréteff vivían en aquella casa, frente uno de otro, en una especie de aislamiento rodeado de lujo, pero casi salvaje; la ztigana, con su encarnizado resentimiento, rehusando constantemente su perdón al ruso, y alimentando en Marsa su odio hacia todo lo que fuese moscovita, el príncipe, desconsolado y enfermo además; triste y desanimado entre aquella mujer á quien adoraba, sin haber conseguido otra cosa que apoderarse de su cuerpo por la fuerza, y aquella hija tan extraordinariamente hermosa, retrato vivo de su madre y que le trataba con el frío respeto que se tiene para un extraño.

Una enfermedad lenta que atacó á sus nervios y á su corazón, arrebató la vida á aquel padre.

Al verse amenazado de muerte, aquel noble caballero, aquel soldado, hizo venir á su cabecera á la ztigana y á su hija, y, como en una suprema confesión, pidió en voz alta, ante la madre, que la hija le perdonase el haberla dado vida.

—Marsa, le dijo con tristeza,—vuestro nacimiento, que pudo ser la alegría de mi existencia, ha sido el remordimiento de toda mi vida... Pero yo muero de ese amor que me aniquila... ¿Me

quereis abrazar para probarme que me habeis perdonado?

Quizá por primera vez en su vida, los labios de Marsa, trémulos por la emoción, se posaron sobre la frente del príncipe.

Pero, antes de abrazarle, su mirada interrogó la de su madre.

La tzigana lo dijo:

—¡Vétell!

—Y vos, Tisza, —¿me perdonais?— murmuró el príncipe moribundo.

Para Tisza no se apartaba de su vista el pueblo devorado por las llamas, su padre degollado, sus hermanos asesinados y la figura de aquel hombre, ahora tendido allí en aquel lecho con la demacrada cabeza hundida en la almohada, de pie entre sus soldados, blandiendo el sable y gritando: «¡Adelante, y a ellos!»

Luego ella misma se veía conducida, casi á la rastra, á la cola de un caballo, arrojada en un furgon, con las manos atadas, conducida entre la impedimenta de un ejército como un bagaje, como una cosa, para ser, por último, encerrada entre los muros de Rusia.

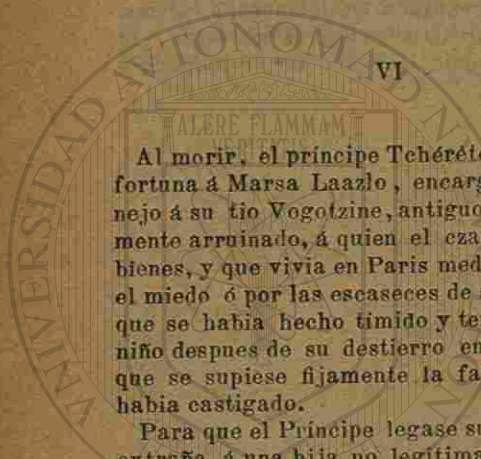
Todavía sentía sobre sus pálidos labios la impresión parecida á la de un hierro candente, que le habia causado el primer beso de aquel hombre, cuyo amor habia comenzado por ser repugnante.

Dió dos pasos hácia el moribundo, como resuelta á decirle también en voz baja:

—¡Os perdono!

Pero toda la cólera, todos los sufrimientos de

su vida se agolparon á su corazón, y se detuvo fijando su mirada extraviada en aquel agonizante cuyos ojos imploraban compasión, y que después de haber levantado su demacrada cabeza, cuyas sienes parecían dos negros agujeros, la dejó caer tristemente lanzando un prolongado y fatigoso suspiro.



Al morir, el príncipe Tchéréteff dejó toda su fortuna á Marsa Laazlo, encargando de su manejo á su tío Vogotzine, antiguo general actualmente arruinado, á quien el czar confiscara los bienes, y que vivía en París medio atontado por el miedo ó por las escaseces de su nueva vida, y que se había hecho tímido y temblaba como un niño despues de su destierro en la Siberia, sin que se supiese fijamente la falta por que se la había castigado.

Para que el Príncipe legase sus bienes á una extraña, á una hija no legítimada, fué preciso una ley especial del Czar, de aquel Czar cuya voluntad está por encima de las leyes, pues de otro modo hubiesen pasado estos bienes á ser dominio del Estado por no tener el Príncipe otros parientes que un proscrito. Gracias, pues, á la firma del Czar, Marsa heredó.

En efecto, el único pariente del príncipe Tchéréteff que vivía, era el viejo general Vogotzine. A cambio de una renta que instituyó en su favor, dióle el encargo de velar por Marsa á la vez que de cuidar de su futuro casamiento. Siendo, como era, rica, no habían de faltarle pretendientes á su mano, y Tisza, la tzigana, siempre en estado

medio insociable, no era á propósito para guiarla y ser la salvaguardia de una heredera extranjera en París.

El príncipe supuso al general Vogotzine menos viejo y más parisiense de lo que realmente era, y la recomendacion que le hizo, aquella especie de legado moral, sirvió de gran consuelo á su paternal amor.

No tardó mucho tiempo en seguirle á la tumba Tisza. Murió aborreciendo la casa en que habitaba y hasta el Crucifijo moscovita incrustado en la fachada, que su fe le impedía arrancar, y haciendo jurar á su hija que aquel sueño que se acercaba y en el que se mecía despues de tantos sufrimientos, había de dormirlo en tierra húngara.

En cumplimiento de tan sagrada promesa, aquella joven de veinte años, sola con Vogotzine, que la acompañaba visiblemente disgustado en aquel lúgubre viaje, atravesó la Francia, llegó á Viena, buscó el sitio donde estuvo emplazada la aldea incendiada en otro tiempo por los soldados de Tchéréteff, lo que sólo pudo conocerse por algunas paredes caídas y convertidas en escombros, y allí en tierra de Hungría, á dos pasos de la plaza donde sus ahuelos habían caído bajo las balas enemigas, se dió sepultura á la tzigana, y su hija pudo respirar el aire de la libre *pustza*, encontrando en aquel país querido, cuya sangre le parecía que era la única que corría por sus venas, algo ya conocido, como el vivo recuerdo de una existencia anterior.

Sobre la tumba de la mártir, Marsa, no obs-

tante sus odios, rezó también por el verdugo.

Pensaba que aquél que había sido enterrado en el cementerio del Padre Lachaise era su padre, como la tzigana que allí reposaba era su madre. Rezaba para que aquellos dos seres tan separados en vida, se perdonasen allá en la ansiedad de las almas.

Marsa Laazlo estaba sola en el mundo. Acostumbrada á Francia, en la que se encontraba á gusto, vino á establecerse en la villa de Maissons-Laffitte, permitiendo que en ella se instalara, como una especie de mentor, el viejo Vogtzine, obediente como un criado y callado como un mudo, y que con tal que no le faltara su chocolate por la mañana, su café con el *Kummel* al almuerzo y la botella del aguardiente en la mesa para por la tarde, dejaba á Marsa libre de pensar, de obrar, de entrar y de salir á su antojo.

Ella había aceptado la herencia del príncipe con la restricción mental y la condición de que una mitad serviría para socorro de la colonia húngara. Consideraba como la expiación del padre emplear aquel dinero en socorrer á los compatriotas de su madre, y así, en cuanto fué mayor de edad, envió una enorme suma al comité encargado de distribuir auxilios á los húngaros, exigiendo la donante que parte de ella se dedicara á la reconstrucción del mueblecillo destruido en Transylvania veinte años antes por los rusos.

—Al preguntarle en nombre de quién debía entregarse tan cuantioso donativo, Marsa respondió:

—En el de siempre. En el de mi madre. En el mío: *la Tzigana*.

¡*La Tzigana!* Más que nunca se enorgullecía con aquel apodo.

—Y tengo más interés en llamarme así—decía á Zilah evocando los pasados sufrimientos, porque con este título puedo hablaros de vuestra misma persona y vos perder el tiempo escuchándome.

El príncipe Andras, que oía con una especie de fiebre apasionada á aquella joven, recordarle todo su pasado, muy contenta de hablar haciéndose ella conocer á su vez, no se extrañaba de que se espesara con tanta confianza y franqueza en su primera entrevista, puesto que á él también le parecía conocer aquella tzigana de quien hasta el nombre ignoraba hacía una hora.

Marsa evocaba en el príncipe, que al oírla experimentaba una deliciosa turbación, como en los días de su juventud, visiones fugaces de sus primeros años, transportándose á aquellos felices tiempos en que, bajo el cielo purísimo tachonado de estrellas, pasaba noches hermosas escuchando los cantos de su adorada patria.

—Príncipe—dijo de pronto Marsa Laazlo—¿sabéis que os he estado buscando mucho tiempo, y que al presentarme á vos la baronesa Dinati he realizado mi más constante aspiración?

—¿A mí, señorita?

—Sí, á vos. La Tisza, de que os he hablado, la tzigana, mi madre, que llevaba el nombre del bendito río que hay en nuestra patria, me había enseñado á repetir vuestro nombre. Os conocía

por haberos encontrado en las circunstancias más tristes de vuestra vida.

—¿Vuestra madre?—replicó Andras, esperando con verdadera ansiedad á que Marsa terminase aquella confidencia.

—¡Sí, mi madre!

Al decir esto, separó sus delicadas manos que mantenía cruzadas, y mostrando la hebilla que le servía para abrocharse el vestido alrededor de su elegante cintura:

—¡Mirad!—dijo.

Andras sintió repentinamente una especie de golpe en el corazón, una dolorosa presión que no carecía de encanto, y su mirada subió casi ansiosa de la cintura de Marsa al rostro de la jóven.

Marsa Laazlo, sonriendo, sin desplegar los labios parecía decirle:

—Y bien, ¡sí, éste es el broche que un día os arrancasteis de vuestra pelliza de soldado y que entregasteis vos mismo á una tzigana desconocida, junto á la fosa en que acababan de sepultar los inanimados restos de vuestro padre!

Aquella presilla de plata, los ópalos en ella engastados, trajeron de pronto al pensamiento del príncipe Zilah la triste noche de enero en que el cadáver de su padre quedó enterrado allá, en lejano país, y como si todavía presenciase tan fúnebre ceremonia, creía estar viendo los nevados pinos, la oscura hoya y los vacilantes reflejos rojizos de las antorchas que proyectándose sobre el cadáver parecían darle vida.

¡Y la jóven que había visto llorosa entre aque-

llos músicos nómadas, aquella doncella de morena tez á quien la misma noche había entregado la presilla diciendo: «Trae este objeto y ven á vivir tranquila entre los Zilah», era la madre de aquella hermosa criatura tan extraordinariamente seductora, y cuya palabra desde el principio de la comida, hacia dos horas, le tenía extasiado! Aquella desconocida, aquella Marsa, ¿estaba hasta tal punto mezclada en su vida?

—¡Ah!—dijo Andras sonriendo tristemente.—¡Pero el talismán de vuestra madre valía más que el mío!... Yo guardé las piedrecillas del lago que me dió, y en efecto, me he salvado de la muerte; en cambio, mis ópalos no han proporcionado á vuestra madre la felicidad. No parece sino que tales piedras llevan la mala suerte. ¿Sois supersticiosa?

—Dejaría de ser hija de la Tisza si no creyese algo en todo lo que es novelesco, fantástico, inverosímil, imposible. Además, los ópalos merecen ahora perdón, pues gracias á ellos he podido demostraros que no me érais desconocido. Esta alhaja querida, que siempre me acompaña, tiene para mí el doble poder de recordarme á mi pobre madre y el nombre de un héroe.

Tales palabras, que salían de sus labios con una sonrisa graciosa algún tanto salvaje, encerraban más armonía para el príncipe Andras que toda la música que se estaba ejecutando en el concierto de la baronesa Dinati.

Aquella ardiente imaginación de mujer, dominada por todo lo que al hombre da su gran prestigio é irresistible fuerza, el heroísmo, la bra-

agobia á los del día. Siento que Miguel haya abandonado su puesto. La carrera le ofrecia un gran porvenir. Hubiese hecho un excelente diplomático.

—Demasiado bueno quizá, — interrumpió Marsa con acritud.

—¡Oh! decididamente mi pobre Meuko no os es simpático, — dijo Andras queriendo reír.

—Me es indiferente — replicó la tzigana, que en el tono con que pronunció esta palabra dejó traslucir la terrible condenación de Miguel Meuko. — Además, él mismo me contó en otro tiempo lo que de él acabais de referirme. Es verdad que os quiere y venera profundamente. ¿Qué de particular tiene esto? Los hombres como vos son para hombres como él ejemplos y....

De pronto se detuvo como si la palabra fuese más lejos que su pensamiento.

—¿Y... — preguntó el Príncipe.

—Nada. Ejemplos. Sí, ejemplos. No encuentro otra frase.

Marsa sacudió su linda cabeita como si quisiera apartar la conversacion de aquel asunto, y Andras, despues de permanecer un momento reflexionando sobre aquella singular reticencia, solo pensó en trastornarse con el encanto, con la sonrisa, con la viva gracia de aquella jóven, hasta que Marsa le dió la mano á la inglesa, despidiéndose de él y rogándole que no olvidara cuán feliz y orgullosa se consideraria de recibirle en su casa.

—Pero el caso es — dijo con cierta sonrisa que dejaba ver sus blanquísimos dientes — que no soy

yo quien debe invitaros. ¡Estoy cometiendo una inconveniencia! General...

Llamó al viejo general Vogotzine, en quien Zilah no habia fijado su atención, y llevándole de la mano ante el Príncipe, le dijo en voz muy alta, sin duda porque Vogotzine era algo sordo:

—El príncipe Zilah, tío mio, que nos dispensará la honra de ser de los nuestros en Maissons...

—¡Ah, ah! Tengo mucho gusto... Estoy orgulloso... Me felicito, Príncipe — balbuceó el general retorciendo su blanco bigote, inclinando la cabeza y haciendo girar sus ojazos, protegidos por pobladas cejas, parecidas á cepillos de dientes — ¡Andras Zilah!... ¡Ah! ¡1848!... ¡Época terrible!... ¡Cuántas cuchilladas!.. ¡Ah! ¡ah!... ¡Todo eso acabó!... Acabó... Ahora ya no hay odios.

Tendió su mano al príncipe y estrechando la de éste, repetía:

—Muy dichoso... ¡Qué honor!... ¡El príncipe Zilah!...

Despues, el recuerdo de aquellas horas pasadas al lado de Marsa se agolpaban en la imaginación de Andras como si fuera una vision que se le apareciese en un sueño feliz.

Como la noche estaba tranquila y necesitaba el aire y el silencio de la noche, al salir de allí despidió el carruaje y se volvió á su casa á pié, admirado, mientras iba recorriendo las calles de los Campos Eliseos, de que en el fondo de su ser existiese todavia aquella locura propia de la juventud que le subia alegremente al corazón y á la cara como ráfagas de la brisa primaveral.

VI.

La coquetería de mujer, unida al profundo amor que tenía á la tierra en que descansaban los restos de aquella mártir que fué su madre, contribuía en gran parte á que Marsa Laazlo se hiciera conocer, en vez de usar su verdadero nombre, por el apodo de *la Tzicana*. A su imaginación, excitable como la de una parisiense, halagaba aquel expresivo sobrenombre, añadiéndole un encanto raro, una originalidad de buen gusto, algo así como un adorno, como una corona.

¡La Tzicana!

En el parque, en Maissons-Laffitte, cuando se la veía montada con seguridad en su caballo de pura sangre, ó guiando una victoria arrastrada por un tronco de caballos de la raza Kisber, nadie la llamaba de otro modo.

Delante de los caballos, alargando sus flacos cuerpos ó dando grandes saltos, dos enormes galgos daneses, de un color negro como el azabache, con el pecho y las patas blancas, los ojos de pupilas azules rodeados de un cerco amarillo, brillando entre dos orejas que sin cesar bajaban y levantaban hasta ponerlas rectas y puntiagudas, corrían y se paraban al oír á Marsa

cuando de tanto en tanto los llamaba por sus nombres húngaros.

—¡Aqui, *Duna!*... ¡Aqui, *Bundas!*

Duna y *Bundas* (Danubio y Vela).

Otro perro grande del Himalaya, que era un terrible animal cubierto de abundantísimo pelo lanudo y con unos dientes feroces, llamado *Ortog* (Diablo), junto con aquellos dos galgos, los tres sumisos y obedientes a la voz de la joven, á la cual hubieran podido derribar de una zarpada y destrozar de una dentellada, eran los compañeros de paseo de Marsa, dándole esto fama de excéntrica, de lo cual ni se irritaba ni se enorgullecía, porque la opinión del público le era completamente indiferente.

Seguía viviendo cerca del bosque, mas allá de las suntuosas avenidas, en la villa adquirida por Teheréteff, y allí permanecía constantemente sola, en la indiferente compañía del viejo Vogotzine, que la miraba respetuosamente con los ojos llorosos á causa del *kwass* ó del *conac*.

Como verdadera hija de la Hungría, Marsa era muy aficionada á lanzarse por las avenidas casi desiertas del parque, y dejando salir á escape su caballo, precedida de sus favoritos *Duna* y *Bundas*, que daban grandes saltos de contento al verse en libertad, se internaba en el bosque de Saint-Germain, y allí, completamente sola, á la sombra de aquella espesura de árboles y rodeada de un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el vuelo de los pájaros, entregada á sus reflexiones, en medio de aquella atmósfera perfumada por las flores del campo y bañada

por el aire purísimo de tan frondosa vegetación, se creía más feliz que en su casa.

Luego, llamando á los perros, que habían desaparecido por entre los matorrales, tomaba nuevamente el camino del castillo, deteniéndose en la granja establecida en sus inmediaciones, donde, sentada bajo las moreras, esperaba á que las vacas llegasen de la pradera para que le sirvieran una taza de leche caliente.

De vuelta en el castillo, se sentaba y tocaba el piano con dulce expresión, como si fuesen recuerdos de otra vida, de la vida errante y libre de su madre, los aires húngaros de Juan Nemeth, prefiriendo entre ellos un andante triste y desesperado que, con sus acentos lastimeros, parecía responder al estado partientar de su espíritu.

Era indudable que en el fondo de aquel corazón de mujer se ocultaba un sufrimiento. ¿Sería la amargura de sus primeros recuerdos? Quizá. ¿Algún dolor físico? ¿Quién sabe? Algunos años antes Marsa se había visto precisada, por el estado de su salud, á pasar un invierno en Pau. Pero más bien parecía su estado moral el que exigía el profundo silencio que reinaba en aquel voluntario retiro.

Así trascurrieron los días en aquella villa de Maissons-Laffitte, en que había muerto Tizza. Muchas veces Marsa se encerraba, durante la noche, en la cámara mortuoria, que seguía tal como la madre la dejó. En el piso bajo, el general Vogotzine fumaba su pipa, teniendo al alcance de su mano la botella del aguardiente. Marsa rezaba.

Otras veces, ya de noche, atravesaba las solitarias alamedas y llegaba hasta el convento de las monjas establecidas en la avenida Eglé, que en aquellas horas estaban entregadas á sus rezos en la iglesia.

Ante aquel sagrado lugar, cuyas ventanas iluminaba una luz interior, Marsa se detenía, apoyando su ardorosa frente en los fríos hierros de las rejas, mientras que á su mente acudían tentaciones de mortificación, deseos de encerrarse, en plena vida, en aquellos solitarios claustros, y se decía:

«—¿Quién sabe? ¡Quizá en este austero refugio se consiga el profundo olvido!»

¡El olvido! ¿Acaso Marsa tenía algo que olvidar?

¿Qué secreto pesar daba á aquel bello semblante una expresión amarga, terrible á veces, que contrastaba de tal modo con la habitual de entusiasmo y de apasionada fe?

De pie, con la vista fija en la ventana de la capilla, oyendo el sordo murmullo de los versículos recitados y las plegarias que en aquel recinto se elevaban al Señor, Marsa, que era católica y podía encerrar entre aquellas paredes su juventud y el ardor de sus veinte años, sentía, como en la soledad del bosque, la impresión de aquella paz, de aquel reposo que era el sueño acariciado por su espíritu ansioso de la calma eterna.

Repentinamente, la zigana apartaba la mirada de la gótica ventana, y se alejaba diciendo en tono que el silencio de la noche permitía oír:

—¡No, la tranquilidad no se consigue aquí! Y además, ¿dónde existe esa tranquilidad?... ¡Se encierra en nosotros mismos! ¡Cuando no existe en el corazón no se la encuentra en parte alguna!

Después de estas inclinaciones al claustro, de estas aspiraciones de soledad, de olvido y desaparición, asaltaba á Marsa el deseo de una existencia agitada, frívola y llena de atractivo, como es la de París. Dejaba su casa de Maissons-Laffitte, y acompañada de una doncella ó del viejo Vogotzine, que le seguía de mala gana, alquilaba un cuarto en cualquiera de los hoteles más concurridos, en el *Continental* ó el *Grand-Hotel*, y, como una extranjera, comía en la mesa redonda, buscando el barullo, el desorden, la antítesis de aquella vida retraída y silenciosa que hacía en las alamedas del parque.

Se exhibía por todas partes, se saturaba de novedades, de teatros, de *soirées*—con este objeto aceptaba las invitaciones de la baronesa Dinati—y cuando ya sentía el hastío de todo lo ficticio de las exigencias de la vida mundana, se entregaba de nuevo con ardor á sus bosques, á sus perros y á su soledad, y si esto sucedía en invierno, se encerraba largos meses en aquel desierto palacio, cubierto de nieve.

¿No era aquella una existencia dulce y placentera, comparada con la que había arrastrado la pobre Tizza en el odioso y viejo castillo de las cercanías de Moscou?

En aquella soledad, en la villa de Maissons-

Laffitte, era donde el príncipe Andras Zilah había prometido volverla á ver. Allí se presentó y allí siguió entrando. Desde la muerte de Tchéréteff, quizá él era el único hombre que el general Vogotzine había saludado en casa de su sobrina. Cuando Andras tenía á bien acudir, Marsa se manifestaba muy dichosa.

—La señorita tiene más gusto en vestirse cuando el príncipe Zilah visita la Maissons—le decía una mañana su doncella.

—¡Es que el príncipe Andras no es un hombre como los demás! ¡Es un héroe, mi héroe favorito! No hay en el país de mi madre nombre más popular que el suyo.

—Ya se lo oí decir á la señorita cuando hablaba con el señor conde Meuko.

Si la doncella se hubiese propuesto hacer desaparecer de la mirada de su señorita todo destello de alegría, no hubiera podido elegir medio más á propósito.

Al oír el nombre de Meuko, su semblante adquirió súbitamente un aspecto amenazador. Sus ojos aparecieron rodeados de un cerco azulado, y en su fruncido entrecejo alguien hubiera visto un arco armado para disparar pronto aguda flecha.

El príncipe Andras había notado un cambio igual cuando le habló de él en casa de la baronesa Dinati.

No había olvidado detalle alguno de aquella deliciosa noche, de aquella interesante y seductora conversacion. El amor que el príncipe Andras sentía por la tzigana nació en aquel

primer encuentro, y creció de día en día desde aquella noche.

En aquel hombre, que podía decirse que sólo aspiraba á terminar en la paz del olvido su vida hacia tanto tiempo entristecida por la derrota y el destierro, nacieron risueñas y juveniles esperanzas, despertándose en él vivos deseos de crearse una familia. Era rico, independiente y solo. Podía elegir libremente la mujer que le pareciese digna de ser princesa. No teniendo preocupaciones de clase, no encontraba inconveniente en dar su título á la hija de la Tiszat.

En otra época, no habian peleado los Zilah acaso por estas extrañas ideas de libertad feudal? Queriendo libertar á su país, ellos mismos, altivos sin vanidad, habian sacudido el yugo de las preocupaciones, no pareciéndose á aquellos magyares de los que el gran conde Szechenyi, á quien el dolor quitó la razón y la vida en 1849, decía: *El orgullo hará perecer á mi pueblo.*

El último de los Zilah no creía humillado su orgullo por amar á una tzigana y hacerla de su familia. Sin rodeos, y con el acento de un amor profundo y una sincera adhesión, Andras preguntó á Marsa Laazlo si consentiría en ser su esposa.

Pero al punto se asustó al ver el aspecto de penosa confusión que se dibujó en el descolorido semblante de la joven.

¡Marsa, princesa Zilah!

Lo mismo que su madre, ella habria rechazado de un Tchéréteff aquel título de princesa

que Andras le ofrecía con apasionada ternura.

¡Mas el de princesa Zilah!...

Con ojos estraviados, como una loca, miraba al príncipe, que permanecía de pie delante de ella esperando, tímido y con los labios trémulos de emoción.

Viendo que no respondía, la cogió la mano y la dijo con ansiedad, casi gritando al observar que los dedos de Marsa estaban como el hielo: «¿Qué teneis?»

La joven necesitó hacer un gran esfuerzo para no caer desmayada.

— Pero, en fin, — repitió Andras, — ¿accedeis, Marsa? ¿Quereis ser mi esposa?

Hacia seis meses que la amaba aquel hombre que, no conociendo lo que era el miedo, se veía entonces asaltado por un terror inexplicable.

¡Y si Marsa no le amase!

Sin duda, habia creído ver en ella un cariño ilimitado que le dió valor para preguntarla si quería ser su esposa. Pero, ¿y si se habia engañado?... ¿Si lo que cautivaba á Marsa no era el hombre, sino únicamente el soldado? ¡Ah! ¡era una locura amar, y más amar á los cuarenta años cumplidos, á una joven, á una preciosa joven como era aquella Marsa!

Y ella no respondía. Seguía casi inerte, convertida en estatua, pálida, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos, mirando de un modo feroz.

Luego, como él la obligase á que hablara — descubriendo su profunda emoción, mientras ella seguía muda, cual si su lengua se hubiese

paralizado,—la joven, reconcentrando sus fuerzas, dejó escapar de sus labios una frase cruel que hizo el efecto de una sentencia en el corazón del héroe.

—¡Nunca!

Tan terrible fué la impresión que produjo en Andras esta rotunda negativa, que notándolo Marsa, tuvo por un momento tentación de echarse á los pies del Príncipe, gritando:

—¡Os amo! ¡Os amo!... ¡pero nunca!...

¿Le amaba ella? Sí, locamente. Más aún, con profunda y eterna pasión; así lo comprendía ella: con la pasión que la admiración, el respeto y las inimitables virtudes del Príncipe habían arraigado en su alma y que hacía doblemente seductor para aquella mujer el entusiasmo que en su espíritu exaltado despertaba aquel que para ella era el honor intachable, la bondad infinita unida al valor heroico, la existencia inmolada al deber, todo encarnado en un hombre, acrecentando el brillo de un ilustre apellido: Zilah.

Andras sospechaba y hasta comprendía que aquella Marsa, á pesar de su enigmática negativa, sentía por él una verdadera simpatía que pasaba los límites de la amistad. El creía, al menos, haberlo comprendido así; mejor dicho, estaba convencido de ello. Pero entonces, ¿por qué de aquel modo, y con una sola palabra, le arrebató toda esperanza?

—¡Nunca! ¿Acaso no era libre?

Una pregunta, de la que inmediatamente pidió perdón con sus miradas, se escapó, como el gri-

to de un ahogado, del pecho de aquel hombre.

—¡Amais á alguno, Marsa?

Ella lanzó un grito.

—¡Os juro que no!

Después de esta respuesta, Andras insistió en que le dijera los motivos por qué no aceptaba y á qué se debía el terror que había manifestado hacia un momento. Marsa, en una especie de crisis nerviosa que no obstante consiguió vencer, ahogada por los sollozos, le replicó que si alguna vez llegaba á unirse con alguno en el mundo, sería con él, solo con él, con aquel héroe de su país, con aquel sueño realizado de caballerosa abnegación, con él á quien mucho antes de conocer admiraba, y á quien ahora...

Ella se detuvo ante una palabra que era una declaración.

—¡Ah! ¿ahora... ahora?—preguntó Andras, suplicante, esperando el final de aquella confesión que la extrema excitación nerviosa hizo que Marsa dejase casi escapar.—¿Ahora?...

Pero ella no completó aquella frase que Zilah provocaba, que pedía, agitado por las más risueñas esperanzas.

Queriendo librarse de aquella conversación que la estaba matando, suplicó al Príncipe, con voz alterada, que la dispensara, que la perdonase, porque realmente se sentía enferma, profundamente afectada.

—Puesto que sufrís, no quiero, no puedo abandonaros....

—Yo os lo ruego. Lo que me hace falta es la soledad....

—¿Me permitís al menos que vuelva mañana, Marsa, y que os pida vuestra contestación?

—¿Mi contestación? Ya os la he dado.

—¡No, no por cierto! ¡No, yo no acepto esa negativa! ¡No, no, hay en vos una lucha interior que no puedo conocer! ¡Pero os juro, Marsa, que sin vos la vida me es imposible! Si, os lo digo con toda la sinceridad de mi alma; hoy toda mi existencia la consagro á vos, que sois mi ansiada felicidad. Reflexionad. Hay en vuestra voz cierta turbación que me deja alguna esperanza. Hasta mañana... ¿verdad, Marsa? Volveré mañana. ¡Lo que hoy me habeis dicho no vale!... ¡Hasta mañana, hasta mañana!... ¡Y pensad en que os adoro!

Y ella, estremeciéndose al oír aquella voz, inquieta y sin energía, sin atreverse á pronunciar un *no* ni á dar el *adiós* á aquel hombre, y no queriendo, por otra parte, decirle *hasta mañana*, le dejó que se marchara confiado á pesar del mutismo en que obstinada y desesperadamente se había encerrado. Así que Andras se hubo ausentado, Marsa, destrozada, agotadas sus fuerzas y deshecha en llanto, se tendió como una loca en el diván en que poco antes se hallaban sentados.

En cuanto se halló sola, llevó á los ojos sus puños cerrados, y víctima de una crisis terrible, dió rienda á sus angustiosos sollozos, confundidos con gritos reprimidos, fijando su amenazadora mirada en un ser invisible, y sin que las escuchara nadie, de sus labios, secos por la fiebre, salían estas trágicas preguntas:

—¿Es innegable que me da la vida, que lo que me ofrece es la felicidad! ¿Y acaso no tengo el derecho de ser dichosa?... ¡Ser esposa de un hombre como él! ¡Amarle, depositar en él todo el afecto, convertir su existencia en una serie interminable de alegrías, de sacrificios, de amor para él! ¡Ser su esclava y su objeto! ¡Si me casara con él!

Y variando repentinamente:

—¡Si me matara!

E insistiendo en esta horripilante idea, con los ojos extraviados, seguía:

—¡Matarme! Sí. ¡Es lo mejor!

Luego, riendo como una loca y derramando nuevas lágrimas:

—¿No hay duda! Sí. Es el único partido que puedo adoptar. Pero ahora que le amo soy cobarde... ¡Cobarde! ¡Miserable!... ¡Desgraciada, sí!

Y en aquella terrible desesperación en que destrozaba su hermoso cuerpo, parecía que iba á sucumbir ó á perder para siempre la razón.

VIII.

Después de aquella tremenda crisis, la reflexión debió poder más en Marsa, porque el día siguiente cuando Zilah se presentó de nuevo, la halló más tranquila.

—Sin preguntarla nada en el primer momento acerca de su determinación, la manifestó gran interés por su salud.

—¡Oh, ya me encuentro bien!—respondió ella sonriendo con cierta tristeza.

En seguida se fué al piano y tocó su romanza favorita; al oirla, la interrumpió el príncipe, preguntando:

—¿Eso es de Nemeth?

—Sí, de Juan Nemeth... ¡Su música me entusiasma! ¡Es puramente húngara!

Y las notas vibraban como suspiros, como lejano toque de agonía, cual si en ellas hubiese una lamentación poética, triste, desesperada, profunda, y, sin embargo, dulce y conmovedora. Luego se oían de nuevo los suspiros que terminaban por un *forte* fúnebre que recordaba la paletada de tierra que se echa sobre el cadáver al darle sepultura.

—¿Cómo se llama esta pieza, Marsa?—dijo Andras.

Marsa no respondió.

Entonces el Príncipe se levantó, leyó el título de la obra, escrito en húngaro y en francés, y aproximándose ligeramente al oído de la tzigana deslizó en él esta galantería:

—Juan Nement dice bien. *Solo hay una hermosa en el mundo.*

Marsa palideció, se sonrió, y poniéndose en pie, le tendió la mano:

—Mi querido Príncipe, eso es casi un madrigal, y entre nosotros no son ya necesarios. Sé que me amais. Yo también os amo. ¿Me concedéis un mes para reflexionar? ¿Un mes justo?..

Toda mi vida os pertenece en estos momentos. Disponed de ella á vuestro antojo.

—¡Bien! ¡Hasta pasado un mes!—dijo con acento firme y resuelto.

—Únicamente—replicó Andras sonriendo—debo recordaros que en otro tiempo mi consigna se encerraba en los versos de Petoefi... Ya sabéis, en aquellos sublimes versos de nuestra libre puziza, en que vence la libertad al amor.

—¡Pues bien!—añadió el Príncipe—podeis decir que en esta ocasión el Andras Zilah de 1848 sería capaz de dar la libertad, esa pasión de toda su vida, por vuestro amor, Marsa, mi querida y adorada Marsa, la libertad, que es para mí como la representación de la patria.

Oyendo hablar de aquel modo á un hombre como él, Marsa se sentía conmovida hasta la última fibra de su corazón. El soberbio ideal de la tzigana, como el de la mayoría de las mujeres era la lealtad unida á la fuerza. Jamás, ni aun en

sus más fantásticos sueños, se imaginó que llegaría á escuchar que un héroe de la guerra de la Independencia, un Andras Zilah, le ofreciera suplicante su nombre.

Ella, que conocía á Yanski por haberle presentado Andras en Maissons-Laffite, y sabía que no ignoraba los más íntimos pensamientos del príncipe, pensó que en semejante ocasión no habría dejado de confiar sus penas y sus temores al inseparable amigo.

—¿Qué opináis que haría el príncipe si yo no accediera á ser su esposa?—le preguntó de repente un día la tzigana.

—He aquí una pregunta hecha á boca de jarro que no esperaba—dijo Yanski con sus maneras adustas y dirigiendo una mirada de admiración á Marsa Laazlo.—¿Acaso no queréis ser una Zilah?

Al espresarse así le parecía que sólo el dudar era un insulto y como un sacrilegio.

—No digo tal cosa—replió la tzigana;—lo que os pregunto es, que qué sería del príncipe si por un motivo cualquiera....

—Muy sencillo—respondió Varhely.—El príncipe, así os lo habrá dicho, es uno de esos hombres que no aman más que una vez en su vida. Bajo palabra de honor, yo creo que si le rechazaseis, le costaría una enfermedad ó sería causa de que hiciese alguna locura... de esas que se pagan con la vida.

—¡Ah!—dijo sencillamente Marsa, que se había puesto sumamente pálida.

—Esa es mi opinión—repitió Yanski con rude-

za.—El está herido. Solo falta saber si vos queréis que la herida sea mortal.

La contestación de Varhely debía ser de gran peso en el ánimo de Marsa Laazlo en aquellos días crueles de angustia, de indecisión, de fiebre, de locura, que precedería á la fecha fijada para decir al príncipe Zilah si consentía ó no en ser su esposa.

Por fin, de los labios de la tzigana salió un sí casi tan frío y pavoroso como una negativa.

Mas el Príncipe no conservaba la sangre fría necesaria para analizar el tono en que había sido pronunciado. La alegría le embargaba.

—¡Ah!—dijo—¡grande ha sido mi angustia durante estas semanas de duda; pero ahora soy feliz, muy feliz!

—¿Sabeis—le preguntó Marsa—lo que me ha dicho Vártheley?

—¡Sí, lo sé!...

—Pues bien, ya que los Zilah son lo mismo en sus amores que en sus duelos, poniendo en ellos su existencia entera, acepto: sea. ¡Vuestra existencia por la mía! ¡don por don!... ¡Yo no quiero que murais!

El no se paró á descifrar el sentido de aquellas palabras. Cogió entre las suyas las abrasadoras manos de Marsa y las cubrió de ardientes besos y lágrimas de fuego, mientras Marsa, con los labios temblorosos, miraba á través de sus largas pestañas á aquel hombre inclinado que le estaba diciendo:

—¡Te amo!

Entonces y en aquel momento de inefable di-

cha, á la puerta de la nueva vida que se abría para ella en aquel instante con la más risueña perspectiva, todo lo daba al olvido para pensar únicamente en aquella realidad que le acariciaba: las lágrimas de felicidad de un héroe de quien iba á ser la esposa.

¡La esposa!

Meciéndose en sus ilusiones, sin reflexionar, sin resistir, dejándose llevar por la dulce corriente que la arrastraba, no queriendo darse cuenta del tiempo, de la hora, del porvenir, amando y gozando en ser amada, viviendo en una especie de sonambulismo encantador, la tzigana presenciaba, como si no se tratase de ella, los preparativos de aquel futuro matrimonio que ella había de contraer.

El príncipe, con la impaciencia de un enamorado de veinte años, procuraba anticipar aquella unión, que constituía su mayor alegría. Anunciado á todo aquel París, que era parisiense y exótico á la vez, el casamiento del *Magyar* con la *Tzigana* pronto fué el suceso más comentado entre la *high life* extranjera, que apreciando el aspecto novelesco de caballerosidad de que estaba rodeado, elogiaba al príncipe Andras, bastante rico y bastante independiente para casarse, si hubiera querido, con una pastora, como los reyes en los cuentos de hadas.

—¿Qué! ¿no es bastante gracioso? ¿No es bastante encantador?... — repetía la baronesa Dinati con entusiasmo. — Todavía, mi querido amigo Jacquemin, puedo facilitaros todos los detalles de la primera entrevista... ¡Con esto hareis

una revista de *Paris* deliciosa!... ¡Deliciosa!...

La baronesita estaba casi más entusiasmada de la aventura que el mismo príncipe. ¡Hace bien ese Zilah! ¡Es un gran hombre! El llevaba como dote á la tzigana los diamantes más preciosos del mundo, aquellos diamantes de los Zilah con los que alguna vez adornaba desdeñosamente su uniforme de húsar el príncipe José cuando daba cargas á los coraceros prusianos de Ziethen, en la seguridad de que sabía librarse de los sablazos sin perder una sola piedra en la batalla.

Se refería, además, que Marsa, también muy rica, no había querido aceptar del príncipe ninguna alhaja. ¡Era su coquetería! Le bastaban los ópalos engastados en la presilla de plata.

—¿Sabeis, Jacquemin?... ¡Aquellos famosos ópalos de la tzigana! ¡Anotad, anotad todo esto!

—¡Si, tiene esto mucho *chic*! — respondió Jacquemin. — ¡Es algo novelesco... pero ha tenido su complement! ¡Los charlatanes no lo creerán!... No importa; ¡yo sigo tomando notas!

Verdaderamente era inútil que el *reporter* se tomara el trabajo de «anotar», porque la historia, muy conocida de la sociedad parisiense, había ya corrido por todos los círculos. La salida del vapor se había anunciado como un *estreno* de sensación.

Aquella fiesta dada por el príncipe á bordo para celebrar su casamiento, con aquellos músicos tziganos interpretando sus aires nacionales, acrecentó extraordinariamente la fama novelesca de Andras Zilah. No había una soltera que no estuviese más ó menos apasionada por

el. Las mamás se lamentaban, envidiando la inesperada suerte de la tzigana.

—¡Qué gracia me hace ver lo celosas que están las mamás!—decía alegremente la baronesa Dinati.—Me van á hacer pagar caro el que haya sido yo la *casamentera*... ¡Pero estoy orgullosa de ello, muy orgullosa! Todo se reduce á que Zilah ha tenido buen gusto... ¡Y en cuanto al Príncipe, yo estaría loca por él loca del todo, si no hubiese tenido que ocuparme de mis convidados! ¡Un salón exige más tiempo que un marido!

A pesar de que la baronesa había acabado ya de contarle la fabulosa historia de la tzigana y de Zilah, Pablo Jacquemin no se separaba de la *casamentera*, siguiéndola por todas partes. Todavía necesitaba saber cuántos y cómo eran los vestidos de la novia, qué color tenía el de la baronesa, cuál era la genealogía del tío Vagotzine; qué nombres de pila llevaba Varhely, el amigo del príncipe.

—Daré algún colorido á mi artículo... Así el asunto tendrá éxito.

Y añadió:

—¿Dónde tendrá lugar el acto del casamiento?

—¡En Maissons-Laffitte!... ¡Oh! ¡magnífico, mi querido Jacquemin, magnífico! ¡Una ópera cómica! ¡Un idilio! ¡El amor en la aldea! ¡Esto será divino... superior! ¡Quisiera sólo suplicaros que os encargaraís del buffet!

En efecto: Jacquemin, que en el hotel de la baronesa era el director de todas las fiestas que se celebraban en aquellos salones, no transigia en tales casos con la menor falta de *ortografía*,

como él decía. El se cuidaba de catar todos los vinos, y era cosa de ver las actitudes de inteligente que adoptaba, sosteniendo la copa entre sus manos mientras lo paladeaba con los ojos medio cerrados, y procurando reunir sus recuerdos, buscaba en su diccionario vinícola el nombre apropiado.

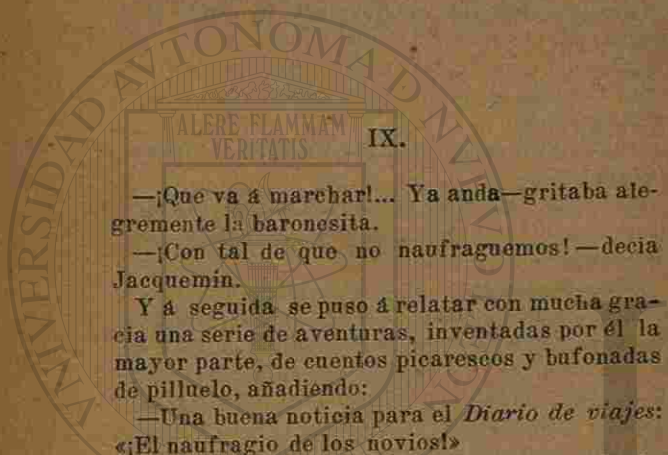
—¡Pomard! ¡aceptable!... ¡Volney! ¡se puede beber!

Y al día siguiente, en las revistas que redactaba con diferentes seudónimos, escribía Jacquemin:

«Nuestro parabien al amigo Jacquemin por su acierto en la elección de los vinos, así como en los ensayos de la ópera representada en casa de la baronesa, cuya dirección le estuvo encomendada. Jacquemin tiene talento para todo. No hay cosa de que no saque partido.»

Pablo Jacquemin habría ya dado un vistazo por el *menu* y declarado que estaba bien dispuesto, que era muy *correcto* y muy *puro*.

Todos los invitados estaban ya en el *steamer*, y á todos había hecho los honores el príncipe Zilah. El barco desplegaba sus banderas y se separaba de la orilla para marchar, mientras que los músicos tziganos lanzaban con más fuerza á los aires aquellas notas vibrantes, furiosas y arrebatadoras de la *Marcha de Rakoczy*, aquella música triunfal que, para Zilah, saludaba sus bodas como en otro tiempo había saludado los funerales de su padre.



—¡Que va á marchar!... Ya anda—gritaba alegremente la baronesita.

—¡Con tal de que no naufraguemos!—decía Jacquemin.

Y á seguida se puso á relatar con mucha gracia una serie de aventuras, inventadas por él la mayor parte, de cuentos picarescos y bufonadas de pilluelo, añadiendo:

—Una buena noticia para el *Diario de viajes*: «El naufragio de los novios!»

A medida que se alejaban de París, dejando atrás los muelles de *Passy* y los ventorros del *Point-du-Jour*, la cubierta del buque parecía un hormiguero, y sobre ella, en un momento, bajo la dirección de Chevet, quedaron instaladas las mesas para el almuerzo, dispuestas en forma de herradura.

El piloto, cuyo oscuro uniforme se destacaba al lado de la bandera tricolor miraba desde la popa aquel alegre zafarrancho que tenía lugar bajo el toldo protector de los rigores del sol. Alrededor de aquellos blancos manteles en los cuales se veían exquisitas frutas de color de oro ó de esmeralda, tomaron asiento los convidados: Andras entre Marsa y la baronesa, muerta de ham-

bre. Alejado de este grupo, Miguel Menko parecía buscar la mirada de Marsa Laazlo.

Entre aquellos elegantes emancipados de París y aquellas graciosas mujeres, en cuyos trajes dominaban los tonos claros, reinaba la más completa expansión propia de la fiesta que se celebraba allí en medio del río. Y en tanto que el buque se internaba en el paisaje, deslizándose por el agua azulada del río, en la que se reflejaban las sombras de los álamos y sauces de la orilla, blancas nubes empañaban el claro azul del cielo.

De vez en cuando se oía un ligero grito de admiración ante el panorama que se presentaba al descubrir algún recodo del río, la cueva de Surresnes, los negros hornos de Saint-Denis con sus altas chimeneas, los albergues de bajo techo desparramados aquí y allá, las villas de Asnières, las colinas de Marly y aquel sinnúmero de casitas blancas sembradas por todas partes, que se destacaban sobre el verde como otras tantas palomas.

—¡Ah! ¡qué bonito! ¡Esto es precioso!

—¡No, esto se pone feo!

—¡Qué vergüenza! ¡No conocjamos nada de esto! ¡Nosotros inventábamos los alrededores de París!

—Señoras y señores—gritaba entre aquellas voces Jacquemin, á quien Zilah ni siquiera conocía, no obstante haber sido uno de los primeros con quienes contó la baronesa:—¡ahora entramos en los países salvajes!... ¡Es el Odeon ó el Kamschatcka, no lo sé á punto fijo!... ¡Pero debe haber antropófagos!...

Aquellas inmediaciones de París, que ofrecían un atractivo caprichoso, distraían a los curiosos pasajeros del vapor, habituados tan solo al ruido y al polvo de la ciudad, a los boulevares, a los restaurantes de moda y a los estrenos de teatro.

La baronesa Dinati, colocada entre el príncipe y el japonés, enfrente del general Vogotzine y de Varhely, no desperdiciaba un bocado, ni dejaba de apurar una copa. Hacía honor al almuerzo.

El príncipe no consumió mucho *tokai*—vino de azúcar y alcohol del que los húngaros dicen con orgullo «que tiene el color y el precio del oro»—dejando al general ruso que lo hiciese desaparecer por su garganta, como desaparecería por un embudo.

Humedeciendo con frecuencia sus rojos labios, la baronesa, ávida de aumentar sus conocimientos culinarios, preguntaba al japonés, su vecino, y le pedía la fórmula de algunos platos que aquel hombrecillo bronceado le había dado a probar en un banquete que se celebró en la embajada.

—¡Enviádmela, Yamada... Yo se la daré a mi cocinero. Nada me encanta como el poder ofrecer a mis huéspedes una cocina exótica. Alguna vez pierden el paladar con estas rarezas. Es muy divertido... También os daré la manera de arreglarlo, Jacquemin —dijo dirigiéndose a éste.—¡Oh! ¡es un plato original! ¡Parece que se siente uno envenenado!

—Como en *Lucrecia Borgia*—dijo el japonés

con su risita, que le hacía parecerse a una figurita de bronce.

—¿Conoceis la *Lucrecia*?

—Se ha representado en Yokohama. ¡Oh! no creais que somos salvajes, baronesa, ni mucho menos! ¡Si querréis encontrar ignorantes entre los chinos!...

El pequeño japonés, parecía muy satisfecho de poder demostrar que vivía al corriente de las cosas de Europa. Sus ojillos buscaban maliciosamente la mirada de aprobacion de Jacquemin ó de Miguel Meuko. Pero el húngaro ni oía ni se fijaba en Yamada. Toda su atención la absorbía Marsa, a quien, con la boca contraída, miraba de tanto en tanto de un modo singular, mientras la joven, vuelta hacia Andras y muy tranquila, casi grave, pero seguramente feliz y halagada por el amor de un hombre como él, respondía al Príncipe con una dulce sonrisa que animaba su hechicero rostro.

En aquel momento, Marsa, esbelta y flexible como un junco, con sus ojos negros y su sonrisa de árabe, parecía rodeada de una gracia oriental. Sus grandes párpados, cerrándose lentamente sobre los aterciopelados ojos, daban a las casi inmóviles pupilas de la joven una sombra y una expresión que hacían perder la calma.

Toda aquella hermosura la detallaba y admiraba Miguel Meuko, que viendo tan solo a Marsa sin fijarse más que en ella, indudablemente surría de un modo terrible, sin poder apartar los ojos de aquella mujer en quien instintivamente los tenía puestos. Cerrándolos alguna vez,

vela pasar en aquella instantánea sombra horribles fantasmas sobre un fondo rojo.

En medio de todas aquellas mujeres vestidas á la última moda, con sus telas multicolores que presentaban distintos cambiantes, con sus provocativas coqueterías, entre aquella elegancia de seductora mascarada que seguía la corriente del día, Marsa, con su color mate y su vestido de encaje negro, parecía una extraña en medio de un baile interrumpido.

Miguel la seguía con la mirada, espionando sus movimientos; pero ella, erguida, inmóvil y como algún tanto molestanda, hablaba poco, respondiendo á Yanski ó al Príncipe, que eran sus vecinos, y cuando sus orientales pupilas se encontraban con la mirada de Miguel Meuko, lentamente las dirigía á otro lado, esquivando aquel cambio de miradas con el mismo cuidado que el joven la acechaba.

El final de la comida coincidió precisamente con una presa que había que franquear en el trayecto de París á Maissons-Laffitte, donde Marsa debía quedarse. Una vez tomado el café, los convidados se levantaron de la mesa, los hombres para encender sus cigarrros, la femenil coquetería para correr á los espejos y reparar los destrozos de sus peinados, deshechos por la brisa.

Mientras el barco se detenía frente á Marly hasta que subieran el agua á su nivel, el Príncipe se separó por un instante de Marsa.

Muchos pasajeros, con impaciencia infantil por correr y pisar la verde hierba, dejaron el

steamer, trasladándose á la orilla en alegre al gazara.

Marsa se quedó sola, muy contenta, sin duda, de poder disfrutar de aquel profundo silencio que repentinamente se hiciera en aquel buque tan alborotado pocos momentos antes.

Y mientras las lejanas risas, que se oían en la orilla, se confundían con el sordo rumor del agua corriente, ella, apoyada en los codos, teniendo fijos sus hermosos ojos negros en el azulado líquido sobre que flotaba la nave, permanecía pensativa, dejando que el viento desarreglase sus cabellos, echándose los por la cara, y que alguna vez arrojara alrededor de su cuello una de sus abundantes y deshechas trenzas negras.

Miguel Meuko buscaba seguramente ocasión para acercársele, y ya había dado algunos pasos en dirección al sitio donde se hallaba la tzigana, cuando sintió una pesada mano que se apoyaba sobre su hombro.

Creyendo que era el príncipe, se volvió rápidamente.

Era Varhely, que decía al joven:

—¡Mi querido conde, bien habeis hecho en dejar á Londres para venir á esta fiesta! Aparte de que Zilah está contentísimo de veros, ¿No es verdad que es digna de conocerse esta abigarrada confusión? La baronesa Dinati nos ha servido una olla podrida que hubiera hecho las delicias de su marido. Hay de todo un poco. ¿No os llama la atención?

—No—respondió Miguel.—Este mundo híbrido

constituye la sociedad del día. La mayoría de estas cosas las he visto en Niza... Se las encuentra uno por todas partes.

—Para mí—dijo Yanski con su rudo acento— estas gentes son fenómenos.

—¿Fenómenos? De ninguna manera. La vida actual es tan complicada, que los seres y los hechos más inesperados encuentran en ella su aplicación. ¡Vos habeis vivido poco, Varhely, y habeis vivido entregado á vuestro solo ideal, la patria, y de aquí que todo os sorprenda! Si hubiérais recorrido, como yo, el mundo, no os admiraríais de nada... aunque á decir verdad — y su voz parecía respirar amargura — con solo envejecer se encuentran sorpresas desgarradoras, crueles...

Al hablar así, miraba, tal vez sin darse cuenta, al sitio donde estaba Marsa.

—¡Oh, no habéis de vejez sin haber pasado por las pruebas á que nosotros hemos estado sometidos!—dijo Varhely.—A los diez y ocho años Andras Zilah pudo decir: «Soy viejo.» A un mismo tiempo llevaba luto por la pérdida de todos los suyos y por la de la patria. ¡Pero vos!... Habeis vivido, querido amigo, en tiempos felices. El Austria aflojando sus cadenas, os ha permitido amar libremente y servir nuestra causa sin molestia alguna. Además, nacisteis rico, os casásteis con la mujer más encantadora...

Miguel Menko frunció el ceño.

—Es verdad—dijo Varhely;— el único pesar que habeis sufrido. ¡Aún me parece que fué ayer cuando perdisteis á aquella pobre niña!

—Y sin embargo, hace ya dos años—replicó

Miguel, poniéndose triste á pesar de la febril excitación con que procuraba aparecer alegre. —¡Dos años!... ¡Cómo pasa el tiempo!

—¡Era tan linda!—continuó Yanski sin fijarse en la expresión de disgusto y de tristeza que se reflejaba en el semblante del joven.—La conocí siendo niña, en una ocasión que su padre me dió asilo en Praga, despues de la capitulación pactada por Georgei. A pesar de que yo era húngaro y él bohemio, me queríamucho.

—Sí—dijo precipitadamente Miguel,—muchas veces me hablaba de vos, mi querido Varhely, considerándoos muy digno de su aprecio.

Y queriendo á toda costa desviar la conversación para alejar un recuerdo que le mortificaba:

—¡Ah!...—dijo— ¡Georgei!... ¡las batallas!... ¡Nuestra generación no ha conocido vuestras acariciadas esperanzas, y en vuestros duelos, ya veis, había más alegrías que en nuestros fastidios!... ¡Verdaderamente hasta me parece que estamos desquiciados, enervados, ambicionándolo todo y sin apreciar nada, dispuestos á cometer lo que nosotros llamamos locuras, y que despues de todo no son más que necedades propias de estos tiempos de realismo!... ¡Cómo os envidio aquellos días de lucha, aquellas hermosas locuras del 48 y del 49! ¡Aquel modo de luchar si que era vivir!

Mientras que así hablaba, su enjuta fisonomía aparecía más melancólica, y sus ojos buscaban instintivamente á la prometida del príncipe Andras.

Después de separarse de Varhely, con quien procuró no prolongar la conversacion, el conde Meuko se aproximó muy despacio á Marsa, siguiendo la vista de aquella mujer que continuaba sola, en el mismo sitio que antes, con la barba apoyada en la mano, la mirada vaga y como atraída por el remolino de la corriente.

Muy conmovido, mordiendo su bigote y mirando con extraordinaria inquietud hacia la parte del río, en cuya orilla se distinguía la alta silueta del príncipe, dando el brazo á la baronesa Dinati, Miguel Meuko se detuvo artes dedirigir la palabra á Marsa, que no había notado su presencia y que en aquel momento seguramente tenía lejos de allí su pensamiento...

Sin que se le oyera casi, con voz ahogada y temblorosa, dejó escapar aquel nombre.

—¡Marsa!

La joven se puso toda temblorosa. Presa de una convulsion general que agitó su cuerpo como si sufriese una descarga eléctrica, y con la cara medio oculta por el pelo que agitaba el viento, se volvió bruscamente, clavando sus ojos negros en los del conde, que parecían suplicantes.

—¡Marsa!—repuso con tono humilde Meuko.

—¿Qué me quereis?—contestó.—¿Por qué me llamais! ¡Debais haber conocido que yo he demostrado verdadero interes en no encontraros.

—Eso es lo que me aflige. Me volveis loco. ¡Si supierais lo que sufro!

Hablaba en voz baja y de prisa, como si los minutos valiesen por siglos.

Marsa, con voz rápida y terminante, le respondía en tono seco y sin piedad, con más dureza todavía que la que se reflejaba en la implacable mirada que le dirigía.

—¿Sufris? ¡Luego hay justicia en la vida! No haceis más que pagar vuestra deuda.

Tanto en el tono como en las palabras procuraba aparecer casi indiferente, haciendo temblar á Miguel Meuko, como si cada sílaba de aquellas cortas frases fuera un bofetón descargado sobre su rostro.

—¡Marsa!—repitió, de modo que aquella palabra resultase una súplica elocuente que pudiera desarmarla.—¡Marsa!...

—Me llamo Marsa Laazlo, y dentro de pocos días me llamaré la princesa Zilah,—respondió la joven,—pasando con altivez por delante del joven;—cosa que deseo que no me obligueis á recordaros.

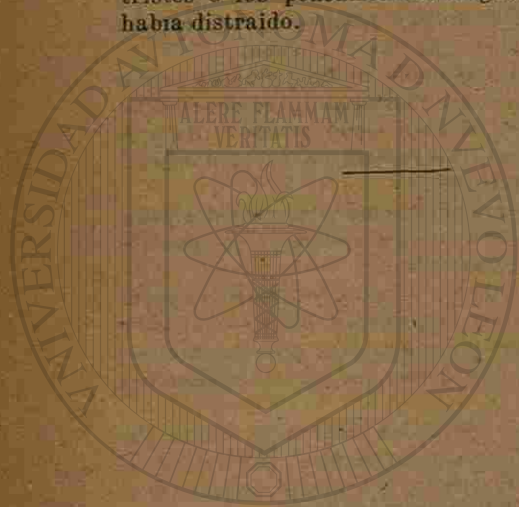
Esta especie de orden fué pronunciada por Marsa con tal acento de orgullo, con tal resolución ó casi desprecio, que Meuko, bajando instintivamente la cabeza, murmuró:

—¡Dispensad!...

Pero al mismo tiempo clavó sus uñas en las palmas de las manos al verla alejarse de allí para ir á tomar en otro sitio la posición en que le había interrumpido, lejos de él, como si su presencia fuese para ella un insulto.

Lágrimas bien pronto reprimidas con una energía soberbia, lágrimas de rabia, brotaron en los ojos de aquel hombre mientras la estuvo contemplando.

Ella, medio inclinada, esbelta y adorable, adoptó de nuevo la misma actitud reflexiva y reanudó sus pensamientos, los pensamientos tristes ó los pensamientos alegres... de que la había distraído.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X.

Junto al vapor en que el príncipe daba la fiesta, esperando también pasar la presa, se hallaba uno de esos grandes lanchones, un falucho, dedicado á trasportar maderas ó carbon desde aquellas orillas á Saint-Denis.

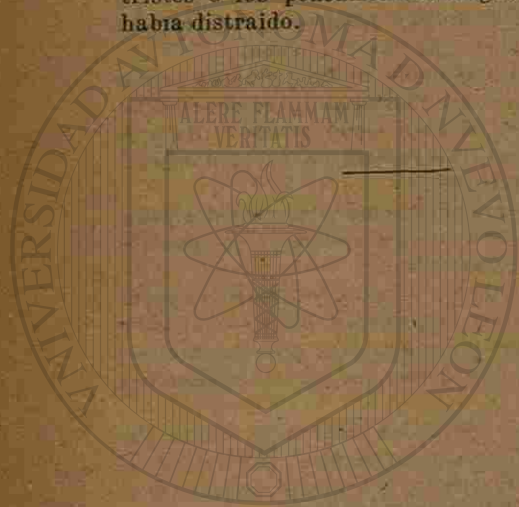
A bordo de aquella tosca embarcacion vivia toda una familia. En aquella especie de enorme cachalote de madera, en el que el humo que salia de la cocina parecia como su aliento, comian, dormian, nacia y alguna vez morian, lejos de la tierra, una porcion de seres humanos. Algunos tiestos de geranios, con sus colores rosa y encarnado, daban á la tal vivienda el alegre aspecto de una sonrisa.

Con los esfuerzos de los marineros, cogidos á los remos é impulsando la barca por las aguas del rio, se confundian los aturdidos gritos de los pequeños.

Aquella embarcacion allí estacionada era lo que en aquel momento atraia toda la atencion de Marsa.

Sobre las embreadas tablas de aquel lanchon pintado y repintado, lleno de piezas y tostado por el sol, seis ó siete niños con la tez bronceada, medio desnudos y con el pelo enmarañado,

Ella, medio inclinada, esbelta y adorable, adoptó de nuevo la misma actitud reflexiva y reanudó sus pensamientos, los pensamientos tristes ó los pensamientos alegres... de que la había distraído.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X.

Junto al vapor en que el príncipe daba la fiesta, esperando también pasar la presa, se hallaba uno de esos grandes lanchones, un falucho, dedicado á trasportar maderas ó carbon desde aquellas orillas á Saint-Denis.

A bordo de aquella tosca embarcacion vivia toda una familia. En aquella especie de enorme cachalote de madera, en el que el humo que salia de la cocina parecia como su aliento, comian, dormian, nacia y alguna vez morian, lejos de la tierra, una porcion de seres humanos. Algunos tiestos de geranios, con sus colores rosa y encarnado, daban á la tal vivienda el alegre aspecto de una sonrisa.

Con los esfuerzos de los marineros, cogidos á los remos é impulsando la barca por las aguas del rio, se confundian los aturdidos gritos de los pequeños.

Aquella embarcacion allí estacionada era lo que en aquel momento atraia toda la atencion de Marsa.

Sobre las embreadas tablas de aquel lanchon pintado y repintado, lleno de piezas y tostado por el sol, seis ó siete niños con la tez bronceada, medio desnudos y con el pelo enmarañado,

jugaban cerca de un monton de carne envuelta en harapos, que era una mujer, una madre, una madre joven—pero envejecida y estropeada,— dando de mamar á una criatura y permitiendo ver un abultado seno, que resaltaba por su blancura del resto de la piel, curtida y ennegrecida por los rayos del sol y por la brisa.

Algo más distante se veían dos hombres, uno, rudo y fuerte, de unos treinta años, pero á quien el trabajo hacia aparecer de unos cuarenta; el otro, viejo y con la tez arrugada, hijo y padre sin duda—abuelo de aquella turba de chiquillos que se arrastraban por la cubierta—comió con los dedos un trocito de queso puesto sobre un pedazo de pan, y pasándose de uno á otro la botella del vino que apuraban á cortos tragos.

Aquella parada, que para los amigos del príncipe era un fastidio, para las gentes del lanchon servía de descanso, y para reparar sus fuerzas.

Marsa les contemplaba absorta, creyendo ver en aquellos errantes del río, los errantes del desierto húngaro—sus antepasados—los miserables tziganos, de quien ella era descendiente por su idolatrada madre, acampados en la libre *putza*, vivaqueando en la inmensa llanura. La vista de aquella pobre barquera, de piel lustrosa y negra como el hollín, la hacia pensar en la difunta, en la querida é inolvidable Tisza!

En aquellas pobres gentes que pasaban su vida en el río, se le aparecía el espectro de su raza, viviendo entre los montes, á través del espacio, como los búfalos y las cigüeñas.

Mejor que los músicos vestidos con casacas

bordadas, aquellos bohemios del Sena, aquellos infelices habitantes del lanchon solitario, le recordaban la gran familia proscrita, la tribu en marcha, sus antepasados.

Y llamando á los niños, á aquellos pequeñuelos despechugados que se arrastraban sobre las tablas, calientes por los abrasadores rayos del sol, les dijo con amabilidad:

—¡Poned vuestros delantales!

Ellos obedecieron, levantando hácia ella sus tostadas manecitas, sus agujereadas faldas y sus camisas.

—¡Tomad!—les gritó.

Los pobrecitos no podían creer lo que tenían ante sus ojos.

Desde el *steamer*, Marsa les echó mandarinas, racimos de uvas, higos maduros, albaricoques, almendras verdes, una lluvia de primicias del tiempo que habrían entusiasmado á los *gourmets* si los hubiesen visto en el escaparate de un restaurant, y que los pobrecitos, de alegres y aturdidos que estaban, casi no se atrevían á tocar, preguntándose si aquella señora que de tal modo hacia llover frutas tan ricas, sería una hada como las de los cuentos.

Entonces la madre, recogiendo sus viejos vestidos, se acercó á Marsa para darle las gracias, toda confusa de alegría y dejando ver bajo su oscura tez el rubor que le causaba la satisfacción.

La pobre mujer, con lágrimas en los fatigados ojos y con la sonrisa en los labios; aquella pobre madre, enternecida al ver el contento de

sus hijos, murmuró balbuceó mejor dicho, sorprendida.

—¡Ah, señora... señora... qué buena sois! Sois demasiado buena, señora.

—Es preciso que todos participen de la alegría—dijo Marsa sonriendo.—¡Ya veis qué contentos se han puesto y qué felices son los pobrecitos niños!

—Muy felices señora; ¡oh! yo os lo aseguro... ¡Considerad que no están acostumbrados á estas cosas! Vamos, dad las gracias á esa buena señora. Tú, Juan, que eres el mayor, di «gracias». A ver si sabes decir: «¡gracias, señora!».

—Gracias, señora—balbuceó el niño mayor mirando á Marsa con esa timidez propia de los inocentes pequeñuelos que no comprenden nunca por qué hay desconocidos que les hacen daño ó que les proporcionan un bien.

Y los chiquitines, con sus vocecitas argentinas, repetían como si cantarán:

—Gracias, señora.

Los dos hombres, de pié, estupefactos, con la camisa desabrochada, dejando al aire la curtida piel de su pecho, manifestaban á la vez su gratitud y fijaban silenciosamente sus miradas en Marsa.

—Y el de pecho, señora—preguntó la tzigana contemplando al niño que tenía dormido en sus brazos, sin haber soltado el pezón de entre sus labios, que alguna vez movía ligeramente como si soñara—¡es precioso, precioso el angelito! ¡Me permitis que corra de mí cuenta su ropita de bautizo?

—¿Su ropita de bautizo?...—dijo la madre.

—¡Oh, señora!...—murmuró el padre moviendo su gorro entre las manos.

—¡O una gorrita, lo que queráis!—añadió Marsa.

Las pobres gentes, de pié sobre el falucho, no respondían, y llenos de confusión se miraban como asustados unos á otros sin atreverse á decir nada.

—¿Es niña?—preguntó la tzigana.

—No, señora, no—respondió la madre.—

¡Niño!

—Acéreate, Juan—dijo Marsa al mayor.—Sí, ven acá, muchacho

Juan dió algunos pasos mirando á su madre, como preguntando si debía obedecer.

—Toma, Juan—dijo la jóven,—para el hermanito pequeño.

Y entre las manitas del niño, juntas, formando cazoleta, Marsa dejó caer un bolsillo de plata, á través de cuyas mallas se veía el brillo de las monedas de oro contenidas en él.

Las gentes de la embarcación se quedaron con la boca abierta, pareciéndoles que estaban soñando, y mientras que los más chiquitos seguían entretenidos con las frutas, el mayor, fuera de sí, gritaba:

—¡Mira, mamá, mira! ¿Ves, mamá?

Entonces el más jóven de aquellos dos marineros se dirigió á Marsa, diciéndole:

—Señora, perdonad, no podemos aceptar.... Esto es demasiado... Sois muy bondadosa, señora... ¡Trae aquí eso, Juan!

—Tiene razon, señora—balbuceó la mujer,—es imposible... Es excesivo...

—Me daríais un disgusto si no aceptarais—dijo Marsa.—¡La casualidad nos ha reunido unos momentos, y soy supersticiosa! Pues bien, yo quisiera que esos angelitos bendijeran á aquellos á quienes amo...

Se detuvo, y en tono más grave rectificó:

—A aquel á quien amo... y que rueguen por su felicidad.

Y con sus arrebatadores ojos orientales miró al príncipe Andras, que, de vuelta ya en el vapor avanzaba hacia ella.

Puesto ya en franquia el *steamer*, el capitán gritaba:

—¡En marcha!

La pobre barquera, de pie sobre la cubierta del falucho entre los montones de naranjas que habían hecho los muchachos, quiso alcanzar la mano de Marsa para besarla.

—¡Dios os haga feliz, señora,—dijo la pobre madre,—y muchas gracias de todo corazón en nombre de los pequeños y de los mayores!

Los dos barqueros, muy emocionados, saludaban respetuosamente. Toda la turba de pequeños los enviaba sus besos al mismo tiempo á la buena señora del vestido negro que se marchaba en el vapor.

—Decidnos al menos vuestro nombre, señora—exclamó el padre,—vuestro nombre, que nunca olvidaremos.

La pálida sonrisa que en Marsa Laazlo se había visto durante el almuerzo, asomó nuevamen-

te á sus labios y como un adiós, con acento melancólico:

—¡Mi nombre?—gritó entre los silbidos de la máquina.

Se detuvo, y añadió con arrogancia:

—¡La Tzigana!

Y como si acompañasen aquel expresivo adiós los músicos de á bordo, empezaron á tocar alegremente uno de sus aires nacionales, en el momento en que el barco emprendía la marcha.

Los del falucho contemplaron aquel vapor que se alejaba lanzando al espacio penachos de humo, como si huyese una vision.

Una música rara que en aquel momento interpretaban los húngaros, y que allá en su país se baila haciendo sonar las espuelas y golpeando fuertemente los tacones, guarnecidos de planchas de cobre, uno contra otro, hizo decir á Jaquemin:

—¡Señores, un rigodon! ¿Por qué no bailamos ese rigodon? ¡Rigodon húngaro! ¡Ea, vamos allá!

Los pobres barqueros escuchaban aquella música que se iba perdiendo á lo lejos. Si no hubieran tenido en sus manos aquel bolsillo, para ellos una fortuna, y á la vista la cara de los niños, súcias todavía de la fruta, creerían que habían soñado y que no existía aquel nombre misterioso que, sin comprender, repetía la madre:

—¡La Tzigana!

También Marsa, mientras las *czardas* deleitaban sus oídos, dirigía la vista al humilde barcucho que desaparecía entre las brumas, distinguiendo todavía vagamente los movimientos de

los pequeñuelos que, subidos en los hombros de los marineros para poder ser vistos de lejos, agitaban un pañuelo blanco, prestado por la madre, para que le diesen el adiós de despedida.

Marsa se sentía desvanecida como en un éxtasis de felicidad, y mientras los huéspedes de la baronesa Dinati, el japonés Yamada, las misses inglesas, los agregados de las embajadas, todos aquellos parisienses exóticos, guiados por Jacquemin, director de todas las diversiones, organizaban un baile sobre cubierta, pidiendo a los tziganos polkas de Fahrbach y valsés de Strauss, la joven escuchaba á Andras, que acariciándola con su aliento, le decía en voz muy baja:

—¡Cuánto os amo, Marsa! ¿Y vos, me amais, Marsa?

—¡Yo soy muy dichosa!—respondía ella sin moverse y cerrando á medias los ojos;—y si fuese preciso dar por vos mi vida, la daría contenta. ¿No es verdad que no dudais de esto que os estoy diciendo?... ¿Me creéis sinceramente?

Mignel Meuko, desde la popa, miraba, sin verlos quizás, los paisajes que pasaban ante ellos, las orillas de Saint-Germain, el monte Valerien, las torres del Trocadero, cuya cúpula de oro brillaba iluminada por el sol, y la atmósfera azul oscura que envolvía á Paris.

El barco caminaba despacio, muy despacio, como si el príncipe Andras hubiese dado la orden de retardar todo lo posible la llegada á Maissons-Laffitte, en cuyo punto terminaría para él la fiesta, porque allí desembarcaba Marsa.

—¡Hé aquí un sueño que desaparece ya!—dijo.

—El más hermoso comenzará pronto—murmuró Andras Zilah—y éste, que será una realidad, el que toda mi vida he acariciado con toda mi alma y que nunca pude encontrar es: ¡El amor!... No me atrevo casi á pronunciar una palabra que de mis labios no ha salido cuando tenía veinte años.

Marsa envolvió al príncipe en una mirada de afectuosa admiración, de pasión profunda, que justificaban el que aquel hombre hablase de amor y que se creyera amado.

A su alrededor terminaba el vals y se preparaban para los rigodones.

El pequeño japonés, con su risita constante, preguntaba á una joven inglesa por qué no bailaba.

—Porque estoy haciendo la digestión—respondió la poética *miss* con voz débil.—¡En cambio vos bailais por dos, *sir*!

—¡Si tuviésemos *accessorios*—replicó el japonés enseñando los dientes—dirigiría un cotillon!

El vapor atracó en Maissons-Laffitte. A pocos metros de la orilla, en la cual se veían amarrados algunos botes de pesca, los árboles del parque formaban una masa apretada por entre la cual, más bien que verse, se adivinaban los tejados de la *villa* en que habitaba Marsa.

—¡Qué lástima que todo tenga término!—decía la baronesa Dinati, roja como una cereza, de alegría.—¡Gracias á que esta no será la última! Maissons-Laffitte está muy cerca. La primera

que se celebre iremos á Rouen. ¡Mejor será en París; invito á todos ustedes á una fiesta de día, una partida de *polo, un lunch, un garden party*, ó lo que más os agrade! Yo confeccionaré el programa en unión de Yamada y Jacquemin.

—Con mucho gusto—respondió el hombrecillo bronceado, saludando con una correcta flexión.— ¡Colaborar con Jacquemin!... ¡Será esto muy divertido!

En el momento en que Marsa saltó á tierra ligeramente, sin tomar la mano que Miguel Meuko, colocado allí sin duda para acechar su paso, le tendía mirándola de frente, el joven se le acercó con rapidez y aprovechando la confusión de aquellos instantes, sin que nadie le oyese, deslizó en el oído de la tzigana estas palabras dichas en tono resuelto:

—Esta tarde en vuestra casa. Es preciso.

Ella le miró quedándose fría.

Los ojos de Miguel Meuko estaban llenos de lágrimas y de fuego á la vez.

—¡Lo exijo!—dijo con firmeza.

Sin responder, Marsa se dirigió al príncipe Zilah, apoyándose atrevidamente en su brazo, mientras Miguel, como si nada hubiese visto, se inclinó saludando.

El general Vogotzine, rojo como la grana, marchaba detrás, murmurando bajo sus enormes bigotes que de cuando en cuando levantaban los repetidos erupción.

—¡Magnífico día!... ¡Magnífico! ¡Y qué sol! ¡Para coger una jaqueca!... ¡Valiente sol!... ¡Pero valientes vinos!...

XI

Al abandonar la tzigana el brazo del Príncipe para subir, en compañía de Vogotzine, á la berlina que cerca del río la estaba esperando y en la que debía trasladarse al castillo, Marsa envió á Zilah un saludo apasionado, ocultando, tras de aquel gesto sencillo, todo un mundo de inquietudes, de tristeza y de amor.

Pronto el Príncipe volvía cerca de sus huéspedes, y el vapor, que Marsa miraba aún por la ventanilla del carruaje, se alejó llevándose aquel sueño de que había hablado á Andras.

La joven no desplegó sus labios en el camino que recorrieron para llegar á la casa. A su lado el general continuaba haciendo la digestión y quejándose de que el sol se le había fijado en la cabeza, siendo así que el malestar de su cabeza se debía más que nada á los efectos del mucho *toksi* que había consumido.

Luego, cuando descendiendo del carruaje, Marsa se vió sola en su cuarto, el grito que se escapó de su pecho fué un grito de dolor, de cólera desesperada:

—¡A! ¡cuando pienso!... ¡cuando pienso que hay quien me envidia!

Se arrepentía de haber permitido que Andras se separara de ella sin confiarle allí mismo el secreto de su existencia, y el caso era que no volvería á verla hasta el día siguiente. ¡Qué largas iban á ser aquellas horas que mediaban hasta ese momento!

—Marsa, á quien la doncella esperaba para ayudarla á desnudarse, seguía en la ventana, en actitud pensativa, mirando al frente sin saber el qué, y creyendo tener en sus oídos la voz de Miguel Meuko, que penetraba en ellos como una barrena.

¿Qué es lo que había dicho aquel Miguel?

Ella no se atrevía á creerlo. *¡Yo lo exijo!*
¿Había dicho «Yo lo exijo?»

Tal vez alguno de los que estaban al lado de Marsa lo habría oído? ¡Quién sabe! «¡Yo lo exijo!»

La noche se aproximaba, y Marsa, con el corazón lleno de melancolía, que la hora del crepúsculo hacía mayor, recordaba vagamente, y seguía repitiendo, temblando de rabia y de despecho, aquellas rápidas palabras de Miguel Meuko, dichas en voz muy baja y en tono de amenaza: «¡Yo lo exijo!»

Dos horas permaneció en aquel estado, con el pensamiento aferrado á la misma idea y como hipnotizado por mirar en el vacío un punto fijo.

De pronto oyó ladrar á los perros *Duna* y *Bundas*, que estaban en el jardín amarrados, y que por no poder hacer otra cosa estiraban sus enormes cuerpos en dirección de la verja, por

donde venía un hombre, á quien Marsa, asomándose al balcón, conoció en seguida.

—Miserable! — dijo entre dientes, apretándolos con rabia.

Era Miguel Meuko.

Debió detenerse antes de llegar á París y volver corriendo á Maisson-Laffitte.

El primer impulso de Marsa, arrebatada por la ira, fué negarle la entrada.

—¡Diré que no estoy! — exclamó sin vacilar. — ¡Que no estoy...

Luego cambió repentinamente de parecer.

Era más valeroso y más digno de ella afrontar el peligro cara á cara.

Se oyó el timbre de la puerta.

—Haced que el conde Meuko pase al saloncito — dijo á un criado.

—¡Veremos! — exclamó entonces la zigana, mirándose ante el espejo como para medir su resolución y saber si estaba asustada ante un peligro y un enemigo como aquel.

El saloncito en que fué introducido el joven conde estaba situado en el ala izquierda del castillo, y á Marsa le gustaba aquel departamento porque allí estaba completamente sola. Le había hecho amueblar con un gusto raro, en estilo medio indio y medio bizantino, colocando á lo largo de la pared un diván revestido de una tela gris con franja color granate, tapices de Kaschmyr desparramados sin orden, cuadros de Petenkofen representando paisajes de Hungría, batallas, centinelas cubiertos de nieve, dos consolas llenas de libros, revistas y folletos; una mesa

redonda con incrustaciones egipcias, sobre la cual se veían bronceos artísticos de Lancera y pequeños puñales cincelados.

Aquel saloncillo comunicaba con otro mucho más grande, donde ordinariamente el general Vogotzine dormía su siesta ó permanecía tendido lanzando bocanadas de humo. Marsa dejaba allí completamente libre á su tío, prefiriendo para sí aquella especie de paballoncito que daba al jardín.

Miguel Meuko conocía aquella habitacion por haber oido en otro tiempo más de una vez á Marsa tocar, en aquel piano todavía abierto, sus piezas favoritas.

El la veía nuevamente, la buscaba y la encontraba en aquel mismo sitio; y, esperando de pié, nervioso y retorciéndose el bigote, estaba impaciente deseando verla aparecer; aplicó el oido á la puerta que separaba los dos salones creyendo que iba á oír el roce del vestido de Marsa, y solo oyó el chasquido de los labios del viejo Vogotzine, chupando el ambar de su pipa.

Al ver á Miguel el general se medio incorporó en la butaca, diciéndole:

—¿Venis á saludar á Marsa? ¿Acaso no os ha bastado con esa expedicion en vapor? Muy divertido, pero que el diablo cargue con el sol... Tengo la cabeza en un estado... Tal vez sea reumatismo... Bien se me está... ¡En vez de estar tranquilo en casa,.. muy tranquilo!

Y Vogotzine continuó fumando despues de recostarse sobre el blando respaldo de la butaca,

hasta que de pronto, Meuko vió que se marchaba al jardín:

—Prefiero fumar al aire libre; aquí me congestiono,—decía.

Marsa, que le vió pasar, dejó que se fuera, alegrándose de que el general no se hallara próximo al sitio en que iba á tener la entrevista con Miguel Meuko y luego entró resueltamente en el saloncito donde el conde le estaba esperando en pié, como si se tratara de sostener un ataque.

Antes de decirse una palabra, despues de que Marsa hubo cerrado la puerta tras ella, aquellos dos seres permanecieron unos minutos mirándose de frente y como queriendo conocer hasta dónde llegaba la decision de cada uno; por fin, Marsa, cruzándose de brazos, fué la primera que rompió el fuego valientemente diciendo en tono firme y resuelto:

—Habeis querido verme. ¡Pues bien! aquí estoy. ¿Qué es lo que pretendéis?

—Preguntaros sencillamente si es cierto que os casais con el príncipe Zilah.

Ella quiso reír, pero aquella risa nerviosa no asomó á sus labios.

No obstante, con marcada ironía le respondió:

—¡Ah!... ¿Y para esto habeis venido?

—Sí.

—Pues es inútil que os hayais molestado. Preguntais una cosa que sabeis perfectamente, quo la sabe todo el mundo, y que seguramente os han participado puesto que habeis tenido la au-

dacia de asistir á la fiesta con que hoy se celebraba nuestro próximo enlace.

—Es cierto,—dijo Miguel friamente,—pero esto, que la casualidad me ha hecho conocer, vos me lo habeis confirmado muy á la ligera y quisiera oírlo repetir.

—¿Acaso os debo esplicaciones de mi conducta?—preguntó Marsa con despreciativa altivez.

El conde quedó silencioso un instante, dió algunos pasos por el salon, dejó el sombrero sobre la mesita redonda, y en tono suplicante y con la mayor humildad, no en su actitud, si no en el acento de su voz:

—Escuchad, Marsa—le dijo;—teneis razon cien veces para aborrecerme: os engaño. Menti. ¡Me conduje de una manera indigna de vos é indigna de mí! Pero por borrar aquella falta, aquel crimen, si tal os parece, yo estoy dispuesto á hacer cuanto me ordeneis: á ser vuestro miserable esclavo por obtener el perdon que vengo á pedirros y que os pediré de rodillas, si así me lo mandais!

El ceño que aparecia de ordinario en Marsa, marcóse entonces con una linea negra en su frente.

—Yo no tengo nada que perdonaros, ni nada que mandar—contestó en tono humillante y desdenoso, mostrando más bien fastidio que severidad.—¡Sólo tengo que pedirros que me dejéis en libertad y que no aparezcáis más en mi camino!

—¡Veo que no me comprendéis!...—replicó Miguel con cierta sequedad.

—No, lo confieso: no entiendo nada absolutamente.

—Al preguntaros si estais decidida á casaros con el príncipe Andras, os pregunto tambien, ¿no habeis adivinado lo qué? Este otro extremo: ¿Quereis casaros conmigo, ser la esposa de Miguel Menko?

—¡Esposa vuestra!—exclamó la joven.

En aquel grito, en aquella frase lanzada á la vez que instintiva, rápidamente, dando un paso hácia atrás, habla asombro lleno de terror, de desprecio y de cólera.

—¡Esposa vuestra!—repitió.

Tales palabras encerraban para Menko todo un cúmulo de crueles rencores, de odios reprimidos, que estallaban de pronto amenazadores y terribles.

—Sí, mia—dijo Miguel arrojando con serenidad la injuria que en aquel grito se envolvía, la actitud de desprecio y hasta la espresion misma del rostro de Marsa.—¡Mia, porque os amo, porque fui vuestro dueño, porque me habeis amado!

—¡Ah! no digais tal cosa—exclamó ella colocándose de un salto junto á la mesita, en la cual, entre los objetos de arte, se veian algunas armas.—¡No seais vil hasta el extremo de recordarme un pasado del que sólo me queda la repugnancia! ¡Que vuestros lábios no pronuncien una palabra alusiva, ni una siquiera, ¿ois? si no quereis que os mate como á un insultador y como á un eubarde!

—¡Ojalá!—dijo Miguel con acento de arreba-

tadora pasión. — ¡Así moriría á vuestras manos y no seriais la esposa de ese hombre!

Teniendo miedo de sí misma, Marsa apartó la vista de aquellos brillantes puñales y cayó desplomada en su asiento, siguiendo con su fiera mirada á Miguel Meuko, que, locamente exaltado ante aquella idea de morir por ella, continuó en estos términos:

— ¡Bien sabeis, Marsa, que la muerte no es lo que asusta á un hombre como yo! ¡Lo que me dá miedo es el haberos perdido un momento, el perderos completamente: es el saber que otro será vuestro marido, que os amará y que recibirá vuestras caricias y vuestros besos; creed que al pensar en que esto es posible, me asaltan ideas desatinadas y veo horribles fantasmas! De todo me siento capaz por recobrar vuestro afecto, ¡Marsa! ¡Marsa! ¡Me habeis amado!

— Yo amo el honor, la verdad, la hidalguía, — contestó Marsa con voz enérgica y acento implacable. — ¡Creí amaros! ¡No os amé!

— ¡Que no me amásteis? — replicó el conde.

Aquella pregunta, aquel golpe en lo profundo de su corazón, en su pasado, en sus recuerdos, en lo que constituía los remordimientos y atractivo cruel de su vida, le produjo el efecto de un hierro candente introducido en sus carnes.

— No, no, no; yo no os amé. Creí, os lo repito, que os amaba. ¿Sabía yo acaso lo que era la vida, hasta que os conocí? Enferma, sufriendo y creyéndome condenada á morir, en mis oídos no había sonado una palabra de compasión has-

ta que salió de vuestros labios. Llegué á creer que erais un hombre de honor y erais tan solo un miserable. Me engañásteis. Reclamasteis mi cariño como un hombre libre cuando ya estabais casado. Fui débil, á pesar de que hoy tengo energía y valor para matarme en el acto antes que ser vuestra un minuto, y os escuché; tomé como expresión de verdadero amor vuestros livianos galanteos, en los que os hacian esperto vuestros triunfos adúlteros y el trato con jóvenes perdidas; cual siempre sucede, medio por la violencia y medio por la astucia, llegásteis á ser mi amante, no sé ya cómo ni cuándo fué, porque he procurado olvidar tan indigno sueño, y cuando alucinada por vos me creí entregada á un hombre honrado, merecedor del afecto sin límites que se encerraba en mi corazón, dispuesto á toda clase de sacrificio; cuando caí en vuestros brazos... ¡sí, yo! ¡qué horror! Cuando os apoderásteis de mi alma y de mi cuerpo, supe por casualidad, por una conversacion sin importancia, en un baile, que el Miguel Meuko, cuyo nombre debia yo llevar, que debia ser mi esposo (así me lo repetiais en vuestras engañosas promesas), que aquel conde Meuko, aquel hombre de honor en quien neciamente creía, estaba ya casado, casado en Viena, y que pertenecía ya á otra mujer aquel nombre con el cual traficaba el como instrumento de seducción y como medio de placer.

— ¡Ah! eso es repugnante — añadió la tzigana temblando de despecho y retrocediendo instintivamente hacia el diván, como huyendo de un contacto detestable.

Miguel, con el rostro convulso, cubierto de mortal palidez, escuchaba bajando la cabeza.

—¡Todo eso es verdad, Marsa; pero disponed de mi vida, de toda mi vida para expiar aquellas mentiras!

—Hay infamias que nunca se borran, y no hay perdón para lo que no tiene excusa.

—¿Una excusa? Si, tenía una Marsa. ¡Que os amaba!

—¿Y porque me amabais era preciso ser un traidor, engañarme y perderme?

—Pues qué, ¿conocía yo que os perdía? No quería á la mujer con quien estaba casado; os vi y, confiado en no sé qué circunstancia favorable á mis planes, me acerqué á vos, y para conseguir ser amado, no me atreví á manifestar que no era libre. Si mentí, fué por no perder aquella pasión, que cada día llenaba más mi vida. ¡Ah! ¡Yo os lo juro por lo más sagrado! ¡Yo os lo juro!

Miguel siguió hablando, recordándole la primera vez que la vió en Pan, en casa de lady Brolway, la impresion que le causó su incomparable belleza, sus primeras conversaciones y aquellos paseos deliciosos en aquel templado clima á la vista de los Pirineos coronados de nieve.

Le recordaba aquel dia en que habiéndosele desbocado el caballo, quizá hubiese perecido á no ser por el arrojado de Meuko, que sujetando al animal, se dejó arrastrar por salvarla. Por no verse arrojado del paraiso en que vivía, siendo amado por Marsa, es por lo que habia ocultado

su situacion aquel conde Meuko, primer secretario de la embajada de Austria en París, no diciéndole que estaba casado con la heredera de una de las familias más distinguidas de Praga, mujer hermosa, pero rara y orgullosa, que no comprendía el carácter de Miguel, á quien obligó poco á poco, porque á ella no le agradaba la sociedad de París y Viena, á vivir retraido en Bohemia.

Como esta vida no cuadraba á su carácter y aspiraciones, y en cambio complacía sobremanera á su esposa, porque allí estaba al lado de los suyos, la separacion de aquel matrimonio no se hizo esperar mucho tiempo. La mujer cedía de buen grado una parte de su dote por recobrar su independencia. «Era justo, decía con insolencia, que habiéndose engañado respecto á las cualidades del hombre con quien estaba casada, por razon de conciencia más que por inclinacion, pagase su aturdimiento.»

¡Pagar! La frase hizo que toda su sangre se le subiese á la cabeza. Aparte de que Miguel era rico, aunque tuviese que trabajar todo el dia para ganar el pan, no estaba dispuesto á tolerar semejante insulto, y lleno de indignacion abandonó aquella residencia, rompiendo así una union que para marido y mujer, convencidos de su desacuerdo, se hacía insostenible.

En esta especie de divorcio establecido por mútuo convenio, sin escándalo y sin ruido, vivía Meuko cuando se presentó á Marsa. ¿Pero quién era capaz de suponer que aquel hombre, con su timidez de enamorado, guardaba un secreto de tal naturaleza?

Además, en Pau, cuya permanencia le tenían recomendada los médicos para su pecho, afectado por las emociones de la muerte de su madre y el lúgubre viaje con el cadáver de su padre, Marsa vivía, como en Maissons, en compañía de Vogtzine, aislada, y casi sin conocer á nadie, y Miguel Menko fué su único amigo en aquella temporada de que ahora le estaba hablando como de un eden perdido.

La pobre Marsa, entusiasta, fanática, con su espíritu apasionado de la intrepidez y el valor caballeresco, de las arraigadas virtudes que formaban el carácter distintivo de su Hungría; Marsa, exaltada con las leyendas y relaciones casi fantásticas de la guerra de la independencia; Marsa, trastornada por aquella especie de atmósfera de heroísmo, debía pertenecer, al ménos de imaginación, al primero que, atravesándose en su vida, encarnara para ella la bravura y el atractivo de los de su raza.

Y así fué que, encontrando un día en su camino al caballero elegante, al hombre seductor y de arrogante aspecto que se llamaba Miguel Meuko, se sintió invenciblemente atraída hácia él por algo de altivo, valiente y caballeroso, que constituía el carácter propio y la varonil hermosura del joven húngaro.

Por entónces, Marsa tenía veinte años, y aunque el dolor la hubiera hecho mujer, en las lides amorosas era muy ignorante todavía y estaba destinada á dejarse seducir por el primer engaño que, acariciándole los oídos, hiciese latir su corazón y asomar á su rostro los encendidos co-

lores del primer rubor. Desde que se encontró, pues, con Miguel, Marsa le amó, creyó, como ella decía, amarle eternamente, muy confiada, sin las gazmoñerías de una colegiala tímida ni la suspicacia de una parisiense, así que le era fácil al conde Meuko modelar á su gusto aquel espíritu virgen y dúctil, dándole la forma que mejor le pareciese.

Por lo demás, Miguel la amaba con frenesí, con ese amor irresistible al que se consagra toda una existencia. La locura del amor, la fiebre de la posesión, se agolparon en la mente de aquel hombre como una irresistible embriaguez, embriaguez que comunicó á la pobre niña, para quien él era la viva fe. Y en la exaltación de aquella apasionada crisis, Miguel cometió, sin ser cobarde, la cobardía de seducir y engañar.

De cobarde ciertamente que no se le podía tachar en manera alguna. Era una de esas naturalezas nerviosas que se dejan dominar fácilmente, lo mismo de la esperanza que del desaliento, que en una hora recorren los mayores extremos, desde la alegría próxima á la locura, hasta la tristeza y el desconsuelo propio de las almas hamlélicas; conjunto extraño de cualidades y defectos disparatados; sin vicios, pero adornadas de virtudes prontamente anuladas bajo la influencia de la pasión, de la cólera, de los celos, del dolor ó de la rabia.

Con alma tan tempestuosa todo era posible: la abnegación sublime y la infamia más vergonzosa

Estudiándose á sí mismo, decía muchas veces: «¡Me causo miedo!»

Como todos los débiles, Miguel Meuko era violento, y admiraba sobre todo á los fuertes.

«Si hubiese yo de elegir, decía alguna vez, el hombre á quien desearía parecerme, señalaría al príncipe Zilah, porque él no conoce ni mis desesperaciones inútiles, á propósito de todo y de nada, ni mis alegrías, propias de un niño, ni mi confianza estremada en ocasiones hasta la verdadera simpleza, ni mi misantropía llevada hasta la injusticia: y porque, para mí, la virtud más envidiable en el hombre es la firmeza.»

Los Zilah estaban unidos por vínculos de parentesco á los Meuko; pero por lo que se refería á Miguel, más que este lazo era el afecto que tan de veras le profesaba el Príncipe, lo cual había estrechado las relaciones entre ambos.

Miguel, muy querido de sus jefes, era un jóven que prometía ser para la Hungría uno de esos diplomáticos que en caso de guerra son capaces de manejar la espada con la misma destreza que la pluma.

En los salones de París gozaba de gran prestigio y había sido objeto de muchas miradas; pero podía decirse que hasta el día que encontró á Marsa en Pau, sus amores fueron muy frívolos y recayeron en jóvenes mundanas, de las que ni recuerdo le quedaba.

El diplomático, además, no nombraba nunca á su mujer, que permanecía allá en Praga, sin inquietar para nada á su marido.

Quizá esto fuera la causa de que realmente llegase casi á olvidar que estaba casado, cuando hizo de Marsa su querida, de aquella virgen que

nunca se preguntó adónde podía conducirle tal amor, ni se detuvo á pensar en si continuaría siendo la amante de aquel hombre, como su madre lo había sido del general ruso, ó sería su esposa, con tal que Miguel le perteneciese por completo como ella le pertenecía.

Nada sabía, nada calculaba, dejándose solo llevar por aquel amor que creía eterno. ¡Cuál, pues, no sería su indignación cuando supo que Miguel Menko era casado, que había mentido, que la había engañado!

A su regreso de Pau, se hallaba en un baile de la embajada de Inglaterra, sonriente, encantadora, feliz, rodeada de las simpatías generales y segura del amor de un solo hombre, del más elegante y el más noble de los hombres, cuando de pronto oyó este corto diálogo que sostenían dos desconocidos, dos austriacos quizá, cuyas frases fueron otros tantos puñales clavados en su corazón:

—¡Es simpático Menko!

—Buen mozo y excelente bailaror.

—¡Su mujer debe ser jorobada ó muy fea, ó él más celoso que un Otelo. ¡No se la vé en ninguna parte!

—¡Su mujer! ¡Acaso es casado?

—Vaya si lo es! con una Blavka, hija de Angel Blavka, de Praga. Qué, ¿no lo sabiais?

—Casado!

Marsa creyó perder la razón al oír aquella conversación frívola, tan trágica para ella, que entre dos valsos distraía á aquellos desconocidos, y que quedaron mudos por un momento y

como asustados cuando la joven fijó en ellos sus ojos desmesuradamente abiertos.

Al presentarse el día siguiente Miguel Meuko en el hotel que ella habitaba en Paris, Marsa lo despidió de mala manera, sin permitirle explicación ni excusa, diciéndole:

—¿Conque es cierto? ¡es cierto que estais casado! ¡Sois un miserable! ¡marchaos!

Y por más que volvió, suplicó, quiso verla nuevamente y arrastrarse á sus piés, ella no le admitió.

—¡Marchaos, marchaos!

—Pero, ¿y nuestro amor, Marsa? porque yo te amo y tú me amas...

—Yo os desprecio y os odio! Mi amor ha muerto. Vos me lo robasteis, si, os lo concedí de limosna. ¡Todo ha terminado! ¡Marchaos! ¡Y que yo no sepa que existe en el mundo Miguel Meuko! ¡Nunca, nunca, nunca!

En efecto, al verse así despedido, Miguel desapareció, avergonzado de su infame conducta, sin pretender ya nada de aquella mujer á quien cada día amaba más.

En cuanto á Marsa, hubiese querido morir llevándose el secreto de su decepcion; pero una vez más la ciencia se equivoca, y en lugar de seguir su enfermedad una marcha funesta, se vió por lo contrario que, á despecho del dolor y la desesperacion cruel que encerraba su alma, su languidez desaparecia y que, por momentos, la tzigana se mostraba más llena de vida y más deslumbradora de hermosura.

Pasado algun tiempo, el conde supo que su mu-

jer habia muerto repentinamente en Praga de una enfermedad del corazon. Aquella muerte que le hacia libre, le causó una impresion extraña, como de remordimiento. ¡Pobre mujer! Despues de todo, habia llevado dignamente su nombre, y bien merecia perdon. ¡Quién sabe si la muerte con su fria razon podria contener los entusiasmos y las perturbaciones del conde!

Pero no: la compañera querida era Marsa, la inolvidable Marsa, la que en noches serenas le esperaba en aquel pabellon á media luz, guiándole á través de aquel misterioso jardin de Pau, bajo los árboles silenciosos y como dormidos, y haciendo crugir bajo sus piés la arena.

Al verse libre, Meuko dirigió á Marsa una carta en la que le suplicaba que le perdonase, manifestándole á la vez que, siendo dueño de su destino, le ofrecia, no ya su amor, puesto que ella lo rechazaba, sino su nombre, que él le debía. Deuda de honor y de pasion que hubiese querido pagar con su propia vida.

Marsa le contestó en estas sencillas palabras:

—¡Jamás llevaré el nombre de quien ya desprecio!

La herida abierta en el corazon de la joven sangraba todavía. Era incurable, y Marsa, que aborrecia la mentira, no perdonaria nunca.

Miguel pretendió verla una vez, seguro de que si se encontraba enfrente de ella hallaria acentos que la recordaran el pasado y la volvieran á la vida. Pero Marsa se negó obstinadamente, y como, por otra parte, hacia una vida retraida, no era posible que el conde la viera.

Ante esta resistencia, Miguel Menko, queriendo olvidar, olvidar á toda costa, se entregó con verdadero frenesí á toda clase de excesos, gastando su alma y su cuerpo: dejó la carrera diplomática, se metió en aventuras imposibles, llegando hasta á servir como jefe en el ejército turco durante la guerra con los rusos, y por fin se volvió á París tan aburrido como se había marchado, y siempre, sin poderlo evitar, atormentado por la imagen de Marsa, imagen triste como el amor perdido y severa como el remordimiento.

XII

¡Y de aquel pasado, de aquel odiado pasado, era de lo que Miguel Menko tenía el atrevimiento de venir á hablarle! Al pronto, Marsa se sintió como injuriada; pero luego, por un cambio repentino de sentimientos, al oírle recordar aquellos abominables momentos, experimentaba una impresión de amargura que era para ella como un cruel y merecido castigo.

¿Pero, realmente, todo aquello había sido posible? Con la curiosidad de un espectador que no tuviese participación en aquellos sucesos, Marsa esperaba el final del odioso razonamiento de Meuko:

—¡Menti porque amaba!

—¡De modo, que eso es todo lo que teniais que decirme!—preguntó por fin Marsa.—Segun eso, bastaría que un ladrón se defendiese diciendo: «¡Qué quereis!... ¡Ese dinero me gustaba, por eso lo he robado!» Vaya—gritó Marsa, levantándose al mismo tiempo bruscamente,—esta conversacion se prolonga más de lo necesario.

—¡Besoos la mano!

Dicho esto, se dirigió hácia la puerta del salón; pero Meuko, dando vuelta al velador, le sa-

Ante esta resistencia, Miguel Menko, queriendo olvidar, olvidar á toda costa, se entregó con verdadero frenesí á toda clase de excesos, gastando su alma y su cuerpo: dejó la carrera diplomática, se metió en aventuras imposibles, llegando hasta á servir como jefe en el ejército turco durante la guerra con los rusos, y por fin se volvió á París tan aburrido como se había marchado, y siempre, sin poderlo evitar, atormentado por la imagen de Marsa, imagen triste como el amor perdido y severa como el remordimiento.

XII

¡Y de aquel pasado, de aquel odiado pasado, era de lo que Miguel Menko tenía el atrevimiento de venir á hablarle! Al pronto, Marsa se sintió como injuriada; pero luego, por un cambio repentino de sentimientos, al oírle recordar aquellos abominables momentos, experimentaba una impresión de amargura que era para ella como un cruel y merecido castigo.

¿Pero, realmente, todo aquello había sido posible? Con la curiosidad de un espectador que no tuviese participación en aquellos sucesos, Marsa esperaba el final del odioso razonamiento de Meuko:

—¡Menti porque amaba!

—¡De modo, que eso es todo lo que teniais que decirme!—preguntó por fin Marsa.—Segun eso, bastaría que un ladrón se defendiese diciendo: «¡Qué quereis!... ¡Ese dinero me gustaba, por eso lo he robado!» Vaya—gritó Marsa, levantándose al mismo tiempo bruscamente,—esta conversacion se prolonga más de lo necesario.

—¡Besoos la mano!

Dicho esto, se dirigió hácia la puerta del salón; pero Meuko, dando vuelta al velador, le sa-

lió al encuentro, hablándole siempre en aquel tono suplicante que envolvía una amenaza.

—¡Marsa!—exclamó con acento desesperado, llamando en su auxilio á aquella misma mujer;

—¡Marsa! ¡no os caseis con el príncipe Andras; yo os conjuro á que no lo hagais! ¡No os caseis, si quereis evitar que entre nosotros haya una espantosa desgracia!

—¿De veras?—dijo la joven.—¿Sereis vos quien ahora amenaza matarme?

—Yo no amenazo, puesto que suplico, Marsa. Pero bien sabeis hasta qué punto me ciega algunas veces el furor, y no respondo de mí... ¡Bien conocéis que soy un loco!... Tened compasión. Pensad que os amo como nadie es capaz de amar, que sólo vivo por vos y que si os entregáis á otro...

—¡Ah! ¡en verdad!—dijo ella levantando la cabeza é interrumpiéndole en tono enérgico—que al oiros hablar así podría creerse que teniais algun derecho sobre mí! ¡Os he hecho la limosna de mí olvido despues de la de mi amor! ¡Creo es bastante! ¡Dejadme!

—¡Marsa!...

—Mucho tiempo hace que me consideraba libre de vuestra presencia. Os dije que desapareciérais para siempre. ¿Por qué habeis vuelto?

—Porque despues de haberos visto una noche, cuando ménos lo esperaba ya, en casa de la baronesa Dinati—¡os acordais! fué el día que por primera vez hablasteis al príncipe,—supe en Lóndres vuestro casamiento; y si bien accedia á vivir léjos no mereciendo vuestro cariño, era

á condiccion de que no fuese tampoco de nadie; ¡yo no quiero... perdonad, no puedo... avenirme de ningún modo á que ese atractivo, esa belleza, esos labios, ese pelo sen de otro!... Reflexionad bien el valor de que he dado pruebas. A pesar de vivir en París, nunca intenté presentarme en vuestra casa. Despues que de ella me arrojásteis, Marsa, solo os ví una vez por casualidad, en casa de la baronesa; pero ahora...

—¡Ahora es otra la mujer en cuya presencia estais! ¡Es una mujer que ignora el haber escuchado vuestras súplicas, el haber cedido á vuestros ruegos, el haber sido vuestra querida! ¡Es una mujer que os ha olvidado, que ni siquiera tiene presente que haya existido un miserable que abusó de ella, de su ignorancia y de su candidez, y que ama, que ama como se ama la primera vez, pura y santamente, con sincera pasión, al hombre de quien va á ser la esposa!

—Yo respeto á ese hombre—dijo Miguel—como al prototipo del honor. De ser otro, ya le hubiese escupido al rostro. Pero vos, que me acusais de haber mentido, ¿cometereis igual falta ocultando á ese hombre la verdad?

Marsa Laazlo estaba livida, con los ojos hundidos como los de un cadáver, pero brillando como botones de fuego en medio del círculo negro que les rodeaba.

—No necesito responder á quien ningún derecho tiene para preguntarme. Pero aunque hubiera de costarme la vida el minuto de alegría que he de experimentar al poner mi mano entre las de un héroe que es la lealtad misma, no vacila-

ría en perderla por este minuto de inefable dicha!

—¿Es decir—exclamó Miguel—que me poneis al borde del abismo? No teneis en cuenta el que os haya dicho que en ciertas horas de exaltacion la locura puede llevarme hasta el crimen.

—No lo dudo—respondió friamente la joven.—Pero, á decir verdad, á ese extremo ya habeis llegado. No hay crimen más infame que la traicion.

—Si, hay uno más horrible—replicó Miguel.—Os he dicho que os amo, que os amo cien veces más que en la fatal hora en que causé vuestra deshonra. Sean los celos, la ira ó los sentimientos que querais, la idea de que un marido os arrebatará como una presa, hace arder mi sangre, Os veo en mi presencia tal cual estábais cuando érais mia; oigo vuestros suspiros, vuestros sollozos, y siento en mis labios el calor de vuestro rostro. Os adoro con frenesí, locamente y siéto que la llama medio apagada se enciende más inten

¿Comprendeis, Marsa? ¿Comprendes?—añadió, extendiendo los brazos y acercándose á la zigana (que le oía agitada por la cólera y la indignacion), como queriendo obtener sus caricias, sin que nada le detuviese.—Sí, ¿comprendes? Todavía te amo! ¡Quiero que seas mia de nuevo! ¡Fui tu amante... tu amante! ¡oyes?... y quiero... quiero, aunque me cueste la vida, volver á serlo.

—¡Ah, miserable cobarde!—dijo Marsa, dirigiendo la mirada á aquellas armas á las cuales le impedía llegar Miguel Meuko, que la miraba

con los ojos extraviados y animados por una pasion dolorosa, en la que la mortificacion del amor propio, la tortura de los celos, influian mucho más que aquel brutal deseo, innoblemente arrojado al rostro de aquella mujer.

—Sí, cobarde—continuó Marsa—cobarde, cobarde, que se atreve á escudarse con una infamia del pasado para cometer otra nueva.

—Te amo!—repetia Meuko fuera de sí—y casi consiento en perderte; pero que por una sola y última vez sea yo todavía dueño de tu cariño y tu hermosura y que en seguida mueras de locura y de dolor!

—¡Vete!—dijo la joven irguiéndose ante él, implacable, y fustigándole con su mirada y con su actitud.—¡Vete! ¡Te despido, lacayo! ¡Sal de aquí... Despues haré lavar el suelo que han pisado vuestros pies.

—¡Si, me marchó, pero mañana, esta noche, cuando yo quiera, volveré, Marsa! He conservado en mi poder, como un tesoro que vale una vida, la llave de aquella puerta que un día abri en el parque, deslizándome hasta donde tú me esperabas, oculta en la sombra. ¿Te has olvidado de eso tambien?... ¡Todo lo has olvidado!... Pero yo no, porque este recuerdo llena toda mi existencia!

¡No podia negarlo! ¡Si, era cierto todo cuanto decia aquel Meuko! ¡Ella le habia esperado en el jardín... hacia dos años, la víspera misma del día que oyó en el baile la tremenda revelacion... allí... en aquella casa... ¡Hasta aquel extremo creyó amarle! ¡Cuán desgraciada habia nacido!

—Oidme bien, Marsa—continuó Miguel, adoptando repentinamente una sangre fría aparente—os he dicho que porque seáis mía, como en otro tiempo, una sola vez, una sola, sería capaz de todo, si, lo rópito, de todo. ¡Qué me importa!

¡Pues bien! las cartas que tengo vuestras, esas cartas queridas que tantas veces he llevado á mis labios, que he regado con mis lágrimas, esas cartas que he guardado, á pesar de vuestros ruegos y de vuestras órdenes, esas cartas que son mi consuelo, mi secreta alegría, que leo y releo, y que toco con mis manos como si fuese á vos misma, os las traeré cuando me digáis: «¡Venid!» Pero quiero... ¡ah! ya sé que soy un loco y un miserable... quiero que antes que seáis de ese hombre ¿ois? consintais en serlo mía.

Marsa, impasible, con el labio convulso y la mirada fija no respondía una palabra.

—¿Me habeis oído bien, Marsa?—decía el conde suplicando y amenazando á un mismo tiempo.—¿Me habeis comprendido bien?

—Sí—dijo ella al fin.

Permaneció un momento silenciosa, y luego, con risa sardónica, añadió:

—¡O yo ó mis cartas! Se trata de un negocio como otro cualquiera—dijo con puzante ironía.

—¿Por qué no me proponéis desde luego lo que cierto y vil personaje, que no conozco, ofrecía á una mujer que había sido su querida, como yo he tenido la estupidez y la desgracia de serlo vuestro! ¡Por cada carta una cita! ¡Una cosa por otra! ¡cambio á cambio! Esto era más breve, más sencillo y más ingenioso. Según parece, á la ter-

cera carta, la mujer acabó por envenenarse. Se suicidó. Yo, desde la primera tentativa de una bajeza semejante, obraría de distinta manera, creedlo.

En aquella fría ironía se trasparentaba una amenaza que Miguel Meuko vió con agrado. ¡Tanto mejor, puesto que adivinaba vagamente un peligro!

—¿Quereis decir?...—replicó Miguel.

—Quiero decir que jamas os presenteis ante mí, que huyais, que os volvais á Londres, á América, adonde quiera que sea. Habreis muerto para la que engañasteis vilmente. Quemareis ó os guardareis esas cartas, da lo mismo, pero no seréis indigno hasta el extremo de utilizarlas como un arma en contra mía. Esta entrevista, que se me hace pesada y fastidiosa, sera la última. Por la postrera vez habreis franqueado las puertas de esta casa. ¡O si no!... ¡Ah! si no... ¡os juro que tendré bastante energía y resolución para defenderme por mi sola y para castigaros por mi misma! Creo haberme explicado á mi vez, ¿no es así?

—Ciertamente—dijo Meuko.—Pero sois demasiado imprudente, Marsa. Los hombres como yo no retroceden ante los obstáculos. Bien sea por la puerta que en otro tiempo abria lleno de emoción, ó bien saltando por la pared, si aquella está atrancada, yo prometo que he de llegar hasta donde esteis y que tendreis que escuchar me.. que me escuchareis como en otros tiempos.

Marsa le miraba con aire desdeñoso.

—Ni siquiera me he cuidado de hacer que cam

biasen la cerradura de la tal puerta, y en estas noches de verano hasta la verja del jardín se queda abierta. Nada, pues, os impide venir. Pero yo os aconsejo que no habrais la una ni empujeis la otra. No sería á mi á quien encontrariais en el sitio de la cita.

—¡Bah! Yo en cambio estoy seguro de que será á vos, Marsa, á quien encuentre, y que si yo os digo que mañana á media noche estaré debajo de la ventana del pabellon, en el rincón del jardín, vos me esperareis allí para recoger de mis manos vuestras cartas, todas vuestras cartas, que prometí traerlos.

—¿Lo creéis así?—dijo Marsa.

—Estoy seguro de ello.

—Porque reflexionareis.

—Tiempo he tenido ya. Podeis indicar otra razon.

—La razon consiste en que no podeis dejar en mis manos tales pruebas. Creed que cometeriais una locura al hacer de un hombre como yo, que se dejaría matar por vos, un enemigo declarado y acerrimo.

—Comprendo. Muere uno gustoso por una mujer, pero entretanto, se la ultraja y se la amenaza, como el hombre más vil, con una muerte verdadera. ¿Pues bien! ¡no me importa! No estare en el pabellon, donde en otra época me engañasteis con vuestro amor, y que yo daré orden para que lo derriben, quemando despues hasta sus últimos restos; ni os esperaré, ni volveré á veros ni os tengo miedo. Dejo esas cartas á cargo vuestro para que de ellas hagais lo que os acon-

seje el último átomo de honradez que os queda.

—Adios—añadió, despues de mirar de arriba abajo á aquel hombre, como queriendo conocer todavía el grado de audacia ó de infamia á que era capaz de llegar.

—Hasta la vista—respondió friamente el conde, dando á aquellas palabras un tono lleno de encubierta amenaza.

La joven alargó su afilada y delicada mano, tiró de la campanilla, y al presentarse el criado dijo sencillamente:

—Acompañad al señor.

XIII

Cuando Marsa — como quien despierta de un sueño molesto — se vió libre de aquella historia de amor, en la que ella había dejado su fe, su candidez y casi su misma carne, se dijo:

— Ahora mi vida se acabó.

¿Qué hacer? ¿Expiar? ¿Olvidar?

Pensó consagrarse á la oración, á la vida del claustro, y durante el invierno compartió las horas entre el solitario parque y la triste compañía del viejo Vogotzine, medio alcoholizado.

Luego, convencida de que el destino no quería que muriese, hizo á temporadas la agitada vida de París, á la que poco á poco fué aficionándose, olvidando lentamente el pasado, aquella locura que ella tomó por verdadero amor y que iba borrándose hasta desaparecer casi de su memoria.

De este modo, Marsa, Laazlo, que dos años antes solo pensaba en el retraimiento y en la muerte, encontraba razonable que la baronesa Dinati le dijese alguna vez:

— ¿En qué pensais, querida niña? ¿A quién se le ocurre teniendo veinte años encerrarse por su gusto en un retirado parque, como en una cárcel ó como en un rincón de provincias?

Había llegado á los veinticuatro años, y aun-

que envejecida moralmente como si hubiesen pasado diez más, en nada había desmerecido la frescura de su lindo rostro ovalado, correcto y puro como el de una virgen bizantina.

Más tarde en una de esas alternativas que tiene toda existencia, la tzigana encontró al príncipe Andras, y su corazón, que le creía muerto, latió con una violencia y de un modo cual nunca había latido al sonido de la voz, ante la sonrisa de aquel hombre verdaderamente leal, fuerte y cariñoso, y en quien ella descubría el ser para el que había sido creada, y el ideal de sus sueños de mujer.

Le amaba silenciosamente, pero con profunda y eterna pasión. Le amaba sin reflexionar que ella no tenía ya el derecho de amar.

¿Acaso pensaba siquiera en su caída? ¿Se recuerda la tempestad cuando el viento se ha llevado ya las nubes y el trueno suena lejano?

En aquellos momentos creía de buena fe que ni en su corazón ni en sus labios hubo nunca otro nombre que el de *Zilah*.

Y hé aquí que aquel hombre, aquel héroe, el héroe acariciado por su imaginación, la pedía su mano, diciendo: «¡Os amo!»

¡Amada de Andras!

Qué atroz fué su martirio, por qué torturas tan crueles pasaba al plantearse la terrible cuestión: «¿Tengo derecho para ocultarle la verdad? En caso contrario, ¿tendré valor para confesarla?»

¡Cómo! En su mano tenía la dicha más completa á que pudo aspirar mujer alguna, la ilu-

sion de toda su vida, y porque un miserable la habia engañado, porque en su pasado habia horas que desaparecieron, de las que casi no se acordaba y esto solo para maldecirlas, era preciso que ella misma se destrozara su corazon, que fuese la victima y pagara las consecuencias de una falta cometida por el cobarde que le habia mentido villanamente.

¿Era esto justo? ¿Era esto humano? ¿Acaso debia encerrarse en su pasado como un muerto en la tumba? ¿Qué! ¿No era ya dueña de amar? ¿No tenia derecho a vivir?

¡Con qué entusiasmo amaba á aquel Andras!

¡Con qué inmensa alegría hubiese dado su vida por él! ¡Y el principe la amaba tambien! ¡Y con qué delirio!

Nunca experimentó este tal rejuvenecimiento de espiritu. ¿Podria amar él todavia? ¿Seria amado? ¿Existia aun lo posibilidad de que fuera dichoso? ¡Bah! Le bastaba su propia satisfaccion y se complacia en su soledad como Marsa en su aislamiento.

Por lo demás, Zilah no se consideraba tan absurdo ni tan sencillamente romántico cuando pensaba en que Hungria, su pueblo, era quizá el único que ante el triunfo del pesimismo habia conservado las tradiciones caballerescas del honor; el único que por las virtudes de su raza, por su valor y por su desprecio de la bajeza habia acabado por imponer su ley, siendo vencido al vencedor, al Austria. ¿El ideal, pues, podia tener su desquite. Asi lo demostraba la historia de todo un pueblo.

—¡Que esta sociedad se revuelque en el cieno! —decia Andras.—Yo entiendo que la vida no es agradable si no se puede llevar alta la cabeza, y si el aire que se respira deja de ser puro y libre. ¡El hombre no ha de ser como el cerdo!

¡La misma fe, las mismas ideas, la veia reflejadas en la mirada, en el corazon, en el alma, en el amor de Marsa!

Ella representaba para él una nueva existencia y la felicidad.

—Si,—se decia Andras—ella me hará dichoso, rodeándome de cuanto amor puede ambicionar un hombre.

Y tambien Marsa, cuando pensaba en él se sentia dispuesta á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios. ¿Quién sabe? Quizá seria preciso combatir aun algun día y entonces ella se interpondria entre las balas y el héroe para escurarle con su pecho. ¡Morir por salvarle! ¡Qué dicha! Pero no se trataba de morir, no, sino de vivir para rodearle de las más intimas alegrías. Y esta tarea, á la que Marsa queria consagrarse ansiosa de sacrificio, se hacia imposible para ella, porque odiables besos habian manchado en otro tiempo sus labios. ¡Y sin embargo!... Sin embargo, la voz de su honrada conciencia le indicaba que debia contestar al principe:

—«No!»—Era preciso que Zilah quedara relegado á su aislamiento y á sus tristezas. Ella no tenia derecho á ser amada por él.

Peró si renunciaba al amor de Andras, el principe (asi se lo habia manifestado Yanski Varhely) moriria de pena; he aquí como con una sola

palabra causaba á la vez la muerte de dos seres: de Andras y de ella. ¡De ella! ¡De ella no habia para qué preocuparse! ¡Pero de él! ¡Y no obstante, tenia el deber de hablar! Y hablar ¿por qué? ¿Acaso habia amado ella verdaderamente en otro tiempo?

A quien Marsa amaba, á quien adoraba con toda su alma, con todas las fibras de su ser, era á Andras. ¡Ah! ¡amarle! ¡si, amarle locamente con frenética pasion! Despues, un dia, conseguir, por la adhesion sin limites como nunca haya existido, el perdon de la falta cometida, ocultándole todo; tal era el propósito y la esperanza de Marsa.

Girando constantemente en estas mismas ideas llenas de angustia, retardando para otro dia la resolucion decisiva de confesarle todo al principe, la tzigana se dejó llevar sin hacer nada, é insensiblemente se encontró en aquel inevitable momento, en aquella fiesta de sus bodas como quien está al borde de un precipicio.

Y precisamente la noche misma de aquel dia consagrado á festejar su propio casamiento, apareció nuevamente Meuko, aquel Miguel Meuko que se interponia en su camino, no suplicante ni tembloroso, sino amenazando, proponiéndole, atreviéndose á proponerla á ella aquel trato mucho más infame aun que todas las villanias anteriores.

Aquel sueño, acompañado de alegre música, aquellas *czardas* evocando la voz de la patria, aquella fantástica fiesta á bordo del barco, venian á terminar en una triste realidad en Meuko

que decia: «Tú fuiste mia y lo serás nuevamente, de lo contrario, estás perdida.»

—¡Pérdida! ¿Y cómo?

Razonando friamente, Marsa Laazlo se hacia esta temible pregunta, que para ella era cuestion de vida ó muerte:

—Veamos: ¿qué hará el Príncipe si, una vez que yo sea su mujer, llegase á saber la verdad? Qué es lo que hará? Matarme—se contestaba la tzigana.—Sí, matarme. ¡Tanto mejor!

Este era una especie de arreglo que ella se hacia y que su loco amor dictaba á su rectitud.

—¡Ser suya y pagar con mi vida este minuto de felicidad! ¡Si hablo, huirá, desaparecerá, y yo le amo! ¡Pues bien! ¡Lo que me queda de existencia lo sacrificaré gustosa por haber vivido embriagada de felicidad durante un relámpago.

Discurriendo así, venia á parar en que era muy dueña de dar su vida á cambio de su amor abrazando á aquel héroe y muriendo en seguida con estas palabras en sus labios: «Era indigna de tí, pero te amaba! ¡Toma, hierete!»

O mejor aún callarse, ser amada, y por medio de un narcótico dormirse, dormirse con el pensamiento fijo en aquella dicha inefable, en aquella alegría suprema, con aquella embriagadora vision: «¡He sido suya y me ama; me ha amado!...»

¿Qué poder en el mundo podia impedirle realizar su sueño? Para esto renunciaba al resto de su juventud y de su hermosura. Mintiendo de esta manera, ¿se parecia á Meuko? No, puesto que, víctima de su amante, ella se sacrificaba al pun-

to, sin vacilacion, con alegria, por el honor de marido.

No reflexionaba que sacrificando su vida, ella condenaba á muerte á Zilah, ó más bien con aquellos subterfugios, por los que tan fácilmente se deja engañar la humanidad, se decia:

—El se consolará de mi muerte si alguna vez llega á saber que yo era...

Pero, ¿Por qué habia de saberlo? Ella procuraria desvanecer sin ruido, haciendo que su desaparicion tuviera que atribuirse á un accidente desgraciado.

Fecundil y con la cabeza trastornada por la lucha de ideas y sentimientos que habia sostenido, Marsa se acostó, y aunque no pudo conciliar el sueño hasta pasadas algunas horas, logró que este produjese un efecto reparador, y así despertó tranquila, sin fuerzas, pero considerándose casi feliz, como si la resolucion adoptada la hubiese infundido aliento.

El dia siguiente lo pasó todo en el jardin, pensando alguna vez si la aparicion de Menko y su *mañana... á media noche...* era una vision, una pesadilla de aquella noche.

¡*Mañana!* Esto es, hoy.

Sí, no obstante. Miguel Meuko venia la noche inmediata, si se atrevia... Un escándalo, quizá entrase en los planes del conde. Pero no, no pensaba en tal cosa; él lo esperaba todo, y esto era más execrable, del amor de Marsa, pretendiendo reanudar por una hora la maldita vida.

—Sí, sí, vendrá!... ¡Es capaz de venir!

Le despreciaba hasta tal punto que, en efecto, creia que en aquella ocasion él cumpliria su palabra.

A la sombra de aquella frondosa arboleda y, en medio del profundo silencio que en ella reinaba, poco á poco Marsa llegó casi á dormirse dulcemente, sumida en la voluptuosidad del olvido desapareciendo de su memoria la imagen de Miguel Menko y recordando tan solo aquel hermoso dia en el vapor navegando por las aguas del Sena en una calma risueña, en aquella especie de dejadez, de *nirvana*, propia del verano.

El dia pasó rapidamente.

La baronesa Dinati descendió de su carretela enseñando—sin contar su vestido de *foulard* y la roja sombrilla que hacia aparecer más encendido su rostro de incitante normanda—unos chanelos con iniciales de plata sobre la tapa, á propósito para andar por el barro, y de que se habia provisto sólo para que los vieran, y porque así lo exigia la moda.

Iba á visitar a Marsa y no se detuvo mucho. Su conversacion se redujo á la charla y frivolidad de París. El artículo del pequeño Jacquemin en que hablaba del almuerzo náutico ofrecido por el príncipe Zilah habria hecho furor. Es muy gracioso Jacquemin.

Marsa le conocia perfectamente. ¿No? ¿De veras? ¡Cómo! ¿No conocia á Jacquemin, el de *La Actualidad*?

¡Oh! Pues era preciso invitarlo al *lunch* del día de la boda... Hablaria de ello Jacquemin. El habla de todo.

La baronesa le distingue mucho. Verdad es que en su casa se había hecho el indispensable. Es muy elegante Jacquemin y está al tanto de todas las novedades, hasta en materia de modas. —Mirad, él es quien me ha dicho que la moda había adoptado estos chanclos. Por cierto que casi han sido causa de que me rompiese la cabeza al subir al carruaje. Pero esto me hace gracia. Es una cosa nueva. Esto atrae las miradas sobre los pies. ¡Ah!... ¿qué es eso? Al mismo tiempo fija la vista en el objeto. Y cuando se tienen los pies bonitos, no muy grandes... ¡Comprendéis, Marsa, esto de las iniciales en los chanclos?... ¡Algunas señoritas podrían poner en vez de iniciales las señas de su casa!

Después de tomar un refresco para humedecer su garganta, seca de tanto charlar, la Baronesa se despidió de Marsa y corrió a su carruaje en el momento que se paraba delante de la verja del príncipe Zilah, al que sólo pudo saludar con un gracioso movimiento de la mano. Con su sonrisa y con aquel movimiento parecía querer decirle:

—No temáis que os quite un minuto siquiera. ¡Ya sé que teneis por hoy ocupacion más interesante que la de dedicar el tiempo a mí personal!

Marsa experimentaba verdadera alegría cada vez que veía a Andras. Al oír su voz dulce, paternal y apasionada, se sentía adorada y protegida. Cerca de él se consideraba dichosa y se abandonaba a un mundo de esperanzas infinitas, cuando quizás era muy contados los días que le quedaban de aquella dicha.

Cada nueva visita le parecía a Marsa que las palabras del príncipe eran más afectuosas y que sus caricias eran más apasionadas.

—Me he convencido de que en este mundo hay que vivir con algunas ilusiones, puesto que cuanto he deseado a los veinte años lo veo realizado ahora. Algunas veces, dejándome llevar de mi tristeza, me hacia la pregunta de si mi vida se había acabado. No: os esperaba; sabía instintivamente que existía una mujer superior, creada para mí, mi mujer... ¡con qué placer pronuncio esta frase!... y no me he engañado.

Con las manos de su prometida cogidas, el príncipe le contemplaba extasiado.

—¿Y si no me hubiese hallado?—replicó ella.

—Habría seguido viviendo en el aburrimiento. Preguntadle a Varhely, que es quien conoce los secretos de mi vida.

Marsa, haciendo un esfuerzo para sonreír, recordó lo que Yanski le había dicho, y no pudo menos de temblar. Sí, Zilah cifraba su existencia en el amor de Marsa. Arrancarle esta ilusión era como levantar el apósito de una herida y hacerla mortal. Decididamente su resolución de desaparecer sigilosamente era lo más acertado.

Pero entonces, ¿por qué no se daba la muerte antes de mentir? ¡Ah! ¿Por qué? A esta pregunta Marsa respondía siempre con aquel amor a cambio del que ella ofrecía en vida. Un beso y la muerte. Toda su energía nerviosa se reconcentró en esta idea. Procuraría, sí, únicamente, que su muerte apareciese debida a una catástrofe

cualquiera, á un siniestro casual. Ya estudiaría la manera, puesto que no quería dejar á Andras el doble recuerdo de una traicion y de un crimen.

Olvidando quizá que pensaba morir, Marsa escuchaba al príncipe cual si hablarle le prometiese, no un minuto, sino una eternidad de placer.

El general Vogotzine y Marsa acompañaron un rato á Andras hasta la estacion del ferrocarril. Los perros daneses, saltando y correteando por los campos, venían obedientes á la voz de Marsa y expresaban su agrado cuando el príncipe los acariciaba con la mano.

—Ya conocen al amo—murmuraba Vogotzine.

He visto pocos animales tan dóciles como estos, decía el príncipe.

—¿Tan dóciles? ¡Oh! ¡segun...!—replicó Marsa.

La tzigana se separó de Andras con más tristeza que nunca y con mayores deseos de que volviese pronto, sin saber por qué: para que la protegiera, para que la defendiese, para que estuviese á su lado si venía Miguel.

Cuando entraron en casa comenzaba ya el crepúsculo. Marsa, sin querer comer, en vez de sentarse á la mesa, permaneció como abismada, en su canapé, en un ángulo del saloncito.

El general, llegado el momento en que acostumbraba á despedirse de su sobrina, fué á darla las buenas noches, y como notase en ella algo extraño, le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Yo me voy á la cama porque estoy algo cansado. ¿No quieres que te haga compañía?

Unas veces la tuteaba y otras la hablaba con timidez y respeto. Marsa parecía no rotar aquellas variaciones.

—Prefiero estar sola—contestó.

El general se encogió de hombros, y cogiendo entre las suyas la delicada mano de Marsa, la llevó á sus labios como si estuviese en el besamanos de una reina.

Una vez ya sola, la joven siguió así abstraída más de una hora; luego, de repente, al oír sonar las once en el reloj, se puso á temblar.

Rápidamente se levantó.

Descendió por la escalera de servicio, cuya puerta tenía puesta la llave por dentro, salió al jardín y con paso firme y erguido, como una sonámbula andando, atravesó las calles de árboles, alumbradas en algunos puntos por la luz de luna, y se fué hácia la perrera, donde sujetos á sus cadenas ladraban aquellos temibles animales de raza danesa que la acompañaban en sus paseos.

Antes de llegar, les gritó:

—¡Quieto, Ortog!... ¡Silencio, Duna!

Los perros se callaron.

Entonces abrió la puerta de la perrera, penetró en ella, les hizo algunas caricias, que ellos pagaban poniéndola sus enormes patatas sobre los hombros, y soltando el mosqueton de la cadena les dijo con voz vibrante:

—¡Marchad!

Después de lo cual y de haber visto que aque-

llas fieras domesticadas quedaban por allí gozando en su libertad con carreras y saltos de un lado á otro, la tzigana, lentamente, con la frialdad que su padre el principe Tcheréteff mostrara al mandar hacer fuego sobre un espía ó un traidor, tomó el camino de la casa, en la que ya todo parecía dormir, diciéndose con siniestra ironía en una especie de afirmación impersonal y como si no se tratara de ella:

—¡Ahora creo que la prometida del principe Zilah se puede considerar bien guardada!

XIV.

Miguel Menko vivía en París, solo, en el hotelito que tenía alquilado en la calle de Aumale.

Con anticipación ordenó á su cochero que tuviera dispuesta la berlina para la noche diciéndole:

—Engancha á *Trilby*. Trota mejor que *Jack* y vamos lejos. ¡Ah! ¡no olvidéis llevaros el abrigo, Pedro! ¡Y hasta esta noche, no estoy para nadie en casa!

El día aquel se le hizo eterno, en medio de la excitación nerviosa en que le tenía el esperar la hora señalada, y al mismo tiempo la tarea á que se había entregado de abrir y cerrar cajones buscando y rebuscando en ellos antiguas cartas, que leía y volvía á leer, como si quisiera que ahondaran más profundamente las torturas de su alma. Eran las cartas de que el día anterior habló á Marsa y que, después de haberle trastornado como un filtro, ahora le hacían el efecto de un veneno, del cual quería saturarse ávido de nuevos sufrimientos.

Aquellas cartas de amor, de juramentos cambiados, que más tarde se llevó el viento de la tempestad, estaban fechadas en Pau, y á medida que Miguel las iba leyendo las echaba al fue-

llas fieras domesticadas quedaban por allí gozando en su libertad con carreras y saltos de un lado á otro, la tzigana, lentamente, con la frialdad que su padre el principe Tcheréteff mostrara al mandar hacer fuego sobre un espía ó un traidor, tomó el camino de la casa, en la que ya todo parecía dormir, diciéndose con siniestra ironía en una especie de afirmación impersonal y como si no se tratara de ella:

—¡Ahora creo que la prometida del principe Zilah se puede considerar bien guardada!

XIV.

Miguel Menko vivía en París, solo, en el hotelito que tenía alquilado en la calle de Aumale.

Con anticipación ordenó á su cochero que tuviera dispuesta la berlina para la noche diciéndole:

—Engancha á *Trilby*. Trota mejor que *Jack* y vamos lejos. ¡Ah! ¡no olvidéis llevaros el abrigo, Pedro! ¡Y hasta esta noche, no estoy para nadie en casa!

El día aquel se le hizo eterno, en medio de la excitación nerviosa en que le tenía el esperar la hora señalada, y al mismo tiempo la tarea á que se había entregado de abrir y cerrar cajones buscando y rebuscando en ellos antiguas cartas, que leía y volvía á leer, como si quisiera que ahondaran más profundamente las torturas de su alma. Eran las cartas de que el día anterior habló á Marsa y que, después de haberle trastornado como un filtro, ahora le hacían el efecto de un veneno, del cual quería saturarse ávido de nuevos sufrimientos.

Aquellas cartas de amor, de juramentos cambiados, que más tarde se llevó el viento de la tempestad, estaban fechadas en Pau, y á medida que Miguel las iba leyendo las echaba al fue-

go, despues que le habian hecho vivir algunas horas, quizás las únicas que en su existencia pudo decir que habia vivido. En estos billetes parecia que se conservaba puro el suave perfume de los cabellos de Marsa.

Al recordar á aquella adorable querida, que á su imaginacion acudia con todas las invencibles seducciones, los celos y la rabia se apoderaban del corazon de Miguel, hasta el punto que parecia iba á saltarle del pecho, y encerrando nuevamente las cartas, sin darse cuenta, volvía á abrir un libro precisamente—siempre se dan estas irónicas casualidades—por la página en que habia algun relato que avivaba su dolor.

—*¡Mi ser está unido á ti como el árbol á la hoja!*—leía Miguel en un poeta de su país, repitiéndolo mientras impaciente y nervioso esperaba que llegara la noche.

No pudo dominar un brusco movimiento de corage cuando su ayuda de cámara apareció presentándole una bandeja con una tarjeta, y encogiéndose de hombros le dijo en tono airado:

—¡Por lo visto, Pedro no os ha comunicado la orden de no recibir á nadie?

—Yo ruego al señor conde que me perdone, pero Mr. Labanoff ha insistido tanto...

—¡Ah! ¿Es Labanoff?—replicó Meuko.

—Mr. Labanoff, que se marcha esta noche, y quisiera saludar al señor conde.

El nombre de Labanoff le hizo recordar á Meuko un compañero de su juventud que era muy simpático y á quien apreciaba mucho y

veía con gusto las diferentes veces que con él se habia encontrado en varios puntos. Le agradaba por la especie de pesimismo raro, de filosofía agresiva, que Labanoff no se cuidaba de ocultar en medio de cierto misticismo mezclado de amargura.

Entre los amigos de su edad, Miguel no encontraba ninguno que tuviese las raras ideas de aquel ruso, cuya sonrisa enigmática le inquietaba.

El conde miró el reloj. La visita de Labanoff haría quizá que pasara para él más de prisa el tiempo hasta la hora de comer.

—Haced que entre Mr. Labanoff.

Este era un jóven de veinticinco años, delgado, rostro de color de cera, ojos vivos y negro vígote retorcido. El pelo de su cabeza era enrespado, negro y cortado por igual. Con su largo leviton hasta las rodillas, tenía el aspecto de un soldado vestido de capote.

Hacia dos meses que aquellos dos hombres no se habian visto. Hacia mucho tiempo que estaban unidos por estrecha simpatía, nacida de sus confidencias, de sus expansiones. Varias veces se habian comunicado sus desconsoladoras teorías sobre el mundo, sobre sus leyes y sus hombres.

Su comun amargura les aproximaba. Labanoff, dejando solo escapar palabras significativas y casi trágicas, le pareció á Meuko más enigmático que nunca.

Miguel hizo que su amigo se sentara á su lado en un diván, y al observar sus ojos azules le

parecieron más brillantes que de costumbre.

He sabido que habiais regresado de Londres, y, como dejo á Paris, queria antes estrecharos la mano. Es posible que ya no nos veamos.

—¿Por qué?

—Me voy á San Petersburgo... negocios urgentes...

—¿Terminásteis vuestros estudios en Paris?...

—¡Oh! Ya era doctor en medicina cuando vine. Solo residia en Paris para estar en condiciones de estudiar... un proyecto que me interesa...

—¿Un proyecto?

Meuko preguntaba maquinalmente, pues, á decir verdad, no tenia gran curiosidad por saber el secreto de Labanoff, pero el ruso, que por lo visto no estaba menos preocupado, respondió con una sonrisa singular fria é irónica:

—¡Sobre este asunto no diré una palabra ni al hombre que más estime!

Sus ardientes ojos parecian vislumbrar ante sí extrañas visiones. Quedó un momento silencioso, y levantándose de repente, dijo:

—Esto es todo lo que deseaba participaros, mi querido Meuko. ¡Ahora, hasta la vista!...

O más bien, adiós, porque os repito, probablemente no volveré á veros nunca.

—¿Y por qué?

—¡Es una idea como otra cualquiera! ¡Además, mi querida Rusia es un país tan extraño! Allí se muere pronto.

Aquella sonrisa inexplicable, burlesca y triste á la vez, no se borraba de sus labios.

Meuko cogió la mano que su amigo le tendia.

—Mi querido Labanoff, fácilmente se adivina que vais á algun asunto peligroso...

Y haciendo por reir;

—No quiero haceros la injuria de suponeros nihilista.

Los azules ojos de Labanoff se animaron extraordinariamente.

—No—contestó,—no, yo no soy nihilista. ¡La nada es un absurdo; pero la libertad es una cosa hermosa!

En seguida, deteniéndose como si hubiera ido más lejos de lo que queria, dijo:

—¡Adiós, mi querido Meuko!

El húngaro le detuvo, diciéndole á su vez con voz agitada:

—¡Pues bien, Labanoff! Me habeis sorprendido precisamente en una de las horas decisivas de mi vida... Aquí donde me veis, estoy en vias de llevar á cabo un gran desatino... como vos... Distinto del vuestro, sin duda... Verdad es que no tengo derecho para calificar de tal lo que vos pensais hacer...

—¡No—contestó friamente el ruso, siempre sonriente y muy pálido,—no, no es una locura!

—Pero ¿es un peligro?—preguntó Miguel.

Labanoff no respondió.

—Yo no sé siquiera—añadió Meuko—cómo terminará la aventura en que me ha metido... Pero ya que la casualidad nos pone hoy frente á frente...

—No ha sido la casualidad, sino mi firme resolución de veros antes de partir.

—Ya sé que me apreciáis... Y por esto os pido

que me digais francamente dónde os podré encontrar dentro de un mes...

—¿Dentro de un mes?—dijo Labanoff.

—Indicadme el itinerario que pensais seguir. ¿Tratais de fijaros en San Petersburgo?

—No por el pronto—respondió lentamente el ruso, con la mirada fija en la de Meuko.—De aquí a un mes pienso todavía estar en Varsovia... En San Petersburgo un mes despues...

—Está bien; os ruego simplemente que de cualquier manera me participeis donde es vuestra residencia.

—¿Para qué?

—Para tener el gusto de reunirme con vos.

—¿Vos?

—¡Es un capricho!—añadió Miguel intentando reírse.—Ya sabeis que la vida me aburre. La encuentro absurda. No sé, ni pretendo saber, qué es lo que vais á hacer en Rusia. ni qué significa ese adiós para siempre de que ha poco me habeis hablado... Creo sencillamente que se trata de correr alguna aventura y será posible que os pida participacion en ella...

—¿Por qué?—dijo Labanoff con indiferencia.

—Vos no sois ruso.

Meuko sonrió, y apoyando sus manos en los hombros del jóven, murmuró en voz baja:

—¡Esa frase dá mucha luz en el asunto! ¡Si se os escapa delante de un polcial!

—¡Oh!—respondió Labanoff con voz enérgica.—Delante de ciertas gentes solo digo lo que me acomoda; pero ahora estoy hablando al conde Meuko.

—Y el conde Menko se considerará muy satisfecho, mi querido Labanoff, si teneis á bien decirle adonde, si á Polonia ó Rusia, debe acudir en persona para recoger pronto noticias vuestras. No temais que allí ni aquí os importune con preguntas. Mi amistad es bastante sincera para que me preocupe y desee saber lo que os sucede. Añadid á esto que me acosa la pasion de los viajes, y que París, Lóndres, el mundo entero, me aburre, me aburre, me aburre...

—En verdad que el mundo es necio, egoista y cobarde,—añadió Labanoff con voz que se habia hecho vibrante.

De nuevo tendió á Meuko su mano nerviosa. en la que se notaba un extraño calor, debido á la fiebre que en sus ojos se revelaba.

—¡Adios!—dijo.

—¡No... no... hasta la vista!

—¡Pues bien, hasta la vista!—contestó Labanoff.—Ya os participaré lo que ocurra.

—¿Y dónde os hallaré!

—¿Lo sé acaso?

—¡No os extrañe que el dia menos pensado me una con vos!

—Yo no me extraño de nada —replicó el ruso.—de nada...

En aquella palabra *nada* habia una expresion de profundo despogo á la vida y el mayor desprecio á la muerte.

Meuko rodeó con sus brazos el flaco cuerpo de aquel jóven, y despues de despedirse de aquel fanático que iba á alguna trágica empresa, se

encontró más triste, más afligido y más lúgubre en su soledad.

Pasada esta impresión, volvió á mortificarle el deseo y la ansiedad de que terminara el día, uno de los más largos de su vida.

El día había sido caluroso, amenazando tempestad. Por la noche, después de comer, Meuko subió al carruaje que ya le estaba esperando en la puerta de la calle de Aumale, y en el que, siguiendo sus instrucciones, el cochero llevaba las mantas y el abrigo encargado. Puesto en marcha, al trote de *Trilby*, atravesó la calle de Pigalle, la de Duai, hasta la plaza Clichy, y por Asnieres tomó el camino de Maissons-Laffitte, dejando á la izquierda el monte Valerien, y á ambos lados hileras de árboles, villas, pueblecillos, que los reflejos de la luz de los faroles del coche permitía distinguir.

Entretanto Miguel Meuko no apartaba un segundo de la imaginación la aventura á que iba locamente. Sí, locamente, como hacia poco le había dicho á Labanoff. No obstante, ¿quién sabe?... ¿No había dicho á Marsa *hasta mañana*? Quizá ella había reflexionado. Tal vez le habrían intimidado sus amenazas y le esperaría, como en Pau, en aquellas horas que él quería reanudar, reviviendo con la dulce sonrisa de aquella niña inocente que respondía á sus protestas amorosas, á sus admiraciones, abriendo desmesuradamente los ojos y diciendo: «¿Es verdad? ¿Me encontráis tan bonita como me decís? ¿Me quereis?...»

Todavía le parecía tener á su lado, y creía es-

tar viendo, el descolorido rostro de la tzigana, poniéndose más pálido embriagada por sus caricias. Estos recuerdos le causaban una sensación tan especial, que llegaba á temblar y casi á sentir erizado el cabello. Hubiera deseado que fuese ya la media noche y que su mano empujara la puerta tras la cual, con el pensamiento, veía de pie á Marsa.

Aquel gran parque de Maissons-Laffitte, en el que tan fácil es permanecer oculto, le era muy conocido. Una de las fachadas de la casa del príncipe Tcheretteff daba á los terrenos señalados para campo de carreras; por la otra parte se extendía con las cuadras y cocheras hácia el bosque, llegando los jardines hasta la avenida de Laffitte. Frente al palacio, las cercas y los vallados no impedían que á través de los castaños, de las encinas y los álamos, se divisaran desde los balcones las laderas de Corneilles.

Al salir del puente de Sartrouville, Miguel hizo que el coche siguiera bordeando el camino que separa del Sena una pradera, con lo cual al mismo tiempo daba la vuelta al antiguo parque del castillo. Cerca de una espesura, en el ángulo de la avenida Corneilles, se detuvo, y bajando del carruaje dijo al cochero:

—Quédate aquí, Pedro, y no te muevas hasta que yo venga.

Dicho esto, se alejó.

Luego tomó el camino que partiendo de la estación va en línea recta hasta las paredes del bosque, dividiendo el parque en dos mitades, y atravesando aquellos campos que le recordaban

los momentos de exaltada pasion en que Marsa, ignorante de todo, le esperaba muda de emocion por la inefable dicha de verse así amada, y fué á parar á un estrecho sendero, medio oculto por la hiedra, al extremo del cual se distingue la puertecilla abierta en la tapia y que da entrada al jardín.

Aquella puerta, pintada de verde y con la cerradura enmohecida, que Miguel Meuko tenia tan exactamente retratada en su pensamiento, necesitó buscarla ahora á tientas en la húmeda oscuridad de la noche.

De pronto, en el momento de introducir en la cerradura la llave, aquella llave que ardía entre sus dedos abrasados por la fiebre, Meuko se detuvo.

¿Le esperaria Marsa? ¿No se le ocurriria llamar, y tratarle como un ladron nocturno? ¿Y si habian cambiado la cerradura?

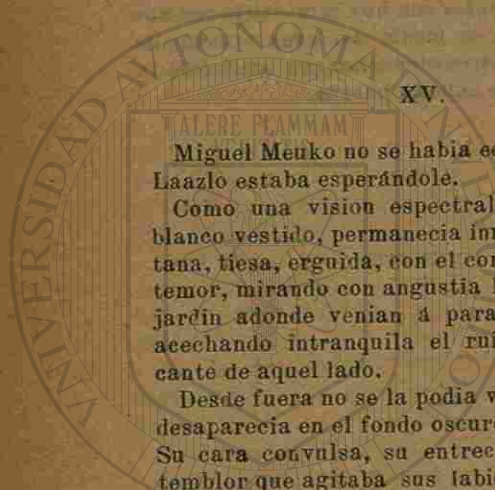
Entonces miró la pared.

Llevando una piedra hasta el pie de la pared, podria servirle de escalon para llegar á lo alto del muro y agarrarse á él, exponiéndose á cortarse los dedos con los pedacitos de cristal clavados en las aristas de remate. No, cien veces no; no habia llegado hasta allí para luego retroceder.

Y además, Marsa estaria en el sitio de la cita, agitada, tímida, maldiciéndole tal vez, pero aguardándole, intentando rechazarle como habia pretendido hacerlo, guiada por un instinto de virgen ultrajada, cuando á pesar de sus súplicas, de sus lágrimas y de sus protestas se le

entregó la primera vez, resistiéndose y adorándole á un tiempo.

—¡Ah! ¡enhorabuena que ella se entregue á Zilah; pero que antes sea hoy mia!—dijo con voz casi perceptible, en medio del gran silencio de la noche.—No retrocederia aunque estuviese la muerte detrás de aquella puerta.



Miguel Meuko no se había equivocado. Marsa Laazlo estaba esperándole.

Como una vision espectral, envuelta en su blanco vestido, permanecía inmóvil en su ventana, tiesa, erguida, con el corazón oprimido de temor, mirando con angustia hacia el sitio del jardín adonde venían a parar los senderos, y acechando intranquila el ruido más insignificante de aquel lado.

Desde fuera no se la podía ver, pues su silueta desaparecía en el fondo oscuro de la habitación. Su cara convulsa, su entrecejo fruncido y el temblor que agitaba sus labios quedaba oculto por la oscuridad.

Lo mismo que su pensamiento, su mirada flotaba vagamente, yendo desde los planos irregulares que formaban las copas de los árboles a las porciones de cielo, pálidas en los puntos que iluminaba la luna y tachonadas de estrellas en otros, ó a la luz que lanzando sus reflejos sobre la blanca escalera, desparramaba en ella como una constelación de discos lunares, pero sin que la joven dejase de estar envuelta en la sombra.

El ladrido lejano de un perro, que llegó de pronto a su atento oído, le hizo estremecer.

Aquel ladrido le causó un súbito calofrío. El perro había oído a alguien. ¿Sería Meuko? No; el aullido, más bien que ladrido, venía, gracias al silencio de la noche, desde muy lejos, de Sartrouville, al otro lado del Sena.

—¡No es *Duna* ni *Bundas* el que ha ladrado! ¡Ni tampoco *Ortog!*—dijo Marsa.

Pero sólo el estar allí en aquella ventana era ya una locura.

Hablando consigo misma, se decía:

—¡No vendrá ese Meuko! ¡Dios hará que no venga!

Y suspiraba, satisfecha, como si se descargara de un peso terrible.

De repente hizo un rápido movimiento, echándose violentamente atrás, como si ante ella hubiese aparecido alguna horrorosa vision.

Roncos ladridos, completamente distintos de aquel lejano que hacia poco se había oído, lanzados con rabiosa violencia allá abajo, en el jardín, atravesaban los aires cual lúgubres sonidos. Aquella vez, no había duda, eran los perrazos daneses y el gran coloso del Himalaya que, en la sombra, habrían hecho presa sobre alguno.

—¡Gran Dios! ¡ahí está!... ¿Será posible que sea él?

Entonces Marsa se estremeció.

En los ladridos de aquellos perros había algo de espantosamente trágico. La insistencia de sus salvajes aullidos, de sus grañidos roncos y tremendos, acompañados al parecer de feroces crujidos de dientes, hacia pensar a Marsa en

una siniestra carnicería, en la lucha de un hombre con aquellas fieras en medio de la noche.

Todo su terror pareció entonces escaparse por su garganta en un grito de piedad; pero rehaciéndose con su impasibilidad moscovita,

—Y bien, ¿qué?... ¡El lo ha querido!—murmuró.

¿Acaso no sabía lo que se hacía, cuando momentos antes había bajado á la perrera y, con sangre fría, queriendo poner una salvaguardia entre el peligro y ella, había desatado aquellos feroces animales que, reconociendo su voz, antes de saltar la lamieron las manos con alegres demostraciones?

¡Luego había subido á su cuarto, y quitando la luz de la lámpara, en la oscuridad, con la ventana abierta y aspirando el fresco de la noche, que venia á ser el remedio para su fiebre, Marsa había estado esperando, confiada en que Miguel Meuko no iria, y que si iba, el destino queria que se encontrase con aquellos agradecidos perros que la guardaban!

¿Por qué había de compadecerle?

Odiaba á Miguel con todo su corazon. ¿No la habla amenazado él? Pues bien, ella se defendia. Esto era muy sencillo. Los dientes de *Ortog* se habían hecho para los pillos y los ladrones nocturnos.

Nada de piedad, nada, nada, ni un átomo, para semejante cobarde, si se atrevia...

Pero ahora, al oír los feroces ladridos de aquellos perros, que á juzgar por el ruido, parecia como si estuvieran devorando su presa con en-

carnizado furor, ruido que sonaba en los oídos de Marsa cual si trituraran los huesos y desgarrasen las carnes en sangrienta lucha con Miguel; ante aquella escena invisible, pero que su imaginacion le presentaba horrenda, la joven se estremecía, temblaba, tenia miedo y sentia asomar á sus labios el grito desesperado de ¡socorro! que no podia salir, que se detenia en su garganta y le ahogaba.

Una especie de delirio se apoderó de ella. Quería gritar pidiendo compasion para él, como si los feroces animales pudieran escucharla.

Con los brazos abiertos y tentando á oscuras la pared, buscaba la puerta de su cuarto para precipitarse por la escalera y correr al jardín; pero le faltaban las fuerzas y sus piernas estaban como paralizadas por el terror á la vez que de su hermosa frente brotaba un sudor frío.

—¡Dios mio! ¡Gran Dios! ¡Ah, miserable!... ¡Están devorando á un hombre! Soco...

En aquel momento se detuvo como anonada.

No oía ya ningun ruido. Ninguno.

De pronto todo quedó en el profundo y misterioso silencio de la noche.

Marsa llegó á creer que veía un paño negro tendido sobre un cadáver. Y en aquella sombra, en aquella negra sombra á que dirigia sus miradas, le parecia distinguir grandes manchas de sangre en el jardín y en el cielo.

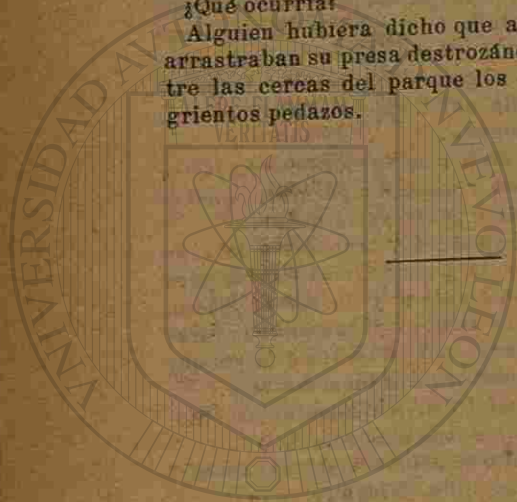
—¡Ah, desgraciado!—balbuceó.

Pero en aquel mismo instante volvieron á oírse los ladridos de los perros, rabiosos y terriblemente amenazadores siempre.

Ahora no parecían ya gritos de lucha, sino aullidos, aullidos que cada vez se oían más lejanos.

¿Qué ocurría?

Alguien hubiera dicho que aquellos animales arrastraban su presa destrozándola, dejando entre las cercas del parque los informes y sangrientos pedazos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

¿Había muerto Miguel Meuko?

Pocos momentos antes el joven conde abrió ligero la puertecita del jardín, haciendo girar la cerradura con la llave que tenía en su poder, y entrando con atrevimiento, llegó hasta la plazuela en que se levanta el pabellón. Inútilmente buscaba en las ventanas y en la puerta de aquel edificio señales de luz interior; nada, todo en él parecía dormido. No obstante, quizá estuviese Marsa allí en la sombra.

Además, su pensamiento era deslizarse hasta debajo de la ventana del cuarto de la joven; desde allí llamaría, y ella, al oír aquel ruido, asustada ante tal audacia, bajaría.

Ya había dado algunos pasos hacia el pabellón, cuando de pronto, en un claro del jardín, que por tener el suelo de arena aparecía más blanco a la débil luz de la noche, Miguel vió arrastrarse dos bultos extraños que un rayo de luna le permitió luego distinguir por completo; eran los perros, aquellos enormes perros, tendidos sobre la arena, con las orejas en acecho, y que, de un salto, ladrando y gruñendo, se lanzaron sobre él apoyándose en sus patas traseras con la fuerza de verdaderos tigres.

Una idea penetrante, una especie de luz, atravesó eléctricamente el cerebro de Miguel.

—¡Ah! ¡ah!—se dijo.—¡Esta es la respuesta de Marsal!

Tuvo tiempo para reflexionar, y con cierta ironía, dijo rabiosamente:

—¡Bien decía yo que me esperaba!

Rápidamente y ante aquella acometida, retrocedió, y llevándose los puños al pecho, presentó valientemente los codos para parar de este modo el ataque. En seguida, estendiendo los brazos con toda la fuerza de sus músculos, descargó tales puñetazos á los perros, que éstos rodaron por tierra, retorciéndose, para luego levantarse más furiosos ladrando ferozmente.

Miguel Meuko ¿no llevaba consigo arma alguna.

Con un cuchillo hubiera podido defenderse, abriendo el vientre á aquellos animales salvajes. ¡Pero no lo tenía! ¿Se vería precisado á huir como pieza de caza acosada?

¿Y si al oír aquellos ladridos acudía la gente del castillo, y á su vez se echaban sobre él como si fuera un ladrón?

Esto podía ser su salvación. De esta manera al menos le librarían de aquellas fieras. Pero no, era inútil pensar en esto; en el dormido edificio no se notaba movimiento; seguía silencioso y como impassible.

Los perros se lanzaron nuevamente sobre Miguel; pero éste logró hacerles retroceder, dándoles con el pie en los hocicos en el momento en que *Ortog*, saltándole al cuello, le hacía presa

en el hombro. Gracias al movimiento que hizo Miguel echando atrás la cabeza, se libró de ser estrangulado, degollado de un golpe por aquel terrible animal, que con sus agudos dientes desgarró el vestido, la camisa y la carne del joven.

Miguel redobló la fuerza de sus músculos de acero ante el inminente peligro en que se hallaba de morir si no conseguía que el animal soltara la presa. Con sus dos manos crispadas abarcó el grueso cuello de *Ortog*, y haciendo á la vez un esfuerzo desesperado, le dió una tremenda sacudida, con lo cual logró que se desprendiese del bocado cogido en el hombro, no sin que entre los dientes se llevara el perro porciones de carne.

Hizo más, Meuko, apelando á toda su energía, con la desesperación del que lucha por la vida, hundió sus dedos pulgares en el cuello de *Ortog*, retorciéndole los músculos y desgarrándole la piel con sus uñas, que clavaba con la misma ferocidad que el animal sus dientes.

Defendiéndose así de *Ortog*, que casi estrangulado ya tenía la lengua fuera, y con su patata golpeaba el pecho del conde. Meuko retrocedió, teniendo que hacer frente todavía á los daneses, de los cuales se libraba á puntapiés: de uno de éstos había aplastado el hocico á *Duna*, que sin alejarse le miraba con sus ojos encendidos, y dispuesto á caer sobre él con nuevos bríos.

Bundas se había agarrado al muslo derecho de Miguel y daba fuertes tirones como para echar al suelo á su enemigo. Si caía, todo había terminado. Una vez en el suelo aquel hom-

bre, habría sido hecho trizas y destripado como un ciervo alcanzado en una cacería.

Tan terrible era el dolor, que le faltaba poco para desmayarse; *Bundas* le había arrancado una tira de carne.

Pero Miguel se sentía aliviado, como el herido después de que el cirujano amputa un miembro dolorido. El desgraciado, que seguía apretando entre sus manos, con la fuerza de un toro, el cuello de *Ortog*, notó pronto que los movimientos del animal no tenían ya la misma terrible violencia, y que los ojos saltaban de sus órbitas, blancos como dos bolas de billar.

Meuko arrojó entonces furiosamente aquella pesada mole, que al caer hizo un ruido semejante al de un saco lleno de tierra, quedando allí maltrecho y medio muerto, pero como queriendo aun levantarse.

Solo tenía ya que defenderse de los daneses, que ágiles en sus saltos como liebres, escitados por el olor de la sangre, apretaban más rabiosos los dientes, aunque solo uno de ellos parecía dispuesto a acometer al menor paso en falso que diese aquel hombre.

Bundas, con la boca abierta y las orejas tiesas, valiéndose de su gran fuerza de riñones, se lanzó de nuevo sobre el joven, cuyo ataque paró Miguel con el brazo izquierdo doblado.

Luego de repente dió un grito, que aquella vez pareció un ronquido de agonía, arrancado por el dolor que le causaban los colmillos del animal, clavados en su antebrazo.

Hubo un momento en que le pareció que ya no había remedio.

Perdiendo por minutos sus fuerzas, calculaba que si no llegaba a la puertecita de entrada antes de que el otro perro se abalanzase nuevamente a él, sería de seguro devorado por aquellas fieras.

Miguel reconcentró los últimos restos de su energía, y arrastrando a *Bundas* que no soltaba el brazo, mientras *Duna*, con el hocico aplastado y en actitud amenazadora, seguía ladrando atrozmente, logró retroceder hasta el extremo de la calle de arboles, que poco antes había atravesado.

Allí estaba la puerta.

A tientas, en la oscuridad, Miguel buscó la llave, y como la suerte no quería que muriese, pronto su mano derecha, que era la que tenía libre, tocó el trozo de hierro introducido en la cerradura. La puerta, que no estaba bien cerrada, cedió fácilmente, dejando el paso franco. Entonces, en un arranque como el que había empleado para librarse de *Ortog*, Meuko clavó sus uñas en las orejas de *Bundas*, y logró desprenderlo de su brazo. Sin perder un segundo retrocedió por la puertecilla entreabierta, que cerró hacía sí de un rápido portazo, en el momento preciso en que los dos perros a la vez iban a saltarle al cuello.

Y allí, de pie, sosteniéndose en la misma puerta, siguió un rato casi desfallecido, oyendo al otro lado de aquella tabla que en aquel momento le separaba de la muerte—y de qué muer-

tel—á los perros, que apoyados en las patas traseras, como se ve en los cuarteles heráldicos, mordían con rabia la madera de aquella puerta que les hacía perder su presa.

Miguel no pudo darse cuenta del tiempo que permaneció en aquel estado, oyendo los gruñidos de aquellas bestias feroces.

Deseaba partir sin perder tiempo. Su situación lo exigía. ¡Pero cómo se arrastraría hasta el punto donde estaba esperando Pedro? ¡Estaba tan lejos, tan lejos! Antes de llegar, perdería el conocimiento veinte veces.

¿Y después de tanta energía habría de acobardarse?

Sufriendo atroces dolores, y después de vendarse con el pañuelo del bolsillo como Dios quiso, su brazo izquierdo, que era el destrozado, echó á andar poco á poco, deteniéndose con frecuencia y apoyándose en una rama de árbol que le servía de bastón.

Falto de fuerzas y con la cabeza vacilante temía caer al suelo y quedar allí moribundo antes de que el cochero, que se hallaba tan cerca de él, se enterase del apuro en que se encontraba.

—¡Ea, adelantel — dijo imperiosamente, como si mandase á su cuerpo.—¡Vamos!

Dos puntos luminosos que despedían rojizos reflejos aparecieron á su vista: eran los faroles de la berlina.

—¡Pedro!—gritó Meuko en medio de la noche.

—¡Pedro!

Su voz, debilitada, no despertaba al cochero, que sin duda se había dormido.

Entonces, venciendo un instante su extremado abatimiento, reunió todas sus fuerzas y gritó nuevamente, avanzando un poco, pensando que uno ó dos pasos más, quizá fuesen su salvación.

Luego, no pudiendo ya resistir, se dejó caer en el suelo, sosteniéndose con la mano derecha, y faltándole la voz casi por completo.

Por fortuna el cochero le había oído, y en el acento desesperado con que le llamaba, había adivinado un peligro, una desgracia. Saltó del pescante, y corriendo adonde se encontraba su amo, le levantó, y sirviéndole de apoyo, le llevó al carruaje, dejando escapar un grito de terror al ver la sangre que corría del brazo herido, las ropas del conde hechas jirones y su rostro cada-
vérico.

—¡Ah, Dios de Dios! ¿De dónde venís?—dijo.—
¿Dónde os han asesinado?

—La berlina... dejadme en la berlina...

—Pero cerca de aquí hay médicos. Voy á...

—¡No... nada! ¡No quiero escondaio. Llévame á París!... Que nadie sepa... ¡A París... pronto.

Dicho esto quedó desvanecido sobre los almohadones del coche.

Con el aguardiente que llevaba en su cantimplora para *entrar en calor*, si era preciso, Pedro frotó las sienes del conde y dejó caer algunas gotas en sus labios para hacerle recobrar el conocimiento, conseguido lo cual, el cochero castigó al caballo y, galopando hácia París, murmuraba:

—En este suceso debe haber mediado alguna mujer. ¡Diablo de mujeres! ¡Qué tonto es uno al

hacer el más insignificante sacrificio por ellas!

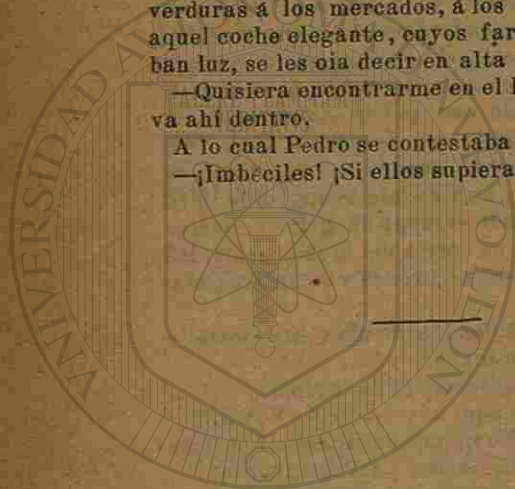
Al amanecer llegaba el carruaje á Paris.

Cuando ya estaba en las puertas de la ciudad, se cruzaron con los hortelanos que llevaban sus verduras á los mercados, á los cuales al mirar aquel coche elegante, cuyos faroles apenas daban luz, se les oía decir en alta voz.

—Quisiera encontrarme en el lugar de ese que va ahí dentro.

A lo cual Pedro se contestaba filosóficamente:

—¡Imbéciles! ¡Si ellos supieran!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII.

Mientras ocurría la escena anterior allá en Maissons-Laffitte, Marsa, en cuanto apuntó el día, bajó al jardín y se dirigió hacia la puercecita que daba al bosque temiendo que la naciente aurora la diera á conocer alguna espantosa catástrofe.

De pronto se detuvo viendo que el jardinero muy pálido, se dirigía á ella.

—¡Ah, señorita, si supiérais! Esta noche los perros han ladrado mucho, mucho... Pero como en las noches de luna ladran al ver la más ligera sombra, no se le ha ocurrido á nadie levantarse para ver qué pasaba. Pues bien...

—¿Qué?— dijo Marsa horriblemente conmovida.

—Que esta noche ha entrado un ladrón ó varios, porque el pobre *Ortog* está medio estrangulado. Pero los pillos no han podido avanzar mucho. El que ha llegado hasta el pabellón ha sido recibido de buena manera... Se puede seguir su rastro por los regueros de sangre que ha dejado en el parque, y que se descubren en un trecho muy largo... muy largo...

—¿Segun eso— preguntó vivamente Marsa— se ha escapado?... ¿No ha muerto?

—No, indudablemente. Ha logrado ponerse en salvo.

—¡Ah! ¡Más vale así! —esclamó la tzigana en un arranque como quien se quita un peso horrible.

—La señorita es demasiado buena—replicó el jardinero.—Al entrar de ese modo ya sabían que estaban espuestos á ser cazados como conejos ó á que los perros hiciesen de ellos *bisteks*. No deben tener malos puños para que *Ortog* haya quedado tan mal parado. ¡Pobre animal! Esto sin contar que *Duna* tiene rotos los dientes. Pero el canalla tampoco ha debido escapar bien librado, á juzgar por la mucha sangre que hay en la arena.

—¡Sangre!

—Lo más raro del caso es que no teniendo nadie la llave de la puertecita que dá al bosque, aparece con señales de haber sido abierta desde dentro: por esta puerta han entrado y han salido. ¡Si aquel granuja de Saboureau, ya recordareis, aquel otro jardinero que despidió el general y que en otro tiempo guardaba la llave, no hubiera muerto, diría que había sido él!

—No hay necesidad de acusar á nadie—dijo Marsa.

El jardinero, que volvió á observar los rastros de sangre por el suelo, siguió murmurando:

—¡No cabe duda de que esto no se ha hecho solo! ¡Voy á dar parte á la policía!

XVIII.

¡La última noche que la novia pasaba en su cuarto de soltera! ¡La última vez que contemplaba aquel lecho de virgen, rodeado de blancos cortinajes, que parecían un velo protector de su sueño! ¡La última mirada, conmovida y casi temblando, á aquella deshecha cabellera, á aquel ser real, que era ella misma, y que mañana pertenecería á otro! El terror ignorante, los temores llenos de deseos, la dulce ansiedad al pasar á aquel nuevo estado, el matrimonio, que pronto iba á constituir la vida y el deber, las lágrimas de pena confundidas con las lágrimas de alegría, todo lo que hace estremecer de timida esperanza á la joven que va á ser esposa, Marsa, sola en su cuarto, sentada en un diván sobre el cual había dejado sus vestidos, lo tenía fijo en su mente, pensando cuán felices son, felices y envidiadas, las que sienten así latir su corazón y se ven dominadas por tan gratos y embriagadores sentimientos.

Ella, que tenía un alma en la que nunca se anidaba el mal, ansiosa de abnegación y de arraigadas virtudes, cuyos sueños eran el heroísmo y la lealtad, ella, estaba condenada á mentir ó á perder brutalmente el amor del prin-

cipe Andras, que era su dicha y su recompensa.

No había otra alternativa. Por tanto, era inútil pensar en ello. No, no. Ya que había encontrado á aquel hombre, superior á todos los demás, ya que él la amaba y ella le adoraba, Marsa es taba resuelta á tomar para ella sola una hora de la vida de aquel héroe, comprometiéndose á pagar esta hora bendita con su propia existencia.

Verdad es que Andras la maldeciría; pero al menos, ella habría vivido del ideal amor de aquel ser excepcional.

—Ser su mujer ó su querida me es igual—se decía.—Su esclava, su objeto, he aquí lo que yo quiero ser. ¡Y que despues me despidal! ¡Dios sabe adonde iré á parar; pero que sea despues de haber sido suya!

Aun á riesgo de quedar perdida para siempre á los ojos de Andras, ella se había decidido á declararse en estos terminos:

—No es vuestro titulo lo que yo ambiciono. Amadme, no os caseis conmigo, llevadme y querámonos.

Pero ¿y si el la tratara entonces como á una cortesana cualquiera? ¿si la despreciase y huiera de ella? Terminantemente no: valia más sacrificar su existencia y aceptar aquel amor que la suerte la ofrecia á cambio de su vida.

A su imaginacion acudia, con expresion de inefable placer, la profunda impresion que habían hecho en ella unos bohemios errantes á quienes encontró un dia en el camino de Maissons á Saint-Germain, y que por su aspecto y parecido

le recordaban á sus pobres compatriotas de otro tiempo.

Humildes y desconocidos cantores ambulantes que hoy se quedarían admirados de ver á uno de los suyos, á una jóven nacida entre ellos, que iba á ser la esposa de un Zilah, de uno de los ilustres jefes de aquella Hungría...

¡Ah! ¡qué placer, qué delirio, qué ideal tan imposible, y sin embargo, realizado!

Y ménos mal, entre ella y Zilah no se levaba un cadáver. Miguel Meuko, despues de haber estado muy grave, se iba curando poco á poco de sus heridas. De esto le había enterado la baronesa Dinati, para quien la enfermedad de Miguel no era otra cosa que una estocada recibida por alguna mujer. Este era el rumor que corria por Paris. El conde cerró las puertas de su casa y no permitió que nadie llegara á su cama. ¿Quién sería ella?

La baronesa tenía empeño por averiguarlo.

Marsa temblaba al recordar aquella noche horrible de la lucha; pero á decir verdad, no sentía remordimiento alguno. No había hecho más que defenderse. Las indagaciones de la policia no daban resultado y la gente del país atribuía el hecho á una cuadrilla de ladrones, cuyo centro suponían que estaba en Seine-et-Oise. ¿Acaso no era cien veces más criminal que un ladrón aquel Meuko?

Máspreciado que el dinero era aquel amor que él venia á buscar, imponiéndose á una desgraciada despues de haberla destrozado el corazón. Contra quien así procedía todas las armas eran

admisibles, incluso los dientes de aquellos nobles animales que también la habían sabido defender. Si Miguel hubiera muerto, Marsa habría dicho con el fatalismo oriental: «¡El lo ha querido!» Sin embargo, no se quejaba del destino que había castigado al miserable conservando su vida.

Luego le olvidaba, y si alguna vez acudía a su memoria, era para aborrecerle, porque él la había arrebatado las profundas y dulces alegrías de la soltera ignorante, que, pensando en su elegido, en su dueño, en su esposo, se queda dormida sobre aquella almohada que sostiene su cabeza por última vez, diciéndose: «Mañana seré suya.»

¡Ah! la sensible inquietud de la que conmovida va a ser su esposa, el candor y la admiración de la virgen, el delicioso atractivo de aquel miedo ignorante y receloso, anhelando la hora de amor, cómo la hacían recordar a aquel Menko para maldecirle y despreciarle con toda su alma, por haber envenenado de antemano aquellos momentos, condenándola a un silencio tan culpable como la mentira, ó a una confesión cruel que equivalía al suicidio!

XIX

No obstante era llegado ya el momento en que Marsa se veía precisada a optar entre ser la esposa de Zilah ó declararle que era una joven deshonrada. Quería confesarlo todo ahora, después de no haber tenido el valor de hacerlo anteriormente. La idea de que una mujer no debe ser condenada forzosamente a dejar de amar porque se haya encontrado con un miserable que abusa de su cariño, se había arraigado hondamente en ella, haciéndola vivir en una atmósfera de ilusiones. Parecía que no existía nada de lo que á su alrededor pasaba. La vistieron, colocaronla sobre sus negros cabellos el velo blanco de las vírgenes, y entre tanto ella, medio cerrando los ojos, murmuraba:

—¡Qué hermoso sueño!

Sueño, y sin embargo, por singular prestigio era realidad consoladora. Lo que parecía falso, ilusorio, imposible, alucinación de enfermo, dependiente de la fiebre, era Miguel Menko, eran los años transcurridos, los besos de otro tiempo, las amenazas de ayer, los encarnizados ladridos de los perros, persiguiendo aquella sombra que no existía.

El general Vogotzinc, de gran uniforme, ceñi-

admisibles, incluso los dientes de aquellos nobles animales que también la habían sabido defender. Si Miguel hubiera muerto, Marsa habría dicho con el fatalismo oriental: «¡El lo ha querido!» Sin embargo, no se quejaba del destino que había castigado al miserable conservando su vida.

Luego le olvidaba, y si alguna vez acudía a su memoria, era para aborrecerle, porque él la había arrebatado las profundas y dulces alegrías de la soltera ignorante, que, pensando en su elegido, en su dueño, en su esposo, se queda dormida sobre aquella almohada que sostiene su cabeza por última vez, diciéndose: «Mañana seré suya.»

¡Ah! la sensible inquietud de la que conmovida va a ser su esposa, el candor y la admiración de la virgen, el delicioso atractivo de aquel miedo ignorante y receloso, anhelando la hora de amor, cómo la hacían recordar a aquel Menko para maldecirle y despreciarle con toda su alma, por haber envenenado de antemano aquellos momentos, condenándola a un silencio tan culpable como la mentira, ó a una confesión cruel que equivalía al suicidio!

XIX

No obstante era llegado ya el momento en que Marsa se veía precisada a optar entre ser la esposa de Zilah ó declararle que era una joven deshonrada. Quería confesarlo todo ahora, después de no haber tenido el valor de hacerlo anteriormente. La idea de que una mujer no debe ser condenada forzosamente a dejar de amar porque se haya encontrado con un miserable que abusa de su cariño, se había arraigado hondamente en ella, haciéndola vivir en una atmósfera de ilusiones. Parecía que no existía nada de lo que á su alrededor pasaba. La vistieron, colocáronla sobre sus negros cabellos el velo blanco de las vírgenes, y entre tanto ella, medio cerrando los ojos, murmuraba:

—¡Qué hermoso sueño!

Sueño, y sin embargo, por singular prestigio era realidad consoladora. Lo que parecía falso, ilusorio, imposible, alucinación de enfermo, dependiente de la fiebre, era Miguel Menko, eran los años transcurridos, los besos de otro tiempo, las amenazas de ayer, los encarnizados ladridos de los perros, persiguiendo aquella sombra que no existía.

El general Vogotzinc, de gran uniforme, ceñi-

do hasta hasta ahogarse por lo estrecha que se le habia quedado la casaca, con su casco y escarapela, ostentando varias hileras de cruces en el pecho; la cruz militar de San Jorge, con cinta roja y negra, la de Santa Ana, con cinta roja, todas las cruces posibles, fué el primero que se presentó a la puerta del cuarto de su sobrina, arrastrando el sable por el suelo.

—¿Quién está ahí?—dijo Marsa.

—Yo, Vogotzine.

Y despues que Marsa hubo dicho que la puerta estaba abierta, pasó adelante.

Dió una vuelta alrededor de la jóven, acariciando su blanco bigote, como si pasara una revista. Marsa estaba encantadora. Pálida, vestida de blanco, llevando al lado derecho el broche del conde Sandor (aquel broche que un día recibió la Tisza en hora solemne), dispuestó para sujetar un ramo de flores que le alargaba una doncella, la tzigana mostraba la más altiva elegancia y el encanto más seductor, con aquella palidez que aparecia más acentuada en su impassible rostro. Vogotzine, que resultaba bastante ordinario prodigando madrigales, la comparó a una «estátua de mármol.»

—Qué galante estais esta mañana, general—le contestó ella en tono involuntariamente duro, dominada por la emocion intensa que oprimia su pecho.

Bruscamente rechazó las flores de azahar que su doncella iba á prenderle.

—No—dijo;—nada de eso, ¡quiero rosas!

—Pero, señorita....

—¡Rosas!—repitió Marsa.—¡Y para la cabeza tambien quiero rosas blancas!

El viejo general se aventuró á una nueva galanteria, más original y de mejor gusto que la anterior.

—¿Os parece demasiado vulgar la flor de azahar, Marsa? ¡Diablo! ¡Pues no se la encuentra tirada por las calles!—Y al decir esto, Vogotzine se reia de aquella ocurrencia.

La penetrante mirada de la tzigana, fija en los azulados y lustrosos ojos del general, contuvo en el instante la hilaridad de Vogotzine, que, con un movimiento instintivo, se cuadró militarmente, como si estuviese en presencia de la persona del czar.

—Os dejo para que acabeis de vestiros, querida mía—dijo al cabo de un momento.

Además él no podia parar allí, porque se ahogaba metido en aquel uniforme que ya habia perdido la costumbre de llevar, y en el jardín, nadie le impedia estar á sus anchas y quitarse el casco, dejando ver su cráneo congestionado rodeado de un semicírculo de cabellos grises.

Mientras esperaba la llegada de Zilah, el general pidió un licor danés llamado *cherrí cordial*, que le sirvieron en el mismo jardín.

—¡Vaya un día de agosto tan hermoso! Tendremos un tiempo soberbio... ¡Pero yo me ahogo!

La avenida estaba ya llena de gente. En todas partes se hablaba más ó menos de aquella boda de Maissons-Laffitte, entre la colonia de la alta sociedad y entre la gente del pueblo, que era la democracia del país. Como Marsa y el general

vivian teniendo poco trato, el número de invitados era muy escaso, lo cual no impedía que hasta los vecinos de Sartrouville y de du Mesnil se preocuparan de este suceso. Multitud de curiosos habían acudido para ver a la tzigana, vestida de blanco, a través de las portezuelas del carruaje.

—¿Qué ruido es ese que se oye fuera?—preguntó el general a los criados, vestidos de gala.

—¿Ese ruido? Es la gente que viene a ver la boda.

—¿De veras? ¡Ah! ¿de veras? ¡Hacen bien! no tienen mal gusto. Así verán una mujer hermosa y un uniforme elegante.

—Y al decir esto sacaba su robusto pecho como antiguamente en las grandes paradas del tiempo de Nicolás y de los fieles en la Perspectiva ó en las revistas del campo de Zarkoe-Selo.

A través de los castaños que ocultaban la avenida, se percibió un repentino rumor al que había precedido el ruido de un coche y el alegre chasquido de los látigos como música que lo escoltara.

—¡Ah!—esclamó el general—¡es Zilah!...

Y bebiendo de prisa la última copa, después de limpiarse el bigote, se adelantó hacia el príncipe Andras, en el momento que éste descendía del coche.

Acompañaban al Príncipe, Yanski Varhely y un italiano amigo del conde, Angel Valla, antiguo ministro de la república de Venecia en tiempo de Manin. Con su corbata blanca, su frac negro elegantemente llevado, su sonrisa franca,

altiva y de satisfacción, Andras Zilah apenas parecía haber pasado de los treinta años. Un rayo de juventud animaba sus ojos transparentes.

Erguido, levantando su cabeza de rubios cabellos, había saltado ágilmente sobre la arena que crujía bajo sus pisadas con alegre ruido, y penetrando por las calles llenas de aroma y de luz de aquel jardín en el cual se levantaba bañada por los blancos rayos del sol aquella casa en la que Marsa le estaba esperando, alucinado por el triunfo, parecía como si acudiese a su primera cita de amor.

Quando ya había franqueado la escalinata que venía a terminar en la puerta del hotel, Vogotzine, estrechándole la mano, le preguntó por qué diablo no se le había ocurrido vestirse para tan solemne acto con el afroso uniforme nacional de magyar que tan bien saben llevar los húngaros.

—Aquí me teneis a mí, querido príncipe, hecho todo un guerrero!

Andras estaba impaciente por ver a Marsa. Contestó con una sonrisa al general y en seguida le preguntó dónde se hallaba su sobrina.

—Está acabando de ponerse su uniforme—dijo Vogotzine, riendo con tal fuerza que al levantarse su vientre, en las convulsiones de la risa, hacia bailar el cinturón y la empuñadura de su sable.

La mayoría de los invitados debían ir directamente a la iglesia de Maissons. Solo los íntimos, la baronesa Dinati en primer término, seguida de Pablo Jacquemin, que no cesaba de tomar

apuntes, acudían á casa de Marsa, honrando así á Andras y al general, el cual se preocupaba sobre todo de que los concurrentes al *lunch* fuesen muchos, sin duda para que admirasen su extraordinario apetito.

La baronesa, luciendo rico vestido de seda color rosa y sombrero Rembrand rodeado de una magnífica pluma, entró de rondon en el cuarto de Marsa, á quien abrazó extasiada al ver la sorprendente belleza de la joven.

—¡Ah, qué encantadora estais! ¡Sois una desposada ideal! ¡Qué hermoso retrato!... ¡Adorable! ¡Y qué buen gusto habeis tenido al preferir para adorno las rosas blancas en lugar de la flor de azahar, cosa ya tan gastada y muy á propósito para los artesanos de la calle de Saint-Denis. Volveos. ¡Estais admirablemente bien!

Marsa, más blanca que su mismo traje, experimentaba una impresion particular al mirarse en el espejo, dichosa de parecer bella, porque iba á ser de *el*, y, sin embargo, contemplando aquella pálida figura como si no fuese su propia imagen. Como espectadora desinteresada de su propia existencia le parecia que no era ella la que se casaba, ó que, de pronto, en el momento más inesperado, iba á despertar de su sueño.

—¡Ahí está el príncipe!—la dijo la baronesa Dinati.

—¡Ah!—gritó Marsa.

Una especie de terror involuntario se apoderó de ella, como si el nombre del príncipe fuese á la vez el de un marido y el de un juez.

Pero cuando hubo acabado de vestirse, sober-

bia entre la especie de blanca nube que cando-rosamente la formaban las sedas y encajes de su traje cuya majestuosa cola sostenía una doncella para que al arrastrarse por el suelo no entorpeciera por completo sus movimientos, Marsa apareció en la puerta que daba al saloncito donde Andras la estaba esperando, todo lo olvidó, embriagada de amor y reanimada por la dulce sonrisa del príncipe, que la miraba como deslumbrado ante aquella aérea y blanca vision, á quien la atmósfera suave, el cielo azul y la brisa del jardín penetrando por los abiertos balcones, comunicaban tonos de luz y alegría.

Con ardiente efusion Andras se adelantó hácia ella, y cogiéndola las manos, en voz casi imperceptible la dijo mientras ella bajaba confusa los ojos:

—¡Qué hermosa estais, Marsa!

Era aquella la primera vez que, sobreponiéndose el amor al respeto, le hablaba de aquel modo íntimo, haciendo que Marsa se estremeciese al oírle aquellas sencillas frases en las cuales veía la explosion de un alma.

—¡Y cuánto te amo!

Estas palabras las acompañó el Príncipe de una dulce presion con sus manos y de una mirada que penetró hasta lo profundo del corazón de la joven.

Luego, ambos se entregaron á esos coloquios de amor, á ese cambio de sentimientos que, con ser tan vulgares y repetidos, suenan como deliciosa música en los oídos de los enamorados. Discretamente, los espectadores se habían ale-

jado de la feliz pareja, dejándoles que gozaran por entero de aquel minuto furtivo, dichoso é inolvidable, que no se vuelve á encontrar despues y que en el albor de lo desconocido encierra una dulce y tímida satisfaccion, triste como una despedida y henchida de esperanzas como la naciente aurora.

Andras le repetía lo infinito de su amor y cuánto era el agradecimiento que en su alma encebaba por haber merecido la dicha de que Marsa, desconociendo su juventud y su belleza, consintiera ser la esposa de un casi desterrado, en quien, á pesar de todos los esfuerzos, quizá existiera un fondo de la melancolia del pasado.

Pero ella, extremando la espresion de su reconocimiento, en un arranque inspirado de abnegacion y de amor en que palpitaba toda la energia de su raza, toda su apasionada naturaleza, empapadas en el llanto, replicaba:

—No me digais que os doy la vida, á vos, que de una hija de las estepas habeis hecho una mujer ilustre, gloriosa, demasiado gloriosa y demasiado feliz, y que no cesa de preguntar al cielo por qué le concede tanta ventura.

Y en el trasporte de su felicidad, apoyando insensiblemente su brazo en el de Zilah y casi rozando su cara con el rostro de Andras, añadió:

—Hay en nuestro país ¿os acordais? un proverbio que dice: *¡La vida es la tempestad!* ¡Muchas veces, en medio de mis inagotables tristezas, lo he recordado! ¡Ah! ¡si supiérais!...

Bruscamente movió su cabeza y añadió:

—Pero este malhadado proverbio lo borra pa-

ra nosotros aquel refran de nuestra antigua cancion: *¡La vida es un collar de perlas!*

Y Marsa, acariciada por las embriagadoras ilusiones que en aquel momento eran tangible realidad, olvidándose de sus tristezas, pei manecia silenciosa, con sus grandes ojos humedecidos fijos en Andras, que, no ocultando su contento, repetía una vez más su dulce murmullo:

—¡Te amo!

Para aquellos dos séres, absortos en su amor é indiferentes á cuanto en su alrededor habia, todo lo del mundo se encerraba en aquella espresion.

XX.

De aquel éxtasis vino á sacarles la baronesa acercándose á ellos, siempre alegre y riendo, para indicarles la hora y haciendo que Andras y Marsa le siguieran hasta el carruaje que dentro del jardín les esperaba hasta el pié de la escalera, desfilando por delante de Varhely, Vogotzine, Angel Valla, Pablo Jacquemin y demás invitados, que formaban como la escolta de honor de los dos esposos.

A seguida, la baronesa Dinati, con Andras y Varhely, subieron al carruaje del príncipe, mientras Vogotzine ocupaba su sitio en el de Marsa, al lado de su sobrina, haciéndose visible por la portezuela para que le admirasen las gentes á quienes gustan los uniformes.

Cuando Marsa entró temblando en la iglesia, despues de haber echado una rápida y supersticiosa mirada á la pobre fachada gótica de aquel templo, y provocando un murmullo general por su belleza, apenas distinguió las personas que la saludaban, y como una autómatas se arrodilló junto á Andras en el rico almohadon dispuesto al efecto.

A tal extremo llegaba su olvido en aquella hora, que realmente era otra mujer, ó más bien,

una doncella con la pureza, el desconocimiento y la dulce timidez de la cándida é ignorante desposada. Aquel maldecido *otro tiempo*, de no lejána época, lo consideraba como una vision molesta, una de esas pesadillas que desaparecen cuando con el nuevo día cesa la fiebre.

Todo cuanto veía, aquel sacerdote, aquellos acólitos, aquellos ornamentos bordados en oro, traían á su mente recuerdos vivos de su candor infantil. En la iglesia, el recogimiento y la emocion aumentaban la solemnidad de aquella ceremonia religiosa, que alumbraban infinitas luces ardiendo ante las sagradas imágenes.

En el exterior de la capilla el pueblo se agolpaba para ver salir la aristocrática boda, y entretenía su impaciencia contemplando asombrado los lujosos trenes en que habia de ser conducida. Un mendigo, ciego y flaco, acurrucado en el atrio de la iglesia, dejaba oír, de tanto en tanto, en medio de aquel ruido, su monótona peticion, parecida al canto de una ave nocturna.

Yanski Varhely, no pudiendo soportar la atmósfera pesada del interior de la capilla, que hacía que le amagase la jaqueca, se habia salido á la plazoleta para disfrutar el fresco que se sentía á la sombra de los tilos, y desde allí contemplaba con cierta curiosidad el aspecto de aquellas imediaciones, esperando la terminacion de la ceremonia.

Iba ya á entrar nuevamente en la iglesia, cuando vio que de entre aquella multitud salia un criado vestido de librea, que despues de haber dirigido una investigadora mirada al interior

del templo, levantándose sobre las puntas de sus piés, se aproximaba á Yanski con la gorra en la mano, preguntándole:

—¿Es á Mr. Varhely á quien tengo el honor de estar hablando?

—Si—contestó Yanski algo sorprendido.

—Tengo un encargo para el príncipe Andras Zilah: ¿sería el señor tan amable que quisiera dispensarme el favor de entregar esto al príncipe? El señor me perdonará, pero la cosa es urgente y yo tengo que marcharme al instante. Debí haberlo llevado ayer mismo á Maissons.

Al decir esto, el criado sacó de su bolsillo interior de la librea un paquetito muy bien sujeto con un cordoncillo, envuelto y sellado con lacre rojo.

—El señor me escusará—añadió de nuevo—pero es muy urgente.

—Y ¿qué es esto?—preguntó Varhely algún tanto mal humorado.—¿De quién procede?

—De parte del señor conde Miguel Menko.

Lo mismo que Andras, Varhely estaba perfectamente enterado de que Miguel había sido herido gravemente, teniendo que permanecer en cama hacia algún tiempo; á no ser por esto le hubiera llamado extraordinariamente la atención que no concurriera á la boda del príncipe.

Creyó, pues, que se trataba simplemente de un recuerdo de Menko, de un regalo para el novio, y cogiendo el paquete, al que maquinalmente dió una vuelta entre sus manos, quedó sorprendido al fijarse en que aquel bulto parecía un paquete de cartas.

Miró el sobre y vió en él trazado, con letra clara y segura el nombre del príncipe Andras Zilah. En el ángulo izquierdo, Miguel Meuko había escrito en caracteres húngaros: *¡Urgente! Con la expresión de mis disculpas y de mi tristeza.* Y debajo la firma *Meuko Mihaly.*

El criado no se había movido y continuaba allí, de pié, respetuosamente descubierto.

—El señor tendrá la bondad de perdonarme—dijo,—pero entre tanta gente, me sería difícil llegar hasta su excelencia. ¡Y el señor conde me lo encargó tan seriamente!

—Está bien—replicó Varhely.—Yo mismo haré entrega de ello al príncipe inmediatamente.

Dando una vez más las gracias, el criado saludó y se alejó de Varhely, á quien no dejaba de preocupar aquel misterioso paquete que Meuko enviaba al príncipe.

«¡La expresión de sus disculpas y de su tristeza!» Con esto Miguel quería expresar indudablemente la pena que sentía de no poder estar entre los amigos de Andras, el que era uno de los más estimados, uno de los más íntimos y á quien el príncipe daba el cariñoso título de «hijo mio.» Si, evidentemente no era otra cosa. Pero ¿á qué venía sellar y envolver tan cuidadosamente el tal paquete, y qué era lo que podría encerrar? Yanski lo tocaba y retocaba dándole mil vueltas entre sus manos, y á poco estuvo que lo abriese; tal era el interés que le inspiraba el saber lo que contenía.

Estuvo seriamente meditando si debía entregar al príncipe aquel encargo. ¿Y por qué no?

¡Pensar que de parte de Miguel Meuko pudiera venir una noticia desagradable, era una locura!

El joven conde, imposibilitado de poderse hacer trasladar á Maissons, enviaba su parabien á Zilah, que se consideraba muy dichoso al recibir el recuerdo de su amigo. A esto quedaba reducido todo. En ello no aparecía ningún peligro posible, ninguno. Por el contrario, era una felicitación más y un nuevo motivo de alegría para Andras.

Sin embargo, Varhely no podía menos de reirse de la inquietud que, sin saber á qué atribuirlo, se apodera en determinados momentos de la persona que se vé sorprendida por una carta que desconoce ó por un telegrama inesperado. Hay veces que sólo la vista de un sobre cualquiera nos hace temblar, como si bajo él se encerrara una amenaza.

Aquel rudo militar no estaba acostumbrado á tales debilidades, así que se reprochaba como una niñería la especie de temor instintivo que le asaltara hacia poco y que por fin había logrado desechar.

Luego se encogió de hombros y siguió andando hacia la capilla. En el interior se notaba ya esa agitación que sigue á la terminación de un acto religioso, y poco despues el órgano, interpretando la sinfonia *El sueño de una noche de verano*, pareció hacer majestuosamente los honores á los recién casados cuando estos salían del templo.

Al aparecer Marsa en la plaza, la multitud no pudo contener una prolongada exclamacion de

entusiasmo. Estaba radiante, y la gente, al abrir paso, la miraba encantada. La portezuela del carruaje del príncipe estaba abierta, y Marsa subió á él rápidamente, seguida de Andras, que tomó asiento á su lado.

En el momento de ponerse en marcha el coche Zilah deslizó al oido de la tzigana estas frases, en las cuales se desbordaba su corazón.

—¡Ah! ¡cuanto te amo! ¡mi bien, mi adorada Marsa!... ¡Cuánto te quiero y cuán dichoso soy!

XXI.

Nada faltaba para que todo fuese alegría en la atmósfera que les rodeaba. Aquellas caras sonrientes, aquellos saludos, aquella apretada multitud que apenas permitía el paso á la berlina en que iban los novios, aquella música de Mendelssohn que lanzaba sus notas triunfales, aquel sol brillante cuyos rayos iluminaban las verdes hojas de los árboles, aquella alegre algazara, todo parecía acariciar á los recién casados como una especie de perfume embriagador; y en la intensidad de su dicha, la tzigana, henchido su corazón y á punto de desbordarse, no podía dominar las lágrimas de felicidad que asomaban á sus ojos.

—¡Es una boda feliz! ¡No se puede pedir más! ¡Los novios! ¡El panoram! ¡Esos tilos! ¡Esos honrados aldeanos! ¡Esas muchachas! ¡Todo, todo es envidiable!... Si alguna vez se me ocurriera casarme de nuevo—repetía la baronesa riendo—me casaría en la aldea.

—A vuestras órdenes, baronesa—dijo entonces el viejo Vogotzine, á quien la electricidad de aquel día de verano hacia estar más galante que de ordinario.

Y Jacquemin, ingenioso, exclamó, dirigiéndose al ruso.

—¡Ah... soberbio general!... ¡Muy delicado!... ¡Muy correcto! ¡Muy de la regencia! ¡Tomo nota!

Uno tras otro fueron desfilando los carruajes, y en pocos minutos desaparecieron por el camino de Maissons, dejando á los chiquillos que se disputaran en la puerta de la iglesia el dinero y los dulces con que el príncipe Andras les había obsequiado. Los criados, de gran librea, estaban dispuestos para servir el *lunch* á los convidados.

No se hizo esperar mucho el asalto, marchando al frente muy decidido, el general Vogotzine, á quien el ambiente había abierto extraordinariamente su acostumbrado buen apetito, y pronto toda aquella colonia dió buena cuenta de las abundantes pastas, fiambres y *sandwiches de foie-gras* que la boronesita Dinati se llevaba á la boca como si fueran bombones, rociándolos con un *Lerville* al que Jacquemin había encontrado *bebible* despues de saborearlo.

Charlando, riendo, escudriñándolo todo y gozando como si asistiese á un *estreno*, la baronesa iba y venía de un lado para otro, diciendo á todo el mundo que aquella misma tarde salía para Treuville, llevándose baules y más baules, —¡un monton de baules! ¡Como que era la semana de las carreras!

Con los lentes sobre su fina nariz, se detenía delante de un juguete, de un cuadro, de cualquier chuchería, riendo como una chiquilla exclamando en alta voz:

—¡Oh, que bonito es esto! ¡Qué bonito!... ¡Es muy gracioso!.. ¡Esto indica que ya en la antigüedad existían *cocodettes*! ¿No es cierto, Varheley? ¡Ah, pero vos no sabeis lo que son las *cocodettes*!

Y, deteniéndose, con su copa de Málaga en la mano izquierda, ante un retrato de Marsa, lienzo de un carácter extraño, sorprendente y particular, obra de un pintor que sabe reflejar el alma de la mirada:

—¡Calla, pero estoy viendo un retrato soberbio! ¿De quién es, Marsa?

—De Zichy—respondió Marsa.

—¡Ah! sí, Zichy. Ya no me estraña... Hay también otro pintor húngaro muy notable. He oído hablar de él... Es antiguo, no recuerdo en este momento... tiene así un nombre como Barabás...

—Nicolás de Baratás—dijo Varheley.

—¡Sí, eso es! Según dicen, ese pintor es una celebridad. Pero vuestro Zichy me gusta mucho más; os ha puesto unos ojos y unos cabellos, y ha dado tal espresion á vuestro semblante... ¡En fin que sois vos misma, enteramente la misma, princesa! Yo quisiera tener un retrato mio como este. ¿No se llama Miguel vuestro Zichy?

Y al decir esto se aproximó al cuadro, hasta casi tocarlo con los lentes, para ver la firma.

—Sí, bien decía yo, Miguel Zichy.

Aquel nombre de «Miguel», lanzado allí cuando menos se esperaba, hizo temblar á Marsa. Esta cerró los ojos como para notar alguna rápida vision; luego, de pronto, dejó á la baronesa que

seguía contemplando la obra de Zichy como pudiera hacerlo en la Exposicion, y se unió á los demás amigos, respondiendo con una sonrisa á las galanterias que la dirigían, procurando tomar parte en todas las conversaciones y haciendo esfuerzos para olvidar.

En medio de aquel bullicio, en que las risotadas de Vogótzine se oían confundidas con la charla de la baronesa Dinati, Andras sentía un doble deseo; por una parte hubiera querido que la algazara de aquella fiesta se prolongara indefinidamente en el silencioso castillo, y por otra ansiaba encontrarse á solas con Marsa para llevarla en seguida á su hotel, á Paris, y luego á cualquier punto retirado, á la villa de Saint-Adresse hasta los primeros dias de setiembre desde donde se trasladarian á Venecia y más tarde á Roma ó á Pisa durante todo el invierno.

Para él todas aquellas miradas le arrebatában parte de su vida, porque Marsa le pertenecía, obligada, como estaba, á ir de unos á otros respondiendo á los vulgares cumplimientos que en tales momentos se prodigan sin que se diferenciásen en nada unos de otros, lo mismo los de Angel Valla, dichos en italiano, que los del pequeño Yamada, el sempiterno sonriente japonés, empeñado en *hacer frases* en competencia con el *reporter* Jacquemin.

El príncipe veía impaciente que se retrasaba el momento de gozar en la casa de Marsa la envidiable soledad de los dias precedentes, y sospechando esto mismo la baronesa Dinati, amenazándole con el dedo, le decía jovialmente:

—¡Conozco, mi querido príncipe, que ansiáis por momentos vernos marchar!... ¡Oh, no me lo negueis!... ¡Me lo explicó! ¡Cuando yo me casé no hubo *lunch*.

Al salir de la sacristía el baron me cogió y me llevó a su casa sin más aparato. ¡Robada casi como cuentan en las novelas! ¡Pero no temais, yo me encargo de alejar á vuestros huéspedes y de hacer que os dejen libres!

Antes de que Zilah hubiese respondido, la baronesita desapareció de su lado, y poco á poco, efectivamente, hablando al oído á sus amigos, dando palmaditas en el hombro á los más reacios, consiguió que los convidados se marcharan despidiéndose á la inglesa, como lo indicaba el ruido incesante de los coches al ponerse en marcha y que por las ventanas abiertas del salón podía oírse.

Al fin Andras y Marsa se encontraban casi solos, acompañados únicamente de Varhely, cuando á poco apareció la baronesa todo roja, sofocada y con aire de triunfo, y dirigiéndose al conde, le dijo:

—Y bien, ¿qué os parece? ¡Como el humo!... ¡Fuff!... ¡Hasta Jacquemin ha tomado el tren! ¡Todos han volado!... ¿No me lo agradecéis siquiera?

Y tendiendo á Andras su mano gordita, añadió:

—¡Andad, ingrato!

Después de abrazar á Marsa posando sus labios rojos como las cerezas, sobre la pálida mejilla de la tzigana, la baronesa Dinati desapareció de intento furtivamente con su alegre risita

de siempre y señalando su camino por el *frou-frou* que al arrastrarse hacía su falda.

Entre todos aquellos amigos, Varhely era el más íntimo, el amigo de corazón de Andras. En medio de aquel torbellino, desde por la mañana no les había sido posible cruzarse una palabra.

Yanski hizo bien en quedarse el último, porque su mano era la que verdaderamente quería estrechar el príncipe antes de partir, como si Varhely fuese pariente suyo y el único que sobreviviera de su familia.

—¡Desde hoy contáis no solo con un hermano, mi querido Varhely, sino también con una hermana que os aprecia y estima, como yo mismo os respeto y quiero!

La erguida cabeza de Yanski aparecía agitada por ligeras convulsiones, hijas de la emoción que le embargaba, y que en vano pretendía ocultar bajo una aparente rudeza.

—Bien merezco una parte de vuestro cariño—replicó el húngaro,—porque yo os quiero mucho... mucho... á uno y á otro—añadió señalando á Marsa con un movimiento de cabeza.—¡Pero no, no habéis de respeto! ¡Eso es hacerme demasiado viejo!...

Cogiéndole del brazo, la tzigana acompañó á Vogotziac fuera de la sala, asustada de ver el color amoratado que por momentos iban adquiriendo la frente y pómulos del viejo general.

—Venid á que os dé un poco de aire—le decía Marsa, en tanto que él, sin comprenderlo, fijaba en ella sus ojos, que parecían salirse de las órbitas.

Mientras esto ocurría, Varhely, llevándose la mano al bolsillo, sacó el paquetito que le había entregado el criado de Meuko, y alargándolo a Andras, dijo:

—¡Ahí tienes de parte de otro amigo!... Me lo han dado á la puerta de la iglesia.

—¡Ah! bien decía yo que Meuko no dejaría de escribirme—dijo Andras despues que hubo leído en aquel sobre la firma del joven.—¡Gracias, mi querido Varhely!

—Ahora—dijo Yanski—solo tengo que deciros que seáis muy feliz, Andras. Espero que no tardareis en comunicarme noticias vuestras.

Zilah cogió la mano que le alargaba Varhely, y en seguida, por un movimiento instintivo, atrajo hácia así á su antiguo amigo, estrechándole fuertemente entre sus brazos.

En la escalinata, adonde daba la puerta de salida, Varhely se encontró con Marsa, que también le estrechó muy afectuosamente su mano.

—¡Hasta la vista, conde!

—¡Hasta la vista, princesa!

Marsa sonreía contemplando á Andras, que salía á acompañar á Yanski, llevando en la mano el paquete que éste le había dado, cuyo sobre se veía aun intacto.

—¡Princesa!—dijo ella.—Hace un momento que de todos y en diversos tonos oigo ese título. Pues bien; ¡solo me es grato cuando vos me lo dáis, mi querido Varhely!... ¡Pero princesa ó no princesa, para vos siempre seré la tzigana que, cuando os plazca, está dispuesta á ejecutar, para pro-

porcionaros el placer de oírla, la música de su país... de nuestro país!

En el modo con que Marsa pronunció aquellas sencillas palabras, había tal dulzura y atractivo que para el viejo patriota eran como un recuerdo de su pasado y de la patria.

—*¡La tzigana es la más querida! ¡La tzigana es la más encantadora!*—dijo en húngaro Yanski Varhely repitiendo un refran del canto magyar.

Con un rápido movimiento, casi militar, saludó por última vez á Andras y á Marsa que continuaban en las gradas de la escalinata, envueltos en la brillante luz del sol, cuyos reflejos, atravesando las ramas de los árboles, proyectaban sus sombras sobre las blancas paredes, dibujando como una especie de encaje movido por el viento.

El príncipe y la princesa le respondieron por señas con las manos, en tanto que el general Vogtzine, sentado á la sombra bajo un castaño, con la levita y el cuello desabrochados, congestionado y medio ahogándose, trataba en vano de ponerse en pié para devolverle el saludo á aquel último convidado que se marchaba.

XXII

Por fin los dos esposos se vieron solos, en plena libertad de cambiar aquellos eternos juramentos prestados hacia poco al pié del altar, y sellados por una sostenida y significativa presión cuando sus manos se habían encontrado. Solos con su amor, amor ardiente que desde hacía mucho tiempo ambos leían claramente, cada uno en los ojos del otro, y que brillaba á través de los párpados medio cerrados de Marsa en el momento en que inclinada ante el príncipe éste la pasaba por el dedo el anillo nupcial.

¡Ah! ¡Bendito aquel minuto de alegría, de profundo enagamiento, de soledad, después de tan prolongado alboroto!

Andras, sentado, después de dejar sobre el piano la carta de Meuko, mirando hasta el fondo de su alma á Marsa, que permanecía de pié delante de él con sus manos entre las del príncipe, rompió aquel silencio de este modo:

—¡Buenos días, princesa! ¡Sois princesa! ¡princesa Zitah!... ¡A mí mismo me parece que este nombre es encantador cuando se pronuncia!

Y cerrando los ojos, escuchando como una música deleitable la voz del ser amado, Marsa se decía que la fortuna era piadosa y benigna,

permitiéndola todavía, después de tantas pruebas, aquellos momentos de inefable placer. Placer tan profundo y vehemente, que ella hubiera querido que todo terminase allí, meciéndose en la felicidad de un hermoso sueño del que no debería despertar.

—Os espera vuestro gabinete—dijo el príncipe.—Nos iremos á París cuando queráis... ¡Cuándo quieras!

—Sí—replicó Marsa acercándose á él temblorosa y deslizando su rostro mate entre el brazo y el pecho de su marido; dejemos esta casa; sacadme, llevadme y que empiece una vida nueva, la vida que tanto he deseado, y para mí inesperada, con un hombre como vos y un amor como el vuestro.

En aquellas palabras se veía oculto una especie de terror, y al decir «dejemos esta casa» lo hacia dominada por el miedo que la imponían las crueles visiones de otro tiempo, de cuanto ella aborrecía y la molestaba como una insistente pesadilla. Ansiaba nuevos horizontes, respirar cuanto antes el ambiente de aquel hotel del príncipe Andras, donde el fantasma de su pasado no podría perseguirle, donde ella se consideraría libertada, dueña de sí misma, y podría consagrarse á él por entero.

—Voy á quitarme este vestido blanco—dijo,—y en seguida corremos á ponernos en salvo, como si fuéramos amantes.

—¿A quitártelo? ¡Qué lástima! — exclamó Andras.—¡Tan hermosa como estás con esas flores en la cabeza, con esos ramos y con esos velos!...

—Bien— replicó Marsa dirigiéndole una dulce mirada y sonriendo á la vez con una coquetería casi revoltosa, que nunca se había visto en su grave hermosura; — seguiré con mi traje de novia y me echaré sobre los hombros un abrigo cualquiera. De este modo os llevaréis á París á vuestra mujer vestida de blanco, ¡mi querido príncipe, mi héroe... mi marido!

Andras se levantó, estrechándola entre sus brazos, atrayéndola fuertemente hácia sí, sintiendo apoyarse sobre el aquel cuerpo esbeto, de estatua florentina, en tanto que Marsa, presentando á Zilah su pálido rostro, con los ojos cerrados como si durmiese, le provocaba á que posara los labios sobre los suyos, haciendo que lentamente el aspirase aquel tibio y puro aliento, y bajo el peso de una languidez extremada, se dejó caer sobre el brazo del príncipe que la sostenía.

Una voluptuosidad infinita, que nunca hasta entonces había sentido Andras, hacía asomar á sus ojos lágrimas de alegría, y aquel cuadro, encantador, la hermosa húngara, con aquellas rosas blancas entre sus cabellos, aquella frente embalsamada, aquel semblante cada vez más pálido, efecto de los repetidos besos, aquel cuerpo que se estremecía, aquel pecho que violentamente se agitaba, todos aquellos efluvios de amor embriagaban al príncipe, enloquecido, que por lo bajo repetía:

—¡Sí, sí, marchemos! ¡Marchemos pronto, Marsa!... ¡Yo te adoro!

Con gran trabajo y lentamente, Marsa se des-

prendió de aquellos lazos, como destrozada, y al marcharse, desde el dintel de la puerta todavía, envió al príncipe un beso, diciendo:

—¡Vuelvo, vuelvo, Andras mío!

Y queriendo alejarse para ocultar su traje de desposada con el abrigo que antes había indicado, permanecía, no obstante, inmóvil, sin dejar de mirar al príncipe.

El piano, sobre el cual Andras había dejado el paquete que Varhely le entregara, separaba á uno de otro, y, para seguirla, el príncipe se levantó apoyando su mano sobre la cubierta del teclado. Emocionados, sin decirse una palabra, cruzándose mútuas miradas llenas de promesas, seguían como estatuas, sin moverse. Al aproximarse Marsa de nuevo, para cambiar el último beso antes de desaparecer y volver, maquinalmente llevó su mirada á aquel paquetito lacrado, y de pronto, al fijarse en aquella letra húngara, letra que le era muy conocida, en aquel sobre y en aquella firma de Miguel Meuko, violentamente azorada, observó al príncipe Zilah, como para averiguar si en aquello había algún lazo, si al colocar, como estaba, aquel sobre al alcance de su vista, se quería someter á Marsa á una prueba. O más bien, podía decirse que en su mirada se retrataba el espanto, un instintivo terror repentino, un terror que hacía perder el color á su rostro y que, obligándole á retroceder, no podía, sin embargo, apartar los ojos de aquel papel que, á su vez, también Andras miraba sorprendido de la inesperada expresión que se reflejaba en el convulso semblante de la tzigana.

—¿Qué os pasa, Marsa?—preguntó Zilah bruscamente.

—¿A mí?—contestó ella haciendo un esfuerzo por sonreírse.—¡Nada!... Yo no sé... Yo...

Quería mirar á Andras de frente, y una fuerza invencible le hacia llevar la vista á aquel papel, hácia aquel paquetito blanco precintado, y en el que se veía escrito aquel nombre: ¡Meuko!

¡Ah, Miguel! ¡Marsa lo habia olvidado!

¡Desgraciada! ¡El volvía! ¡Amenazaba! ¡Iba á vengarse! ¡Estaba segura de ello!

Aquel papel, aquel paquetito encerraba algo tremendo. ¿Qué era lo que Miguel Meuko podia decir escribiendo á Andras en aquel crítico momento, que no fuese enterarle de que la miserable con quien acaba de casarse era una infame?

Toda descolorida, con el lábio trémulo y estremeciéndose de los pies á la cabeza, se habia visto precisada á sostenerse apoyándose en el piano.

—Yo os aseguro, Marsa...—dijo el príncipe.

Y cogiéndola las manos, añadió con inquietud:

—Vuestras manos están frias. ¿Os sentís mal?

Sus ojos siguieron la direccion que llevaba la mirada de Marsa.

En seguida cogió el paquete lacrado, y adelantándolo hácia la jóven, confirió:

—¡Cualquiera diría que es esto lo que os altera!

—¡Oh... Príncipe, os juro que...!

—¿Príncipe?...

Sorprendido, repitió aquel título que le daba ella inesperadamente, cuando há poco le llamaba Andras sencillamente, del mismo modo que

él la decia Marsa. ¡Príncipe! Ahora era él quien experimentaba aquel singular terror, preguntándose qué era lo que podia contener aquel envoltorio de papel, y si el destino de Marsa, el suyo, se relacionarian con lo que en él se ocultaba.

—¡Ah!—dijo, rompiendo bruscamente el hilo que lo sujetaba.—¿Qué será esto?

Rápidamente, como arrebatada por el instinto, Marsa puso su fria mano sobre la muñeca de su marido, y dominada por el terror, suplicante, loca, dijo:

—¡No, no... no leáis... yo os lo pido! ¡No leáis eso!

Con su mirada transparente, fija en ella, la contemplaba impasible, esforzándose por conservar la calma.

—¿Qué es, pues, lo que contiene esto que Miguel Meuko me envía?—preguntó.

—No sé—respondió Marsa con voz ahogada.—

¡Pero no lo leáis! ¡En nombre de la Virgen!—recordaba el sagrado juramento de los húngaros.

—¡No lo leáis!

—Pero, ¿no habeis pensado, princesa,—dijo Andras—que al obrar de ese modo vos misma habeis que tenga mayor interés en leerlo?

Marsa no pudo menos de temblar asustada al notar el tono trágico con Andras pronunciaba aquella palabra, «princesa», que momentos antes parecia en sus labios tan dulce y afectuosa. Ahora en aquella frase se veía una amenaza.

—Escuchad: voy á deciros... Yo quería... ¡Ah! Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!... ¡No leáis, no leáis!

Andras, muy pálido, con el rostro desfigurado y como envejecido, cogió tranquilamente entre sus dedos el paquete todavía intacto, y con tono tranquilo, con lentitud y gravedad, pero revelando una cariñosa entereza en la que todavía se reflejaba la esperanza.

—Marsa—le decía,—vamos, ¿qué queréis que yo piense?... ¿Por qué pretendéis que no lea esto? Indudablemente son cartas. ¿Qué relación tienen con vos unas cartas que el conde Meuko me envía? ¿No queréis que las lea?

Y añadía, mientras la mirada de Marsa parecía suplicante, como debe serlo la de un condenado cuando esta entre las manos del verdugo:

—¿No queréis?... Enhorabuena; no leeré, pero será con una condición... con la de que me jureis, lo entendéis bien, que vuestro nombre no figura en esas cartas... y que Miguel Meuko no tiene nada que ver con la princesa Zilah.

Marsa le oía, le escuchaba; pero al ver que seguía inmóvil y como atontada bajo el peso de la tempestad moral que descargaba sobre ella, Andras dudó de si realmente le habría comprendido.

—Yo estoy seguro—significó diciendo con su voz lenta y tranquila—que bajo este sobre se encierra alguna desgracia... Renuncio á conocerla. No os pido más, y ahora mismo arrojo estas cartas al fuego. Pero, repito, habeis de jurarme que, sea lo que quiera lo que ese Meuko, ó el que sea, pueda escribirme, pueda decirme, todo ello es una infamia, una calumnia. ¡Juradme esto, Marsa!

—¡Jurarlo! ¡Siempre jurar! ¡siempre jurar

¡Juramento sobre juramento! ¡Ah! ¡es demasiado!—dijo ella, estallando en una explosión de gritos y sollozos.—¡No! ¡ni una mentira más, ni una! ¡Señor, soy una desgraciada, una miserable! ¡Maltratadme! ¡Azotadme, como yo azoto á mis perros! ¡Os he engañado! ¡Merezco que me escupais á la cara! ¡Soy indigna de obtener vuestra piedad! ¡El hombre de quien son las cartas que tenéis en vuestra mano, que así se venga y me aniquila, ha sido mi amante!

—¿Miguel?

—¡El ser más vil y cobarde que yo conozco; ¡Puesto que me odia, ha podido matarme; ha podido arrancarme el velo hace un momento! ¡Pero hacer lo que ha hecho, hacer tal cosa!... ¡Heriros á vos con el mismo golpe, á vos, á vos?... ¡Ah! perro miserable, digno de ser apedreado! ¡Judas! ¡Ladron y cobarde! ¡yo debí haberle hundido un cuchillo en el corazón!

—¡Ah! ¡desgraciado!—dijo el príncipe, demostrando su honda aflicción.

Al grito agudo de dolor que lanzó Andras Zilah, herido en lo más profundo de su ser, se unían las imprecaciones de una indómita fiera que se revelaban en la «tzigana», la que nuevamente volvía á ser la antigua bohemia, hija de la Tisza, en cuyas venas ardía con furor la sangre rusa.

Luego, humillándose, abatida y desgarrándose con sus uñas la piel de las manos, cayó á los pies del príncipe, que continuaba pálido y en la severa actitud de un justiciero.

Ya no era más que un montón de carne y de

tela blanca, del que salían súplicas y maldiciones y que se retorcia, arrastrando su hermosa cabellera por la alfombra, donde, medio destrozadas, se veían á los pies del marido las flores con que había ido al altar la novia. Y Zilah, inmóvil, con la vista extraviada, mirando alternativamente á aquella mujer aniquilada y á aquel paquete de cartas que le quemaba los dedos, parecía dispuesto á arrojar á la cara de la tzigana, tan fiera para amenazar como humilde para suplicar, aquellas pruebas de su infamia.

De pronto, inclinándose hacia ella, la cogió por las muñecas, y levantándola casi brutalmente, la dijo cara á cara:

—¿Sabeis que la mujer adúltera es menos culpable que vos? ¡Cien mil veces menos culpable! ¿Sabeis que puedo mataros?

—¡Ah, sí, hacédlo! ¡Ah! ¡qué alegría, qué alegría! — gritó Marsa con una risa de loca.

El la rechazó como si le repugnara.

—¿Por qué habeis cometido tal infamia? No será por mi fortuna: ¿vos sois rica!...

Marsa se estremeció al verse humillada é insultada con aquel frío desprecio. Hubiera preferido la cólera salvaje que la asesinara.

—¡Ah, vuestra fortuna! — dijo, encontrando un motivo para defenderse y para que su humillación no fuese mayor. — Ni esto, ni vuestro título, ni vuestro nombre, era lo que yo ambicionaba, sino vuestro amor.

—¿Mi amor?

—¡Sí, vuestro amor, sólo vuestro amor!... Yo no hubiera tenido inconveniente en ser vuestra

querida; yo os hubiera dicho: «Sed mi amante», si no hubiera temblado ante la idea de perderos, de rebajarme ante vos, á quien tan grande encuentro... ¡Tenia miedo, miedo de que huyerais!... ¡Si, ese es mi crimen! Es una infamia, lo sé. Pero solo pensé en reteneros... á vos, á vos solo, á vos; mi admiración. mi vida. ¡Merezco ser castigada, sí, lo merezco!... Pero esas cartas... esas cartas las habriais arrojado al fuego si yo no os hubiese revelado el secreto de mi vida... Vos mismo me lo habeis dicho... Yo podía haber jurado... ¿no es así? y me hubierais creído... Podía haberlo hecho... Pero no; ¡eso sería demasiado vil, demasiado cobardel... ¡Matadme!... ¡No os detengais, lo merezco!... Esto es lo que... ¿Adónde vais? — preguntó fuera de sí al ver que Zilah, sin responder, daba algunos pasos hacia la salida, y sin pararse á reflexionar en que ella no tenia derecho á preguntarle.

Presentia que si él se marchaba, no lo volveria á ver nunca.

¡Ah, terrible solución! ¡Hubiera preferido que le clavara un puñal! ¡De tal modo debia de terminar un dia que comenzó con tan buenos auspicios!

—¿Adónde vais?

—¿Y qué os importa?

—Es verdad... Perdonadme... Al menos... al menos, señor... decid una palabra... es lo suplico... ¿Qué me ordenais? ¿Qué quereis que haga? ¡Debe haber leyes que castiguen á los que obran como yo! ¿Quereis que yo misma vaya á

acusarme, á entregarme? ¡Yo no sé qué he de hacer!

—Vivir en compañía de Miguel Meuko si yo tiene la suerte de no matarme despues de que yo le haya abofeteado.— respondió friamente Andras, rechazando á aquella mujer que de rodillas, estendía sus brazos hacia él.

La desgraciada, con las palmas de las manos en el suelo, y arrastrándose de rodillas, llegó hasta la ventana como para gritar, para llamar, para detener quizá á su adorado que huía...

Después, al oír que el carruaje del príncipe se alejaba en dirección á París, se mesaba desesperadamente los cabellos, cayendo desplomada bajo la impresión del inmenso vacío que reinaba en aquella casa, por la mañana animada con el ruido de la fiesta y en aquel momento silenciosa como una tumba.

Y mientras el Príncipe, dentro del coche que le llevaba á París, leía y estrujaba con rabia las cartas en que Marsa hablaba de amor— ¡jella, ¡a miserable!— á otro, á aquel hombre á quien él llamaba «hijo mio»; mientras que él, perdiendo la cabeza, se detenía en aquella mortificante lectura, preguntándose si era posible que tan súbitamente desapareciese por completo su felicidad, que le sobrevinieran tantas desgracias en tan pocas horas; mientras él miraba, sin verlos, los objetos que encontraba en su camino, y temía volverse loco. En el comedor los criados de Marsa, devoran lo que quedaba del *lunch* y bebiendo los restos del *champagne*, brindaban por el príncipe y la princesa Zilah.

Únicamente el viejo Vogotzine pareció sorprendido de la repentina marcha del príncipe. Con la levita desabrochada penetró en el salón, y vió que la tzigana estaba acurrucada, con el cabello suelto y presentando un aspecto terrible.

—¿Qué significa esto?—dijo.

Ella no respondió, fijando tan solo una hurañá mirada en el general, como si fuera una visión.

—¡Cómo! ¡una escena!—añadió Vogotzine.— ¡Yal! ¿Y el príncipe?... Se ha marchado. ¡Bien está! Pero supongo que adonde habrá ido será á Charenton... No en vano hay quien dice que todos esos húngaros, desde el primero hasta el último... tienen algo de locos. ¡Ya voy viendo que es verdad!

XXIII.

París, que ordinariamente comenta con ávidez los acontecimientos más insignificantes del día, algunas veces no dice una palabra sobre otros sucesos de importancia, cuyo silencio puede tomarse como espresion de su generosidad. Bien porque ignore, ó bien porque respete, lo cierto es que calla. Suposiciones más ó menos verosímiles, medias palabras, pero nada de afirmaciones rotundas, lo cual puede interpretarse como la consideracion más respetuosa que sabe guardar, sea al carácter, sea al talento.

La colonia de extranjeros, aquella sociedad que concurría á los salones de la baronesa Dinati, no debía ignorar que la princesa Zilah, despues de celebrado su casamiento en Maissons-Laffite, al que habia asistido una gran parte de la *fashion* internacional, seguía viviendo en su misma casa, mientras que el príncipe Andras habia vuelto solo á la suya de París.

Corrian rumores, se propalaban sigilosamente algunas leyendas, aseguraban que Marsa habia sido atacada de una enfermedad nerviosa hereditaria, citándose en prueba de esto las visitas hechas á Maissons por el doctor Fargeas, sabio profesor de la Salpetriere, acompañado

de su antiguo interno el doctor Vilandry, á quien Vogotzine, aconsejado por Varhely, mejor conocedor de las cosas de París, habia llamado en consulta.

Preocupado terriblemente Vogotzine al ver que desde el día de la boda Marsa no habia salido de una especie de estupor, lleno de espanto y asustado ante el mutismo y la expresion de extravío que observaba en su sobrina, el viejo general tenia miedo verdaderamente de perder la razon cuando hablaba con aquella loca.

—¡Ah! ¡pero esto—decía—es muy sensible y muy triste!

Despues de la escena terrible en que vió desaparecer sus acariciadas esperanzas, una fiebre altísima tenia á la tzigana agobiada en el lecho y presa á la vez de un delirio horroroso, que ponía al buen Vogotzine en un estado de desesperacion.

El desgraciado, no sabiendo cómo explicarse la repentina desaparicion de Zilah, se llevaba las manos á la cabeza, temiendo perderla, y no podia oír sin que sus ojos se humedeciesen por las lágrimas, los sollozos y gritos desesperados de aquella infeliz enferma que se agitaba en el delirio. Hubiera preferido verse frente á un batallon de *homiceds*, ó de una partida de *bachibouzoucks*, como en otro tiempo, ó á la vista de montones de cadáveres desnudos, á los cuales conten plaba impasible.

Vogotzine, como primera medida, corrió á París para interrogar á Zilah; pero éste le respondió de un modo que no admitía una palabra más:

—Mis asuntos personales no incumben á nadie.

El general no tuvo energía para exigir una explicación, y se inclinó, protestando de que, en efecto, no tenía derecho á mezclarse en lo que no le pertenecía; pero no le pasó desapercibido que Andras se puso muy pálido cuando le oyó decir que sería un milagro, sí, un milagro, si la irresistible fiebre que aniquilaba á Marsa no terminaba por quitarla la vida.

—¡Da lastima!—dijo el pobre hombre.

Zilah le miró de una manera extraña y severa, pero, sin embargo, asustado.

Vogotzine no insistió más, y despues fué á ver al doctor Fargeas con objeto de suplicar le que lo antes posible se pasara por Maissons-Lafitte. Así lo prometió el ilustre médico.

Por aquella vezja que poco antes habian desfilado los carruajes de gala de una gran fiesta, se vió entrar la berlina del médico de la Salpêtriere, el sabio doctor de mirada penetrante, barba afeitada y largos cabellos, todavía negros, echado hácia atrás, á quien Vogotzine introdujo en el mismo salon del que Marsa arrojó á Miguel la última vez que le habia hablado.

El general dispuso que llamasen á la *señorita... «á la señora princesa»*, dijo, rectificando.

No tardó mucho en aparecer Marsa, libre de la fiebre en aquel momento, descolorida, sin poderse apenas mover, apoyada en el brazo de su doncella, cuyo aspecto impresionó tristemente á Vogotzine.

El doctor Fargeas fijó detenidamente su mirada en aquella mujer, cuyas pupilas animadas

era lo único que revelaba vida en su cuerpo automático, como indicando que allí se encerraba un alma apasionada.

—Señora—dijo el doctor con amabilidad, despues que el general, aproximándose muy despacio á su sobrina, le hubo hecho señas para que escuchara á aquel desconocido—el general Vogotzine me ha manifestado que estais enferma... Soy médico... ¿Teneis la bondad de responderme amistosamente á las preguntas que voy á haceros?

—¡Sí,—añadió el buen tutor,—mi queridísima Marsa, yo te lo ruego!

De pie, levantando la cabeza, sin que se contrajera ni uno solo de sus músculos y sin pronunciar palabra, ella estuvo mirando al doctor con mucha atencion unos minutos. El doctor á su vez la observaba. Aquello parecia un reto antes de un duelo.

—¿Y para qué un médico?—replicó la joven dirigiéndose con viveza á Vogotzine.—Yo no estoy enferma.

Su voz era clara, apocada y triste, y esforzándose resultaba dificultosa como la de los tísicos.

—No, no estás enferma, hija mia, pero no se... yo no entiendo... pero me preocupas un poco... poco, casi nada... Pero como estoy seguro de que si yo, tu anciano tío, tuviese la molestia más insignificante, te inquietarias... ¿no es verdad que te preocuparias?

Al hablar así se esforzaba por sonreirse y agradecerla, procurando al mismo tiempo acercarla al doctor, que no separaba de ella la vista

De pronto, Marsa, levantando sobre Fargeas su vaga mirada, dijo secamente:

—¡Bueno, veamos! ¿qué hay? ¿qué quereis que diga? ¿qué me pedis? ¿de parte de quién venis?

Vogotzine hacia señas á la doncella para que se marchara.

—¡Ya os lo he dicho, de parte del general!

Y Fargeas designaba á Vogotzine.

Marsa no dijo más que *jahl!*

En la manera desesperada con que salió de sus labios aquel *jahl!*, el doctor creyó ver algo que se parecía á una decepcion.

Repentinamente volvió á caer en uno de aquellos profundos abatimientos que seguían al delirio en los primeros dias, y que tanto asustaban á Vogotzine.

—¡Ahí la teneis, ya no sale de ese estado!—dijo el buen hombre.

Fargeas, sin hacer caso de lo que decía el general, se aproximó á Marsa y la hizo sentar en una silla, cerca de la ventana.

Durante un rato estuvo examinándola y tocándole la frente, sin que Marsa hiciera el más ligero movimiento. El médico observó que á la enferma le ardía la cabeza.

—¿Os duele algo?—la preguntó el doctor cariñosamente.

La joven, que momentos antes parecía tener aun fuerzas para preguntar, y que daba señas de interesarse por alguna cosa, respondió con voz suave, rara y triste, en un tonillo que parecía que cantaba:

—¡No sé!

—¿Habeis dormido bien esta noche?

—¡No sé!

—¿Qué edad teneis?—preguntó Fargeas, queriendo conocer su estado mental.

—¡No sé!...—continuó diciendo.

El médico dirigió una mirada al tío, que no se movía del lado de su sobrina, y revelaba su inquietud haciendo un gesto de contrariedad cada vez que ella respondía á todas aquellas lúgubres preguntas con su tono melodioso: *¡No sé!*

—¿Cómo os llamais?—preguntó lentamente el doctor.

Moviendo mucho los ojos, pareció durante un momento buscar un pensamiento que no encontraba en su pobre y vacía cabeza, y luego, haciendo un esfuerzo visible, se dejó caer sobre el respaldo de la silla, como azorada y resignada á la vez, repitiendo la frase de siempre:

—¡No sé!

El tío, que se habia puesto rojo, se estremeció y miró al doctor con angustia.

—¡Ni siquiera sabe ya cómo se llama!

—Yo espero que esto sea pasajero—dijo el médico.—Pero actualmente la considero en un grave estado convulsivo.

—Nunca la he visto así, nunca, hasta... hasta el primer día que se casó—se atrevió á decir por fin el general aterrizado.—Esta mañana quiso matarse, dejándose caer contra su cama... luego ha accedido á levantarse... vos lo habeis visto... Cuando hace un rato ha preguntado de parte de quién veniais, me dije: «¡Ah! por fin demuestra interesarse por algo...» Ahora, ya lo

veis... vuelve á su estupor... ¡Vaya, que es divertido esto!

Fargeas cogió entre sus dedos la delicada piel de la joven, y la pellizó en el cuello, debajo de la oreja.

Marsa Laazlo no dió señales de vida.

—¡Existe amnesia en el cuello!...—dijo el doctor;—¡podría pinchársele con una aguja... hay falta completa de sensibilidad!

Después, poniendo de nuevo su mano sobre la frente de Marsa, pretendió evocar en la enferma el recuerdo de sus aficiones.

—Vamos á ver, señora... os esperan... vuestro tío... vuestro tío desea que toqueis un poco el piano... ¡Vuestro tío!... ¡El piano!

—*Solo hay una hermosa en el mundo*—murmuró Vogotzine, tratando con su voz alcoholizada de dar tono melódico á aquella sinfonía que tanto gustaba á la tzigana.

Maquinalmente Marsa repitió como si delectarse:

—¡El piano... el piano!...

Terminando por decir con su tonillo lúgubre:

—*¡No sé!*

Mientras el doctor Fargeas contemplaba lleno de lástima aquella hermosa criatura, pálida como la cera, con sus hermosos ojos negros extraviados y el cabello suelto, al viejo Vogotzine le ahogaba la pena, viendo que no quedaba vestigio alguno de memoria en el cerebro de su infeliz sobrina.

—Dadle un poco de caldo—dijo Fargeas.—En

el estado en que se encuentra no lo querrá, pero probad.

Y añadió dirigiéndose al tío, cuyas orejas parece que despedían fuego:

—Puede curarse; pero será preciso quizá sacarla de aquí... obligarla á una nueva vida. Necesita el aislamiento... no este aislamiento, más bien...

—¿Cuál?—preguntó Vogotzine.

—Más bien, quizá el de un manicomio. Pobre mujer—dijo el doctor, volviendo á mirar todavía á Marsa, que permanecía insensible.—Verdaderamente es bonita.

El médico, por un lado, acostumbrado á las tristezas de las enfermedades nerviosas, y el tío por otro, sin comprender aquel mal repentino, parecían contemplar á una á la desgraciada enferma, que continuaba en su sitio inmóvil como una estatua.

El doctor Fargeas salió del castillo bastante conmovido, acompañado hasta la verja por el general. Se convino que pasada aquella crisis, se llevaría la enferma á la casa de salud del doctor Sims, en Vaugirard. Allí, en aquel nuevo medio, podría desaparecer el estupor en que yacía la enferma, despertar su imaginación, volver á la vida. Era necesario un régimen continuado y una vigilancia constante. Solo se necesitaba un pretexto para decidirla á que subiera al carruaje. El doctor se encargaba de encontrarlo.

El carruaje partiría de Maissons-Laffitte y se detendría en la puerta del establecimiento. Se le diría á Marsa, por ejemplo, que aquel

era un establecimiento benéfico. Allí la vigilarían y la cuidarían con un cariño de familia, y de ello podía estar seguro el general, porque el doctor así lo afirmaba.

Vogotzine sentía agolparse la sangre á la cabeza al oír aquellos consuelos terribles como una sentencia.

¡En Vaugirard!... ¡Su sobrina en una casa de salud!... ¡La hija del príncipe Tehéreteff!... ¡La esposa del príncipe Zilah!—pensaba.

Pero era el caso que Vogotzine no tenía derecho para disponer de la libertad de Marsa, y si bien Andras había manifestado su firme deseo de que le dejaran en paz, sin meterse en su vida para nada, no podía excusarse de dar su parecer en cuanto á la determinación que debía tomarse con respecto á Marsa, la cual era la princesa Zilah, al fin y al cabo.

El general creyó, por lo tanto, que estaba en el deber de participar al príncipe el juicio formulado por el ilustre médico de la Salpêtrière.

Una vez que hubo dado este paso cerca de Andras, le preguntó:

—¿Qué es lo que resolvéis?

—General—respondió Zilah—cuanto hagáis estará bien hecho. Pero os ruego que para lo sucesivo no os molesteis, quiero vivir solo... completamente solo... y no quiero saber nada del porvenir, ni del pasado, que es cruel, ni del presente, que es tan siniestro... Tengo un capricho...

—¿Cuál?

—En adelante quiero vivir sin ocuparme de nada, á lo egoísta.

—Así cambiareis de manera de ser—dijo el general sin salir de su asombro.

—Y me servirá de consuelo—añadió Andras.

XXIV.

La misma tarde en que el paquete de cartas llegó á manos de Andras, arrebatándole su dicha y destruyendo su fe, el príncipe húngaro se presentó en la calle de Aumale resuelto á bofetear á Miguel Meuko.

¡Meuko! ¡Aquel muchacho á quien él quería casi como á un hermano! Aquel hombre para el cual había soñado toda clase de glorias, Miguel Meuko le había engañado como el ser más miserable, y herido con la perfidia de un cobarde. Si, le había herido en el preciso momento que la herida había de ser más atroz, á la salida de la iglesia, cuando el mal era irreparable, cuando ya era demasiado tarde, entonces fué cuando corrió á decirle:

—¡Mi querido príncipe, esa mujer que amais, esa mujer á quien vais á hacer vuestra esposa, ha sido mi querida!... Sí, mi querida. Y en prueba de ello, tomad, leed, leed y vereis cuánto me amaba.

Si en aquel momento Miguel hubiese estado al alcance de las robustas manos de Andras, seguramente éste le hubiera estragulado sin vacilar...

El príncipe no encontró á Meuko en su casa.

—El señor conde se marchó ayer—le respondió el criado.

—¡Ayer!... ¿A dónde se ha ido?

—El señor conde ha debido embarcarse hoy en el Havre para New York... El señor conde no nos ha dicho, por lo demás, á dónde iba fijamente... A América... No sabemos... Pedro, el cochero, y yo sabemos únicamente que el señor conde no volverá á Paris... Sin embargo, continuamos á su servicio... Esperamos sus órdenes...

Después de vacilar un poco, el criado añadió:

—¿Vos no sois, monseñor, el príncipe Zilah?

—¿Por qué esa pregunta?—repuso Andras.

El criado adoptó una actitud humilde, pero que parecía sincera.

—¡Ah! lo digo porque si monseñor recibiese noticias del señor conde referentes al paquete que esta mañana he llevado á Maissons-Laffitte para su excelencia...

—¿Qué?—replicó Andras.

—En este caso yo rogaría á monseñor que dijese al señor conde que sus ordenes quedaron cumplidas ayer tarde...

—¿Ayer tarde? ¿qué significa esto?... A ver explicaos—dijo el Príncipe en tono seco.

—El señor conde, al marcharse, me recomendó efrazmente que llevase á monseñor el paquete ayer tarde mismo... Monseñor me perdonará... estaba convidado... una comida de boda... y por esto no he cumplido hasta esta mañana las terminantes ordenes del señor conde... No habiendo encontrado á su excelencia en su hotel,

en París, sin perder tiempo tomé el tren de Maissons, a fin de desempeñar mi comision más pronto. Confio en que, á pesar de todo, no habrá llegado demasiado tarde... ¡Oh! el señor conde manifestó mucho interés en ello, y si supiera... yo sentiria muchísimo que tuviera motivo para reprenderme por alguna cosa. Cada uno tiene su amor propio.

Andras; sin separar la mirada del criado, le escuchaba algo alterado y confuso de tomar parte en aquella especie de investigacion.

—Segun eso, el conde Meuko queria que aquel paquete se remitiera ayer tarde mismo.

—Yo suplico á monseñor que no diga al señor conde que sus ordenes no han sido obedecidas.

—¡Ayer?—repitió Andras.

—Ayer, sí, monseñor. Mi amo el señor conde se ha marchado confiado en que seria obedecido... y verdaderamente debia de confiar... porque yo soy muy exacto en mis deberes, muy exacto... Y si el señor necesita algun dia...

El principe hizo una sefial al criado, que parecia dispuesto á continuar, para que callase. Le repugnaba á Andras que aquel hombre se mezclase en un secreto de su vida ¡Y qué secreto! Sin embargo, á juzgar por su humilde actitud, el criado ignoraba la importancia de su comision.

Una palabra más que hubiese cambiado con aquel criado, Andras se hubiese arrepentido de su humillacion. De aquellas confesiones del criado se deducia que Meuko no habia pretendido insultar su dicha, sino hacer aquellas re-

velaciones antes de que el matrimonio se hubier a celebrado. Esto era atroz, pero no era tan cobarde. Meuko se habia propuesto atacar á Marsa más bien que á Andras, como lo probaban las ordenes precisas dadas al criado. ¡Y que casualidades tan fatales hay en la vida! ¡Una broma entre criados hizo que por algunas horas estuviese en manos de un cualquiera su felicidad, su honor, el honor de Andras Zilah, el honor de toda su raza!

El principe volvió á su casa, decidido á no acordarse en lo sucesivo de Marsa, considerándola muerta, y á poner en juego todos los medios posibles para averiguar el paradero de Meuko y... castigarlo. Pero, ¿cómo dar con él en medio del torbellino de aquel Nuevo Mundo? Pasados los dias llegó á tener la casi certeza de que Meuko no habia embarcado en el Havre. Quizá no habia salido de Europa, y el mejor dia, por más que hubiese dicho lo contrario á sus criados, apareceria en París. Y entonces...

Entretanto, el principe hacia una vida retraidísima, buscando en la soledad de su hotel de la calle de Balzac el consuelo á sus decepciones, recibiendo únicamente á Varhely, á quien algunas veces hacia victima de su mal humor, tratándole con aspereza.

De pronto, salia de aquel ostracismo voluntario y concurría á las reuniones del comité encargado de distribuir socorros á los emigrados húngaros, al teatro, á la casa de la misma baronesa Dinati, á todos los puntos en que pudiera ser visto, presentándose con la cara alta y como desafiando á la opinion, dispuesto á castigar al

que tuviera la osadía de reirse ó de murmurar significativamente en su presencia.

La curiosidad de las gentes—y en particular aquel París exótico que constituía la sociedad del príncipe—pretendió pronto indagar la causa á que se debía aquel brusco rompimiento de Andras con la mujer á quien se había unido por amor, pero su misma ligereza hizo que no tardase mucho tiempo en fijar su atención en otro suceso cualquiera, olvidando la separación de Marsa y de Andras, á quien, después de todo, aquel mundo superficial que acostumbraba á tratar en broma hasta los asuntos serios, le respetaba como á un hombre superior, considerándolo como un alma elevada.

¡Alma elevada, sí, pero alma en pena! Solo Varhely podría decir hasta qué extremo sufrió Andras, á pesar de que nunca dijo una palabra á su antiguo y sincero amigo de cuáles fueran los motivos de su tristeza. Por lo mismo que Yanski nada sabía, sus sospechas se fijaron con insistencia en lo único que á su juicio podía haber provocado aquel estado de cosas, y dándose con rabia una palmada en la frente, se dijo:

—Sin duda eran cartas de amor, y yo mismo, inconscientemente, sirviendo á un miserable, las he hecho llegar á manos de Andras! ¡Qué estúpido soy! Pero, ¿quién podía calcular que Meuko, un hombre de honor, era capaz de tal infamia? Y, ¿quién se acuerda del honor cuando hay de por medio una mujer? ¡Imbécil! Ahora la cosa no tiene ya remedio.

Por su parte, también Varhely dió pasos para

enterarse del punto donde se hallaba Miguel Meuko. En la embajada de Austria-Hungría no tenían conocimiento de ello. La desaparición era completa, quizá se habría suicidado. Para no aumentar la pesadumbre de Andras, Yanski, misántropo por naturaleza, se esforzaba en dominar su temperamento, acallando su mal humor y su bilis, excitada por el recuerdo de los deplorables sucesos.

Poco á poco, por natural propensión, Zilah se abandonaba llegando á un estado en el que, como si sobre su alma flotasen negros nubarrones, sumido en la amargura, no solo aparecía indiferente á todo, sino que anhelaba con impaciencia un nuevo motivo de dolor para lanzar gritos más amargos y prorrumper en desesperadas quejas contra el destino.

A Zilah le hacía sufrir más que nada la indignación con que su lealtad se sublevaba contra tantas infamias como veía en este mundo en el cual creyó siempre encontrar virtudes. Entonces se motejaba de mentecato y necio por haber acariciado tantas ilusiones en su vida, que resultaban ser una mentira. Fé, entusiasmo, amor, amistad, todo era mentira.

Pero luego, sobreponiéndose su bondadoso corazón, decía, más apaciguado ya:

—Sin embargo, no porque haya habido un hombre cobarde y una mujer traidora, se puede reeriminar á la humanidad entera.

Después de todo, descartados Marsa y Meuko, él no tenía motivo de odiar á nadie, no sabía que tuviese ningún enemigo, y en París, su nueva

patria, era altamente considerado entre la sociedad más distinguida.

¿Ningún enemigo?

No, ninguno. Y no obstante, una mañana, al entrarle su criado el correo, entre varias cartas le entregó un periódico con faja, dirigido al «príncipe Zilah» que, al desdoblarlo, llamó la atención de Andras por dos sueltos que aparecían señalados con lápiz rojo como queriendo significar que en ellos se trataba de algo referente a su persona. Era un número de *La Actualidad*, que ignoraba quién podía remitirlo.

Andras recibía muy pocos periódicos, y al ver aquél, su primer impulso fue el de echarlo al cesto después de que ya lo había estrujado entre sus manos. Algunas palabras que casualmente llegó a distinguir en aquel impreso: «manicomio... caso de locos...», y la inicial de su nombre, le hicieron variar por completo de parecer.

Con penetrante dolor al principio, y luego con rabia amenazadora, leyó aquellos dos sueltos colocados a continuación, y como complemento uno de otro.

«De una triste nueva—decía el primero—que tiene afligida a la colonia extranjera, de París, y en particular a la simpática colonia húngara, tenemos que dar cuenta a nuestros lectores. La distinguida y encantadora princesa Z... cuya soberana belleza acababa de realzar el brillo de una corona gloriosa, ha sido trasladada recientemente, por acuerdo de los príncipes de la ciencia (en todos los estados sociales existen

príncipes), a la casa de salud del doctor Sims, en Vaugirard, rival de la célebre casa del doctor Luys, en Jory. Esperamos, en unión de los numerosos amigos del príncipe A. Z... que la repentina enfermedad de la princesa Z... será de corta duración.»

Según esto, Marsa era pensionista y estaba como prisionera del doctor Sims, cumpliendo las órdenes del doctor Fargeas. Andras no podía menos de sentir un resto de lástima al imaginarse a aquella desgraciada en una casa de dementes, livida, inmóvil y con la mirada extraviada propia de los locos.

A este primer suelto seguía el otro, entre los «Ecos de París», señalado también con lápiz rojo, y que Zilah, impulsado por una invencible curiosidad, leyó sin detenerse.

Un grito de rabia se escapó de sus labios cuando leyó impresa en él, entregada a la vulgaridad, sirviendo de pasto a la insaciable maledicencia y de objeto de escándalo a los necios, una alusión directa a su casamiento, más todavía, la historia misma de su matrimonio odiosamente relatada a continuación de aquella noticia en la cual figuraba su nombre de un modo tan groseramente intencionado.

Después de referir la enfermedad de la princesa Z... el redactor del periódico relataba una historieta picaresca en la que Andras veía, entregado a la publicidad y sirviendo de entretenimiento a las gentes ociosas, el secreto de su vida y puesta al descubierto la herida de su alma.

UNA NOVELITA PARISIENSE.

«Como la mayor parte de las novelas parisien-
ses del día,—decía el redactor de *La Actualidad*,
—la novelita en cuestion es una novela exótica.

»Paris pertenece á los extranjeros. Cuando los
parisienses de quienes se ocupan las crónicas no
son americanos, rusos, romanos, portugueses, in-
gleses, chinos ó húngaros, no se les considera
como tales, no son ya «parisienses.» Los pari-
sienses del día son parisienses del Prater, de la
Perspectiva Newski, de la Quinta Avenida; no
son genuinamente parisienses. Antes de diez
años el boulevard estará situado en Chicago y
se irá á pasar la noche en el Edén, teatro de
Pekin.

Hé aquí, pues, la «novela parisiense» del día.

»Había en Paris cierto gran señor moldavo ó
valaco ó moldo-valaco (en una palabra: *parisien-
se*, parisiense del Danubio, si se quiere), que se
enamóro de una jóven griega, turca ó armenia,
tambien de Paris, morena como la oscuridad de
la noche, bella como la luz del día. El gran se-
ñor tenia ya algunos años, cuyo número era di-
fícil fijar. La bella ateniense ó georgiana ó cir-
casiana, era jóven. La opinion calificaba de im-
prudente al gran señor. ¡El *despues* de la union
es de tal modo incierto! Pero ¿qué hacer cuando
se ama? «Casáos»; «no os caseis», dice Rabelais
en Moliere. Quizá hasta ellos dos lo decían. Así,
que el gran señor se casó.

»Parece, si ha de darse crédito á las persona

bien informadas, que el *despues* puede algunas
veces llamarse *antes*. Lo que resulta indudable
es que el gran señor valaco y la bella georgiana
no llegaron á pasar, despues de casarse, dos ho-
ras bajo un mismo techo. El mismo día, sin que
hubiese cuestion, sin escándalo y casi sin ruido,
se separaron, y el problema de esta separacion
que era una forma rápida y práctica del divor-
cio, ha sido por mucho tiempo la preocupacion
de la *high life*.

»Únicamente, más adelante, se notó que la
separacion de los dos esposos habia coincidido
con la desaparicion de un elegante agregado de
embajada, á quien con mucha frecuencia, hace al-
gunos años, se le veia caracolear por las inme-
diaciones del Lago á las horas del *perul*, y que
en aquella época pasaba por ser el mejor valsador
de la colonia austriaca, moscovita ó castel-
tellana de Paris.

»Si fuésemos indiscretos, podriamos crear un
drama con estos tres personajes; pero nos pro-
ponemos demostrar que los *reporters*, diferen-
ciándose en esto de las mujeres, saben en ciertas
ocasiones guardar un secreto.

»Para las aficionadas al baile que tal vez se
interesan todavia por los finos bigotes retorci-
dos del fugitivo ex diplomático, podemos decir,
sin embargo, que el elegante valsador ha sido
visto, no ha mucho, en Bruselas. Su aparicion
fue un relámpago. ¡Ah, si lo hubieran sabido las
devotas de Terpsicore!

»Algunos de los que le han visto han obser-
vado que está muy pálido y como enfermo

todavía de las heridas recibidas hace algun tiempo.

»Cómo el marido de *Marianson dame jolie*, el gran señor valaco, habia por casualidad atado á la cola de su caballo al joven diplomático.

»En cuanto á la bella georgiana, dícese que está desesperada por la marcha de su marido, cumplido caballero, que á pesar de la aventura, siempre ha sido un príncipe distinguido.»

Rápidamente, Andras Zilah llevó sus ojos á la firma de aquel artículo. Los «Ecos de París» aparecían suscritos por *Puck*.

¡Puck!... ¿Quién sería aquel Puck? ¿Cómo un desconocido, un indiferente, un rebuscador de historietas, cometía la indiscreción de lanzar á la publicidad aquellos hechos que Andras creía que no eran conocidos de nadie por constituir el secreto de su vida? Zilah llegó á creer que aquel *Puck*, aquel atrevido periodista, debía ser un cómplice ó un amigo de Miguel Meuko.

¡Ahora veremos si el señor Puck es tan difícil de encontrar como Meuko!

Iba ya á salir el Príncipe cuando anunciaron á Yanski Varhely. Venia algo alterado y frunciendo duramente el entrecejo.

Al ver sobre la mesa del despacho del príncipe el número de *La Actualidad* marcado con lápiz rojo, no pudo reprimir un movimiento de cólera.

Cuando Varhely no sabia qué hacerse una tarde, la dedicaba á pasear por los jardines del *Palais-Royal*; y luego, sentado bajo el toldo del café de la Rotonda, hojeaba rápidamente los periódicos de los distintos países, ingleses, es-

pañoles, italianos, dando, como él decía, una vuelta por toda Europa, cuyas lenguas poseía en su mayor parte.

Una hora antes, aquel día, Yanski se hallaba entregado á esta distracción, leyendo *La Actualidad*, cuando de pronto se le pudo oír un juramento de ira, un *teremetete*... húngaro, al tropezar precisamente con aquellos sueltos que al príncipe Andras se le habian señalado.

Varhely releyó dos veces aquellos párrafos hasta que se convenció plenamente de que en ellos se aludía con toda la claridad posible, al príncipe Zilah. Una idea asaltó instantáneamente á Yanski.

—¡Con tal de que Andras no tenga conocimiento de este artículo!... No acostumbra á leer mucho los periódicos... Seria preciso que se le remitieran expresamente...

Y el viejo misántropo corrió al hotel del príncipe, pensando que no faltan gentes que se complazcan en enviar bajo sobre á los interesados sueltos de este género.

Pronto se convenció de que habia acertado, al ver sobre la mesa de Andras el periódico. Conociendo que ya llegaba tarde, se puso furioso:

—¡Qué torpe soy!—murmuró.—¿A dónde vais?—preguntó á Zilah, que estaba poniéndose los guantes y dispuesto para salir:

El príncipe cogió el periódico, lo dobló muy despacio y dijo:

—Necesito salir.

—¿Habeis leído ese periódico?

—Lo que está marcado.

—Debeis de saber que eso que dice no ha ocurrido. Esa es una hoja que no lee casi nadie... que se sostiene de los anuncios... de los negocios de Bolsa, Dios sabe de que... No hay, pues, razon para ocuparse de tal papel.

—No me ocuparia si solo se tratase de mi. Pero en el escándalo se ha mezclado el nombre de la mujer á quien he dado mi titulo, Quiero saber quién ha hecho esto y por qué?

—¡Oh, por nada, por entretenersel Porque ese caballero... ¿cómo se firma?... *Puck*, no ha encontrado otra cosa en qué gastar la tinta.

—Decididamente,—dijo Zilah,—es un absurdo pensar que el hombre puede vivir con ilusiones... La realidad salte á cada paso y nos salpica de barro sucio.

Y se fué hácia la puerta.

—¿Adónde vais?—preguntó Varhely.

—A las oficinas donde se escribe este papel.

—No cometeréis una imprudencia semejante. El artículo, que hasta ahora no ha hecho ruido, correría todo Paris si os ocupáseis de él, y en seguida sería comentado por los corresponsales de los periódicos austriacos y húngaros...

—¡Me importa poco!—dijo el Príncipe resueltamente.—Esa es su profesion. Yo quiero en todo y por todo cumplir con mi deber...

—Entonces os acompañaré.

—No—añadió Andras—os ruego que no hagais nada. Tal vez mañana me servireis de testigo.

—¿Un duelo?

—Justamente.

—¿Con el señor... Puck?

—Con el que me insulta; su nombre me es indiferente. Puesto que *él* se me escapa y *ella* es irresponsable... y está castigada... considero como cómplice de su infamia á todo el que de palabra ó por escrito haga la más insignificante alusion... Por el pronto, mi querido Varhely, quiero estar solo... No os incomodeis, ya sé que en vuestras manos mi honor estaria tan fielmente guardado como en las mias.

—¡Indudablemente—dijo Varhely con cierto tono—y aun espero que ha de llegar un dia en que así os lo pruebe!

XXV

El príncipe Zilah no se fijó en la manera especial con que Yanski había acentuado sus últimas palabras, y estrechando la mano á su amigo, subió al carruaje y se hizo llevar á las oficinas de *La Actualidad*, instaladas en un tercer piso de la calle Halevy, y que á juzgar por algunas señales, no hacía mucho tiempo.

Zilah vió una plancha de cobre con el nombre del periódico, y penetró en la casa. En la antecámara se encontró con algunos mozos, y por una puerta entreabierta distinguió una habitación, en la que se veía una mesa larga con recado de escribir, que sin duda era el gabinete de la redacción general. Por allí no se veía ningún redactor; el periódico *se hacia* por la noche.

—¿No hay nadie que me atienda?—dijo el príncipe.

Un mozo le preguntó entonces si se trataba de la redacción.

—Claro es,—contestó Zilah.

—En ese caso, señor, el secretario os recibirá. ¿Teneis una tarjeta? O si os parece bien, anotad vuestro nombre en un pedazo de papel...

Así lo hizo Andras; el mozo desapareció por un corredor, abrió una puerta, y á poco volvió á aparecer, diciendo al príncipe.

—Si teneis la bondad de seguirme, Mr. Fresnin os recibirá.

Andras se encontró con un hombre amabilísimo, joven todavía, que estaba en un despacho sencillamente amueblado, escribiendo en aquel momento, y que despues de devolverle el saludo al visitante, le indicó que tomara asiento.

Zilah le contemplaba tranquilo y casi indiferente en apariencia, cuando por otra puerta frente á la que él había entrado apareció un hombrecillo elegante, moreno, con bigote retorcido, y á quien Andras miró superficialmente, pareciéndole conocerlo por haberlo visto no recordando donde. El recién venido vestía irrepugnablemente á la moda, llevaba bajo el brazo un baston con sus iniciales, y al extremo de un cordón de seda pasado por el cuello un monóculo redondo que completaba su tipo.

Tendiendo la mano al secretario, despues de saludar ligeramente á Zilah, que continuaba sentado, le dijo precipitadamente:

—¡Yadad! no hay más que hablar; puesto que Tourillon no está, yo me encargo de hacer la revista de las carreras de Engien. Allá me voy. No deja de ser divertido Engien... ¡En Engien no abundan las horizontales!... Pero todo esto está en el sacerdocio, ¿no es cierto?

—Daos prisa,—dijo Fresnin mirando al reloj;—no vais á llegar al tren.

—¡Oh! tengo abajo un coche.

Dió la mano á su compañero, se despidió y corriendo desapareció como arrastrado por el

torbellino, en tanto que Fresnin, volviéndose hacia Zilah, le decía:

—Dispensadme, caballero—mirándole como si esperase una petición cualquiera.

Zilah sacó del bolsillo el número de *La Actualidad* y dijo tranquilamente:

—Quisiera saber, caballero, á quién se pretende señalar en este artículo.

Y al decir esto señalaba con la uña de su dedo pulgar los párrafos alusivos y alargaba el período al secretario de la redacción.

Fresnin pasó una rápida ojeada por el artículo.

—Conozco el suelto—dijo,—puesto que aquí tengo el número... pero verdaderamente ignoro á quién puede referirse. Ni siquiera podría decir si cuanto en él se contiene es una historieta como todos los días se inventan...

—¡Ah!—dijo Zilah.—¿Y el autor del artículo lo sabe?

—Probablemente—respondió Fresnin sonriéndose.

—Entonces podreis decirme el nombre de la persona que ha escrito esto.

—¿No está firmado el artículo?

—Sí, lo firma un tal *Puck*. Esto no es un nombre.

—Un pseudónimo, en literatura es un nombre—dijo Fresnin.—Además, yo opino que siempre se tiene derecho á conocer la cara que se oculta bajo la máscara. Sólo que es preciso estar interesado en ello directamente. ¿Os atañe la historia de que me hablais, caballero?

—Supongámoslo—dijo el príncipe algo contrariado, porque al fin y al cabo estaba hablando con un hombre bien educado;—si, supongamos que el hombre de que aquí se trata, ó á quien más bien se insulta, sea mi mejor amigo. Tengo el deber de pedir una esplicacion al autor del artículo, y aun necesito saber si verdaderamente es un periodista el que lo ha redactado.

—¿Quereis decir?...

—Quiero decir, que puede haber alguien interesado en que este artículo haya salido á luz, y en este caso necesito conocerlo.

—Teneis razon, caballero; pero sólo una persona puede responderos á eso, y es el autor del artículo.

—Por eso mismo necesite saber su nombre.

—El no lo oculta—dijo Fresnin.—El pseudónimo sirve en este caso para estimular la curiosidad, pues por lo demás, *Puck* tiene su personalidad y con ella manos y lengua.

—Así lo creo—dijo Zilah.—Y en fin, ¿cómo se llama?

—Pablo Jacquemin.

Zilah conocia aquel nombre por haberlo visto al pié del artículo en que un *reporter* describía la fiesta que se celebró en el Sena á bordo del vapor; pero no podia creer que Jacquemin estuviera tan al corriente de aquella historia.

No obstante el mucho tiempo que hacía que vivía en Francia, Andras no se habia acostumbrado á mirar á Paris como una especie de provincia, en la que todo llega á saberse, aunque sólo sea por el afan con que todo el mundo trata de

averiguar, de adivinar, sólo por la vanagloria de aparecer bien informado.

—¡Ahora podreis decirme dónde vive Pablo Jacquemin?

—Calle Rochechouart, esquina á la de la Tour d'Auvergne.

—Gracias, caballero—dijo Andras, levantándose bruscamente, ya cumplido el objeto de su visita.

—Únicamente—replicó Fresnin—debo decir que si deseais ver á Mr. Jacquemin en su casa, no le encontrareis, al menos por el momento.

—¿Por qué?

—Porque hace un momento lo teniais delante, y ahora debe estar ya camino de Engien.

—¡Ahl—replicó el Príncipe.—¡Bueno, le esperaré!

Saludó á Fresnin, que le acompañó hasta la puerta, y en el coche volvió á leer los sueltos de *Puck*, de aquel *Puck* á quien ahora ya conocia perfectamente, recordando que la baronesa se lo habia presentado con su nombre de Pablo Jacquemin, y al cual hacia un momento oyó expresarse en el tono más desdenoso, como hombre habituado á toda clase de elegancias, cansado del lujo, hastiado de las fiestas de sociedad é indiferente á lo que no fuese *chic*, segun la frase corriente.

Zilah recordó que la baronesa tenia especial predilección por el tal Jacquemin, y temió que siendo tan aturdida como era, fuese ella quien hubiera contado la aventura al cronista, facili-

tándole antecedentes para el artículo de *La Actualidad*.

—Y, sin embargo—se decia Zilah reflexionando,—estoy seguro que ni por ligereza ni con intencion, ha tomado parte la baronesa en esta infamia, ni ha dicho nada á este hombre...

Podia encargar á un amigo que exigiese á Jacquemin una esplicacion, seguro de que no se negaria á darla; pero Andras no buscaba la reparacion, porque opinaba que una herida no lava la mancha; sino que, lleno de ira, ya que no podia ponerse frente á Meuko, ansiaba dar con alguno para descargar sobre él toda la rabia reconcentrada de lo mucho que sufría.

Quería proporcionarse el placer de la venganza, y ya que aquel periodista parlanchin se metía en interioridades de su vida, con él se las habria, forjándose la ilusion de que tenia delante al cobarde fugitivo.

Y despues de todo, ¿quien le aseguraba que aquel Jacquemin no fuese el confidente de Meuko?

Varehly no hubiese reconocido en él al príncipe Zilah, á aquella alma generosa de otras veces, siempre dispuesta al perdon y á la piedad.

Andras esperaba con impaciencia el dia siguiente, y á las once de la mañana ya estaba en la casa cuyas señas le diera Fresnin, preguntando si vivía allí Pablo Jacquemin. Contestáronle afirmativamente.

Era una casita vieja, de pobre entrada, con su corredor oscuro y húmedo, del cual salian malos olores, una casa de obreros miserables, cons-

truida cuando aquel sitio formaba casi las afueras de París. Andras estuvo casi vacilando antes de entrar, no pudiendo creer que aquel elegante del *stik* y del *monóculo*, que hablaba desdenosamente de que en Engien no se veían *mujeres de fama*, habitase en aquella triste y mezquina vivienda. Pero al preguntar por Jacquemin, le habían dicho:

—Sí, caballero, en el cuarto quinto de la derecha.

El Príncipe había llegado al quinto piso, y frente á la puerta de la habitación que buscaba, todavía no podía creer que el Jacquemin que allí vivía fuese el mismo que vió el día anterior y que en los salones de la Baronesa era el *factotum* y el indispensable. Andras llamó, y pasados unos minutos, se abrió la puerta, apareciendo en ella una mujer joven, rubia, pálida, de hermosa cabellera algo despeinada, con una chaqueta blanca, que se abrochó al encontrarse con aquella cara desconocida, y una falda negra.

—¿El señor Jacquemin?—dijo Andras con el sombrero en la mano.

—Aquí es—dijo la joven algo admirada.

—¿El señor Jacquemin, el periodista?—añadió precisando más su pregunta.

—Sí, sí, caballero—respondió ella con cierto orgullo, que el húngaro no dejó de notar.

Entretanto había abierto la puerta del todo, y haciéndose á un lado para que pudiera pasar el visitante, siguió diciendo:

—Podeis pasar adelante, si quereis, caballero. Jacquemin no recibía visitas en su casa, pues

generalmente las citaba en la redacción, y de aquí que ella se sorprendiese. Sin embargo, sospechando que aquel desconocido quizá trajera *trabajo*, como ella decía, para su marido, insistió en que pasara, y el Príncipe entró en la casa. Una antesala pequeña, un comedor reducidísimo que daba paso á la cocina y en el cual jugaban tres niños que tendrían de dos á cuatro años, fué lo primero que apareció á los ojos de Andras. Sobre la mesa se veían dos pares de guantes de caballero y algunas corbatas blancas recientemente lavadas, así como algunas camisas que sin duda estaba planchando la mujer aquella cuando sonó la campanilla.

También la mujer llamó la atención de Zilah. Pequeña, delgada, muy bonita, con esa palidez propia de la fatiga, con sus labios anémicos y lánguida mirada parecía una muchacha sin haberse desarrollado por completo.

—Sentaos, si quereis, caballero—le dijo adelantando una silla de junco que se caía á pedazos.

En aquella misera habitación no había detalle que no revelase la estrechez con que vivían sus dueños. Zilah se sentía profundamente impresionado y sorprendido ante aquel pobre interior, ante aquella tímida mujer, ante aquel grupo de niños mal vestidos que le miraban atemorizados.

—¿No está en casa Mr. Jacquemin?—preguntó resuelto á irse en seguida si no veía á quien él buscaba.

—No, caballero, pero no tardará en volver. Sentaos un momento, os lo ruego,

Habia tal amabilidad en su manera de expresarse, y revelaba tal inquietud de que se marchase aquel desconocido, á quien ella suponía portador de alguna buena noticia para su marido, que el Príncipe no supo negarse, y maquinalmente se sentó.

—¿Es vuestro marido, señora, el que se firma *Puck* en *La Actualidad*?—preguntó.

—Sí, caballero, sí, él es—contestó ella con orgullo.

Puck ó Jacquemin, para aquella mujer que adoraba á su marido, á su Pablo, era lo mismo, y por eso no cabía de gozo cuando leía y oía comentar los artículos de *La Actualidad*.

—Sí, él es, caballero—continuó diciendo, mientras que Zilah, sin decir palabra, la miraba atentamente. En vez de los pseudónimos, como él dice, yo preferiría ver impreso su nombre verdadero, que es el mío; mas á lo que parece, esto de *Puck* escita la curiosidad y hace que las gentes se pregunten: «¿Quién podrá ser?» ¿Sin duda vos sois también del periodismo?

—No—respondió Zilah.

—¡Ah! Creí... Hacedis muy bien. Es un oficio muy pesado... Se retiran tarde... Y si vierais lo que el pobre Pablo tiene que trabajar, alguna vez hasta por la noche... Todo esto fatiga, y además cuesta... ¡Ah! perdonadme que no haya quitado de ahí esos guantes... los estaba lavando... A él no le gusta esto, porque dice que siempre se conoce... Y no es así, porque yo que soy mujer no lo distingo... ¡Además, lo hago con tal esmero! Hay que ingeniarse; cuesta; todo tan caro!...

—Me estraña que tarde tanto—dijo la pobre mujer escusándose de hacer esperar á Zilah.—Algunas veces almuerza en un restaurant... porque dice que en esos sitios se adquieren noticias...

Zilah empezaba á estar violento. Escitado por la cólera, habla ido en busca de aquel betarate periodista, y en vez de esto, se encontraba con aquella pobre mujer humilde y agradecida que le hablaba de su Pablo como si fuese su Dios, y que ignorando completamente la vida de aquel hombre, solo se ocupaba en amarle y cuidarle, sacrificándose por él, y siendo la antítesis más rara de la vida de lujo que Jacquemin hacía fuera de la familia.

—¿No acompañais nunca á vuestro marido?—le preguntó Andras.

—¿Yo? ¡Oh, nunca!—contestó la joven con una especie de espanto.—El no quiera. Y con razón. Cuando nos casamos, hace cinco años, él no era lo que ahora; era empleado en el ferrocarril del Oeste. Yo era costurera. Entonces estábamos mejor; íbamos juntos al teatro, á paseo; él no conocía á nadie. Pero ahora es diferente. Ya comprendéis que si la señora baronesa Dinati, por ejemplo, me viese del brazo de Pablo, esto no habría de darle mucho lustre.

—Os equivocais, señora,—repuso el húngaro con amabilidad.—Os saludarian á vos antes que á él.

Sin comprender mucho, ella vió en aquella frase una galantería, y se ruborizó. Temiendo haber dicho alguna tontería, como le echaba en cara

Jacquemin, reprendiéndola casi todos los días, ya no se atrevió á continuar hablando.

—¿El señor Jacquemin va al teatro con frecuencia?—preguntó luego Andras.

—Sí, le es preciso.

—¿Y vos?

—Alguna vez. No á los *estrenos*, porque se necesita ir bien vestida, sino despues cuando ya hay menos entrada. Y aun así, voy poco, temiendo que á los niños les ocurra algo mientras yo estoy fuera, por lo cual no me divierto. Luego, como Pablo no puede quedarse... ¡Trabaja tanto el pobre! Me parece que hoy ya no vendrá—dijo tristemente.—Los pequeños se comerán un bifeck, á esto se reduce su comida; no les sentará mal.

A seguida cogió á los pequeños y los sentó alrededor de la pobre mesa cubierta de un hule, diciéndoles cariñosamente: «Sí, ¿teneis hambre? bueno, estád quietos, hoy os vais á comer el bifeck de papá.» Luego puso á calentar una taza de café con leche, que, junto con un trozo de queso de Italia, les sirvió de almuerzo.

Instintivamente se iba apoderando de Zilah la simpatía hácia aquella honrada mujer y buena madre, y á la vista de aquel cuadro conmovedor, sentia desaparecer poco á poco su cólera, á la que sustituía una piedad inmensa y una ternura que oprimía su corazón.

Recordando que habia ido á aquella casa resuelto á provocar á Jacquemin, se representaba Zilah la horrorosa escena que tendria lugar en aquella inocente familia si el periodista tenia la

mala suerte de volver á ella herido, y herido tal vez de muerte.

—¡Ah, pobre mujer! No sería Andras causa de semejante dolor, de tal afliccion. Entre su espada y el impertinente Jacquemin se interponia ahora aquella triste y santa mujer y aquellos infelices niños que se arrastraban por allí, medio olvidados, medio abandonados por el padre y que se educaban y crecian como Dios queria.

—Puesto que Jacquemin no viene, voy á dejaros que almorceis, señora—dijo Zilah levantándose y disponiéndose á marchar.

—¡Oh, no me incomodais, caballero! ¡Ya veis que no por eso he dejado mis tareas.

—Adios, señora—añadió Andras saludándola con marcado respeto.

—¿De modo que os marchais, caballero? Desearía saber qué he de decirle... qué es lo que queriais...

—No hay necesidad, señora, porque, á decir verdad, lo que yo venia á pedir á vuestro marido no tiene ya razon de ser. Pero esta visita no me pesa, porque me ha dado á conocer á una señora respetable, á la que ofrezco mi consideracion.

¡Pobre infeliz! Ella no estaba acostumbrada á tales cumplimientos. Más roja que una amapola balbuceó algunas frases de agradecimiento, quedando como desconsolada al ver alejarse á aquel hombre que se marchaba sin decir lo que quería y tras del que ella sintió un vacío como si desapareciese repentinamente con él una esperanza.

—¡Ah! qué secretos encierra la vida de Paris, —pensaba Zilah al bajar la escalera.

Cuando entró en su casa de regreso de aquella visita, se encontró a Yanski Varhely, que le estaba esperando, y en cuyo semblante se retrataba la inquietud.

—¿Qué ha ocurrido?— preguntó el antiguo husar.

—¡Nada!

Y le refirió cuanto acababa de ver.

—¿Qué París éste!—dijo en seguida.—Veo que para conocerlo bien es necesario penetrar en el interior de las familias.

Sentándose, cogió un pliego de papel y escribió:

«Caballero:

»Al publicar el artículo que habeis escrito, referente al príncipe Andras Zilah, habeis cometido una accion indigna. Un intimo amigo del príncipe estaba resuelto á hacéroslo pagar caro. Alguien le ha desarmado. Esta ha sido la admirable mujer que tan honradamente lleva el nombre que le disteis y que con tanto valor sabe sobrellevar la vida que vos le dais. Mme. Jacquemin ha hecho olvidar la infamia de *Mr. Puck*. Pero otra vez que os pongais á hablar de las desdichas ajenas, fijaos un poco en vuestra existencia y aprovechad la eleccion de moral que de paso os da.

»UN DESCONOCIDO.»

—Ahora — dijo Zilah — hacedme el obsequio, mi querido Varhely, de encargar que lleven esta

cartita á Mr. Puck á las oficinas de *La Actualidad*, y al mismo tiempo decidle á vuestro criado que compre algunos juguetes, los que él quiera; ahí va el dinero, y despues los lleve á casa de Mme. Jacquemin, calle Rochechouart, número 25. Tres juguetes por lo menos, porque son tres los niños. Esto habrán ganado al fin los pobrecitos.

XXVI.

En lo sucesivo Andras Zilah procuró cada día vivir más apartado del mundo, sin que nada le sacara de su soledad. ¿Qué le importaba que hubiesen aparecido en aquel periódico, que quizá habría cesado ya de publicarse, aquellos sueltos odiosos? Su dolor no estribaba en que le recordasen la traición, sino en la traición misma. Y este sufrimiento continuo era lo que casi le hacía desear la muerte.

—¡No obstante, es preciso vivir!—se decía.—
¡Si vivir apesadumbrado eternamente es vivir!

Por huir del presente se entregaba á los recuerdos de la guerra como si se sumergiese en un baño de olvido, olvido extraño en él que encontraba de nuevo los patrióticos dolores de otro tiempo. Con feroz ahineo se dedicaba á leer los libros en que Georgey y Klapa, los actores del drama, justificaban sus actos ó exhalaban sus quejas. Esperaba que la patria le haría olvidar su amor.

En el salón principal, donde de ordinario se pasaba horas enteras, varias veces sus ojos se fijaban en los lienzos de Matejko, el Polonés, en los cuadros que representaban batallas, soldados, húsares ó *houveds*, yendo al combate, cam-

pamentos de tziganos en medio de una puesta de sol roja como un incendio, y en todo ello veía la inolvidable puszta húngara. Las horas se le hacían agradables contemplando aquellos lienzos que le hablaban de su pasado.

A los ratos de taciturno abatimiento sucedían en su ánimo vivos deseos de respirar nuevos aires, de huir de París, de poner mucha tierra entre Marsa y él, emprendiendo un viaje larguísimo, haciendo una expedición por el mundo, donde la impresión de cosas y hechos desconocidos amortiguaria su dolor y donde quizá la casualidad le deparase un incidente cualquiera que le quitara la vida.

Esto sin contar con que esa misma casualidad podría poner en su camino, y al alcance de su mano, á Meuko.

Pero llegado el momento de ponerse en marcha, de lanzarse en aquella desatinada carrera, la indolencia se apoderaba de él y experimentaba un entorpecimiento como el herido que carece de fuerza para moverse. Y así seguía en su casa sin salir apenas, triste, afligido, pensando, en medio de sus cavilaciones, si debía entablar un pleito para romper aquella unión, para reclamar su nombre á aquella mujer que se lo había robado:

¿Pleitear? Solo la idea le repugnaba. Entregar á los desmenzadores de la palabra el altivo é intachable nombre de los Zilah, oírlo razonar, no en el estrépito de la batalla, en los campos, entre el choque de los sables y el galopar de los caballos, sino bajo el techo de una sala

de justicia, al oído de los curiosos, de los indiferentes, de los estragados... no, era preferible el silencio. Todo ántes que el escándalo.

¿El divorcio? Para él ya existía, puesto que Marsa con la razón perdida, podía considerarse muerta por entonces. El divorcio, ¿que le devolvería? ¿Su libertad? Ya la tenía. Lo que no podía devolverle era su fé perdida, sus ilusiones desvanecidas, su honor hecho jirones y arrastrado por el fango.

Cuando estas ideas le asaltaban, rojos vapores oscurecían su vista y la ira oprimía violentamente su pecho.

A veces ardía en deseos de ver nuevamente á Marsa, como si todavía quisiera lanzar al rostro de la infeliz algún rayo de su cólera. Cuando, por casualidad, pasaba por su mente el nombre de Maissons-Lafitte, experimentaba como un sacudimiento eléctrico. ¡Maisson!

Aquel jardín bañado por el sol, aquellas calles de árboles, aquellas flores, aquella villa con su virgen bizantina se le aparecían de repente, como un paraíso perdido, ó más bien emponzoñado. Por otra parte, Marsa ni siquiera estaba ya allí, y la idea de que aquella criatura superior, aquella mujer que, en mejores tiempos, le hacía estremecer al pensar que iba á embriagarse con el perfume de sus cabellos, con el encanto de sus caricias, se hallaba allá, en Vaugirard, asilada entre dementes, le producía una sensación de agudo sufrimiento, de sofocación, como si le atormentase una pesadilla.

Hasta tal extremo le preocupaba aquella casa

de locos en que estaba presa Marsa, que algunas veces sentía necesidad de huir, por no aparecer débil, por no caer en la tentación de ver de nuevo a la tzigana.

—¡Que cobardes somos!—pensaba.

Una tarde anunció á Varhely su propósito de trasladarse á aquella apartada villa de Sainte-Andresse, desde donde tantas veces, hablando de la patria, habían contemplado el mar.

—Voy allí para estar solo, mi querido Yanski! pero estar con vos es como estar solo, sin extraños. Espero, pues, que os vengais conmigo.

—Seguramente—dijo Varhely.

El Príncipe solo se llevó un criado. Aspiraba á vivir en aquella costa bravía como un oso en lo alto de las montañas. Allí Varhely, asustado del cambio rápido que de día en día era más perceptible en la salud de Zilah, de aquel color amarillento que iba tomando su triste semblante, no le abandonaba un momento, procurando distraerle y arrancarle de sus preocupaciones haciendo recaer la conversación sobre aquellos inolvidables días que sólo él, su antiguo amigo, podía evocar con todos sus interesantes detalles como copartícipe de los memorables sucesos en los que el príncipe Zilah había sido el héroe.

Andras y su amigo permanecían largas horas en la azotea de la villa viendo ponerse el sol á sus pies, en tanto que las lanchas, con sus blancas velas al viento, surcaban como gaviotas el azulado mar y que la luz crepuscular enviaba

sus rayos sobre las paredes de rojo ladrillo y las ventanas de la casa.

Profusion de flores puestas en tiestos de loza fina y reluciente como el oro aumentaban el encanto de aquel paraje, y en las laderas Yugouville las casas, con sus tejados de pizarra, rodeadas de árboles, se teñían de púrpura, en tanto que los aduaneros, con su carabina á la espalda y en tranquila conversacion, caminaban lentamente hacia sus puestos para vigilar durante la noche.

Aquella impresion de apacible calma iba poco á poco produciendo en el príncipe Zilah el efecto saludable de un baño despues de una fiebre nerviosa. Se dejaba llevar á reflexiones ménos amargas, y ¡cosa rara! aquel rudo Yanski Varhely era quien, con sus zalamerías, habia conseguido que su amigo se conformara más resignado con la vida.

Muchas veces Andras y Varhely bajaban á la playa. El mar casi lamia sus piés. Su brillante superficie despedia plateados reflejos. Las olas, iluminadas por la luna, al agitarse parecían franjas de lucientes átomos. Los barcos, con el farol encarnado colgado en uno de sus palos, ó con sus verdes linternas, dejaban ver la direccion de su marcha.

De la arena mojada se desprendían reflejos deluz como si fuese un ancho espejo que embriera el suelo. La luna, cerniéndose en el inmenso cielo, proyectaba sus claros rayos, y aproximándose al mar, que se alejaba con la marea baja, hacia que á Andras y Yanski les pareciera

que tenían sus pies bañados por una oleada de plata en fusion.

En medio de aquel silencio, y á la vista de aquella inmensidad, los dos amigos conversaban tranquilamente, pareciéndole á Andras por un momento que el viento le arrebatara los pesares que empozoñaban su vida.

Y aquellos dos hombres, diversamente maltratados por la suerte, paseándose por aquella faja de arena, cambiaban sus ideas entre el murmullo del mar, como si fuesen dos heridos que mutuamente se sostenían para poder avanzar y para no caerse ántes de que terminara el combate.

Yanski, como objeto principal, ponía especial cuidado en hablar de hechos que despertasen en el ánimo del Príncipe la historia de su país, pretendiendo, por medio de la idea de patria, llegar quizá á dar vida á otro amor. Al evocar sus recuerdos, siempre Hungría, su querida Hungría, era el sueño acariciado con vehemencia por aquellos buenos patriotas.

—¡Ah! ¡he esperado tanto! ¡tantas ilusiones he concebido!—decía Andras.—Los idealistas no son felices dejando trascurrir el tiempo. Hoy, además, soy un hombre que se concreta á no esperar nada de la vida más que el desenlace. ¡Y sin embargo vería con placer aquel viejo castillo de rojiza piedra, donde me he criado, alimentando un mundo de esperanzas...! ¡ilusiones vanas que desaparecen cual burbujas de jabon...

Pasando por el barrio de los pescadores, por aquellas callejuelas de casas bajitas que dan al mar, una mañana se dirigían al Havre, cuando,

al llegar á este sitio, Varheli llamó de pronto la atención del príncipe sobre un cartel en el que se anunciaba una serie de conciertos en Frascati por músicos tziganos.

—¡Ah!—dijo Varhely;—¿os decidiríais á salir de vuestro retraimiento una vez por oír esa música?

—Sí, en verdad—replicó Andras.

Por más que el nombre de Marsa no llegaba á salir de los labios de Andras, absorbía por entero su pensamiento la imagen de la joven, y con ella acudía á su imaginación, triste é irónico, el recuerdo de aquel engalanado *steamer*, conduciendo á sus convidados por las aguas del Sena.

Cuando por la tarde fué al Casino experimentó una sensación particular, un dolor agudo al oír los suspiros, los gritos y las quejas de aquella sentimental música tzigana. Aunque los arcos de los instrumentos hubieran rozado con sus mismos nervios para arrancar los sonidos de aquellas *czardas*, no era posible que lograran hacerle estremecer con más violencia. Cada nota caía sobre su corazón como una abrasadora lágrima. Y Marsa, Marsa Laazlo, siempre Marsa, se le presentaba ante sus ojos.

Los tziganos tocaban unos valses que Marsa tocaba muchas veces en el piano; despues, la *Cancion de Plewna*, aquella queja desgarradora, y también aquel cruel refrán de Juan Nemeth, cuyas notas lastimeras eran para el príncipe como la lamentación de su vida:

—*¡Solo hay una hermosa en el mundo!*

Y á cada acorde, á cada pieza, la imagen de Marsa le mortificaba más y más.

—Vámonos—dijo de repente á Yanski.

Ya se marchaban, cuando á la salida tropezaron con un grupo de personas que, corriendo como unos locos y en la mayor algazara, se dirigian á aquel punto capitaneados por la baronesa Dinati, la cual al ver al Príncipe dió un grito, exclamando:

—¿Vos aquí, mi querido Príncipe? ¡Qué sorpresa tan agradable!

Y se colgó del brazo de Andras, al mismo tiempo que toda la tribu que la acompañaba se detenía para saludar al Príncipe.

—Venimos de Etretat, y ahora mismo nos volvemos, sí, sí, en plena noche... Ha habido una fiesta en el Havre... en el barrio de San Francisco—decía con su sempiterna é insulsa charla:—hemos vaciado todas las tiendas... en los tiros al blanco no ha quedado un muñeco entero... todas las figuras raras de porcelana que hemos hallado en las cristalerías las hemos comprado... Todo esto nos lo llevamos en el break... En Etretat haremos una *tombola* para los pobres...

El Príncipe quiso, en vano, desasirse de la baronesa, que no le dejaba.

—¿Por qué no venís á Etretat? Aquello es hermoso... Allí se charla, se baila, se divierte uno... Es lo mismo que la cubierta de un buque... Yamada nós dá alguna vez música... ¡Acercáos, Yamada!

Y la Baronesa, al decir esto, se dirigía al japonés, cuya figurita aparecía sonriente.

—¿No sabeis, mi querido Príncipe, que Yamada es más parisiense que los parisienses! ¡Qué japoneses! ¡No se puede negar, son los parisienses del Asia! ¿A que no sabeis á qué se dedica en Etretat? Escribe una opereta...

—¡Japonesa!—añadió Yamada, como correctivo, saludando con su geométrica elegancia —¡Oh! ¡japonesa, japonesa!—replicó la Baronesa —¡Pero en todo caso, muy graciosa!.. Se titula *¡La pequeña Musmé!* Una de las escenas tiene lugar en el *barco-jardín*. ¡Oh, es muy divertida, tiene un corte... muy original y naturalista... con unos *couplets* cantados precisamente por la pequeña Musmé!

Luego, y mientras que Zilah, bastante contrariado, miraba á Varhely, que hacía inauditos esfuerzos para hallar el medio de alejarse, la baronesa, tarareaba graciosamente los *couplets* del *maütrino* japonés.

.....
.....
El lindo barco
de Kioto!

—Cantado por la Judic ó la Theo, esto hará furor... Todo París lo repetirá...

—¡Ah! y a propósito —dijo la baronesa— ¿qué es lo que habeis hecho á Jacquemin? Si, á mi amigo Jacquemin...

—¿Jacquemin? —replicó Zilah.

Al instante acudió á su imaginacion la idea de la honrada y humilde mujer que quizá en aquel momento estaria en su pobre buhardilla, cosien-

do las ropitas de sus pequeñuelos, de los hijos de monsieur Puck, el revistero de salones de *La Actualidad*.

—¡Sí, es el caso que Jacquemin se ha vuelto un salvajel... Quise traerle á Etretat... Pero no hubo medio... Segun parece, es casado Jacquemin... ¡Qué gracioso! No lo parecía... ¡Casado! Pobre muchacho! ¡En fin!... En pocas palabras, cuando le invité; se negó, y el otro dia, insistiendo yo para que me explicara el motivo, me respondió (que es por lo que os hablo de esto): «¡Preguntádselo al príncipe Zilah!» ¡Qué es lo que le habeis hecho, decidme, á ese pobre Jacquemin?

—Nada—contestó el príncipe.

—¡En fin, que le habeis convertido!.. Él, tan amigo de la sociedad, tan aficionado á organizar diversiones, se mete en su agujero como un erizo... Esto es muy sensible... Si estuviese aqui ya habria puesto en *La Actualidad* la critica de *La pequeña Musmé*... ¡Una «indiscrecion parisiense» en Etretat!... Y la opereta de Yamada se habria hecho ya célebre... ¡En cuanto regrese yo á Paris, buena le esperal! ¡Un revistero no debe estar en un rincon!

—Dejadle tranquilo en su casa, si ahora le gusta estar con la familia—dijo Zilah.—Nada es comparable con la paz del hogar, si uno tiene la dicha de ser querido en él y á su vez halla allí á quien devolver ese cariño.

—A las primeras palabras de Zilah, pronunciadas aquella vez en tono triste, la baronesa se puso seria:

—Perdonadme—dijo alargando al príncipe su manita—si, perdonadme que os haya molestado... ¡Oh! nada de cumplidos! Os molesto... Pero podeis consoláros, porque nos marchamos ya... ¡No dudeis que si alguna persona os distingue, os respeta y os quiere con toda su alma, es esta insensata baronesa!... ¡Adios!...

—¡Hasta la vista!—dijo Andras saludando después á los amigos de la baronesa, Yamada, miss Maud Rugsby y otros parisenses exóticos del mismo género.

Satisfecho de verse libre de aquellas rutinas sociales, volvió á la *villa* (1) siguiendo la playa.

El ruido de las olas no impedía que llegasen hasta ellos los ecos de aquel concierto que continuaba todavía en el Casino. Andras estaba irritado, nervioso. Tanto la música como el público de aquella fiesta le recordaba á Marsa. Siempre y por todas partes le dominaba irresistiblemente la imagen de la tzigana recobrando su dominio sobre su corazón, como una planta que retoña después de arrancada.

—¡También ella sufre!—dijo en voz alta, después de unos minutos de silencio.

—Afortunadamente—refunfuñó Yanski.

Luego, como si el mismo Conde quisiera suavizar aquella dureza:

—¡Por eso quizá no es indigna de perdon!—añadió con su ruda voz, en aquel momento algo temblorosa.

—¡Perdonar!...

(1) Casa de campo elegante ó de recreo.

De los labios del Príncipe se escapó aquel grito con un acento tal de dolor que impresionó á Varhely.

—¡Perdonar sin haber castigado... al otro!—continuó Zilah lleno de cólera.

¡El otro! Yanski Varhely apretó los puños instintivamente, recordando con rabia aquel paquete de cartas que había tenido en sus manos y que, de haberlo sabido, podía él haber inutilizado.

Verdaderamente, ¿cómo era posible perdonar en tanto que Meuko viviese?

En todo el tiempo que tardaron en llegar á su casa, Zilah, absorto y tristemente preocupado, no desplegó los labios.

Una vez ya en la *villa*, se despidió y estrechó la mano de Yanský, y encerrándose en su habitación, á la luz de la lámpara, febrilmente, abrió, leyó y relejó, por la centésima vez quizá, cartas y cartas que no habían sido escritas para él; las cartas que recibió por conducto de Varhely y con las cuales Miguel Meuko parecía pretender abofetearle en el día de su boda.

Andras las conservaba en su poder y algunas veces las repasaba, como buscando ansiosamente nuevos motivos de sufrimiento, nuevos pesares, infiltrándose de aquella especie de veneno para irritar su dolor moral á la manera que podía hacerse una inyección para calmar un dolor físico; aquellas cartas le producían una sensación análoga al reposo que se obtiene de la morfina, aguda como punzadas al principio, luego calmante y haciendo que se apodere poco á

poco de todo el sér una indolencia que termina en el sueño tranquilo.

En aquellas cartas escritas por Marsa y dirigidas á Meuko, se veia palpar todo el amor instintivo, ignorante, sencillamente credulo, que en la joven hiciera nacer Miguel; luego su exaltacion, hija del mismo amor, más bien que del que le inspiraba el sér amado, y finalmente—püesto que Meuko, sin separar ninguna, habia remitido de una vez todas las cartas—el terrible desprecio de Marsa al verse engañada inicuamente por aquel hombre que con tal vileza mentia.

Sin ardidés ni reservas, resplandecia en aquellas líneas la pureza y la sencillez de sentimientos, así como la credulidad y la confianza de un alma juvenil que causaba la agradable sensacion del embalsamado ambiente de una hermosa y tranquila mañana del mes de abril. Era el candor, el despertar del alma, la fe del ser que ignora hasta lo que es seducción. Después los arranques vehementes de un corazón que se cree entregado para siempre, porque confia haber hallado una lealtad á toda prueba y un afecto eterno é ilimitado.

Leyendo las apasionadas cartas, de las que aun parecia desprenderse el perfumado aliento de Marsa, Andras sentia estremecimientos de cólera, impetuosas violencias de acometer á los miserables que le habian engañado, que habian sido amados, á la vez que, involuntariamente, sentia también nacer conatos de piedad, tímidos, vergonzantes, por aquella mujer que,

enferma por entónces, desconocedora del mundo y confiada, se abandonó sin resistencia, irguiéndose luego con indignacion al verse víctima de la mentira y de la perfidia piedad que bien pronto el príncipe rechazaba y aborrecia, como si tuviese miedo de sí mismo, miedo de perdonar.

—¿A qué viene, pues, que Varhely me hable de piedad?—se decia.—¿Acaso estoy vengado?

No desconfiaba de que llegaría un día en que la traicion de Meuko sufriese su merecido castigo. Todas las cartas que allí tenia demostraban plenamente que Marsa habia sido la querida de aquel hombre; pero al mismo tiempo no dejaban duda de que Miguel habia abusado de su ignorancia, de que habia mentido villanamente, haciéndose pasar como soltero cuando ya el matrimonio le habia unido á otra mujer.

—¡Miserable!

Toda la noche la pasó de aquel modo, entregado á las torturas de leer aquellas planas que encerraban amorosas declaraciones dirigidas á otro. Entretenido así, aquello le proporcionaba como una amarga y atroz alegría. Pensaba que no sin razon descendia de aquellos húngaros de los tiempos primitivos, á quienes siendo niños, sus madres les mordian para acostumbrarlos á resistir el dolor. Y él deseaba, deseaba con ahinco aquel sufrimiento.

Al día siguiente quedó extraordinariamente sorprendido, á la hora del almuerzo, en que Yanski Varhely se presentó muy pálido y le anunció que se marchaba.

—¿A París?

—No. A Viena.

—¡Vaya una idea! ¿Y qué vais á hacer en Viena, Varhely?

—Angel Valla, que llegó ayer al Havre, me rogó que fuera á verle hoy por la mañana al hotel. Ahora vengo de allí. Valla me ha propuesto un negocio interesante, el cual exige mi presencia en Viena. Por eso voy.

El príncipe Zilah conocía íntimamente al Valla de quien Varhely le hablaba, y que fué uno de los testigos de su boda. Era un antiguo ministro de Manin, que desde su caída vivía modestamente de su pequeña renta, tan pronto en París como en Florencia. Andras Zilah le apreciaba mucho.

—¿Y partís?...—preguntó Yanski.

—Dentro de una hora. Quiero tomar en París el tren rápido de esta noche.

—¿Pero es cosa muy urgente?

—Muy urgente—dijo Varhely.—Podría suceder que otro se aprovechase de la situación en que aquello se encuentra, y de aquí que tenga yo empeño en llegar antes que nadie.

—Hasta la vista, pues—replicó Andras—y no tardeis en volver.

No pudo menos de estrañarle que Varhely, al estrecharle la mano, lo hiciera con una fuerte presión, casi violenta, como si partiese para un viaje muy largo.

—¿Cómo no ha venido á visitarme Valla?—preguntó Zilah.—El sabe que es de los amigos á quienes siempre veo con gusto.

—No tiene tiempo. No se detiene apenas.

Me ha encargado que os diga que le dispenseis.

El príncipe no quiso insistir más para averiguar el motivo de aquella repentina marcha que parecía una fuga.

Varhely bajó en seguida á la puerta de la villa, donde ya le estaba aguardando un carruaje.

Andras quedó profundamente triste en su amarga soledad, y su pensamiento fué á parar, como siempre, de una manera obstinada, en aquella mujer que á su imaginación se le representaba, acurrucada y huraña, allá en un rincón de una de las celdas de la casa de locos establecida en Vaugirard.

XXVII

Dos horas despues de haberse marchado Varrhely, como atraído por una corriente magnética, el príncipe Andras dirigió sus pasos hácia aquel punto de la playa desde donde el día anterior habia oído la música de los tziganos.

Una vez más, sin que nadie le acompañase, recogiendo de paso los acentos de aquella música del país, quería sentir de nuevo la impresion que en él habian causado aquel aire nacional, aquella melancólica cancion, aquella *czarda*, cuando eran interpretados por Marsa.

El volvía á verla cual en aquel hermoso día del año anterior, en que los niños, encaramados en el falucho que seguía al barco engalanado y bullicioso, enviaban repetidos besos á la novia con sus manecitas.

Más alterado que nunca, afligido y victima de una gran excitacion nerviosa, Zilah volvió á su casa á la hora del crepúsculo, abrió el cajon que encerraba las cartas de Marsa, y una á una, impulsado no sabía por qué instinto inexplicable, las fué quemando en la ventana, entregando á la llama de una bujía aquel papel cuyo sutil perfume se desprendía por última vez como un suspiro que se desvanece, en tanto que el aire se llevaba hácia lo infinito aquellas cartas recuicidas á negras pavesas.

A la ofuscadora luz de una puesta de sol, aquel polvo negro, aquellos restos de una pasion, de un amor burlado, aquel papel en otro tiempo calentado por ardientes besos y regado por lágrimas, se volatilizaba en el inmenso espacio que se extendía ante la villa.

El viento barria el pasado, y Andras contemplaba su desaparicion.

Lentamente el sol descendía en una atmósfera de fuego, ocultándose poco á poco su disco rojo y encendido, mientras que por la parte del Havre, momentos antes claro y azul como una entrada del golfo de Nápoles, una ligera neblina hacía ya confusas la playa, las costas, las casas y los palos de los barcos á la vez que la luna empezaba á asomar.

Los reflejos del sol poniente reverberaban como los de un incendio sobre los cascos de las lanchas pescadoras que surcaban la mar tranquila. Toda la costa brava, el cabo y los faros hacia Sainte-Adresse y el Sena adquirian un tinte violáceo, en tanto que los últimos rayos del sol se proyectaba sobre las olas como una extensa linea rojiza, que á medida que el astro iba descendiendo, se hacia más estrecha.

Luego, poco á poco, el disco luminoso, primero medio oculto por una arista de la costa, despues trasponiéndose al otro lado del cabo, desaparecía enteramente, viéndose el inmenso mar plano, uniformemente azulado, antes que la noche avanzara hasta envolver por completo en sus tinieblas á la ciudad, cuya vida se extinguía, y al mismo tiempo á aquel que abortó y

pensativo, veía arrastrar por el viento los restos de un amor detestado, del amor de otro, de un amor que le había desgarrado el corazón.

Y ¡cosa singular, sentimiento inexplicable! aquellas cartas, odiosas, irritantes; aquellos billetes de amor, leídos y releídos, que creía infames, los echaba ya de menos.

Por una especial transformación de su personalidad, le parecía que aquello era algo así como una parte de su ser, puesto que los objetos destruidos eran algo de *ella*. No respiraba ya aquel penetrante aroma, que era Marsa. Ahogaba aquella voz que decía a otro: «¡Yo te amo!» pero que á él le causaba el mismo estremecimiento que si ella murmurase las mismas palabras dirigidas á él.

Eran las cartas recibidas por su rival que él lanzaba al viento del mar convertidas en polvo impalpable, y no obstante—¡extravíos del humano corazón!—experimentaba un amargo sentimiento como el hombre que de aquel modo ha destruido parte de su pasado.

Al mismo tiempo que al mar, le envolvía á él en sus sombras la oscuridad de la noche.

—En verdad que bien vale la pena el sufrir tanto y el hacer sufrir—dijo al cabo de un momento,—puesto que de todos nuestros amores, de nuestro espíritu y de nosotros mismos, pasado el tiempo, ¿qué queda? ¡eso!

Y á la débil luz del crepúsculo, seguía con su mirada el último átomo de aquellas pavesas impelidas por el viento.

XXVIII.

La soledad en que Andras vivía llegó á hacerle muy pesada. Aquellas czardas que el día anterior había oído interpretar, lanzadas al aire por músicos tziganos, amontonaron un cúmulo de recuerdos en la cabeza de Zilah, que excitando su sistema nervioso, le sumieron en profunda tristeza pareciéndole que la playa estaba desierta después de que aquellos artistas la habían abandonado al mismo tiempo que Varhely.

En medio del incasante murmullo del mar, y del ruido un tanto armonioso que producían las olas, viniendo á chocar contra los muros de la villa que habitaba, el príncipe echaba de menos la nota estridente del zímbal resonando por los ámbitos en el jardín Frascati. Es que aquella nota venía á ser como un llamamiento para que su memoria evocase la imagen de Marsa. Y de un modo tenaz, irresistible aquella imagen se apoderaba de aquel hombre que, con una especie de cólera mortificante que éltomaba por odio, inútilmente se esforzaba en desechar aquellos recuerdos punzantes cual el dolor de otras tantas heridas.

Puesto que aquel Paris, de quien él huía, venía á buscarle á aquel sitio, y puesto que Mar-

pensativo, veía arrastrar por el viento los restos de un amor detestado, del amor de otro, de un amor que le había desgarrado el corazón.

Y ¡cosa singular, sentimiento inexplicable! aquellas cartas, odiosas, irritantes; aquellos billetes de amor, leídos y releídos, que creía infames, los echaba ya de menos.

Por una especial transformación de su personalidad, le parecía que aquello era algo así como una parte de su ser, puesto que los objetos destruidos eran algo de *ella*. No respiraba ya aquel penetrante aroma, que era Marsa. Ahogaba aquella voz que decía a otro: «¡Yo te amo!» pero que a él le causaba el mismo estremecimiento que si ella murmurase las mismas palabras dirigidas a él.

Eran las cartas recibidas por su rival que él lanzaba al viento del mar convertidas en polvo impalpable, y no obstante—¡extravíos del humano corazón!—experimentaba un amargo sentimiento como el hombre que de aquel modo ha destruido parte de su pasado.

Al mismo tiempo que al mar, le envolvía a él en sus sombras la oscuridad de la noche.

—En verdad que bien vale la pena el sufrir tanto y el hacer sufrir—dijo al cabo de un momento,—puesto que de todos nuestros amores, de nuestro espíritu y de nosotros mismos, pasado el tiempo, ¿qué queda? ¡eso!

Y a la débil luz del crepúsculo, seguía con su mirada el último átomo de aquellas pavesas impelidas por el viento.

XXVIII.

La soledad en que Andras vivía llegó a hacerle muy pesada. Aquellas czardas que el día anterior había oído interpretar, lanzadas al aire por músicos tziganos, amontonaron un cúmulo de recuerdos en la cabeza de Zilah, que excitando su sistema nervioso, le sumieron en profunda tristeza pareciéndole que la playa estaba desierta después de que aquellos artistas la habían abandonado al mismo tiempo que Varhely.

En medio del incasante murmullo del mar, y del ruido un tanto armonioso que producían las olas, viniendo a chocar contra los muros de la villa que habitaba, el príncipe echaba de menos la nota estridente del zímbal resonando por los ámbitos en el jardín Frascati. Es que aquella nota venía a ser como un llamamiento para que su memoria evocase la imagen de Marsa. Y de un modo tenaz, irresistible aquella imagen se apoderaba de aquel hombre que, con una especie de cólera mortificante que él tomaba por odio, inútilmente se esforzaba en desechar aquellos recuerdos punzantes cual el dolor de otras tantas heridas.

Puesto que aquel Paris, de quien él huía, venía a buscarle a aquel sitio, y puesto que Mar-

sa se le aparecía tan presente como si hubiese vivido allí á su lado, ¿qué objeto tenía ya su permanencia en Sainte-Andresse? se decía Zilah.

Resolvió, pues, marcharse, y abandonó el Havre.

Pero la tarde misma del día en que regresó á París, entre la animada confusión de los Campos Eliseos, en la larga avenida profusamente alumbrada, en las iluminaciones y el barullo de los cafés-conciertos, en el eco de los instrumentos músicos metálicos atravesando el espacio, en todas partes se le aparecía siempre la zígana como un fantasma que le perseguía y él creía ver entre los infinitos paseantes que llenaban aquellas calles, los cuales, á pesar del ruido de sus pisadas sobre el asfalto, no impedían que á los oídos del Príncipe llegaran las notas de la canción de *Plevna*, ejecutada no muy lejos de aquel punto por alguna orquesta húngara, como allá en la playa, en el Havre.

Esto hizo que, sin detenerse, volviera á su hotel dispuesto á encerrarse, para no ver ni oír nada, creyendo que así se libraría de aquella insistente y pertinaz visión casi fantástica.

En vano pretendió dormir. La fiebre quemaba su sangre. Se levantó, quiso leer, abrió la ventana; pero todo fué inútil. Marsa Laazlo se le aparecía inevitablemente como el espectro de su dicha.

—¿Qué débil es el corazón humano!—se decía lleno de rabia—¿De modo que la amo, que no puedo dejar de amarla?

Y no podía menos de considerarse despreciable cuando le asaltaban deseos de volver á la casa de Maissons-Laffite, en la cual él había experimentado el dolor más atroz de toda su vida. El sufrimiento puede amortiguarse; no, él quería mantenerlo agudo, abrir de nuevo la llaga y hacerla sangrar. ¿Y para qué? Así como así, él no olvidaba y no olvidaría nada. La herida no se cicatrizaría.

Si hubiera sido sincero, tenía que confesar que era su amor y siempre su amor, vivo y arraigado, lo que le impulsaba hacia todo lo que pudiese recordarle á Marsa y que tenía que apelar á un esfuerzo casi sobrehumano para no ceder á aquella obsesión.

Hacia una semana que Andras se hallaba de vuelta en París cuando un día le anunciaron la visita del general Vogotzine. Por un momento pensó en no recibirlo, pero esto, allá en el fondo de su alma, le dolía, sin atrevérselo á confesar á sí mismo. La visita del general le causaba verdadera alegría. Iba á tener ocasión de hablar de *ella*. Su pasión le daba la excusa hipócrita de que después de todo, él no tenía derecho para cerrar la puerta á Vogotzine.

El anciano ruso se presentó con timidez y cierto embarazo, sin poder dominar su emoción hasta haber notado que Zilah le hacía un recibimiento fino, correcto y triste.

Andras hizo sentar al general, que, como caso extraordinario, no había recurrido al alcohol aquel día para estar elocuente.

Bastante inquieto y muy colorado, Vogotzi-

ne no sabía cómo empezar las negociaciones, por más que, gracias á que estaba en ayunas, tenía, por lo menos, la seguridad de no soltar muchas necesidades.

—Voy á deciros de qué se trata—exclamó á la vez que se secaba la frente.—El doctor Fargeas, que es quien me envía, pudo venir él mismo... Pero ha creído que yo, su tío... tenía el deber de...

—¿Venís á hablarme de Marsa?—preguntó Andras, inconscientemente dichoso de poder pronunciar aquel nombre.

—Sí—y el general tornó repentinamente á su timidez,—de... Marsa... Sufre mucho, Marsa... Está dominada... por el estupor, según dice Fargeas... No pronuncia una palabra... nada... Es un autómeta... ¡Da pena ver á aquella infeliz, mucha pena!...

El general fijaba su inquieta mirada en Andras, que pretendía aparecer impasible al mismo tiempo que su barba rubia se veía agitada por un movimiento nervioso e involuntario.

—Ha sido imposible sacarla de tal estado—añadió Vogotzine... —El doctor no consigue dar en el quid, como se dice vulgarmente... Solo confía en una... en una prueba...

—¿Qué prueba?

—La siguiente. El médico desearía saber si... perdonadme lo que os voy á proponer... la idea es del doctor Fargeas... si... al encontrarse nuevamente... supongo... yo no soy el que habla... al encontrarse nuevamente en vuestra presencia... en casa del doctor Sims... un

destello de lucidez... una emoción... Yo no sé lo que Mr. Fargeas espera... pero os trasmito sus palabras... cumplo su encargo...

—¿El doctor—dijo Andras friamente—quisiera que... vuestra sobrina volviese á verme?

—Sí... y que os hablase... Ya veis... vos sois el único ser por el cual...

El Príncipe interrumpió al general, que en el momento quedó mudo, con tanto respeto como si estuviese delante del czar.

—Está bien... Pero lo que pretende el doctor Fargeas es una prueba que me hacer sufrir atrocemente...

Vogotzine no dijo una palabra más.

—¡Volver á verla!... ¡Quiere que todo mi dolor asome á mis labios!

Impasible, y como en una parada, el general esperaba la resolución.

Pasado un momento, en que Andras permanecía callado, Vogotzini creyó que podía hablar:

—Ya comprendo... Sabía lo que ibais á responderme... Se lo había dicho al médico... Pero al oirme este, añadió: «Siquiera sea por humanidad... el Príncipe no se negará...»

No ignoraba el príncipe Zilah hasta qué extremo podían disponer de él á su antojo apelando á la palabra *humanidad* que Fargeas—conociéndolo ó sospechándolo en Andras—invocaba en aquel caso como una orden.

El Príncipe era incapaz de negar su compasión á la última de las criaturas. Así sufriera hasta la médula de los huesos, ya que el doc-

tor consideraba que su presencia podía ser útil, estaba resuelto á ir donde él quisiera.

—¿Cuándo desea Mr. Fargeas que me presente?

—Cuando queráis — contestó Vogotzine.— Precisamente ahora debe estar el doctor en Vaugirard pasando la visita con su colega y...

—¡No le hagamos esperar!

Los grandes ojos rojizos de Vogotzine se iluminaron repentinamente.

—Segun eso... ¿accedéis? ¿vais á venir?...

Y buscaba una palabra de agradecimiento, que Andras Zilah contuvo secamente.

—Voy á mandar que enganchen—dijo el príncipe.

—Yo tengo carruaje —replicó satisfecho y contento Vogotzine. Podemos, pues, partir al momento.

Durante el camino, Zilah siguió casi silencioso, y Vogotzine, apoyado en la portezuela, miraba á todas partes, sin pronunciar una palabra, cuando el príncipe no le decía ó preguntaba alguna cosa.

Al llegar á Vaugirard se detuvieron ante el ancho portal de una casa alta, que debió construirse en el siglo XVIII y que, por su aspecto, parecía haber sido en otro tiempo convento. El general, descendiendo lentamente de la berlina, habia ya llamado á la puerta y se apartaba á un lado para que pasára delante el príncipe, cuya emocion no pedía ocultarse.

Aquella emocion se retrataba en Andras por su tiesura, por su andar lento y pausado, como

si cada uno de sus movimientos le costase un esfuerzo. Maquinalmente se atusaba la barba, y con sus ojos azules escudriñaba el jardín que atravesaban—como si á los primeros pasos hubiese de tropezar con Marsa—para llegar á un grán pabellon cuyos tejados de pizarra se descubrian al extremo de una calle de tilos.

El doctor Fargeas se manifestó muy contento al ver al príncipe. Dióle las gracias por su solicitud en acceder á sus ruegos. A Mr. Fargeas acompañaba un hombre flaco, rubio, de ojos grandes y expresivos, de aspecto grave y pensativo y de correcta amabilidad. El médico lo presentó al príncipe.

Era el doctor Sims.

Mr. Sims opinaba lo mismo que su colega. Despues de haber arrancado á la enferma de su habitual residencia, de haberla separado de cuanto pudiera recordarle el pasado, el médico la creía ya, despues de los muchos meses transcurridos en aquel aislamiento, libre de la impresion que le causara la vista de las cosas de otro tiempo, para que al encontrarse de nuevo súbitamente ante una persona tan querida como lo era el príncipe Zilah, sufriese una emocion, una sacudida que pudiera sacarla de su mórbido estado.

Y Fargeas explicaba las razones en que se habia apoyado para aconsejar que se trasladase á la enferma de Maissons-Laffitte á Vaugirard. El nuevo régimen de vida la proporcionaria un saludable aislamiento, teniendo en cuenta que allá, en su antigua residencia, el

objeto más insignificante podía provocar una crisis.

—Zilah notó que Fargeas cuidaba de no dar ningún nombre ni título a Marsa. Con su golpe de vista y su tacto habituales, el médico había adivinado el drama de la separación. Ni una vez llamó a Marsa *princesa*. Siempre la indicó con aquel nombre, piadoso en extremo: *la enferma*.

—Debe estar en el jardín—dijo amablemente Mr. Sims, cuando el doctor Fargeas hubo terminado de hablar á Andras.—¿Queréis verla?

—Sí,—contestó el príncipe, cuya voz se puso algún tanto velada.

—Vamos, pues, á buscarla en seguida, y luego, si os parece, os presentaremos de pronto á ella. Intentaremos esta prueba. Si no os reconoce, esto nos indicará que el estado de la enferma es más grave de lo que nos figuramos. Si, por el contrario, llega á reconoceros, entonces espero que conseguiremos su curación. Venid.

El doctor Sims se inclinó para que pasara el príncipe.

—Y yo, ¿os acompaño, señores?—preguntó Vogotzine.

—Naturalmente, general—respondió Fargeas.

—Es que... yo os diré... á mi los locos es un espectáculo que me causa un efecto singular... No tengo curiosidad por verlos... ¡Eufin! ¡Es mi sobrina! ¡Vamos!

Y dió una fuerte sacudida á su *redingote* como si se sujetara el cinturón, preparándose para un asalto.

El doctor Sims hizo que Mr. Fargeas y los otros dos caballeros le siguieran por una escalera, y les llevó á un gran jardín lleno de árboles seculares á cuya sombra sentadas, conversaban varias personas, leían tranquilamente ó paseaban de uno á otro extremo.

A lo lejos se veía un vasto edificio nuevo de un solo piso y que tenía aspecto, de invernadero. La constituían una serie de habitaciones donde se alojaban los pensionistas del doctor Sims, cada uno de los cuales tenía su manía.

—De modo que—preguntó Zilah, señalando aquellos seres pacíficos que recorrían con calma las calles de árboles ó gesticulaban conversando formalmente como si fuesen políticos que estuvieran rectificando el mapa de Europa—¿esos son locos?

—Sí—replicó el doctor Sims,—nadie lo creería. Podeis hablarles al pasar. Todos estos son pacíficos.

—¿Tenemos que atravesar el jardín?

—Nuestra enferma está más allá, en otro que hay de tras de ese edificio.

Al pasar Zilah miraba á aquellos seres desgraciados que con un movimiento ó una palabra saludaban al doctor Sims y al médico Mr. Fargeas. Le parecía que á su aspecto se mezclaba la satisfacción de quien ha llegado al extremo apetecido. Vogotzine, tosiendo ligeramente, no se separaba del príncipe y demostraba no hallarse muy á gusto entre aquellos dementes. Andras, por el contrario, tenía que hacer un es-

fuerzo mental para persuadirse de que realmente se encontraba entre locos.

—Ved—le dijo Mr. Sims indicándole un señor anciano, vestido según la moda de 1840, que se asemejaba á un grabado antiguo de un *lion* del tiempo de Gavarni—ese está en el establecimiento hace más de treinta y cinco años... No ha querido que varieran el corte de sus trajes de otro tiempo; tiene un sastre que le viste del mismo modo que se vestía en la época antigua... Y se considera feliz... Se cree ser Merlin... el encantador Merlin... y escucha á Viviana, que le dá citas bajo los árboles.

En aquel momento pasaban por delante del anciano loco, que aprisionado en su alta corbata y vestido de ceñida y larga levita y anchos pantalones, mostraba su agudo perfil de doctrinario, y les saludaba.

—¡Buenos días, señor Sims!... ¡Buenos días, señor Fargeas!

Luego, como el director del establecimiento se le aproximase para hablarle, se llevó un dedo un los labios, diciendo:

—¡Chist!... *Ella* está ahí... ¡No digais nada! ¡*Ella* se irritaría!

Y al decir esto, señalaba con una especie de apasionada veneración un olmo dentro del cual estaba encerrada Viviana, y de donde, al momento iba á salir.

—¡Pobre diablo!—murmuró Vogotzine.

No pensaba así Zilah. Se preguntaba más bien si aquella dichosa locura, que databa de tantos años, aquellos amores eternos con la hada Vi-

viana, aquellos amores que á pesar de los años y las arrugas no envejecían, no debían considerarse como la forma ideal de la felicidad del que está condenado á estar en el mundo. Aquel ser vivía en pleno ideal, con su monomanía de la poesía, encontrando en el asilo de Vaugirard reunidas todas las seducciones, todas las risueñas ilusiones de la landa bretona, con sus flores de oro y sus arbustos olorosos, todo el encanto embriagador de la selva de Broceliande (1).

—¡El toca con su mano lo que un Shakespeare se contenta con soñar! ¡Quizá la locura sea sencillamente el ideal realizado!

—¡Oh!—replicó el doctor Fargeas—pero lo real jamás pierde sus derechos. ¿Podría, á no ser así, ese maniaco conservar á un tiempo los vestidos de su juventud—que hacen que no se sienta ó que no se vea envejecer—y el sueño acariciado en su vida que le consuela de la pérdida de su razón? Si lo consigue es por ser rico. Gracias á sus rentas puede costearse un sastre que le vista á su capricho y pagar el pabellón separado que ocupa en el establecimiento, así como los criados particulares que tiene á sus órdenes.... Suponed que fuese pobre... ¡cuánto no sufriría!

—Lo cual significa—dijo Zilah—que el dinero aparece siempre, hasta en la locura.

—Y que tal vez es la felicidad, porque teniendo lo le permite á uno comprarla.

(1) Bosque por donde, según la leyenda, vagaba la hada Viviana.

—¡Oh?—añadió el Príncipe—para mí la felicidad sería....

—¿El qué?

—¿El olvido!

Y con su mirada seguía á aquel enamorado de Viviana, que tenía el oído pegado al tronco del árbol para escuchar la voz de la hada, la cual sólo á él le hablaba.

—Está otro—dijo en seguida el doctor Sims, designando á un hombre joven todavía que venía hacia ellos—es un escritor de mucho talento cuyas novelas habreis leído seguramente y queha perdido la conciencia de su personalidad. Aficionado en otro tiempo al ruido, al escándalo, á los artículos de los periódicos, hoy día está cansado y repleto de todo eso. A fuerza de escribir y más escribir, y de haber desleído su cerebro en la tinta, ha llegado á tener horror á cualquier impreso; nunca se le ocurre pasar la vista por un periódico ni por un libro. Se entretiene en absorber el aire, en coger flores y en ver pasar los trenes (el ferrocarril costea una parte del jardín por allá abajo) y en digerir.

—¿De modo que es muy feliz?—preguntó Andrés con la ansiedad del que sufre.

—Mucho.

—Eso se debe á que ha olvidado—dijo el príncipe.

El hombre aquel, muy flaco, de rasgos regulares y barba negra todavía, se aproximó saludándoles.

—No quiere deciros su nombre—murmuró

Sims al oído del príncipe—pero si vos se lo citárais, os respondería: «¡Ah, sí, lo he conocido!... Era un hombre de talento... de mucho talento!» Para él no existe ya nada de lo que fué su vida anterior.

Y Zilah seguía casi envidiando aquellas catástrofes en las que todo el ser se hunde con la pesada carga de sus penas en el profundo y negro agujero del olvido.

El escritor, es decir, el que había sido escritor, se detuvo delante de Mr. Sims y de Mr. Fargeas.

—El tren de Mediodía ha sufrido un retraso de tres minutos y medio—dijo con mucha tranquilidad.—¡Avisad!... ¡Eso es grave, muy grave, porque tengo la costumbre de regular mi reloj por ese tren!...

—Yo avisaré—le contestó Mr. Sims.—A propósito; ¿quereis libros?

En el mismo tono suave y tranquilo, respondió el otro.

—¿Con qué objeto?

—Para que los leais.

—¿Y á qué fin?

—Periódicos... Para que sepais...

—¿Para saber qué?... ¡No, á fé mia!... Están grato, tan grato, no saber nada... nada... nada... ¡Acaso el *Diario oficial* anuncia que ya no hay guerras, ni miseria, ni asesinatos, ni enfermedades, ni malvados, ni envidiosos!

Se espresaba con una volubilidad estremada

—¿No? ¡Todavía no ha dejado de publicar tales cosas el *Diario oficial*? ¡Entonces, á qué leer

los periódicos?... Salud, doctor. Buenos días, señores,

El príncipe se estremeció al oír la amarga lógica del loco, que hablaba con la terrible claridad del demente que no necesita medir sus palabras.

Vogotzine se reía y murmuraba:

—Diablo, estos locos no tienen nada de tontos, absolutamente nada.

Una vez que hubieron llegado al extremo del jardín, el doctor Sims abrió una verja que servía de separación entre el departamento de los hombres y el de las pensionistas. En efecto, tras de aquella barrera, Andras distinguió varias mujeres que andaban por entre los arbustos de los jardinillos, solas las unas y acompañadas de vigilantes las otras. A la terminación de aquellos paseos, y al mismo nivel del jardín, pero separado por un foso profundo y una pared no muy alta, estaba la vía férrea, por donde se veían pasar los trenes despidiendo sus penachos de humo.

Zilah experimentaba una sensación de ahogo al penetrar en aquel último recinto en el cual, entre aquellas especies de fantasmas femeniles vistos de lejos, se encontraba indudablemente la que él había amado...

Con la mirada inquieta se volvió hacia monsieur Sims.

—¿De modo —dijo— que está ahí?

—Ahí está—contestó el doctor.

El príncipe dudaba si avanzar ó no.

No había vuelto á verla desde el día en que

casi estuvo por darla la muerte á sus mismos pies, cuando arrastrándose por el suelo con su vestido de boda, imploraba su perdón. ¿Qué sería de aquella hermosa Marsa después de haber perdido la razón?

Tentaciones le daban de desandar el camino y alejarse de aquel sitio precipitadamente sin verla.

—Por aquí—dijo Fargeas.—Podremos distinguirla, sin que ella note, por entre la espesura, ¿no es verdad, mi querido Sims?

—Sí, querido maestro.

Zilah se dejaba guiar. Seguía a los médicos sin decir palabra y oyendo tras él la anhelante respiración de Vogotzine, que parecía el soplo del fuelle de una fragua.

De pronto el príncipe sintió en el pecho como la impresión de una mano de hierro puesta sobre su corazón.

—¡Héla ahí!—había dicho Fargeas.

Y con un gesto designaba por entre las lilas, que se confundían con las retamas, á dos mujeres que muy lentamente venían hacia ellos, la una rubia, vestida de enfermera, la otra, que era Marsa, en traje negro, como llevando el duelo de su propia vida, pálida, erguida.

Marsa caminaba hacia donde estaba Zilah, ¡si quería, casi podía tocarla con su mano á través de las hojas! El mismo Vogotzine contenía su respiración. Solo se oía el ruido de la arena crujendo bajo las pisadas de aquellas dos mujeres.

Los ojos de Zilah se fijaban ansiosos, como

pretendiendo descubrir un secreto ó descifrar un nombre—el de Menko ó el suyo—en el rostro de Marsa. Era un rostro de mármol con los inmóviles rasgos de un cadáver. Sus ojos negros miraban vagamente sin que en ellos se reflejase ningún pensamiento, nada. Zilah tembló de nuevo. Aquella mujer le causaba miedo.

Miedo y lástima. Tentado estaba de abrirse paso por entre los arbustos y extender sus brazos para detener aquella pálida vision. Le parecía ver pasar el cadáver ambulante de su amor.

Ya se había alejado ella bastante y todavía el Príncipe continuaba como clavado en su sitio.

De pronto miró á su alrededor. El viejo Vogotzine parecía no encontrarse muy á gusto. Solo y muy tranquilo, el doctor Fargeas, despues de haber consultado con la vista á Mr. Sims, dijo al Príncipe terminantemente:

—Ahora es preciso que os presentéis.

La orden del médico, lejos de desagradar á Zilah, le causó un verdadero placer. Ya se impacientaba de que Fargeas no intentase la prueba. Ansiaba que llegase el momento de hablar á Marsa, de saber si su mirada, si su aliento, cual el vienteillo que enciende las cenizas medio apagadas, lograría hacer brillar una chispa de vida en aquellos ojos apagados.

¿En quién pensaba ella, caso de que pensara?

¿Qué recuerdo se agitaría sin cesar en aquella cabeza vacía?

¿El suyo ó el del otro?

¡Oh, él lo sabría! Quería saberlo.

—Por aquí dijo el doctor Sims.—Vamos al ex-

tremo del paseo para encontrarnos frente á frente con ella.

—¡Vamos!—añadió Fargeas.

Zilah le siguió. A los pocos pasos llegó al sitio designado, cerca de la pequeña pared tapiada de plantas que separaba el jardín de la vía férrea. El Príncipe vió venir, en direccion á donde él se hallaba, andando lentamente con paso torpe, á Marsa, no, á otra Marsa, al espectro ó á la estatua de Marsa. Una Marsa muerta que anduviese.

—Esperemos—dijo Fargeas.

Hizo una señal á Vogotzine para que se alejara, y junto con éste los dos médicos se deslizaron tras los árboles.

Zilah quedó solo, de pié en medio del paseo, muy conmovido y casi temblando.

La enfermera que acompañaba á Marsa debió haber recibido sin duda instrucciones del doctor Sims. Al distinguir al Príncipe cesó de marchar al lado de la joven, dejando de aquel modo sola á la tzigana y marchando tras ella á distancia de cuatro ó cinco pasos.

Sumida en estupor, Marsa avanzaba con la cabeza alta y descubierta, sus negros cabellos desparramados por el viento sobre su frente, y siempre hermosa á pesar de su demacracion, marchaba adelante sin mirar á ninguna parte, con la boca cerrada como por el sello de la muerte. Había llegado ya á dos pasos de Zilah.

Este la esperaba fijando en ella sus ojos azules, envolviéndola en una mirada en la que había amor, piedad, ira y tambien ardientes lágrimas

contenidas. Cuando la tzigana llegó adonde él esperaba, tropezando casi con el Príncipe en aquella pausada marcha, erguida y silenciosa, se detuvo bruscamente como un autómeta.

La presencia de un obstáculo la hizo parar repentinamente, quedándose tiesa, sin hacer un movimiento, sin avanzar, sin retroceder y mirando.

El doctor Fargeas y Mr. Sims, á pocos pasos de allí, estudiaban su mirada atónita, todavía extraviada y sin que reflejase idea alguna.

Marsa, que seguía en aquel profundo estupor, como envuelta en un sudario, permanecía de pie, inmóvil, con los ojos clavados en Andras. A poco, súbitamente, cual si hubieran hundido un oculto puñal en su corazón, viósele estremecerse, agitada por un temblor nervioso; su rostro—aquel rostro pálido, mármóreo é impassible—fue recobrando expresión por momentos y revelando un loco terror; en aquel estado de excitación dió señales de querer hablar, y de sus labios entreabiertos, como de los de una máscara trágica, se escapó un grito tan agudo como los silbidos de las máquinas que cruzaban por la inmediata vía férrea.

Extendió los brazos hacia adelante; sus temblorosas manos se juntaron, y cayendo de rodillas, como si fuese una masa inerte, aquella voz que desde hacía tantos días sólo pronunciaba con dolorosa amargura: *Yo no sé, no sé...* cambió de inflexión haciéndose ahora ahogada y balbuceando: «¡Perdon! ¡Perdon!...»

Después—continuando arrodillada—su cara se

cubrió de mortal palidez; al inclinar la cabeza hacia atrás, su cuello se congestionó, y gracias á lo espeso de su cabellera, pudo librarse del golpe que necesariamente habría de sufrir al dar con su cuerpo en tierra.

Zilah se precipitó instantáneamente; y ayudado de la enfermera y del doctor Fargeas, levantó á Marsa, que seguía desmayada.

El pobre Vogotzine estaba rojo y encendido, como si le amenazara una apoplejía.

—¿Sabeis, señores, que sería espantoso si con esta prueba la hubiéramos causado la muerte?—dijo.

—¡No temais! lo que ha muerto es el estupor—respondió Fargeas.—Ahora dejadnos obrar á nosotros. ¿No es cierto, mi querido Sims? ¡Puede y debe curar!

XXIX.

Hacia ya mucho tiempo que Andras no habia recibido noticias de Varhely. Unicamente sabia que el Conde estaba en Viena. ¿Qué interés podría tener en permanecer en Viena? Ciertamente que si habia ido á aquella capital, fué llamado por Angel Valla, uno de sus amigos intimos.

En el ministerio de Negocios extranjeros de Austria habia sorprendido la llegada del conde Yanski Varhely, que sin duda venia de Francia con objeto de solicitar algun favor del ministro.

Los diplomáticos austriacos que se encontraban allí presentes, se sonrieron al oír el nombre del antiguo combatiente en la guerra del 48 y 49. ¡Por lo visto, la famosa fusion de los partidos, proclamada en 1875, sigue su marcha! No pasaba dia sin que se acoja á su bandera algun recalciante.

«Ahí tenemos á ese Varhely, que si en otro tiempo se hubiera atrevido á pisar el Austria-Hungria, al momento hubiera sido encerrado en el cuartel de Carlos, destinado para cárcel de los presos políticos, y á quien hoy nadie impide pasar su tarjeta al ministro del Emperador, dando lugar á que llegue un dia en que se vea juntos á este ministro y al antiguo comandante

de los húsares brindando por el porvenir de la Hungria.

—«No deja de ser gracioso lo que se está viendo actualmente!—se les oía decir á los diplomáticos austriacos puros.

El ministro á quien Yanski Varhely pedia audiencia, el excelentísimo señor conde José Ladany, habia mandado antiguamente una legion de estudiantes magyares muy temida por los granaderos de Paskiewisch en Hungria. Después de haber amenazado marchar sobre Viena, los soldados de José Ladany habian tenido en jaque varias veces á los granaderos y cosacos del feld-mariscal.

Entusiasta y muy exaltado en aquella época, cubriendo su hermosa y arrogante cabeza de veinte años con el gorro nacional adornado con rica pluma de garza real, Ladany hacia la guerra como patriota y como poeta, recitando versos de Petosfido las noches de campamento, y caminando á los combates como quien va á un baile.

Estaba soberbio á la cabeza de sus estudiantes —Varhely lo recordaba perfectamente—y con su rubio bigote retorcido, más de un corazoncillo de las patriotas húngaras habia hecho latir durante aquella campaña.

Varhely tenia verdadero placer en encontrarse nuevamente con su compañero de fatigas, con su vecino en las batallas. Se acordaba de la tarde que se verificó una accion en la cual sus húsares, á pesar de tener que maniobrar en un terreno lleno de hoyos, por entre viñas cubiertas

de estacas y de otros obstáculos, habían sacado del apuro en que se hallaba á la legion Ladany, acosada por dos batallones de infanteria rusa.

A aquel intrépido José se le veia de pié sobre uno de sus cañones, que por falta de carga no podia hacer fuego, con el sable en alto, dirigiendo la retirada de sus compañeros. ¡Ah! ¡qué valiente estuvo en aquella ocasion Ladany y con qué alegría habia estrechado su mano Varhely pocos momentos antes!

El antiguo jefe de legion debia sin duda haber envejecido terriblemente. En la actualidad vendria á ser un hombre de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años. Pero Varhely estaba persuadido, estaba cierto de que, aun siendo ministro, José Ladany conservaria el ardor y entusiasmo generosos de otro tiempo.

Al atravesar los grandes salones que servian de paso al despacho del ministro, Varhely seguia viendo á Ladany, sable en mano, de pié sobre la pieza de bronce todavia caliente.

Un hujier le introdujo en un espacioso gabinete de aspecto severo, adornado con grandes jarrones y cuadros oficiales, representando uno de ellos al emperador y rey vestido de gran uniforme. Al pronto Varhely no habia visto más que algunas butacas de estilo serio y una inmensa mesa de despacho recargada de libros, hasta que tras de aquellos volúmenes amontonados se levantó un hombre sonriendo y alargando la mano.

El antiguo husar manifestó su sorpresa al encontrarse en presencia de una especie de diplo-

mático inglés, correcto, calvo, con grandes patillas grises, sirviendo de marco á unos labios delgados, en los cuales apenas se marcaba un bigotito blanco bajo la recta nariz.

La admiracion de Yanski fué tal, que José Ladany hubo de decirle medio riendo:

—¡Qué! ¿no me reconocéis, mi querido conde?

La acogida que le hacia el ministro era muy favorable, y su tono afectuoso, sin embargo, no podia negarse que en toda su persona habia algo del diplomático, algo de frialdad, que tenia á Varhely estupefacto. Viéndolo en la calle, jamás hubiese reconocido en aquel elegante y orgulloso personaje, flaco, como si fuese ceñido, al moceton de rubios cabellos y fino bigote que en otro tiempo cantaba al andar á sablazos.

No obstante, preciso era convenir en que era Ladany; aquellos ojos transparentes eran los mismos que en otro tiempo dominaban á su legion con una sola mirada. Unicamente su pupila se ocultaba con mucha frecuencia tras de los párpados medio cerrados intencionalmente, permitiéndole filtrar por entre sus pestañas una mirada que profundizaba, escudriñaba, adivinaba. El soldado se habia hecho diplomático.

—¡Había olvidado que todo esto pasó hace ya más de treinta años!—pensó Varhely con cierta tristeza.

Mostrando una correcta amabilidad, el ministro hizo que el viejo Varhely se sentase en uno de los sillones destinados á los pretendientes. Luego, con una sonrisa afectada, la sonrisa de cancillería, le preguntó por su vida, por sus

amigos, por Zilah, le habló de París, y con una gracia especial llevo hábilmente la conversacion adonde se habia propuesto, ó sea á que Varhely confesara qué era lo que pretendia del ministro del emperador de Austria.

Poco á poco Varhely se fué animando. Aquel José Landany le parecia que seguia siendo moralmente el mismo. Sus rubios cabellos habian desaparecido, su bigote lo tenia recortado, pero su corazon continuaba joven y, sin duda, húngaro; si no el corazon, por lo menos el pensamiento.

No le costó gran trabajo á Varhely explicar el objeto que le llevaba á Viena, esponiéndolo con franqueza y resueltamente, del mismo modo que en otra época atacaba al enemigo, en compañía de aquel valiente que habia llegado á ser ministro.

—Podeis—le dijo bruscamente—prestarle un servicio... un gran servicio... En mi vida pedí á nadie nada.. Sin embargo, he hecho este viaje para pedirlos... para suplicaros que...

—Decid, mi querido conde. Espero que vuestros deseos podrán realizarse.

Estas palabras las pronunció ya en un tono mas frio, ó si se quiere mas oficial.

—¡Bien!—replicó Varhely;—lo que de vos pretendo, en recuerdo del tiempo en que nosotros éramos compañeros de armas—el ministro hizo entonces un movimiento nervioso y rápido, llevándose las manos á sus patillas—es... la libertad de un hombre á... sí... de un hombre á quien vos conocéis.

—¡Ah! ¡Le conozco yo?—dijo el conde José.

Ladany, sentado en su poltrona ministerial, con las piernas cruzadas, juntas las manos ó inclinada la cabeza ligeramente, examinaba el rostro de Varhely, que atrevidamente le miraba de frente.

Habia verdadero contraste entre aquellos dos hombres; el soldado, bigotudo y cual si hubiera encanecido á caballo, y el canciller, elegante y de maneras sociales; dos camaradas de antaño que juntos habian oido silbar las mismas balas.

—Esto es lo que deseo—añadió Varhely.—Me interesa en sumo grado que uno de nuestros compatriotas... preso en Varsovia actualmente, segun creo... más claro, detenido en Varsovia hace poco tiempo... sea puesto en libertad... Tengo en ello absoluto interés—repitió Yanski, cuyos labios se habian puesto blancos como su bigote.

—¡Oh!—replicó el ministro—apuesto á que sé de quién me habláis.

—Del conde Meuko.

—¡Justo!... En efecto, Meuko ha sido detenido por la policia rusa en el momento en que se dirigia á casa de un tal Labanoff... ó Ladanoff... una cosa así como un nombre húngaro escrito en ruso... Ese Labanoff, que no hace mucho residia en París, se sospecha que ha tomado parte en un complot contra el czar... No es nihilista, pero es de los descontentos. Además, es una cabeza trastornada... En resumen, que el conde Meuko parecia aliado, no se sabe cómo, de ese Labanoff... Se dirigia á Polonia para juntarse con el ruso, y por lo visto la policia le ha puesto la mano en-

cima. Por mi parte no negaré que creo acertada esta medida.

—Tampoco yo,—dijo Varhely,—preténdo discutir los actos de la policía rusa, al defenderse ó defender al czar. Lo que quiero de vos, es que gestioneis diplomáticamente con el gobierno ruso el que Meuko sea puesto en libertad.

—¿Tanto os interesa Meuko?

—Mucho—replicó Yanski en un tono que al ministro le pareció algo extraño.

—De modo que—preguntó el conde Ladany con una calma estudiada—deseáis...

—Que mandeis una nota al embajador de Rusia pidiendo la libertad de Meuko... Angel Valla, recordareis, el antiguo ministro de Manin...

—Sí,—ya sé—dijo el conde José, sonriendo siempre de cierta manera.

—Ha sido quien me ha dado la noticia de la detencion de Meuko, cuya salida de París habia yo sabido, y al que tengo verdadero empeño en encontrar donde quiera que se halle... La embajada italiana en París le enteró á Valla del hecho de ese Labanoff, y de la complicidad real ó aparente de Miguel Meuko... Sin perder tiempo me dió cuenta de lo que ocurría... Y como este amigo y yo estamos poniendo en juego todos los medios para conseguir de las autoridades moscovitas la libertad del tal Meuko, cosa que yo sé que no es muy fácil, nos hemos acordado de vos y me he presentado á V. E. como si me presentara al jefe de la legion de estudiantes reclamando su auxilio en el momento del peligro.

Yanski Varhely no tenia nada de diplomático,

y la franqueza con que apelaba á los recuerdos de la época pasada, causaban en la epidermis del ministro un cosquilleo desagradable, que el conde Ladany sabia no dar á conocer.

El ministro estaba enterado detalladamente del hecho ocurrido en Varsovia. En él andaba mezclado un húngaro, y un húngaro del valor y de la categoría del conde Meuko, así es que era muy natural que en seguida lo hubieran comunicado al gobierno de Austria-Hungría.

Seguramente, no habia en contra de Meuko pruebas de una complicidad material efectiva; pero como habia dicho el ministro Ladany, resultaba evidente que iba á reunirse en Polonia con Labanoff, puesto que se habia interceptado un aviso dirigido por el ruso al conde en este sentido. Una vez juntos, pasado algun tiempo marcharian á San Petersburgo. Labanoff tenia relaciones sospechosas con el ejército ruso; varios oficiales de artillería, condenados á trabajos en las minas se habia probado que eran intimos amigos suyos.

—El asunto es grave—dijo el conde José.—No es cosa, por un caso especial, de exponernos á tener un cambio de notas enojoso con una nacion... con la cual sostenemos relaciones que tantas otras, ya adivinareis, mi querido Varhely, á cuales me refiero, procuran hacer difíciles. Y no obstante, quisiera complaceros... Os aseguro que deseo...

—¿Y si no se consigue la libertad de Meuko, qué es lo que harán de él?—preguntó Yanski.

—¡Oh! ¡oh! podrá ser que haga el viaje á

la Siberia, á pesar de su calidad de extranjero.

—¡A la Siberia! Eso está muy lejos, y de allí no vuelven—replicó Varhely con voz ronca.—Yo no sé lo que daría porque ese hombre estuviese en libertad.

—¡Tan fácil como le hubiera sido no dejarse atrapar por los polizontes rusos!

—Si, pero el caso es que está preso. Y que, os lo repito, lo que vengo á reclamaros... el pedir un rescate semejante, ¡qué diablo! no es ni una amenaza ni un *casus belli*.

Yanski se detuvo, viendo que el ministro hacía un gesto para que se sosegara.

—No—dijo el conde José, haciendo sonar la lengua contra su paladar—pero es embarazoso... embarazoso... ¡Demonio de Menko!... ¡Es una cabeza destornillada!... ¡A quién se le ocurre dejar la carrera diplomática para meterse en aventuras! El no debe ignorar, sin embargo, que el caso en que se encuentra es... ¿cómo diré?... embarazoso... muy embarazoso... Yo quisiera verte y que tuviera que redactar élla nota. ¡Si, ya veríamos cómo lo hacía!.. Seguramente no se ha propuesto conspirar... No es más que un descontento, un descontento, ni más ni menos, efecto de su exaltada imaginación... ¡Tan buena carrera como hubiese hecho si hubiera continuado en nuestras embajadas!... ¡Váyase al diablo!... ¡Ah! mi querido conde, esto es muy enredoso... muy enredoso...

Y el ministro repetía esta palabra con marcado disgusto, pero sin faltar á las convenien-

cias sociales, como diciendo: «¡Váyase al diablo!» Se observaba que no quería comprometerse desde luego con Varhely. Prometía ver detenidamente el expediente del asunto, pediría por telégrafo informes á Varsovia y á San Petersburgo, y estudiaría sin levantar mano lo que el llamaba el caso de Miguel Menko... «enredoso, completamente enredoso», y antes de veinticuatro horas contestaría á Varhely.

—Tiempo que podreis emplear en recorrer Viena, querido conde... Viena está muy variada... ¿Habeis visto la Opera? ¡Es soberbia!... Precisamente se acaba de exponer en ella un cuadro nuevo de Haus Makart... Encontrareis muchas cosas nuevas... No dejéis de visitar el estudio del pintor, que lo merece... Escuso deciros que para todas esas pequeñeces y curiosidades me tenéis á vuestra disposición...

—¿Hay aquí establecidos algunos de nuestros amigos?—preguntó Yanski.

—Si, si—replicó el ministro con amabilidad. Pero todos son ó diputados ó catedráticos de la Universidad ó consejeros de Administración... ¡Ah! esto ha cambiado mucho!

Entonces Varhely quiso saber si alguno de aquellos á quienes no olvidaba, habían «cambiado», como decía el ministro.

—¿Qué es de Armando Bitto?

—Murió. ¡Muy pobre!

—¿Y Ovody, aquel teniente de Georgel que tan heroicamente se portó en el asalto de Buda? Yo le creí muerto al verle con aquel balazo en cara.

—¿Ovody? Está de director del Banco Magyar; es quien se ha encargado de negociar, por cuenta del ministro, la conversion de la renta húngara del 6 por 100. Se halla en relacion con los Rothschild. Tiene un castillo cerca de Presburgo, y no sé cuántos miles de florines de renta. Es muy aficionado á los cuadros, y muy amable en su trato.

—¿Y Hieronymi Janes? ¡Qué bien redactaba las proclamas llamando á las armas?... Kossuth le quería mucho.

—Está escribiendo, en colaboracion con Maurice Jokai, un libro que trata de la monarquía austro-húngara, libro editado con lujo bajo la proteccion del archiduque Rodolfo. El redactará sin duda la parte que se refiere á los países que pertenecieron á la corona de San Esteban.

—¡Ah, ah!... no le faltará qué decir cuando llegue á tener que relatar la campaña de Raab, llevada á cabo contra el mismo Francisco José en persona. Porque, precisamente, ya lo recordareis, era él quien mandaba las fuerzas del Raab.

—Sí, él era—replicó el ministro.

Y añadió sonriendo:

—Bah, la historia puede retocarse y dejarla como convenga!... ¡Una variante de Molière!... La narracion de Janos resultará muy bien... hecha... muy bien...

—No lo dudo. ¿Y Fejenczy Szilogyi escribe tambien obras bajo la direccion del archiduque Rodolfo, el príncipe heredero?

—No... no... Es presidente del tribunal de apelacion... ¡Excelente magistradol!...

—¿El, que era un husar?...

—¡Ah! se varia el uniforme; el suyo estará durmiendo, conservando el alcanfor, en un armario... No tiene más que un defecto Szilogyi, es acérrimo semítico...

—¿Liberal?

—Detesta á los israelitas y lo da á conocer demasiado... A veces es un obstáculo; pero existe una circunstancia que le disculpa: ¡está casado con una judía!

Todo esto era dicho en tono ligero, desdeñoso y con ingenioso escepticismo.

—En el fondo, quizá el más dichoso de todos sea Armando Bitto con haber desaparecido del mundo ¡El ha *acabado* más pronto!

Y á seguida, con su amable sonrisa en los labios, dijo á Yanski alargándole la mano, aquella mano delicada de diplomático que en otro tiempo había blandido el sable en los campos de batalla:

—Mañana comeremos juntos, mi querido Varhely, ¿aceptais, verdad?... Es tan grato volver á verse... Además, que será probable que pueda daros alguna noticia de vuestro asunto... Asunto que con mucho gusto... con mucho gusto tendré presente... Quiero tambien presentaros á la condesa... Pero os ruego que no hagais ninguna alusion delante de ella referente al pasado...

Es española... De ideas rancias... Quizá no comprendiera bien... Kossut, Beni Georgei, todo esto le sorprendería... le sorprendería... Fio en vuestro tacto, Varhely... Y luego que estas cosas son tan antiguas... tan antiguas... ¡Paz á los

muerdos, y aun cuando todavía vivan!... Estamos de acuerdo, ¿no es cierto?

Yansky Varhely salió algún tanto aturrido de aquella visita. Jamás se había creído tan viejo y pasado de moda en la vida moderna. Tanto el príncipe Zilah como él parecía como si fuesen dos de sus antepasados. Unos Don Quijotes, unos románticos, unos testarudos, unos imbéciles. En cambio el ministro era lo que el *reporter* Jacquemin llamaría un *picaro*, que sabía tomar el tiempo conforme venía y dejaba en paz a los espectros. Tal vez Ladany estaba en lo firme.

—Por lo visto—decía por lo bajo, riéndose, el antiguo húsar—hay la edad del bigote y la edad de las patillas; á esto se reduce todo... Ladany ha hecho más: ha sabido hallar un medio para volverse calvo. ¡Había nacido para ministro!

Es verdad que á él le importaban poco aquellos recuerdos de la juventud encontrados bajo nuevos rasgos, como un amor pasado, al que se da nueva vida por medio de un artificio cualquiera. Si el conde Jose Ladany arrancaba á Miguel Meuko de la policía rusa, y poniéndolo en libertad se lo entregaba á Varhely, éste nada tenía que decir del ministro. Por lo menos su paso por el ministerio reportaría alguna utilidad.

XXX.

Las negociaciones entabladas en Varsovia debían, por lo demás, detener en Viena á Yanski Varhely mucho más tiempo del que éste hubiese querido, no obstante la actividad y celo desplegado por el conde José, en sus gestiones cerca del gobierno ruso, reclamando la libertad de Meuko. La misma tarde que, en medio de una afectuosa intimidad, sentó á comer en su mesa á su antiguo camarada, le prometió poner en juego todos los medios que fueran precisos para obtener lo que Varhely deseaba.

—Si llego á conseguirlo, os pido únicamente que reprimáis con severidad á ese loco... Como volviese á ser cogido, no habría quien le librara de ir á la Siberia.

Varhely no respondió una palabra, pero ante la idea de que Miguel Meuko pudiera estar libre, veía pasar por sus ojos rojizos relámpagos. En aquella insistencia con que el conde Yanski reclamaba la libertad de Meuko, había algo del encarnizamiento del cazador persiguiendo una pieza. Esperaba á que Miguel saliera de la fortaleza como se acecha la salida de un conejo de la madriguera.

—En el caso de que le dejen en libertad, ¿po-

dremos saber adónde vá á parar?—Preguntó Varhely al ministro.

—Es más seguro que el gobierno del czar le señale el camino que deba seguir. Y siendo así, se os avisará oportunamente.

El conde Ladany no manifestó deseos de saber cuál era el móvil que guiaba Yanski para que con tal persistencia se interesára por la libertad de Merko. Le bastaba que su antiguo compañero de armas la pretendiese y que fuera posible alcanzarla.

—Ya veis le decía una mañana el ministro á Varhely—cómo todo se aprovecha en este mundo... Quizá me censurarias al tener noticia de que habia aceptado un destino del emperador de Austria. ¡Y, ved lo que son las cosas! Si en este momento no sirviese al emperador, no podria servirlos como lo hago.

Durante su permanencia en Viena, Varhely estaba al corriente, dia por dia, de cuanto ocurría en París. No escribía al príncipe Zilah á fin de que éste no trasluciese lo más mínimo del secreto que tenia entre manos; pero Angel Valla, que habia quedado en Francia, le participaba, ya fuese por carta ó ya por telégrafo, si el caso lo exigía, todo lo que al príncipe afectaba.

Marsa Laazlo habia salido de la casa de salud del Dr. Sims. Desapareciendo el estupor en que estaba postrada, habia renacido en ella la conciencia de sus actos, y, tranquila, vivía en su casa de Maissons-Laffitte.

La desgraciada salía de aquella tremenda crisis, que la habia como aniquilado, con el disgus-

to atroz que alguna vez experimentamos al sentir de nuevo el pesado yugo de la vida despues de una noche de olvido sumidos en el más profundo sueño. Aquel estupor, que muy bien pudo haberla consumido, haberia arrebatado, y aquella fiebre que la devorara, le parecían ahora dulces y envidiables comparables con aquel castigo: *Vivir!... ¡Vivir y pensar!*

Y no obstante, deseaba vivir para ver de nuevo á Andras, cuya mirada, fija sobre ella, habia como reanimado en su ser la apagada luz intelectual. Quería vivir despues de haber recobrado la percepcion, despues de haber salido de aquel estado de locura, gracias á la prueba puesta en juego por el doctor Fargeas; queria vivir para arrancar al príncipe una palabra de perdon. No era posible que su existencia terminase bajo la maldicion de un hombre como aquel. Esperaba que si alguna vez se encontraba en presencia de Zilah, de su alma se escaparían gritos desesperados de súplica que hasta de una piedra serian capaces de obtener la absolucion.

Ciertamente que ella se lo repetía á todas horas con insistencia, desde que el suplicio de pensar y de sentir la atormentaba; habia sido una infame tambien, casi tan criminal como Meuko, callándose, engañando; ¡engañar! ¡ella, que aborrecía la mentira! Pero quería que el príncipe se penetrase de que el móvil de su conducta habia sido el amor hacia él. Sí, tan solo el amor. ¡Y qué amor! desatinado y á la vez sincero. No era otra la causa de su imperdonable traicion. Ninguna otra. Y seguramente él no le daría crédito

en aquellos momentos. Debía acusarla de algún cálculo mezquino, de ambiciosa, de vil intriga. Confiaba en que si pudiese verle nuevamente, aunque fuese solo un minuto, sabría probarle que en su alma no había más que la exaltación de su frenética pasión por el héroe, por su amor.

—Que sepa esto, al menos, y que huya de mí para siempre. ¡Para siempre! ¡Pero que no me desprecie, como parece despreciarme, más que á la última de las cortesanas!

Esta esperanza era la que por el momento le hacía grata la vida. Al salir de la crisis cerebral se hubiera dado muerte á no ansiar aquella nueva entrevista en la que se proponía mostrar completamente el fondo de su corazón. Pero, no atreviéndose á presentarse delante de Andras, ni teniendo siquiera el pensamiento de ir á buscarle, resuelta á esperar allá en su soledad, más salvaje aun que en otro tiempo—una ocasión cualquiera, una oportunidad casual, pensó en Yanski Varhely como el mejor intermediario de quien se podía valer.

Por medio de Varhely podría hacer saber á Andras cuanto ella deseaba que su marido—¡su marido! la frase la hacía estremecer de vergüenza cuando acudía á su imaginación—supiese todo lo relativo á la causa de su crimen. Con este objeto escribió al viejo húngaro. No habiendo tenido contestación, un día salió de Maisons y se fué directamente á casa de Varhely. Allí no sabían dónde se hallaba «el señor conde», pero Mr. Valla podía encargarse de hacer

llegar á sus manos las cartas que le dirigiesen. Entonces se trasladó á casa del italiano á quien suplicó que remitiera á Varhely una especie de confesión general, en la cual impetraba su apoyo para alcanzar del príncipe la tan deseada entrevista. La carta llegó á manos de Yanski hallándose este en Viena. Contestóle de una manera fría; pero, ¿qué le importaba esto á Marsa? No era el rencor de Varhely, sino el desprecio de Zilah lo que ella temía.

Insistió de nuevo, suplicando á Varhely, en una carta en la cual se desbordaba toda su alma, que volviera, que estuviese á su lado cuando ella fuese á espresar al príncipe todos sus remordimientos, aquellos remordimientos que la mataban, que convertían su odiosa belleza en algo parecido á un espectro, puesto que en la esposa de Andras solo los ojos, encendidos por la fiebre, revelaban la vida de aquel ser.

Había tal sinceridad, acentos tan desesperados y desgarradores en aquellas cartas en las cuales se retrataban fielmente los sollozos de una conciencia, que insensiblemente y á despecho de su ruda corteza difícil de ablandar, el soldado, más accesible á la emoción de lo que él quería aparecer, no pudo menos de refunfuñar:

—¡Vaya, vaya!... Sufre. Esto ya es algo.

Escribió á Marsa que no regresaría hasta dar por terminado un plan que se había impuesto como un mandato, y sin extenderse en explicaciones, daba fin á su carta con estas palabras, que en la imaginación de la tzigana aparecían como un enigma y como una vaga esperan-

za, inesplicable, pero acariciada con vehemencia:

—¡Y desead que vuelva pronto!

Al día siguiente de salir esta carta para Maissons-Laffitte, Varhely recibió aviso del conde Ladany para que fuese á verle en seguida.

El conde José le mostró un despacho telegráfico. En él el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia participaba á S. E., su colega en Viena, que S. M. el czar accedía á dejar en libertad al conde Meuko, complicado en el asunto Labanoff. Indudablemente Labanoff saldría para la Siberia el mismo día que el conde recibiera el pasaporte con la correspondiente escolta para acompañarle hasta la frontera. El conde Meuko había elegido á Italia como punto de residencia. El mismo día que se había expedido el telegrama para su excelencia, emprendía Miguel su marcha con direccion á Florencia.

—¡Bien, mi querido ministro!—dijo con viveza Varhely.—Un millon de gracias. Y despues de expresaros mi gratitud, me despido. Yo tambien parto para Florencia.

—¿Inmediatamente?

—Inmediatamente.

—Llegareis antes que Meuko.

—Me urge—replicó Varhely sonriendo.

En cuanto salió del ministerio se fué al telégrafo y dirigió un telegrama á Angel Valla, en Paris. Le rogaba que viniera á reunirse con él en Florencia. Valla le tenía dicho y repetido con insistencia que dispusiera de él.

Varhely abandonó á Viena, seguro de en-

contrar en Florencia al antiguo ministro de Manin.

—Este no ha variado—se decia, pensando en José Ladany.

Y onseguida confesaba que despues de todo, el antiguo jefe de legion hacia bien, y que sin él, seguramente se le habria escapado Meuko.

—Ladany ha tomado el tiempo como es; Zilah y yo lo queremos como debiera ser. ¿Quién tiene razon?

Y meditando mientras el tren le acercaba á Venecia, pensaba:

—¡Bah! era preferible vivir engañados, como vivian Zilah y él, y morir con un ideal incólume, como quien conserva, sin rendirla, la enseña de combate.

¿Morir?...

¡Sí! Quizá Varhely estaba cerca de la muerte; pero aunque así fuese, deseaba impaciente llegar al término de su viaje, pareciéndole que el camino era muy largo y muy lenta la marcha de aquel tren.

En Venecia tomó el ferrocarril que va á Lombardia y despues á Toscana.

Cuando llegó á Florencia, le esperaba ya Angel Valla.

Aquel buen amigo habia adquirido ya todas las noticias que necesitaba respecto á Miguel Meuko. Antes de que fuese á Londres el joven diplomático, á su vuelta de Pau, despues de quedar viudo, habia vivido retirado una temporada en Pistoja, en una casita á la cual vendria á encerrarse, sin duda, al abandonar á Varsovia.

Aquella casita, edificada al extremo de una vertiente y rodeada de cienientos olivos, se encontraba yendo por el camino de Florencia. Menko habia pasado en ella algunos meses en la más profunda soledad, á puerta cerrada y viviendo allí como en una cueva.

Era indudable que el conde iria á parar allí nuevamente. Varhely y Angel Valla esperarían en el hotel. De la misma manera que le participaron anteriormente el retiro de Meuko á Pistoja, le prometían ahora á Valla avisarle de la llegada del joven conde. Un amigo suyo de Venecia que vivía en el pueblecillo se habia encargado de esto.

Efectivamente, tres días despues de llegar Varhely, se presentó en Pistoja Miguel Meuko.

—Mañana—dijo Yanski—tendreis la bondad de acompañarme á casa de Meuko, mi querido Valla.

—Con mucho gusto—respondió el italiano.

La casa que habitaba Meuko estaba á bastante distancia de la estación del ferro-carril.

De la puerta que habia en la verja del jardín habian arrancado la campanilla, lo cual demostraba que su dueño no queria ser molestado. Fué preciso que Varhely golpease con sus rudas manos, para que vinieran á abrir. El criado que se presentó era un húngaro que todavía no habia dejado el sombrero nacional, de ala recogida.

En ausencia del conde era él quien cuidaba de la casa.

—Mi amo no está visible—respondió cuando Yanski le hubo preguntado por el conde Meuko.

—Varhely habia hablado en italiano.

—Ve á decir á Meuko Mihaly—dijo expresándose en lengua húngara—que es el conde Varethly quien viene á verle de parte del príncipe Zilah.

El criado volvió entónces muy de prisa, y franqueando la puerta, Yanski Varhely y el italiano Valla se encontraron á los pocos minutos en presencia de Miguel Meuko.

Varhely no le hubiera conocido.

Aquel joven elegante, de bizarra apostura y valsador esbelto, habia envejecido mucho en poco tiempo; en sus sienes abundaban las canas; el poco pelo que le quedaba lo llevaba largo y echado atrás, sin aquel esmero habitual en el antiguo agregado de embajada. La barba corrida, cubriendo la demacración de su rostro, no dejaba ver aquellas antiguas guías de su hermoso bigote.

Miguel vió entrar en el salón en que se encontraba á Varhely, más blanco que sus cabellos, como si viesé venir hácia él una cosa esperada, un espectro, un castigo que no le cogía de sorpresa. Permaneció impasible y con los ojos encendidos, efecto de la fiebre.

Yanski se fué derecho hácia el joven, que se mantenía de pie, en tanto que Angel Valla, muy conmovido, se pasaba maquinalmente la mano por su barba recién afeitada.

—Caballero, hace dos meses—dijo Varhely, que esperaba impaciente este momento.—Supongo que no dudareis de que os he buscado.

—No he pretendido ocultarme—repuso Meuko.

—Siendo así, yo me pregunto: ¿qué es lo que buscabais en Varsovia?

—El olvido—dijo el joven en tono triste.

Aquella sencilla palabra, la misma palabra de Zilah, que Varhely oyó indiferente, causó á Valla singular impresion. Veía en ella el abatimiento irresistible de los remordimientos.

—El mal que vos habeis causado no se olvida—dijo Yanski.

—No será mayor que lo que yo he sufrido.

—Me hicisteis cómplice de la infamia más cobarde que puede cometer un hombre. Vengo á pedir os cuenta de ello.

Ante aquel ultraje Miguel bajó los ojos; su rostro demacrado se puso descolorido; un súbito temblor agitó su labio inferior; pero no contestó una palabra. Miró friamente á aquel anciano de bigotes grises, y pasado un momento, dejó caer, una á una, estas palabras:

—Estoy á vuestra disposición para todo cuanto queráis pedir... exigir—dijo, recalando la frase.—Únicamente he de aseguraros que nunca me propuse mezclaros en un acto que yo consideraba como una cruel necesidad... Quería vengarme... Pero quería que mi venganza no llegase demasiado tarde... y cuando quise impedir el error, era ya irreparable.

—No os comprendo bien—replicó Varhely.

Miguel Meuko miró á Valla como preguntando si en presencia del antiguo ministro podía decirlo todo.

—Mr. Angel Valla recordais que fué testigo de la boda del principe Andras Zilah—dijo Yanski.

—Conozco á este caballero—replicó Miguel. Y saludó.

—¡Pues bien!—dijo bruscamente dando á sus palabras un tono inesperado;—había un hombre á quien yo admiraba, á quien respetaba y á quien quería. Sin él saberlo, aquel hombre me arrebató la mujer que había sido la locura, la ilusión y el martirio de toda mi vida. Hice cuanto pude para que aquella mujer no llevase jamás el nombre de aquel á quien en tal estima tenía.

—Enseñasteis al Principe las cartas recibidas de aquella mujer, y esto lo hicisteis cuando la tzigana era ya princesa Zilah.

—Ella me había arrojado á sus perros como una presa. La rabia me volvió loco. A mi vez quise arrebatarle sus ilusiones. Dí á mi criado aquellas cartas con la orden expresa de llevarlas al Principe la vispera del día en que debía firmar el contrato. A la misma hora en que yo me alejaba de Paris, aquellas cartas debían llegar á manos de quien tenía derecho á conocerlas cuando aun tenía tiempo para negar su nombre á tal mujer.

—¿Y bien?

—El criado no obedeció ó no me había comprendido. Os lo aseguro por mi honor. Aquellas cartas estuvieron en poder del criado veinticuatro horas más de lo que yo había dispuesto. Esta circunstancia hizo que no fuese ella la castigada, sino que el golpe descargara sobre el hombre por quien yo hubiese sido capaz de matarme.

—Es verdad—dijo friamente Varhely—vuestro proceder tuvo esta fatalidad. El lacayo no entendió bien vuestras órdenes. Pero no por eso el acto que llevásteis á cabo dejaba de ser propio de un cobarde. ¡Empleábais como un arma para vuestros fines las cartas de una mujer! ¡Y de qué mujer! de aquella á quien habíais engañado, prometiéndola dar un nombre que ya no os pertenecía.

—¿Habéis venido para defender á Mlle. Marsa Laazlo?—preguntó Miguel con cierta altanería.

—He venido para defender á la princesa Zilah y para vengar al príncipe Andras. Y sobre todo, he venido á hacerlos pagar la accion indigna de haberme tomado por instrumento de una villanía.

—Lo siento de veras...—respondió profundamente Miguel Meuko.—Estoy, pues, á vuestras órdenes.

El tono de aquella repuesta no admitia réplica.

Despues se separaron.

Angel Valla buscó, para que le acompañase como testigo de Varhely, á un secretario de la embajada de Italia, á la vez que dos oficiales de *benaglien* de la guarnicion de Florencia lo eran del conde Meuko.

El italiano, inquieto y nervioso, repetía á Varhely:

—Todo esto está bien... *ma*.

—¿Pero qué?

—¿*Ma* si os matase? La razon es la razon, ya lo sé... ya lo sé... *ma* las balas no siem-

pre van precisamente por donde debieran....

—Bueno—respondió Yanski Varhely—vos os encargareis, mi querido Valla, de hacer saber al príncipe cómo ha defendido el honor suyo su antiguo amigo Varhely, y al mismo tiempo de señalar el punto en que el conde Meuko se ha refugiado... Voy á intentar vengar á Zilah. Si no lo consiguera, *teremete*...—dijo jurando á lo húngaro—él se encargará de vengarme; á esto se reduce todo. ¡Vámonos á cenar!

XXXI

El príncipe Zilah, en aquella soledad en que vivía en pleno París, se sentía dominado, absorbido por un mismo pensamiento, por una imagen imposible de rechazar, por un nombre que zumbaba continuamente en sus oídos, como en ciertas alucinaciones de esta índole.

Marsa, la adorada Marsa, aquella Marsa que se presentaba a su vista a todas horas, unas veces deslumbradora con su traje de boda, otras con la mórbida palidez que la cubría cuando la contempló paseando por los jardines de Vaugirard, llenaba por entero su corazón, y a despecho de la indignación que palpitaba en aquel hombre, la imagen de aquella mujer, a pesar de su falta, a pesar de su desgracia, poco a poco iba borrando todos los demás recuerdos, todas las otras pasiones.

Marsa, su último amor, puesto que él no veía ya delante de sí más que los años tristes en que el cabello encanece y la vida se hace doblemente pesada al hombre cansado de sobrellevar su carga. ¡Y no solo era su último amor, sino su único amor!

¡Ah! ¿por qué la habría amado? O ya que la amó, ¿por qué ella no le confesó que aquel mise-

rable Meuko la había engañado? ¡Quién sabe! Tal vez él hubiese perdonado y protegido a aquella doncella, viuda de la pasión que la dominara.

¿Viuda? No, puesto que Miguel vivía... ¡Ah! ¡si hubiese muerto!

Y Zilah se repetía, acariciando aquella idea como una esperanza: «¡Si hubiese muerto!» ¡Es decir, si entre él, Andras y Marsa no existiera el aborrecible recuerdo del amante!

¡Si Meuko hubiese muerto!

Al mismo tiempo que se hacía febrilmente esta pregunta, Zilah se acordaba de Marsa, postrada a sus pies, abatida, sin darle otra disculpa que la que se encerraba en aquellas apasionadas palabras, que hacían circular por las venas de aquel enamorado de la hermosa joven como un efluvio abrasador:

—¡Os amaba! ¡quería ser vuestra!

¡Ser suya! Al pensar en esto sentía en la piel así como escalofríos. Aquella hermosura, aquella juventud, aquellos labios que le prometían ardientes besos eran para él una tentación. ¡La hermosa tzigana que le había arrebatado la calma cuando la vio en casa de la baronesa Dinati era actualmente su mujer! ¡Su mujer! Podía, pues, castigar ó perdonar. En rigor la había castigado, puesto que la había arrojado a otra muerte: ¡a la locura! Y reflexionando de este modo, se preguntaba si era llegada la hora de perdonar a la princesa Zilah, castigada ya, arrepentida y casi moribunda.

En efecto, le habían dicho que Marsa seguía en Maissons libre de la crisis que sufriera ha-

poco, pero sin restablecerse del todo, siempre débil, anémica y viviendo como enclaustrada, haciendo todo el bien que podía, dando limosnas, rezando... y rezando quizá por él.

—¿Por él ó por Menko?

—¡No, por él! No era ella tan vil que mintiese cuando suplicaba, cuando pedia la muerte á Zilah, que tenía derecho de vida ó muerte sobre ella.

—Sí, derecho de muerte y también derecho de perdón—pensaba Zilah cuando se entregaba á aquellas divagaciones que sin cesar atormentaban su alma.

—¡Ah! ¡si hubiese muerto Menko!

Poco á poco Zilah notaba que era víctima de una excitación muy dolorosa y queriendo aplacar su neurosis, se dedicaba á recorrer las calles, aburrido de verse solo, y echando de menos como nunca la compañía de Vahely, cuya prolongada ausencia empezaba á inquietarle, volviendo luego á su hotel, rendido por la fatiga, pero sin conseguir nunca borrar de su imaginación la visión importuna de Marsa. Con el dolor, á la larga se juntó el fastidio, y la vida, aquella vida lenta y monótona, siempre con los mismos sufrimientos, llegó á parecerle, más que melancólica, inaguantable.

—Hoy no almuerzo—dijo un día á su criado.

Lo mismo su casa, que sus libros y hasta su criado concluyeron por serle antipáticos.

Se bajó á pie por los Campos Eliseos, y en la esquina de la plaza de la Magdalena se entró en un restaurant. Desde su asiento contemplaba

aquella parte animada de Paris, las góticas torres de la iglesia destacándose con su color gris sobre el azul del cielo, las hojas de los árboles cubiertas de polvo, el asfalto de las aceras, los transeuntes, los ómnibus pintados de amarillo, la actividad y el buen humor de la vida de la ciudad del Sena.

A poco de estar allí le sorprendió oír que le llamaban, y que á seguida aparecía delante de él, de pie y tendiéndole la mano como si pidiese una limosna, el viejo Vogotzine diciéndole con cierta timidez:

—¡Ah querido, cuánto me alegro de veros! Estaba almorzando ahí al lado—al decir esto señalaba á una mesa en que Zilah no se había fijado—y sin duda el endiablado periódico que tenía ante mí vista habrá sido causa de que no me hayais notado... ¡Uff... ¡Ah, si supiérais! ¡Yo me ahogo!

—¿Pues qué pasa?—preguntó Andras.

—¿Que qué pasa? Miradme, todavía debo estar como la grana.

Aquel desgraciado Vogotzine, que por casualidad había entrado en el restaurant, donde acababa de almorzar, y que en aquel momento hubiera querido hallarse en el jardín de Maissons-Laffitte gozando de su fresco ambiente, mecándose á la sombra de los árboles en el *rocking-chair* de que Marsa no hacía ya uso; Vogotzine, que, según costumbre, acababa de comer excesivamente, había tenido la mala ocurrencia de hacer que le trajeran un periódico ruso, *Le Nouveau Temps*, y leyéndole entre sorbo y sorbo de

un kummel tan desabrido que casi echaba de menos el aguardiente de semillas, el *vocha* de sus soldados, sus ojos tropezaron con una correspondencia de Odessa, en la que se daba cuenta con todos sus detalles de la ejecución de tres nihilistas, dos de ellos aristócratas, á quienes se les había conducido á la plaza del Abattoir, vestidos de negro, con la espalda vuelta hácia el tronco de caballos que les arrastraban, y ostentando cada uno en el pecho un cartel con esta inscripcion escrita en letras blancas: «Criminal de alta traicion.»

Aquel relato hizo temblar al pobre Vogotzine de piés á cabeza. ¡Diablo, diablo! Cada detalle de la ejecución, que no dejaba de ser bastante melodramática, le causaba un efecto atroz, como si le introdujeran un hierro candente en el estómago. Veía realmente el cortejo, los tres cadáveres pintados de negro, y detras de cada uno de ellos el negro ataúd cubierto de un sudario gris y la fosa abierta debajo del patíbulo.

A su imaginacion se presentaba tambien el cuadro formado por un batallon de infantería y una *sotnia* de cosacos, y dentro de él Froloff el verdugo, en pié, con su roja camisa, su ancho pantalon de terciopelo negro metido en las botas y teniendo á su lado un capellan muy pálido, vestido de funeral.

—¿A quién demonio se le ocurre poner esas cosas en los periódicos? —murmuraba Vogotzine.

En su azoramiento, creía oír al notario leer la sentencia, veía al sacerdote presentando la cruz á los condenados, y á Froloff que, antes de

taparles la cabeza con los capuchones de sus túnicas, degradaba á los que eran nobles, rompiendo sus espadas sobre sus craneos...

Y entónces, todo sofocado, Vogotzine tiraba el periódico al suelo, como quien se sacude la pelusa de los árboles, que le ha caído encima, y con la cara echando fuego, los ojos estraviados y fuera de sus órbitas, se llevaba su copa de kummel á la boca, dejándola vacía para serenarse. Le parecia que detras de él estaba Froloff poniendo sobre su cabeza la mano de verdugo y tomaba los brazos de los candelabros del restaurant por los palos de un patíbulo levantado para su ejecución.

Fué preciso, para que consiguiera tranquilizarse, que Vogotzine se fijase en los mozos vestidos de negro, en el salon decorado del restaurant, en la animacion y alegría de los concurrentes, que de un salto le trasladaban á quinientas leguas de la plaza del Abattoir.

—¡El diablo se lleve á estos periódicos! ¡Qué estúpidos son! ¡En adelante no he de leer ninguno! ¡Ni uno siquiera! ¡Esto es absurdo! ¡Vaya un digestivo agradable!

Y despues de pedir la cuenta se preparó para marcharse al mismo tiempo que de tanto en tanto se llevaba la mano á la cabeza, como si sobre ella hubiesen roto su espada de general, causándole una contusion ó una herida.

Toda vía azorado, miraba á su alrededor, interrogando á los espejos de marco dorado, como para descubrir en ellos la sombra de Froloff y huir de él, cuando de pronto se aperoibió de que

allí cerca estaba sentado Andras, á quien al principio no conoció, y hacia el cual corrió dejando escapar, con una bocanada de alcohol, un grito de satisfacción, el grito alegre del niño que se ve perseguido y descubre un defensor:

—¡Vos!... ¡Ah, qué buena idea!... ¿Vos aquí?... ¿Cómo os va?

Y tendiendo sus manazas á Andras, el príncipe pudo notar que el pobre Vogotzine vacilaba, y que apenas podía sostenerse. La gran cantidad de kummel que en muy poco tiempo había tragado, junto con el terror que le produjera la lectura, habían trastornado su cabeza con brutal emgriaguez, y el general, sin fuerzas para levantarse de la banqueta de terciopelo, con el nudo de la corbata deshecho y el cuello de la camisa desabotonado, presentaba una cara redonda y de color púrpura, la mirada atónita y los labios secos, que hacía sonar aplacando uno contra otro.

—¿Os admira el verme por aquí?—decía como si hubiera olvidado todo lo ocurrido hacia dos semanas... ¡También á mí!... Pero me aburro tanto allí... en Maissons... *me hago viejo*, como decía en otro tiempo allá en Odessa la pequeña... la pequeña... eso es, la pequeña Estefania... Y por esto me he venido á respirar el aire de París... ¡Mala idea! ¡Si supiéseis! ¡Cuando pienso que eso puede ocurrirme á mí!

—¿El qué?—preguntó con indiferencia Andras. Y Vogotzine, mirándole todavía con sus ojos fuera de las órbitas:

—¿Qué?—decía con voz ahogada.—¿Qué ha de

ser, Froloff!... ¡Sí, querido, Froloff! ¡La espada rota contra la cabeza! ¡el patíbulo! Yo no soy nihilista. ¡Dios me guardel pero he desagradado al Czar.... ¡Y desagradar al Czar... brrr!... Figuráos, querido, la plaza del Abattoir... Odessa... Pero no, no hablemos ya más de eso—dijo repentinamente mirando á su alrededor, como si en aquel mismo restaurant viese, á caballo, la *solnia* de cosacos, preparada para arrancarle de allí en nombre del emperador. ¡Ea, vamos! decidme, ¿por qué no vais alguna vez por Maissons-Lafitte?

Era preciso que estuviese borracho, para hacer al príncipe semejante pregunta.

Zilah fijó en él su penetrante mirada, en tanto que los pesados párpados de Vogotzine caían sobre sus ojos, llorosos por efecto del mucho kummel que había despachado.

Andras se levantó y salió del restaurant seguido de Vogotzine, que á duras penas podía sostenerse.

—Yo—dijo el general, cogiéndose instintivamente del brazo de Andras, el cual se dejaba arrastrar desde el momento que oyó pronunciar el nombre de Maissons-Lafitte, por más que hubiese salido de aquel odre de alcohol—yo me alegraría mucho... mucho... si volviérais... Yo me aburro, querido; ¡ah! ¡me aburro hasta más no poder!... Calculad... los balcones cerrados... Nada de ruido... la luz, ¡oh, la luz la molestá!... Los días se hacen interminables, interminables... Nadie habla allí... La mayor parte de los días cómo solo... ¿Queréis que os diga? ¡Pero queréis

que os diga? Marsa, sí, Marsa es muy buena... muy buena... solo le preocupan los pobres... los desgraciados... ¡Pero, por más que diga el doctor Fargeas, está loca!... ¡No hay que buscar el Mediodía a las dos... está loca!... ¡Está todavía loca!

—¿Loca?—dijo Andras conmovido y haciendo esfuerzos por mostrarse indiferente.

Andando despacio atravesaron el boulevard lleno de gente, Vogotzine deteniéndose y cogiendo a Andras, cuando hablaba por la solapa de su levita. Zilah hizo señas a un carruaje para que se detuviera, y obligó a subir en él al general, a quien fué preciso sostener en el estribo, diciendo al cochero:

—Al Bois.

—Os aseguro de veras que está loca—continuó repitiendo Vogotzine, tendido en los almohadones del coche.—Sí... loca—gruñía el borracho.—No come, no se peina... A la verdad, yo no sé cómo vive... En otro tiempo... sus perros... los paseaba... Ahora, me toca a mí ir con ellos por el parque... pobres animales... son muy dóciles... Todo lo más que dice alguna vez es... ¡Escuchad! «No ladran ya *Duna* ni *Bundas*?...» ¡Ah, si yo no tuviese miedo de que allí Froloff... sí, Froloff... qué pronto me volvería yo a Rusia!... ¡La vida de París... la vida de París me fastidia!... Ved, quiero disfrutarla... Cojo un periódico, ¿y qué encuentro? ¡a Froloff!... Además, querido, la vida de París, en Maissons-Laffitte, entre cuatro paredes, es imposible, vaya, sí, príncipe; ¿verdad que es imposible?... ¡Sabeis lo

que yo desearia? Desearia solicitar del czar el perdón...

Decidme, en último caso, ¿qué es lo que yo he hecho? No es cosa enorme. Faltando a las órdenes del czar, me estuve en Odessa cinco días más de lo que me habían autorizado.. Si, allí había una actriz francesa jovencita... que cantaba la opereta admirablemente... *Decidle que ha llamado la atención, que se ha distinguido... Decidle que parece amable... ¡Encantadora!... Tener que dejarla, ¡oh! verdadera mente; esto me parece muy duro... Me quedo cinco días, ¿es acaso esto una cosa extraordinaria? decid, Zilah, cinco días. Pero ¡patatras! La jovencita era muy amiga... muy amiga... de un gran duque... más joven que yo necesariamente... Y hé aquí al gran duque celoso.*

Por aquellos días precisamente se habla de una conspiración en Odessa... Se me acusó de haber pasado el tiempo en el teatro en vez de estar vigilando a los conjurados... Hicieron más, querido, pues llegaron a decir que yo estaba metido en la tal conspiración...

¡En Odessa! plaza del Abattoir... Froloff... La causa de todo fué Estefanía Gavaud... No se lo digais a Marsa... ¡Ah, la pequeña Estefanía... *Yo vi al viejo Bacó sobre su roca fértil...* Tantin, no, la Tantin no cantaba esto, querido, como aquel diablillo de Estafanía.

Pues bien—decía Vogotzine entre dos eruptos apestados de kummel—á no haberme ocurrido todo esto, no arrastraría yo aquí esta vida estúpida... sí, como un molusco, como una cucu-

racha... con una mujer triste como cuaresma, que no habla, que no canta ya, que no hace nada, sino llorar... y llorar... ¡Fastidiosa!

Lo digo como lo siento... fastidiosa, sí, por más que sea mi sobrina... Fas...ti... Y... verdaderamente, querido, me alegraría que volviérais... ¿Por qué os marchásteis?... Sí, sí, estas son cosas vuestras, no quiero preguntaros nada... Solo que... sólo que seriais bien venido...

—¿Por qué—dijo Andras.

De pronto se detuvo y miró á Vogotzine.

—¡Ah! ¿por qué? Porque... —añadió el general queriendo dar á su embrutecido semblante de borracho una expresion de digna gravedad, casi diplomática...

—¿Qué pasa, decid? —replicó el Príncipe.— ¿Ha vuelto á ponerse enferma?

—¡Oh, ida, completamente ida, ya os lo he dicho! ¡Loca perdidal Desde hace dos días...

—¿Por qué desde hace dos días?

—¡Ah! Porque... desde hace dos días...

—¡Y bien! ¿qué?... ¿Qué ocurre?... ¡Hablad por fin, general!

—Es... el telegrama—balbuceó Vogotzine.

—¿Qué telegrama?

—El tela... el telegrama de Florencia.

—¿Ella ha recibido un telegrama de Florencia?

—Un parte telegráfico... Papel azul... Lo leyó delante de mí... Por cierto que yo creía que el parte era vuestro... Ella dijo: «No sé cómo esos endiablados trozos de papel os hacen tan mal efecto...» En ocasiones ciertos tele-

gramas me han producido una indigestion... Os lo juro... ¡Y sin embargo, yo no soy apocado!

—En fin, Marsa... Aquel telegrama... ¿De quién era?... ¿Qué dijo Marsa?

—Ella se puso pálida como la cera... Se echó á temblar... Un ataque nervioso... Y dijo: «Bueno, de aquí á dos días sabré por último si debo vivir!...» ¡Palabras, querido! Lo que si es cierto... cierto, querido... es que ella, ella espera esta tarde que vuelva... ó que no vuelva de Florencia... Esto depende...

—¿Quién es?... ¿Quién? —exclamó Andras.— ¿Miguel Meuko?

—¡Yo no lo sé! —murmuró Vogotzine todo asustado, como si por detrás del coche, la mano de Froloff le tuviese cogido del cuello de su gaban.

—¿Es Meuko, verdad?—repetía Andras mientras el general, sin saber qué contestar — en medio del ruido de los carruajes y de todo aquel barullo y confusion que le rodeaba en aquel paseo, la borrachera le trastornaba más las ideas — articulaba algunas frases ininteligibles que parecian ronquidos.

Andras se sentía herido en lo más profundo por un nuevo dolor. ¿Qué significaba aquello? ¿De quién seria el telegrama? ¿Por qué le habria hecho á Marsa tal impresion? ¿De aquí á dos días sabré por último si debo vivir! ¿Quién podría arrancarle una exclamacion como aquella? ¿Quién, que no fuese Miguel Meuko, se hallaba íntimamente ligado con la vida de aquella mujer

para trastornarla de aquel modo, para volverla loca, como decía Vogotzine?

—Es Meuko, ¿no es verdad? Meuko — repetía Andras.

Y el grueso Vogotzine, estupefacto, atontado, dejaba escapar estas frases:

—Quizá pueda... Todo es posible...

Pero de pronto se paraba, como si, a pesar de su embriaguez, comprendiese que iba demasiado lejos y que podía ser causa de alguna desgracia.

—¡Ah! vaya, Vogotzine, vaya, ¡habeis hablado ya mucho para que no acabeis de decirlo todo!

—Sí, es verdad, he dicho ya demasiado... ¡Ah! ¡Quién me manda meterme en asuntos que no son míos!... Bueno, pues sí, el conde Meuko está en Florencia ó en sus inmediaciones... no sé a punto fijo... Hace poco, Marsa... me lo ha dicho sin querer... Se ha puesto furiosa... hablaba furiosa... sola... Yo no la preguntaba nada... pero su fiebre... su locura... ¿qué sé yo? En seguida ha redactado un telegrama para Italia... Pero luego lo ha roto, diciendo estas ó parecidas palabras: «¡No! ¡lo que haya de suceder, sucederá!...» Esto es todo. No sé más que lo que acabo de decir. Nada más.

—¡Ah! ¡miserable! ¡Es á él á quien esperal— exclamó Andras.—¿Y cuándo?

—No sé.

—Vos lo habeis dicho. Esta noche. Esta noche, ¿no es verdad?

El viejo general se encontraba tan violento como si estuviese ante un consejo de guerra ó en manos de Froloff,

—Sí, esta noche.

—¿En Maissons-Laffitte?

—En Maissons—respondió Vogotzine, casi sin saber lo que decía, borracho todavía.—¡Y todo esto me molesta... me molesta! ¡Creedlo, es fastidioso! Por eso me decidí á venir á Paris. ¡Buena idea!... Por lo menos en Maissons no hay periódicos rusos.

Andras no dijo ya una palabra.

Hizo parar el carruaje, descendió ligeramente, y saludando al general con un «gracias» brusco como un sofion, se alejó de prisa, dejando á Vogotzine, que, con los ojos como holas de lotería, procurando ponerse de pie en actitud digna, murmuró:

—¡Está bien, querido! de modo que ¿me dejáis aquí? ¡Solo? ¡Esto es una picardía!...

Y, como un niño abandonado, al viejo Vogotzine, inutilizado por el kummel, le faltaba poco —haciendo unos gestos cómicos— para llorar.

—¿Adónde vamos?—le preguntó el cochero.

—A donde queráis, amigo mio—respondió Vogotzine, todo afligido y como implorando humildemente de aquel hombre;—pero, por lo menos, no me abandonéis.

XXXII.

La situación acababa de aclararse para Zilah repentinamente. Ahora se explicaba aquel mal-estar indefinido que le dominaba hacía algunos días. Era como la percepción magnética de aquella nueva infamia que llegaba á su corazón. ¡Meuko estaba en Florencia! Meuko—porque solo él podía ser—había teleografiado. ¿Qué? ¿alguna cita á Marsa? Aquella noche, aquella noche misma se encontraría en aquella casa de que era dueña Marsa, Marsa, que, después de todo, ostentaba el título y nombre de los Zilah.

¿Era aquello posible?

¡Después de su casamiento, después de los juramentos y lágrimas de aquella mujer, aquellos dos seres, separados un momento, volvían á reunirse como si decididamente hubieran sido creados el uno para el otro, el cobarde para la miserable!

¡Y Andras, que casi, casi, se había dejado llevar por la compasión hacia aquella mujer! ¡Y había escuchado á Varhely—hombre honrado—que comparaba aquella joven perdida á un soldado vencido! ¡Aquel rudo Varhely—el intran- sigente, como le llamaba—que después de haber sido también engañado por la tzigana, hablando

un día en Sainte-Andresse aconsejaba al marido ultrajado el perdón! Este último golpe le llenó de cólera y le puso fuera de sí, volviendo á su hotel como fiera pronta á saltar sobre su perseguidor.

—¡Esta noche estará en casa de ella! ¡Esta noche! ¡Esta noche!

Aquella idea le ponía loco.

—Vamos, es una villanía después de las otras muchas, una atroz villanía, una infamia nueva. ¿Cómo castigarla?

¿Castigarla?

¿Por qué no? ¿Acaso Marsa Laazlo no era su mujer? En aquella villa de Maissons-Laffitte, donde ella se creía en su casa, la ley autorizaba á Zilah á constituirse como dueño. Como esposo tenía derecho á entrar á cualquier hora y á pedir cuenta de su honor á aquella mujer.

—¡Oh! ella ha querido llevar el nombre de los Zilah. ¡Pues bien, que sepa al menos lo que cuesta y los deberes que le impone!

Esta idea le enfurecía y le hacía apretar los dientes con rabia.

Desesperado, iba y venía de un lado para otro por aquella estancia, en la que resonaban sus precipitados pasos.

—¡Y es princesa Zilah! ¡Si, princesa! Nadie puede quitarle el título que ella ha robado. ¡Princesa! Bueno. ¡El príncipe dispone de la vida de su mujer.

—¡De la de su mujer y de la del amante de su mujer!—añadió, conteniendo de pronto su espasmódica risa.

—¡Ah! ¡sí, allí estará su amante! ¡Allí estará ese Meuko, y sin embargo, me quejo! ¡ese hombre á quien he buscado, que se me escapó, viene ahora á ponerse en mis manos y todavía no doy gracias á la suerte que me proporciona tal alegría! ¡Esta noche! El estará en casa de ella esta noche. Tanto mejor... se hará justicia.

Cada minuto que pasaba aumentaba aquella fiebre que hacia latir violentamente sus sienes. Sentía agolpársele á la cabeza toda su sangre: ante sus ojos pasaban horribles visiones. Veía á Marsa presentando sus labios á Miguel, aquellos labios seductores y sonrientes, con los ojos medio cerrados y la espresion divina que habia en su rostro cuando Andras la vió desmayada de placer en sus brazos.

Habria sido capaz de dar diez años de su vida por encontrarse ya en aquella noche. ¡Esta noche! ¡Esta noche! ¡Qué largo es el día! ¡Y cómo le abrasaba la fiebre, cómo rugía la tempestad en él, atormentado por acerbo dolor y loco de coraje.

Esperaba con impaciencia que llegase el momento de ponerse en marcha y de sorprenderlos. Tentaciones le daban de esperar á Miguel Meuko en la estacion del ferrocarril de Italia para allí mismo escupirle al rostro. Pero ¿qué necesidad habia? Miguel aparecería en Maissons. Y en aquel sitio, en presencia de ella, le mataría en desafio si Meuko queria batirse, ó haciendo uso de su autoridad de esposo, como á un ladron nocturno si el jóven pretendia huir. Esto era preferible.

Sí, le mataría como un perro; si el otro...

Pero no. El húngaro, abofeteado á la vista de aquella mujer, ciertamente no retrocedería ante el cañon de una pistola. Marsa estaria allí como único testigo de aquel duelo. La sangre del Príncipe ó la de Meuko le salpicaría el rostro. Sería una mancha roja en su pálida mejilla: ¡el castigo!

Cerca ya del anochecer, Andras salió de su casa. La electricidad de un dia caluroso, amenazado de tempestad, oprimía su garganta.

De uno de sus armarios habia cogido un par de pistolas que guardó en los bolsillos de su gaban. Una de ellas se la arrojaría á Meuko. No se proponia asesinar, lo que queria era castigar.

En la estacion no habia casi viajeros, y pronto Andras se encontró completamente solo camino de Maissons, ansioso de realizar su deseo, en tanto que la noche se le venia encima.

Andras iba avanzando en la oscuridad que solo permitia distinguir confusamente el sitio por donde andaba.

Pero ¿qué falta le hacia la luz? Maquinalmente sus piernas le habrian llevado adonde él se proponia.

Al salir de la estacion y atravesar á pie el puente del ferro-carril, para luego tomar por la avenida Longueil, que conduce al parque, habia, sin embargo, comenzado á experimentar una sensacion rara, como si nada hubiese ocurrido, como si poco á poco se viese libre de una molesta pesadilla.

En una especie de alucinacion casi voluntaria,

se figuraba ir al hotel de Marsa como el año anterior, y que ella le estaba esperando vestida con una de aquellas batas blancas que tan bien la sentaban, abrochando su cinturón de plata la inolvidable hebilla de los ópalos. Y á medida que avanzaba se veía envuelto en una nube de recuerdos que parecían desprenderse de aquellos árboles ó brotar de aquel suelo.

Bajo aquellos frondosos tilos que formaban como una bóveda de catedral, había paseado muchas veces con Marsa. Se acordaba de las conversaciones sostenidas en aquellas horas de la noche, en que una bruma ligera plateaba aquel gran parque majestuoso y el castillo se destacaba vagamente como un palacio fantasma.

Aquellas fuentes cuyos juegos de agua producían una especie de canto armonioso, aquel espacioso prado encerrado entre dos líneas de árboles separados por la ancha faja de cielo, él los había recorrido ó contemplado llevando apoyada en su brazo á la tzigana, que desprendía un suave y delicado perfume. Y en la emoción que en él causaba actualmente la vista de aquellos objetos que contemplaba de nuevo, había la sensación de dolor punzante, que lejos de apaciguar, más bien avivaba la cólera en que ardía Andras, mortificando sus nervios, fatigando su cerebro y colocándole al borde de la locura.

No había en él más que un sentimiento muy amargo: el de la felicidad á la que pudieron servir de vida aquellas sombrías alamedas con su

deliciosa frescura, si el destino hubiera querido otorgarle lo que prometido le tenía.

—¡Ah! ¡Marsa! ¡desgraciada joven!—exclamaba.

A medida que Zilah se internaba en aquel parque, yendo recto, sin siquiera buscar el camino, hacia la casa en que *ella* vivía, todo penetraba en su corazón, todos los detalles de aquel día fiesta irónica y doloroso—el día de la boda—se retrataban fielmente en su imaginación. Separándose del camino se fué hacia la iglesia inmediata, deseoso de contemplar nuevamente aquella puerta que un día franquearon, ella deslumbradora con su vestido blanco, y él loco de alegría y de felicidad....

A aquellas horas la plaza de la iglesia estaba desierta. Las hojas de los tilos empezaban á caer. Un hombre, algún bracero de por allí cerca, dormía en el atrio de la capilla. Andras estuvo algunos minutos con la vista fija en aquella puerta de estilo gótico, que tenía incrustada una imagen de la Virgen.

Se preguntaba si en verdad fué el quien, en otro tiempo condujo á aquel templo severo á una joven que iba á ser su mujer, y no podía evitar que aquella triste iglesia cerrada le hiciera el efecto de una tumba.

Entonces interrumpió la contemplación de aquel dintel de piedra que servía de lecho á aquel hombre cansado—algún borracho, que de seguro sería más feliz que él—y se alejó en dirección del bosque hacia la residencia de Marsa.

Cerca de allí había—Zilah se acordaba perfec-

tamente—una especie de vallecillo en el cual el alcalde de Maissons ofreció á los cortesanos de Luis XIV una hospitalidad que igualaba á la que pudiese dar un rey, y en aquel rincón, lleno de misterio y de belleza, pliegue de terreno encajado entre declives cubiertos de plantas y violetas, bosquecillo discreto, sombrío y desierto, digno de ser celebrado por Virgilio, cuyos grandes árboles, con sus troncos enlazados, tantas veces habian sido mudos testigos de sus arrobamientos amorosos, ¡que le habia hecho soñar Marsa un mundo de felicidad!

Aquellos dos amantes lo llamaban alegremente *el Valle de las violetas*.

Solo ellos conocian este nombre. ¡Y cuantos recuerdos encerraba! En aquellos momentos, todos aquellos recuerdos exasperaban y herian el corazón de Zilah, interponiéndose delante de él como un espectro. Aguijoneado por estas ideas precipitó el paso, repitiéndose:

—Allí estará él, ella le espera! ¡Ya habrá llegado su amante!

Al extremo del camino, delante de la casa, silenciosa lo mismo que la solitaria capilla, Andras se detuvo.

—¡Allí está!

Antes de entrar, quedóse un rato inmóvil sin poder dominar su cruel desesperación.

¿Qué es lo que iba hacer, él, que hasta entonces habia vivido sin que la asquerosa baba del escándalo manchase su nombre?

Iba á matar ó á ser muerto.

¡Un duelo! ¿Y qué necesidad tenía de proponer

un combate, cuando, como marido tenía el derecho de castigar á aquel hombre y á aquella mujer?

Dejó de vacilar.

—¡Estoy en mi casa!—dijo en voz alta, yendo hácia la verja.

El ruido de la campanilla, que se oyó allá en el fondo del jardín, debió despertar á *Duna* ó *Bundas* y á *Ortog*, que tirando furiosamente de las cadenas con que estaban atados, confundian sus ladridos, á la vez que un hombre, en medio de aquella obscuridad, gritaba desde lejos al otro lado de la verja:

—¿Por quién preguntais?

—Por la princesa Zilah.

Aquel hombre avanzó.

Era un criado.

Andrés no le conocia ni le habia visto nunca.

—¿Quién sois?—dijo el criado aproximándose á Andras, con la mano apoyada en la cerradura interior de la puerta.

—¡El príncipe Zilah!

El otro, estupefacto, sin moverse, quiso ver la cara del príncipe á través de los hierros y en la oscuridad de la noche.

—¿Me habeis oído?—añadió Andras.

Y en tanto que tímidamente el criado entreabria la puerta para cerciorarse del aspecto del visitante, Andras empujó violetamente la verja, rechazando al criado, y una vez dentro del jardín, se acercó á aquel hombre, diciéndole:

—Como es la primera vez que me veis, mirad-

me bien, para que en lo sucesivo me conozcais. Aquí soy el amo.

La imperiosa y clara mirada de Zilah parecía de fuego en medio de la noche, y visto de cerca aquel rostro de soldado noble, instintivamente obligó a inclinarse al criado, que saludaba inquieto todavía y sin atreverse a decir una palabra.

Sin detenerse más, Andras se fué hacia la escalinata, empujando la puerta exterior, que se hallaba abierta.

Ella estaba con él.

Andras escuchó.

Sí, allí había un hombre, y el hombre hablaba.

¡Hablabá á Marsa! Seguramente estaría hablandola de amor.

¡Ah, Menko! Zilah le veía con su bigote retorcido, su sonrisa extraña y su fiero rostro algo pálido.

¡Miserable!

¡Y él estaba allí, allí, detrás de aquella puerta!

Una luz roja, filtrándose desde el salón en que se encontraba Marsa, se veía por las junturas de aquella puerta que el príncipe Andras casi estaba por echar abajo con los pies.

Sin embargo, se detuvo. De aquella puerta le separaba una salita sumida en la oscuridad.

En aquel momento por su imaginación pasaron rápidamente ideas de muerte. En medio del dolor que le ahogaba, como si le apretasen la garganta con mano de hierro, se sentía capaz de saltar, de entrar y de herir como un salvaje ó como un loco furioso.

¡Qué bien habían jugado con él los dos seres que estaban allí encerrados; aquella mujer que había mentido y aquel cobarde que abofeteaba á un hombre con unas cartas en las que en cada línea se leía la pasión, es decir, el engaño, la traición!

De pronto Andras, loco de ira hacia poco, se sentía como herido, atravesado por un puñal y casi á punto de caer desmayado; era que oía la voz de Marsa, el eco de aquella voz argentina y melodiosa, y que, á través de la puerta, llegaba á él como arrastrada por una corriente de pasión, de amor ó de alegría.

—¡Ea, adelante!—se dijo.

¡Qué esperaba? ¡Acaso necesitaba para anonadarlos con su aparición oír el ruido de un beso?

Sus manos febriles acariciaron las culatas de las pistolas.

Dió tres pasos adelante, atravesó el saloncito oscuro, y á tientas buscó el pestillo de la puerta, que levantó bruscamente, permitiendo que viniese á dar de lleno en su rostro la luz de una lámpara con pantalla de porcelana que alumbraba aquella habitación; y como petrificado en la misma puerta, al tiempo que dos rostros se volvían hacia él á la vez, dos rostros descoloridos; la cara demacrada de Marsa y el feroz semblante de un hombre; Andras se detuvo mudo de asombro.

Buscaba á Meuko y... se encontró á Varhely.

XXXIII

—¡Yanski!

Al oír aquel grito, lanzado por Andras, Marsa, retrocediendo ante aquella voz, ante aquella aparición del Príncipe, se puso en un salto al lado de Varhely, y sin dejar de mirar hacia aquella puerta en cuyo dintel continuaba Andras hecho una estatua, gritó á su vez toda asustada y presa de un súbito temblor:

—¿Quién va? ¿quién está ahí?

La luz iluminaba por completo á Andras, pero Yanski Varhely, no dándose cuenta de lo que sucedía, no creyendo lo que estaba viendo, se adelantó como para cerciorarse:

—¡Zilah!—exclamó entonces.

Sin explicarse lo que ocurría, miraba á su alrededor, y otro tanto le pasaba al mismo Zilah, que en aquel momento trágico se preguntaba si había en aquello algun misterio, queriendo saber dónde se hallaba Meuko, aquel Miguel Meuko, á quien Marsa esperaba, y que él, el marido, venía buscando para castigarlo.

Pero la más atemorizada, en medio de su mudo asombro, era Marsa, que con los labios temblorosos, fijando en el Príncipe sus tímidos ojos, cuya expresión resaltaba más en la mortal lividez

de su semblante, y casi tan convulsa como estaba cuando fué trasladada á la casa de dementes, asida al mármol de la chimenea, contra el cual se apoyaba para no caer, quería no obstante postarse, suplicante, de rodillas, sí, de rodillas, ante aquel hombre que se le aparecía inesperadamente como dueño de su vida.

—¡Vos aquí?...—dijo por fin Varhely.—Por lo visto, ¿me habeis seguido?

—¡No—replicó Andras—á quien yo creía encontrar no era á vos!

—¿A quién, era, pues?

—A Meuko.

Yanski Varhely dirigió á Marsa una mirada profunda.

Marsa no se movía.

Miraba al príncipe.

—Miguel Meuko ha muerto—respondió Varhely en tono seco.—Y para anunciarlo á la princesa Zilah, me encontraba yo aquí.

Andras fijó alternativamente sus ojos en el viejo húngaro, que fruncía el entrecejo, y en Marsa, que estaba como petrificada, y en quien toda la vida parecía haberse reconcentrado en su mirada abrasadora como la fiebre que le consumía.

—¿Ha muerto?—preguntó Zilah friamente.

—Le provoqué y le maté—respondió sentenciosamente Yanski.

Andras tenía que hacer un esfuerzo para no ser dominado por aquella emoción que le apretaba la garganta como si padeciese una intensa angina. Al oír decir á Yanski «yo le he muerto»

se puso más descolorido, y apartando sus ojos del viejo húngaro, llevó su mirada a la tzigana, espionando instintivamente la impresion de Marsa.

La jóven ni siquiera se habia estremecido.

La noticia de aquella muerte, referida así de aquel modo en presencia del hombre á quien ella consideraba dueño de su existencia, la dejó friamente insensible, porque su atencion no se paraba en aquello, sino que toda su vida la reconcentraba en aquel ser que la despreciaba, que la aborrecía, que huía de ella y que aparecía nuevamente allí, como en uno de los sueños inquietos que él se habia forjado, en aquella misma casa que habia maldecido.

—Existia—continuó lentamente Varhely—una martir que no podia vivir, que no hubiese levantado la frente en tanto que ese hombre viviera.

Por eso vine á decirle á ella antes que á nadie, que estaba ya libre de su pasado humillante. Mañana pensaba ir á decir al hombre, cuyo honor es el mio, que quien le ultrajó habia ya pagado su deuda.

Varhely, más blanco que su bigote, habló como quien pronuncia una solemne sentencia. Era un soldado con el aspecto severo de un juez.

Una extraña llama brilló en el fondo de los ojos de Zilah, y de todo su ser se apoderó repentinamente una impresion no sentida hasta entonces.

Tambien él se creía rescatado, así como libre de cierta sombra odiosa.

¡Meuko muerto!

Y sin embargo, ¡cuánto habia estimado él á

aquel Miguel Meuko, para quien tenia el título afectuoso de «¡Hijo mio!» De entre aquellos tres seres, reunidos en el trágico momento de sus confidencias, quizá el hombre ultrajado por él fuese el único que tuviese para el muerto una idea de piedad, en tanto que el soldado seguia impasible como un ejecutor, y la tzigana no encontraba más que un recuerdo de odio al oír el nombre del que la habia perdido.

¡Meuko muerto!

Varhely cogió de encima de la chimenea del salon el telegrama dirigido por él desde Florencia tres días antes á la princesa Zilah, y del que Vogotzine habia hablado al príncipe.

Se lo entregó á Zilah, que de un vistazo se enteró de su contenido.

«Voy á arriesgar mi vida—le decia Yanski Varhely—por vos, y el martes próximo estaré en Maissons-Laffitte ó habré muerto. Mañana me bato con el conde M... Si no me veis, rezad por vuestro afectísimo—Varhely.»

El conde Yanski habia puesto este telegrama antes de la hora fijada para avistarse con Miguel Meuko.

Se convino que el duelo tendria lugar en las inmediaciones de Pistoja, en un campo cualquiera. Los aldeanos que trabajaban por allí, cubriéndose con sus sombreros de paja, se echaron á reir al ver á aquellos hombres que parecian buscar por aquellos parajes algun rincón donde descansar.

Uno de ellos hasta se atrevió á decir con muy buen humor:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTREY, MEXICO

—¿Buscáis el camino de los enamorados, signori? No está por aquí.

Yendo hacia el sitio designado, se encontraron con uno de esos penitentes vestido de cogulla y toscó sayal lleno de agujeros, que se dedican á la colecta para los enfermos del hospital, y que poniéndoles delante de sus manos una alean-
cía de zinc, les había pedido *l'elemesina*.

Meuko sacó de su portamonedas diez piezas de oro y las echó en el limosnero que le presentaban.

—*Mille grazie, signor!*

—No hay de qué.

A poco llegaron al terreno. Los testigos cargaron las pistolas.

Miguel había pedido que le permitiesen hablar dos palabras con Yanski.

—Bueno—dijo Varhely.

El viejo húngaro estaba en su puesto, con los brazos cruzados, la cabeza baja y mirando al suelo.

—Conde Varhely—le dijo Miguel adelantándose— os repito que nunca me propuse ultrajar al príncipe, sino únicamente impedir aquel matrimonio. Os doy mi palabra de honor. ¿Si vos quedais con vida, me prometeis hacer que á él le gue esta confesión?

—Os lo prometo.

—Gracias.

Se colocaron en línea.

Angel Valla estaba encargado de hacer la señal.

Con las manos levantadas el italiano, desde

su puesto observaba á los dos adversarios, que firmes en sus posiciones, abrochadas sus levitas hasta arriba, tenían ya las pistolas en dirección de la visual, prontos á dejar caer el gatillo.

Varhely no se movía lo más mínimo, como si fuese de granito. Meuko sonreía.

—¡Una! ¡dos!—contó Valla.

Y después de detenerse un segundo como para respirar, ahogándole la opresión:

—¡Tres!—dijo en seguida en tono seco, cual si pronunciase una sentencia de muerte.

Sonaron los dos tiros.

Varhely, por encima de quien había pasado la bala, partiendo una rama del árbol que cubría su cabeza, siguió inmóvil.

Miguel Meuko apoyó la rodilla derecha en el suelo y cayó al momento, llevándose la mano al costado izquierdo.

Los testigos se precipitaron hacia él y quisieron levantarle en sus brazos.

—¡Es inútil,—dijo;—la bala está bien dirigida!

Mientras le sostenían hizo una seña, y volviéndose á Yanski gritó con voz que se esforzaba por aparecer entera:

—¡Me lo habeis prometido!

Le desabrocharon la levita y vieron que la bala le había penetrado en el pecho.

Se ahogaba.

Le sentaron en el suelo, recostándole en el tronco de un árbol.

Allí estuvo con la vista fija quizá en el infinito que se acercaba.

Sus labios se movían, articulando confusamente palabras entrecortadas.

—¡Perdon!... ¡castigo!... ¡Marsa!...

Antes que Varhely hubiese subido al coche que le trajo, el conde Meuko había muerto.

Al ver al conde Yanski muy pálido, que volvía a pasar con sus testigos por delante de aquellos labradores de los sombreros de paja, las muchachas les saludaban con grandes risas, diciéndoles:

—¡Y vuestros amigos, se han encontrado con sus amores?

Y en tanto que ellas continuaron con sus risas, las risas alegres y frescas de los diez y ocho años, por allí cerca llevaban el cadáver del conde Miguel Meuko.

Andras Zilah, procurando mostrar su entereza, apareciendo impasible delante de Yanski y de Marsa, oía a su antiguo amigo evocar aquel pasado de ayer, como la relación del día siguiente a una batalla, y mientras hablaba Varhely, Andras se decía:

—No era a Meuko, no era a un amante a quien esperaba Marsa. Entre él y la tzigana sólo existía un fantasma. ¡El otro había pagado con su vida!

Toda la cólera del príncipe había cesado repentinamente, tanto más cuanto que desde su separación, desde el encuentro con Vogotzine, su excitación nerviosa era violentísima.

Contemplaba a Marsa, flaca, como minada por implacable enfermedad, y sin embargo, le parecía siempre bella, con aquellos cabellos negros

como el azabache, que le bajaban hasta las cejas. La misma fijeza de sus ojos, en los cuales parecía revelarse aún cierta locura tranquilamente muda, aquel azoramiento pasajero, la daban un atractivo raro y poderoso, y en la manera cómo la miraba Andras, el conde Varhely, con su ruda sagacidad, sorprendió una impresión de piedad, una muda admiración, casi un temor.

Estuvo un momento mordiéndose el bigote, en actitud reflexiva y de pronto dió un paso hacia la puerta.

Tanto Andras como Marsa comprendieron que se alejaba del salón.

Entonces ella se separó de aquel mármol en que apoyaba sus manos. Erguida, andando lentamente, mostrando una sonrisa altiva, en la cual brillaba toda la trágica satisfacción de una nobleza reconquistada, alargó su mano a Yanski, y en tono profundo, en el cual se revelaba todo su terrible reconocimiento por aquel acto de justicia llevado a cabo, le dijo gravemente:

—¡Gracias, Varhely!

Varhely desapareció silencioso por el saloncito por donde había entrado el príncipe.

Después de dos meses de tormentos, de angustias y de desesperación, aquel hombre y aquella mujer se encontraron solos frente a frente el uno del otro.

El primer impulso de Andras fué huir.

Tenia miedo a sí mismo. ¡A su cólera? Tal vez, Quizá también a su compasión.

No fijó su mirada en Marsa.

Momentos ántes la habia contemplado detenidamente y habia notado con profunda pena cuán crueles debian haber sido sus sufrimientos, á juzgar por las huellas que en ella estaban marcadas.

En dos pasos se puso á la puerta.

Al verle marchar, de un salto, como el náufrago que se coge á un objeto cualquiera, como el condenado á muerte que aventura la última petición de indulto, desesperada, dió un grito desgarrador, débil como el de un niño, despues de las fuerzas gastadas en manifestar su agradecimiento á Yanski de una manera tan enérgica, despues de aquella sentencia de muerte, tan despiadada como el último suspiro de la Tisza su madre.

—¡Ah!—exclamó Marsa.—¡Yo os lo suplico, escuchadme!

—¿El qué?—dijo Andras, deteniéndose.—¿Qué teneis que decirme?

—Nada... nada. Pero perdonadme, ¡ah! perdonadme. Ya que os he visto, perdonad, perdonad! y que, por lo menos, me vaya llevándome de vos una palabra que no sea de condenacion.

—Podria perdonar—dijo Andras—pero me seria imposible olvidar.

—Yo no os he pedido que olvidárais, no os pido que olvidéis.... Pues qué, ¿es posible olvidar?... ¡Y sin embargo, sí, se llega á olvidar; sí, se olvida! ¡Yo os juro que he sabido olvidar!... De toda mi existencia sólo vos teneis vida para mí; no conozeo á nadie más que á vos, no amo más que á vos. ¡Solo pienso en vos!

Andras, sin atreverse á marchar, temblaba y se sentía conmovido hasta lo más profundo de su corazón por aquella voz seductora, por aquella voz adorable que en tanto tiempo no habia escuchado.

—No era preciso que se derramara sangre para dar por muerto aquel odioso pasado—añadió Marsa.—¡Ah! ¡cómo lo he expiado! En el mundo no ha habido un ser que haya sufrido lo que yo. ¡Como yo, que habiéndoos encontrado, os perdí!

Hablando así, miraba á Zilah con ardiente passion, lo mismo que los creyentes adorando á su Dios.

—No habeis sufrido tanto como aquel á quien habeis herido, Marsa. Este hombre no tenia más que un amor en el mundo, y ese érais vos. Este hombre, si le hubiérais manifestado vuestros sufrimientos y confiado vuestros secretos, hubiera sido capaz de perdonaros. Pero le habeis engañado. Y hay alguna cosa más baja que el mismo crimen, y es la mentira.

—¡Y yo odio la mentira, la despreció!—exclamó la tzigana.—Y hasta quisiera que me arrancasen las niñas y la lengua por haber mentido.

En la altivez de la tzigana vibraba el acento de la verdad, y en lábios de la hija de la Pusztá, rusa y húngara á la vez, aquellos gritos trágicos eran la fiel expresion de aquella naturaleza escepcional, nerviosa y atrevida.

Andras la oía conmovido hasta lo más íntimo de su ser.

—¿Qué queriais que hiciese yo?—decia.—¿Qué

quereis que haga? ¡Morir! Sí, eso era lo que yo deseaba: morir por vos, morir poniendo mi cuerpo entre vuestro pecho y las balas, espiando mi vida con este sacrificio, que sería mi delicia, mi vehemente aspiración. ¡Ah! Os lo juro: hubiera sido dichosa muriendo como murió una de las princesas que llevaron vuestro nombre. Pero ya no hay combates. Mi sangre es inútil. Por eso quiero sacrificar mi vida de otro modo, oscuramente, en la soledad de un claustro.

—¿Vos?

—Sí, y así no habré sido ni amante, porque yo no amé, sino que creí amar, y fui una loca, una insensata; y esto lo conozco ahora que sé lo que es una pasión verdadera, la pasión que llena toda una existencia; la única profunda y verdadera; yo no habré sido ni amante, ni esposa, nada, una reclusa, una prisionera. ¡Tanto mejor!... ¡Si la prisión, la celda, la muerte en medio de una vida que se arrastra languidamente! Por lo menos, yo deseo este castigo, y quiero que mi sentencia la dictéis vos, que seáis vos quien me diga que soy libre para desaparecer, y que vos me lo ordenéis... pero diciéndome antes que me perdonáis...

—¿Yo?

En los ojos de Marsa había una exaltación sincera, un deseo vehemente de sacrificio, una sed de martirio.

—¿Quereis entrar en un convento?—preguntó Andras.

—¡En el más frío y triste que haya! En esta tumba encerraré, con vuestra condenación y

vuestro adiós, el amargo sentimiento de mi amor, el peso de mis remordimientos.

¡El convento! La idea aquella causaba a Zilah una impresión extraña de inquietud y un terror invencible que hacía arder febrilmente su sangre.

En su mente se retrataba la terrible escena en que Marsa se separaba del mundo para encerrarse en el claustro. Le parecía oír la voz del sacerdote dirigiendo a la profesante las crueles palabras que son como la paletada de tierra que se arroja sobre el cadáver al darle sepultura. Casi oía el frío chirrido de las tijeras cortando aquella preciosa cabellera negra, cuyo embriagador perfume aspiraba Zilah.

Arrodillada a sus pies, Marsa aparecía soberbia a pesar de su dolor, y al bajar sus ojos, fijándolos en aquella desgraciada y abatida mujer, Andras admiró aquel cuerpo y aquel talle encantador; y cuando ella levantó sus ojos enrojecidos, Zilah descubrió en ellos la llama que ardía aún a través de las lágrimas.

Toda su pasión torturada, toda su contenida juventud, todo su amor, se duplicaban, acariciando una vehemente tentación: retener aquella mujer, disputar aquella preciosa carne al convento, arrebatarse aquella belleza a la muerte del claustro, aquel encanto, aquella poesía, aquella penitente absuelta por el remordimiento.

Arrepentida, llorando, suplicando, retorciéndose las manos, Marsa se arrastaba, pidiendo solo el perdón, una palabra, una sola palabra de piedad, y la libertad de encerrarse para siempre en una celda.

—Segun eso—dijo Andras bruscamente—¿no os asusta la prision?

—Nada me asusta más que vuestro desprecio.

—¿Viviriais lejos de Paris, lejos de la sociedad, lejos de todos?

—En una perrería, bajo el látigo de un guardián, mendigando el sustento, acarreando piedras, siempre que vos me dijerais: «¡Haced esto como expiacion!»

—¡Pues bien!—esclamó Andras con el labio agitado y abrasado por la fiebre.—¡Vivir en el fondo de nuestra Hungria, olvidando, olvidada, oculta, desconocida, lejos de todos, lejos de Paris, lejos del ruido, lejos del mundo, haciendo la vida para los dos, que será una vida nueva: ¿quereis?

Ella le miraba azorada, sin darse cuenta de lo que oia, temblando que al expresarse de aquella manera se burlase de su dolor y de su alegría.

—¿Quieres?—siguió diciendo á la vez que la estrechaba frenéticamente entre sus brazos, y que su labio de fuego buscaba el labio glacial de Marsa, medio desfallecida.

Y como el amor y como el perdon, de sus labios salió un *¡vamos!* sellado con un beso de delirante pasión.

XXXIV

Sin que se entibiara en lo más mínimo el arrebatado de aquel amor que llenaba su vida, al día siguiente Andras condujo á Marsa á su antiguo castillo de Hungria, á aquel castillo que, confiscado por el Austria y devuelto á su propietario cuando este imperio adoptó la política de asimilacion, Zilah no habia visitado una vez siquiera despues de su rescate, no queriendo ver nuevamente hasta entonces aquella tierra regada con sangre.

Huía de Paris buscando en aquel rincón una pura existencia de aquella virginidad que habia creído perdida. Volvía á su Hungria libertada, al país en que pasó su juventud, á la patria de las inmensas llanuras.

Vestido de magnate, pasaba arrogante por delante de los aldeanos que le habian conocido de niño, que se habian batido á sus órdenes y á quienes saludaba por sus nombres, reconociendo á algunos compañeros suyos entre aquellas buenas gentes que tenian la cara tostada por el sol y los cabellos encanecidos.

Acompañó á Marsa, toda temblorosa, feliz y conmovida, á la puerta del castillo, donde le presentaron la *tschouttora*, la copa húngara, con el

vino de honor y los *notis* y pasteles de maíz y crema con que se celebraba su venida.

En los prados de los alrededores del castillo, los pastores *tshikos*, que habían venido á caballo para saludar al príncipe, bebían aguardiente de manzanas y rociaban con vino sus *hakostas* y jamones de Temesvar. De las granjas y de las lejanas putzas habían acudido labradores montados que, con sus gorros nacionales, parecían guerreros, y que festejaban la vuelta de Zilah, del hijo de aquella Zilah cuya historia gloriosa les era tan conocida, con ruidosas danzas que bailaban golpeando con sus talones, guarnecidos de planchas metálicas para que el estrépito fuese mayor. Las chaquetillas azules bordadas de amarillo, de encarnado ó de oro se lanzaban al aire, y hasta del suelo de aquella Hungría parecían brotar nuevas flores y de sus hijos cantos desconocidos que celebraban la presencia del príncipe Andras y de la princesa Zilah.

Andras entró acompañado de Marsa en la morada de sus antepasados

Y en los grandes salones cubiertos de tapices y de cuadros que los vencedores habían respetado, ante aquellos retratos de magnates soberbios y arrogantes, con sus uniformes de húsar, el sable al costado y el bigote retorcido, ostentando todos ellos aquel rasgo de ruda franqueza que los había caracterizado, Marsa Laazlo, que conocía perfectamente á aquellos héroes de su país, á aquellos príncipes Zilah muertos en los campos de batalla en presencia de Ferency Zilah, en presencia de Sandor, en presencia de las

princesas Zilah que hacia tanto tiempo descansaban en sus tumbas, y que no poseían en más alto grado que ella la altivez del gran nombre que habían llevado, Marsa Laazlo decía al último de aquella raza, á Andras Zilah:

—¿Sabeis por qué, igualando á esos en valor y abnegacion, sois vos superior á ellos? ¡Por qué sois bueno!... ¡Tan bueno como ellos valientes!... A sus virtudes, vos, perdonando, unís otra virtud que sólo en vos existe: ¡la piedad!

Humildemente la tzigana levantaba sus ojos para que Zilah viese en el fondo de ellos, que tan solo existía su imagen y su nombre. Se pegaba á él con una especie de cariño inquieto, con timidez, como una extraña delante de aquellos antepasados que parecían preguntarse si la ración venida era de la familia. Y él, atrayéndola, estrechándola contra su corazón, que se le escapaba del pecho, inclinándose sobre Marsa, á cuyos ojos se agolpaban las lágrimas, decía:

—¡No, yo no soy mejor que esos héroes superiores. La compasion no es mi virtud, Marsa, es hija de mi amor. ¡Y yo te amo!

Sí, ciertamente la amaba, la amaba con toda la fuerza de un amor sin rival. La amaba olvidándolo todo, no viendo más que la delicada sonrisa de Marsa, que era para él una poesía del infinito en la que se descubría el recuerdo de la eternidad. La amaba sin pensar más que en aquella mujer, en la posesion de aquel encanto, en aquella embriaguez de las primeras caricias, en aquel sueño de amor realizado en el ambiente de la adorada patria. La amaba sin ocuparse

siquiera en contestar las cartas que desde París le escribía la barenesa Dinati, siempre alegre y afectuosa, sin responder á las serias invitaciones de sus compatriotas, que deseaban utilizar en favor de su país, ahora que estaba entre ellos, la inteligencia superior del Príncipe, así como éste había utilizado en otro tiempo su valor.

—«El momento es decisivo—le decían sus antiguos amigos.—Se quiere resucitar en Hungría, en contra de los rusos, con quienes nos unen vínculos de simpatía, el recuerdo de combates y de odios olvidados, y todo favoreciendo la alianza alemana, lo cual repugna á nuestra raza. Apoyad nuestra causa con vuestro nombre y vuestro valor. Entrad á formar parte de la Dieta húngara. En ella ocupareis el primer puesto, lo mismo que en otro tiempo en la guerra.»

Y Andras sonreía.

—¡Sin embargo, si fuese yo ambicioso!—le decía á Marsa, muy risueño.

Luego añadía:

—¡Pero no, yo no ambiciono más que tu felicidad!

¡La felicidad de Marsa! Era completa, dulce y tranquila como un lago. Parecía á la tzigana que dormía un hermoso sueño, un sueño pacífico, reposado y suave como la brisa. Se abandonaba á aquella alegría profunda con las ilusiones de un niño. Tenía la confianza de no sufrir ninguna decepción, de no despertar de aquel sueño.

Se terminaría con toda la seducción de su poesía.

Marsa conocía, y lo veía resignada, que no

iba á sobrevivir á la inmensa alegría que el destino le había otorgado. No se indignaba contra aquella sentencia. La encontraba suave y justa. Jamás deseó otro desenlace á su amor. Morir amada. Morir con el último beso de perdón recibido de los labios de Andras, pasar dulcemente de los brazos de su adorado á los brazos de la muerte y dormir sonriendo el sueño eterno. ¡Acaso ella, la hija de la tzigana, pudo desear nada más envidiable al acariciar sus risueñas esperanzas?

Cuando las gentes del castillo la saludaban con el nombre de *princesa*, que era el suyo, súbitamente se estremecía cual si usurpase aquel título; quería ser para el Príncipe siempre Marsa, la Marsa agradecida como una esclava que le miraba con sus grandes ojos llenos de reconocimiento y de amor. Únicamente quería ser esto. En aquella antigua morada de los Zilah, cuna de soldados, nido de águila se consideraba extranjera. Pero luego se consolaba diciendo sonriente:

—¡Qué importa para tan poco tiempo!...

Un día, el príncipe Andras recibió de Viena un pliego sellado. El ministro Ladany instaba vivamente á Zilah á que fuese á la capital de Austria y presentara en los salones de Viena á la princesa Zilah, cuya hermosura era muy ponderada por la colonia austriaca de París. Marsa preguntó al Príncipe qué era lo que contenía aquella misiva.

—Nada. Una invitación para que abandonemos nuestro retiro. Estamos tan bien aquí...

Marsa no preguntó más, pero se le ocurrió pensar que nunca obligaría al príncipe á que la llevase á aquella corte que le reclamaba. Para ella, á sus ojos, siempre era la tzigana, y aunque Meuko hubiera muerto, jamás consentiría que Zilah la presentase en una sociedad que pudo haber conocido al conde Miguel.

¡No, no, permanecerían arrinconadas en el olvido ideal, en el fondo del castillo, mirándose mutuamente en sus ojos, él viviendo solo por ella, ella no respirando más que para él, y dejarían al mundo con sus seducciones y sus escándalos, sus falsas alegrías y sus amistades mentidas! No pedirían á la vida más que lo que tiene de verdadero: una pausa entre dos pruebas, una alegría entre dos sollozos. ¡Y amarse!... tal era su ambición.

Amarse hasta que llegara el momento de aquella separación que ella sentía venir, hasta aquel fin que se aproximaba, puesto que ya su cuerpo enfermo no era más que la diáfana prisión de su alma. No se quejaba, y deliciosamente se sentía como deslizar con inefable dulzura hacia aquella tierra, desde la cual, en el último beso, en el postrer suspiro, daría á Andras sus ¡adios!

Zilah la encontraba cada día más pálida, más débil, asustándose de verla en aquel estado, pero confiando no obstante en que pasado el invierno, tan rudo en aquel país, Marsa recuperaría sus fuerzas. Un médico de Viena, que había sido llamado para visitar á la tzigana, luchaba en vano con acierto é inteligencia contra la

pertinaz dolencia que aquella sufría. La anemia, la languidez, la imposibilidad de vivir en aquel clima glacial, obligaban á Marsa á permanecer días enteros sin separarse de la chimenea, en la cual ardian grandes troncos de encina. Andras miraba los frios piecitos de la jóven apoyados en el hierro de los morillos, y observaba como, en medio de los vivos colores que la llama hacia asomar á las mejillas de Marsa, brillaban sus grandes ojos, diciéndose que ella viviría, y viviría feliz sin duda alguna.

La primavera se aproximaba con su lozanía, los árboles cubiertos de flor, los rosales con sus capullos, el tibio ambiente perfumado con el aroma de las plantas y la suave brisa acompañando los trinos de los pájaros.

Mirando desde su ventana toda aquella exuberancia de vida que presentaban los campos con su fondo de fresca verdura y matices de oro ó de brillante plata, Marsa decía á Andras:

—¡Qué hermoso tiempo debe hacer en Maissons, en el valle de las violetas!

Pero añadía en seguida:

—¡Estamos mejor aquí, mucho mejor! Me parece que toda mi vida la he pasado en este hermoso castillo, en el cual me habeis recogido, como si fuese una pobre golondrina impelida por el viento...

Bajo la ventana se veía una senda á la cual alguna vez la luz del sol daba cierto remoto parecido á un río. Marsa fijaba muchas veces su mirada en aquel camino como si viese la barcaza que había contemplado el día del almuerzo

a bordo de aquel vapor en el Sena, y como si por allí fuese á aparecer alguna tribu de ziganos.

—¡Me alegraría—dijo un día á Andras—oir los aires que ejecutaban en otro tiempo los míos!

A pesar de la primavera, ella se encontraba más débil que nunca. Los primeros calores de la atmósfera le producían una sensación dulce. Se sentía la cabeza pesada, y en todo su cuerpo una plácida languidez. Hubiera querido dormirse así, en el primer sol brillante.

El doctor se mostraba más inquieto al observar aquella especie de entusiasmo con que Marsa decía:

—¡Qué delicioso!

Al oírla el médico, decía á Andras.

—Esto es grave.

El príncipe sufrió con aquello un nuevo golpe, que se juntaba á los muchos que había tenido en su vida.

Le parecía á Andras que el hecho de haber suplicado, pocos días antes, á Yanski Varhely que viniese á pasar una temporada con ellos, había sido como el presentimiento de una nueva desgracia. Necesitaba tener á su lado al íntimo amigo, y sabiéndolo, el conde no tardó en acudir al llamamiento.

Varhely quedó asustado al ver el profundo cambio que en tan poco tiempo se había operado en la fisonomía de Marsa. En siete meses, su expresión era muy distinta, y aunque en su rostro quedaban los rasgos de belleza, aparecía desfigurada por su gran demacración y como trasparente. Cuando le tendió su marecita, blan-

ca como la escayola, Varhely notó que quemaba; tenía la piel seca y ardorosa.

—¡Bueno! mi querido conde—dijo Marsa medio tendida, sin moverse de su butaca—¿qué noticias me dais del general Vogotzine?

—El general está bien... Espera volver á Rusia... El ezar no ha contestado negativamente á la solicitud que le dirigió.

—¡Ah! cuánto me alegro—dijo la joven con voz muy débil.—Debe aburrirse extraordinariamente en aquel parque el pobre Vogotzine...

—Fuma, bebe, pasea sus perros...

¡Los perros! Aquel recuerdo hizo temblar á Marsa. ¡Ellos sobrevivirían á Menko, á ella misma, á aquel amor que en aquellos momentos saboreaba como la única alegría de su vida!...

Maquinalmente sus labios murmuraron en voz baja, que nadie debió oír:

—*Ortog... Bundas...*

Y continuó:

—Desearía que el pobre general pudiese volver á San Petersburgo ó á Odessa... En ninguna parte se está mejor que en su casa... en su país... Si supierais, Varhely, qué feliz soy... qué feliz, con haber vuelto á Hungría... ¡A nuestra casa!

Marsa estaba muy débil. El doctor hizo una seña á Andras para que la dejasen un momento.

—¿Qué?—preguntó con ansiedad á Varhely el príncipe.—¿Cómo la encontráis?

—¿Qué opina el médico?—replicó Yanski.—¿Espera salvarla?

Zilah no dijo una palabra. En la pregunta de

Varhely se encontraba la más cruel contestación que podía darse.

Anonadado en su butaca, el príncipe dejó desbordar su corazón, hablando con el viejo Yanski, que estaba sentado cerca de él y con la cabeza descubierta.—¡De modo, que se muere!... ¡La soledad! ¡A esto he venido á parar!... Después de tantas decepciones sufridas y tantas lágrimas derramadas, éste era el desenlace que me estaba reservado: una fosa abierta una hora fúnebre donde sepultar mis esperanzas!—¿Qué le quedaba ahora ya? A la edad en que no es posible defenderse contra la suerte, el amor el único amor de su vida se lo arrebataba el destino. Varhely había cumplido un acto de justicia y Zilah había perdonado. ¿Para qué? Para los dos juntos velar una difunta. Sí, sí, ¿qué quedaba ya para él en el mundo?

—¿Que qué os queda después de morir ella?—dijo tranquilamente el viejo Yanski.—Os queda lo que teniais á los veinte años, lo que no muere jamás. Os queda lo que constituye el amor y la pasión de todos aquellos príncipes Zilah que descansan bajo nuestros piés, y que padecieron los mismos sufrimientos, las mismas contrariedades y las mismas desesperaciones que vos habeis sufrido. Os queda, mi querido Andras, nuestro primer amor, ¡la patria!

Al día siguiente llegaron al castillo los músicos tziganos que el Príncipe había mandado buscar. Marsa se sintió como reanimada al oír la estridente música de las *czardas*. Ansiaba el oír aquellas armonías, aquellos cantos que le

llegaban al corazón y que en aquel momento escuchaba teniendo entre sus febriles manos, y apretándola apasionadamente, la mano de Andras. Por la ventana abierta, el viento lanzaba al espacio las notas del *Himno Racoekzy*, como allá en París, en aquella mañana de junio, sobre aquel barco que conducía á los novios á lo largo del Sena.

Notas heroicas, canciones de triunfos, grito de combate, ruido de galopes, canto de victoria: tales eran los aires que saludaban la partida del barco engalanado en el cual se celebraban fastuosamente sus esponsales. Esta era la música que interpretaban los tziganos en aquella noche de duelo en que se dió sepultura al padre de Andras en el suelo de Athla.

—Quisiera—dijo Marsa cuando acabaron de tocar aquel himno—hacer un viaje al pueblecillo donde descansan los restos de mi madre... ¡Ella también fué tzigana!... ¡como ellos... como yo!... ¿Me será posible, doctor?

El médico meneó la cabeza.

—¡Oh, princesa! todavía no... más tarde cuando avance el tiempo y haya más sol...

—¿Pues qué eso no es sol?—dijo Marsa señalando los brillantes rayos del sol de abril que penetraban por la ventana en aquella sala feudal.

—Ese es sol de abril, y alguna vez perjudica á...

El doctor se detuvo buscando una palabra, y como tardase en terminar la frase interrumpida, Marsa dijo tranquilamente y sonriendo, más aun que resignada, feliz:

—A los moribundos, ¿no es verdad?

Andras se estremeció; pero en la mano de Marsa que sostenía la suya, no había notado el más ligero temblor.

El viejo Varhely, más conmovido que el día de su desafío con Meuko, sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Ella sabía que iba á morir. Lo sabía y sonreía sin embargo ante la muerte. La muerte, arrebatando aquel cuerpo, lo purificaba. El recuerdo de Marsa quedaría en Andras como el recuerdo sagrado de una adorada sin mancha. Moría sin tener que cumplir aquel juramento que se hizo de no sobrevivir á la realización de su soñada felicidad ó á la unión deseada y aceptada por ella. Sí, bien venida era aquella muerte dulce y querida que, arrancándola de Andras en el apogeo de su amor, la dejaba sin mancha.

Entonces, aproximando sus labios al oído de Zilah, continuando su apasionada declaración no interrumpida, que venía á ser como el testamento de la tzigana, repetía:

—¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo! Y muero contenta, porque estoy convencida de que tú me amarás siempre. ¿Acaso podría yo vivir? ¿Pues qué no hay un espectro entre ti y tu Marsa? Medita sobre esto.

Zilah, que estaba próximo á la butaca en que se hallaba Marsa medio tendida, hizo un movimiento negativo con la cabeza, no pudiendo hablar porque las palabras se convertían en sollozos.

—¡Oh, no lo niegues!—decía la tzigana.—Ya sé

que ahora no; pero más adelante, aquí en la soledad de nuestro amor ¿quién sabe?... Por el contrario, mira, de hoy en adelante no verás á tu lado otra imagen que la de tu Marsa... Segura estoy de que siempre me tendrás á tu lado, sí, siempre, eternamente, amado mio..... ¡Muerte querida! ¡Muerte bendita! Ella hace nuestro amor infinito, sí, infinito... ¡Te amo! ¡te amo!

Luego manifestó deseos de ver una vez más, por las ventanas abiertas de la habitación, los bosques bañados por el sol, así como la naciente vegetación primaveral. Allá, tras de aquellos bosques, á algunas leguas de distancia, se encontraba el lugar donde dormía la Tisza.

—Desearía descansar á su lado—dijo la tzigana.—Aquí no soy de la familia, ya ves... ¡Vamos! ¡princesa yo, adorado mio?... ¿tu mujer? Yo he sido sólo tu amor!

Andras, más blanco que la moribunda, parecía petrificado ante la proximidad del dolor inevitable, de la agonía que se veía venir.

Al mismo tiempo los tziganos se alejaban tocando la sinfonia de Jean de Nemeth, aquel aire lastimero, penetrante y melancólico, impregnado de sollozos y dulce como un suspiro, que tantas veces había interpretado Marsa en otro tiempo, *Sólo hay una hermosa en el mundo.*

Y Zilah, deshaciéndose en lágrimas y sintiendo hacerse pedazos su corazón, le repetía:

—¡Si, no hay ninguna más que tú, Marsa! ¡que tú, mi amada querida, tú, sólo tú!... ¡Vive para mí! ¡ámame, Marsa, mi único amor!

Oyéndolo, una expresión de viva alegría se di-

bujó en el hermoso semblante de la tzigana, como si en aquellas lagrimas de Zilah leyese, con el perdón todo el amor, todo el cariño infinito de aquel hombre. Apoyando sus manecitas en el hierro del balcón, Marsa se incorporó, y como un pájaro fuera del nido, inclinó la cabeza, que hacia pesada el sueño, el sueño tranquilo y sin ensueños hacia el Príncipe, presentándole sus dulces labios, y al sentir el beso depositado en ellos por Andras, dijo con voz tan apagada que apenas se la pudo oír:

—¡No me olvides! ¡no me olvides jamás, amado mío!

Después, medio oculta entre la espesa cabellera, dejó caer su cabeza sobre el hombro del Príncipe, permaneciendo allí, inclinada, como si fuese un niño dormido, ostentando en su puro y artístico perfil amorosa y tranquila sonrisa.

Entretanto allá abajo, como en otro tiempo, habían saludado al príncipe Sandor, tendido en su fúnebre fosa, los tziganos volvían a tocar valientemente la marcha heroica de la libre Hungría, enviando con aquel canto el último adiós a la muerte, del mismo modo que el sol reflejaba su último beso.

Entonces, y mientras se alejaban los ecos de aquel himno, dulce como un suspiro, Andras Zilah, dejando cuidadosamente sobre la butaca el esbelto y como adormecido cuerpo de la tzigana, se arrodilló diciendo:

—Desde hoy, mi pobre tzigana, no amaré ya más que lo que tú amaste tanto: ¡no amaré más que a la tierra donde tú vas a dormir!

EL COSMOS EDITORIAL.

ARCO DE SANTA MARÍA, 4.

Obras que son propiedad de esta casa y se hallan de venta en las principales librerías.

OBRAS DE ADOLFO BELOT (1)

Loca de amor.—Versión castellana de Juan J. de la Cerda; un tomo en 8.º mayor de 334 páginas, 2,50.

La culebra (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana de Juan J. de la Cerda; un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

Las corbatas blancas.—Versión castellana de Angel de Luque; un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana de Pedro Négrá; un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

La pecadora.—Versión castellana de P. San Roman; un tomo en 8.º mayor de 346 páginas, 2,50.

Una luna de miel en Monte-Carlo.—Ilustrada con varias láminas 3 y 3,50.

Melinita.—Versión castellana de H. Regin; un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE JORGE OHNET

Lise Fleurón.—Versión castellana de José de Olave; un tomo en 8.º mayor de 328 páginas, 2,50.

El gran margal.—Versión castellana de J. de la Cerda; un tomo en 8.º mayor de 480 páginas, 3.

Las señoras de Croix-Mort.—Versión castellana

(1) En todas las obras contenidas en el presente catálogo, el precio, menor que se les asigna, es el de las obras encuadernadas a la rústica, y el precio mayor, el de las obras encuadernadas en tela, tratándose de novelas y de obras literarias, y en pasta española, tratándose de obras de medicina. Los precios son por pesetas.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4, bajo Madrid, acompañando el importe en letras de fácil cobro, libranzas del Giro mútuo, sellos de Correos de la Península ó billetes de los Bancos de España Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes, es preciso certificar las cartas.

bujó en el hermoso semblante de la tzigana, como si en aquellas lagrimas de Zilah leyese, con el perdón todo el amor, todo el cariño infinito de aquel hombre. Apoyando sus manecitas en el hierro del balcón, Marsa se incorporó, y como un pájaro fuera del nido, inclinó la cabeza, que hacia pesada el sueño, el sueño tranquilo y sin ensueños hacia el Príncipe, presentándole sus dulces labios, y al sentir el beso depositado en ellos por Andras, dijo con voz tan apagada que apenas se la pudo oír:

—¡No me olvidéis! no me olvidéis jamás, amado mío!

Después, medio oculta entre la espesa cabellera, dejó caer su cabeza sobre el hombro del Príncipe, permaneciendo allí, inclinada, como si fuese un niño dormido, ostentando en su puro y artístico perfil amorosa y tranquila sonrisa.

Entretanto allá abajo, como en otro tiempo, habían saludado al príncipe Sandor, tendido en su fúnebre fosa, los tziganos volvían á tocar valientemente la marcha heroica de la libre Hungría, enviando con aquel canto el último adiós á la muerte, del mismo modo que el sol reflejaba su último beso.

Entonces, y mientras se alejaban los ecos de aquel himno, dulce como un suspiro, Andras Zilah, dejando cuidadosamente sobre la butaca el esbelto y como adormecido cuerpo de la tzigana, se arrodilló diciendo:

—Desde hoy, mi pobre tzigana, no amaré ya más que lo que tú amaste tanto: no amaré más que á la tierra donde tú vas á dormir!

EL COSMOS EDITORIAL.

ARCO DE SANTA MARÍA, 4.

Obras que son propiedad de esta casa y se hallan de venta en las principales librerías.

OBRAS DE ADOLFO BELOT (1)

Loca de amor.—Versión castellana de Juan J. de la Cerda; un tomo en 8.º mayor de 334 páginas, 2,50.

La culebra (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

Las corbatas blancas.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana de Pedro Négrá: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

La pecadora.—Versión castellana de P. San Roman: un tomo en 8.º mayor de 346 páginas, 2,50.

Una luna de miel en Monte-Carlo.—Ilustrada con varias láminas 3 y 3,50.

Melinita.—Versión castellana de H. Regin: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE JORGE OHNET

Lise Fleurón.—Versión castellana de José de Olave: un tomo en 8.º mayor de 328 páginas, 2,50.

El gran margal.—Versión castellana de J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 480 páginas, 3.

Las señoras de Croix-Mort.—Versión castellana

(1) En todas las obras contenidas en el presente catálogo, el precio, menor que se les asigna, es el de las obras encuadernadas á la rústica, y el precio mayor, el de las obras encuadernadas en tela, tratándose de novelas y de obras literarias, y en pasta española, tratándose de obras de medicina. Los precios son por pesetas.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4, bajo Madrid, acompañando el importe en letras de fácil cobro, libranzas del Giro mútuo, sellos de Correos de la Península ó billetes de los Bancos de España Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes, es preciso certificar las cartas.

El marqués de Villemer.—Versión castellana de Joaquín Balmaseda: un tomo en 8.º con un bonito cromo en la cubierta, 1.

Indiana.—Versión castellana de Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española: un tomo en 8.º mayor de 368 páginas, 2,50 y 3.

Juan de la Roca.—Versión castellana de C. S. Roman: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

Germinal.—Versión Castellana de Angel de Luque, segunda edición: dos tomos en 8.º mayor de más de 1000 páginas entre los dos tomos, 6 pesetas en rústica.

Su excelencia Eugenio Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 3.

El vientre de París.—Versión castellana de Enrique Merie: dos tomos en 8.º mayor, de más de 600 páginas entre los dos tomos, 3.

La confesion de Claudio.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 380 páginas, 3 y 3,50.

La fortuna de los Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 3 y 6.

La conquista de Plassans.—Versión Castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor de 700 páginas entre los dos tomos, 3 y 6.

Aneta Micoulin.—Versión castellana de Félix del Valle: un tomo en 8.º mayor de 386 páginas, 3.

La caída del Padre Monret.—Versión castellana de J. Tadinec: dos tomos en 8.º mayor de 700 páginas entre los dos tomos, 3 y 6.

Magdalena Ferat.—Versión castellana de Enrique Martínez: un tomo en 8.º mayor de 444 páginas, 3 y 3,50.

Cuentos á Ninon.—Versión castellana de A. Mira: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 3 y 3,50.

Nuevos cuentos á Ninon.—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor de 370 páginas, 3 y 3,50.

Los misterios de Marsella.—Versión castellana de P. de Madrazo y Alvarez Veruina: dos tomos en 8.º mayor de más de 730 páginas entre los dos tomos, 3 y 6.

La tierra.—Versión castellana de Leon Balleag: dos tomos en 8.º mayor de 700 páginas entre los dos tomos, 6 y 7.



objeto más insignificante podía provocar una crisis.

—Zilah notó que Fargeas cuidaba de no dar ningún nombre ni título á Marsa. Con su golpe de vista y su tacto habituales, el médico había adivinado el drama de la separación. Ni una vez llamó á Marsa *princesa*. Siempre la indicó con aquel nombre, piadoso en extremo: *la enferma*.

—Debe estar en el jardín—dijo amablemente Mr. Sims, cuando el doctor Fargeas hubo terminado de hablar á Andras. —¿Queréis verla?

—Sí,—contestó el príncipe, cuya voz se puso algún tanto velada.

—Vamos, pues, á buscarla en seguida, y luego, si os parece, os presentareis de pronto á ella. Intentaremos esta prueba. Si no os reconoce, esto nos indicará que el estado de la enferma es más grave de lo que nos figuramos. Si, por el contrario, llega á reconoceros, entonces espero que conseguiremos su curación. Venid.

El doctor Sims se inclinó para que pasara el príncipe.

—Y yo, ¿os acompaño, señores?—preguntó Vogotzine.

—Naturalmente, general—respondió Fargeas.

—Es que... yo os diré... á mí los locos es un espectáculo que me causa un efecto singular... No tengo curiosidad por verlos... ¡Eufin! ¡Es mi sobrina! ¡Vamos!

Y dió una fuerte sacudida á su *redingote* como si se sujetara el cinturón, preparándose para un asalto.

El doctor Sims hizo que Mr. Fargeas y los otros dos caballeros le siguieran por una escalera, y les llevó á un gran jardín lleno de árboles seculares á cuya sombra sentadas, conversaban varias personas, leían tranquilamente ó paseaban de uno á otro extremo.

Á lo lejos se veía un vasto edificio nuevo de un solo piso y que tenía aspecto, de invernadero. La constituían una serie de habitaciones donde se alojaban los pensionistas del doctor Sims, cada uno de los cuales tenía su manía.

—De modo que—preguntó Zilah, señalando aquellos seres pacíficos que recorrían con calma las calles de árboles ó gesticulaban conversando formalmente como si fuesen políticos que estuvieran rectificando el mapa de Europa—¿esos son locos?

—Sí—replicó el doctor Sims,—nadie lo creería. Podeis hablarles al pasar. Todos estos son pacíficos.

—¿Tenemos que atravesar el jardín?

—Nuestra enferma está más allá, en otro que hay de tras de ese edificio.

Al pasar Zilah miraba á aquellos seres desgraciados que con un movimiento ó una palabra saludaban al doctor Sims y al médico Mr. Fargeas. Le parecía que á su aspecto se mezclaba la satisfacción de quien ha llegado al extremo apetecido. Vogotzine, tosiendo ligeramente, no se separaba del príncipe y demostraba no hallarse muy á gusto entre aquellos dementes. Andras, por el contrario, tenía que hacer un es-